LA MADRE QUE ME PARIÓ



Su madre organizó el casting. El amor se presentó sin invitación.

NORA SANTELMO

La madre que me parió

1. PARTE I
2. 1. Mamá dice que pidáis el entrecot
3. 2. Número 27
4. 3. Farmacia de guardia
5. Interludio I-1
6. 4. Esto lo pago yo con un QR
7. Interludio I-2
8. 5. Tiritas
9. 6. ¿Junto o separado?
10. Interludio I-3
11. 7. La Bestia
12. 8. El Escorial en catorce meses
13. 9. El señor de las diez y cuarto
14. PARTE II
15. 10. Guerra de libretas
16. 11. Nácar
17. 12. El chakra del apego
18. Interludio I-4
19. 13. Catorce cepillos interdentales
20. Interludio I-5
21. 14. Cuarenta segundos
22. 15. Punto SIGRE
23. 16. ¿Tiene… esto?
24. 17. El cupo cubierto
25. 18. Verbena del Carmen
26. 19. Cosas del comité
27. Interludio I-6
28. PARTE III

29. 20. Mi madre ha perdido el toque
30. Interludio I-7
31. 21. La lubina
32. 22. El aniversario
33. 23. La sesión de las diez
34. 24. El aro de luz
35. 25. Pipas 2.0
36. 26. ¿Tiene novia ese chico?
37. 27. La Bestia se rinde
38. 28. No se ha visto nada
39. 29. Teatro en tres funciones
40. 30. Presupuesto sin cliente
41. Interludio I-8
42. 31. Un amigo
43. PARTE IV
44. 32. La boda (I): el 27
45. 33. La boda (II): el que no venía
46. 34. Magdalenas
47. 35. La manivela
48. 36. La libreta abierta
49. 37. Para qué juicio
50. 38. La procesión va por dentro (y por la calzada)
51. 39. Catorce cepillos y un veintisiete
52. 40. El comité se disuelve
53. Epílogo
54. Colofón

LA MADRE QUE ME PARIÓ

SU MADRE ORGANIZÓ EL CASTING.
EL AMOR SE PRESENTÓ SIN INVITACIÓN.



NORA SANTELMO

PARTE I



MADRE NO HAY MÁS QUE UNA

CAPÍTULO UNO



Mamá dice que pidáis el entrecot

Tres días antes de que un desconocido me diera el número veintisiete, yo estaba cenando con un hombre que le mandaba audios a su madre entre plato y plato.

Se llamaba Borja, tenía treinta y seis años, llevaba una gestoría en Moratalaz y había llegado al asador con un táper.

No en una bolsa. En la mano, a la vista, en alto, como quien lleva flores.

—Es de mi madre —dijo—. Para la tuya.

Lo dejó en el centro de la mesa, entre el pan y el aceite, y ahí se quedó toda la cena. Tapa azul. Tercer comensal. Vigilándonos.

Yo había llegado con dos ventajas. La primera, saber que aquello no era una cita, porque las citas no las concierta la vecina del cuarto. La segunda, saber que iba a durar una hora y cuarto, que es lo que tardo yo en agotar la educación. Lo que no había previsto era el táper.

—¿Qué lleva?

—Croquetas.

—Ah.

—De puchero. Pero congela bien.

Teoría número uno sobre mi madre, elaborada a lo largo de tres años de trabajo de campo: mi madre no busca un hombre para mí.

Mi madre busca una interlocutora. En cada una de estas cenas hay siempre, en alguna cocina de Madrid, otra señora de sesenta y tantos esperando el parte, y lo que se está celebrando no es un encuentro entre dos personas de treinta y muchos, sino una cumbre bilateral entre dos potencias que se comunican por valija diplomática. Nosotros somos la valija.

Pedimos. Es decir: pidió él, después de sacar el móvil, apoyarlo en el vaso y grabar.

—Mamá, ya estamos aquí. Es la de la farmacia. Estamos mirando la carta.

Lo mandó. Dejó el móvil boca arriba, junto al táper, y me sonrió con la calma que solo tienen los hombres que no han estado solos en ningún sitio. El pin del audio de vuelta sonó antes de que llegara el agua.

—«Que pidáis el entrecot, hijo, que la merluza ahí la ponen a precio de mar y estamos a ochenta kilómetros de un río».

Lo escuchó con el altavoz al aire, sin bajarlo, como se escuchan estas cosas en mi barrio, y luego levantó la vista, esperanzado.

—¿Entrecot?

—Entrecot.

El camarero apuntó sin decir nada, pero lo miró. Yo también. Los dos éramos, en ese momento, dos profesionales asistiendo a algo.

Hay un instante exacto en el que una cena se convierte en otra cosa y yo intento localizarlo siempre, por deformación laboral: uno aprende a preguntar cuándo empezó, si fue de golpe o poco a poco, si va y viene. Aquella fue de golpe y fue con el segundo audio, que llegó entre el entrecot y el postre y que Borja tuvo la delicadeza de reproducir dos veces por si no lo había cogido bien.

Antes había hecho una foto. Del plato, dijo. En la foto salía yo detrás del plato.

—«Ay, hijo, qué mona. Dile que tiene cara de buena. Pero de buena-buena, ¿eh?, no de tonta».

—Es que ella distingue —me explicó, guardando el móvil un momento, por respeto.

—Se agradece.

—Es un cumplido de los suyos. Los suyos hay que traducirlos.

—Lo estoy traduciendo.

Y aquí viene lo peor, que no son los audios: es que Borja me caía bien. Preguntó por la farmacia y escuchó la respuesta entera. Contó que llevaba dos años queriendo mudarse a un piso con más luz y que no encontraba el momento. Se comió el entrecot con un apetito honrado. En algún punto entre el pan y la tarta yo entendí que aquel hombre no estaba haciendo nada raro: estaba en su vida de siempre, y su vida de siempre tenía una madre dentro con derecho de admisión y llaves.

Que es exactamente lo que yo tengo. Con la diferencia de que la mía todavía no ha aprendido a mandar audios largos, y cuando lo haga, que lo hará, tendré que emigrar.

Pedí café. Él pidió tarta de queso y el tercer audio, que no pidió pero llegó igual, ya con un telediario de fondo.

—«Oye, y pregúntale si congela bien».

Esta vez no me miró a mí. Miró el táper.

Y el camarero, que estaba dejando el café y llevaba media hora conteniéndose como un hombre en misa, dijo, sin dirigirse a nadie:

—Las de puchero congelan de maravilla.

Me fui a las once y diez. Una hora y cuarto: dos minutos de más, y me los apunté, porque de esas cosas conviene llevar registro.

Mi madre estaba levantada.

Vive a cuatro portales de mí, que es la distancia que ella considera prudente y que en la práctica significa que oye mi persiana. Estaba

en la cocina con la bata buena, la de recibir, y encima del hule tenía una libreta cerrada con las gafas puestas por encima, que es como se dejan las cosas cuando quieres que se vean.

—¿Qué tal ha ido?

—Me ha mandado su madre croquetas.

—Qué detalle.

—Congelan bien.

—Eso es que son de puchero. —Se levantó a por dos vasos de agua que yo no había pedido—. ¿Y él?

Dejé el táper en la encimera. Hice el ruido justo al dejarlo.

—Mamá. Se acabó.

—Yo no he hecho nada.

—La vecina del cuarto no tiene mi número.

—La vecina del cuarto es una mujer muy activa.

—La vecina del cuarto no sabe ni cómo me llamo. Me llamó Laura en el ascensor en junio.

—Bueno, hija. Laura, Lola. Empiezan igual.

—Empiezan igual y acaban en que yo he cenado con un señor que me ha fotografiado para su madre.

—Pues mira qué bien, así ya te conoce.

Hay una parte de mí que sabe que en esta conversación no se gana. La otra parte lleva tres años presentándose voluntaria.

—Tres años, mamá.

—Dos y medio.

—Tres.

—Desde lo de Óscar, dos y medio.

Y ahí, como siempre, aparece Óscar en la cocina sin que nadie lo haya invitado. Siete años. Se fue un domingo por la tarde, sin gritos y sin otra, que es la versión que más cuesta contar en el barrio, porque a la gente le tranquiliza que haya otra. No me dejó por nadie. Me dejó por aburrimiento, que es peor: significa que estuvo mirando y no encontró motivos para quedarse.

—Óscar no tiene nada que ver.

—Yo no he dicho que tenga.

—Lo has fechado por él.

—Yo fecho por lo que pasa. —Puso los vasos sobre el hule, uno delante de cada una, con las dos manos, como se ponen las cosas cuando se quiere cambiar de tema sin que se note—. ¿Quieres agua o no?

Bebí agua. Es lo que hay.

—¿Por qué haces esto?

Y ahí mi madre hizo lo que hace siempre cuando la pregunta va derecha: contestó otra, más pequeña, en voz más baja, mientras recogía el trapo de la encimera. Y me la dejó en medio de la mesa, como el táper.

—Es que los sábados la casa suena mucho.

No lo recogí.

Tengo el título de farmacéutica, catorce años de mostrador y una capacidad probada para detectar en tres segundos si una señora ha venido a por ibuprofeno o a que alguien le pregunte cómo está. A mi madre no le pregunté cómo estaba. Doblé el trapo que ella acababa de dejar mal doblado, que es mi manera de no decir nada, y volví a lo mío.

—Se acabó —repetí—. No más vecinas. No más croquetas. No más hombres que graban.

Mi madre asintió despacio. Se ajustó las gafas.

Y en vez de discutir hizo una cosa que no había hecho nunca delante de mí: abrió la libreta.

Vi papel cuadriculado. Vi columnas trazadas a mano con regla, de esas que solo hace la gente que aprendió a escribir cuando el papel costaba dinero. Vi, en la esquina superior, algo pequeño y rectangular pegado con celo, que solo podía ser una foto. Y vi, sobre todo, que la hoja por la que abrió no era la primera.

—El martes desayunamos —dijo—. Que mañana tengo novena.

CAPÍTULO DOS



Número 27

Mi madre negocia como se negocia en las películas de mafiosos: trayendo el papel escrito de casa.

Llegó a las ocho y media con dos bollos suizos y un folio doblado en tres, y el folio tenía membrete. No sé de dónde ha sacado mi madre un membrete. Pone «A. Cifuentes» con una florecita debajo, y a continuación, en su letra de las cosas importantes, que es más pequeña que la de las listas de la compra, ponía CONDICIONES.

—Léelo tú, que yo ya lo sé.

—Mamá.

—Léelo.

Diez citas, elegidas por ella. Una encuesta después de cada una, obligatoria. Derecho de repesca sobre dos candidatos. Y al final, en la línea del borde porque no había calculado bien el espacio: «Si en diez no sale nada, la madre se retira».

—Ocho citas —dije.

—Doce.

—Diez, y sin primos.

—Diez, y los primos cuentan si son de segundo grado.

—Los primos no cuentan nunca.

—Eso decía tu tía Chelo, y mírala: un chalé en Rivas.

Ahí es donde una se cansa, y ella lo sabe, porque la jurisprudencia de mi tía Chelo no se rebate: se sufre. Cogí el bollo suizo, que era exactamente lo que ella estaba esperando que hiciera.

—¿Y esto de la encuesta?

—Es para depurar el sistema.

—¿Qué sistema?

—El mío.

—Mamá, no voy a rellenar un cuestionario.

—Son once preguntas.

—No.

—Diez, entonces.

—Tampoco.

—Once, pero la última la puedes dejar en blanco.

Y eso, que a mí en aquel momento me pareció una victoria, lo apuntó ella en el margen con una satisfacción que debería haberme dado que pensar.

Lo de la repesca lo perdí sin luchar, porque me estaba comiendo el bollo.

—Y nada de separados.

—Los separados son la mitad del país.

—Los separados vienen con obra hecha.

—¿Con obra hecha?

—Con obra hecha, hija. Uno se casa, hace la obra, y luego llega otra y disfruta la cocina.

—A lo mejor la cocina está muy bien.

—La cocina la eligió otra. —Se sirvió café sin ofrecerme—. Y las baldas están puestas a la altura de otra.

Anoté mentalmente que mi madre acababa de comparar el matrimonio con una reforma y no había pestañeado, y que en esa comparación yo era, en el mejor de los casos, una segunda propietaria.

Lo de hasta cuándo tampoco lo di por perdido.

—Y cuando terminen las diez, se acabó de verdad. Hasta los cuarenta.

—Hasta los treinta y ocho.

—Cuarenta.

—Treinta y ocho, y te congelo los óvulos yo misma, que tengo arcón.

Miré a mi madre por encima del bollo. Mi madre me sostuvo la mirada con la serenidad de una mujer que ha hecho una oferta razonable y espera respuesta.

—Cuarenta —dije.

—Cuarenta —concedió, y escribió el cuarenta encima del treinta y ocho sin tachar el treinta y ocho.

Firmé sobre el hule con un boli que escribía a medias, debajo de donde había firmado ella, que firma con rúbrica. Luego dobló el folio, se levantó, fue al mueble del pasillo y lo guardó dentro del misal.

—Anda, vete al mercado, que hoy abres tú a las diez y a las once ya no queda nada. —Me puso en la mano un papel arrancado del bloc del butano—. Y traéte lo de la lista.

Los martes hago la compra a primera hora, con la persiana de la farmacia todavía echada y el barrio despertándose despacio. Es lo más parecido a estar sola que tengo. A las nueve menos veinte el mercado es un sitio honrado: los del bar de dentro fregando el suelo, dos carniceros discutiendo de fútbol por encima del pasillo, las señoras que compran de verdad, sin postureo de bolsa de tela, empujando el carro con la lista en la mano. Yo ahí soy la hija de

Lorenzo Ribas, que es una identidad cómoda, porque no exige conversación: exige saludar a doce personas y seguir andando.

Cogí número en la pescadería y no llegué a usarlo.

Sonó el móvil cuando iban por el diecinueve. La señora Puri, que tiene mi teléfono desde una noche de guardia de hace seis años y lo usa con una moderación admirable, dos veces al mes. Que si el ibuprofeno con lo suyo. Le dije que lo suyo con ibuprofeno no, que se pasara y lo mirábamos. Cuando colgué habían cantado el veinte y el veintiuno, y yo tenía el veinte en la mano.

—Pase usted —le dije a la señora de detrás.

Volvió a sonar en el veintidós. El mayorista, para decirme a las nueve menos veinte de la mañana que el pedido salía el jueves y no el miércoles, lo cual, en el vocabulario de un mayorista, es una atención personal. Cuando colgué, Encarni estaba cantando el veintitrés al aire, con el cuchillo en alto.

—Pase, pase —dije otra vez, y esta vez la señora ni me dio las gracias, porque en el mercado el que cede la vez deja de existir un rato.

Encarni me señaló con el mango del cuchillo.

—Esta siempre deja pasar —le dijo a nadie, o a la pescadería entera, que para ella es lo mismo—. Desde chica. Su padre igual. Los Ribas es que despachan a todo el mundo menos a ellos.

Me guardé el veinte arrugado en el bolsillo, que ya no valía nada, y me puse a mirar el hielo calculando a qué hora tenía que estar de vuelta para abrir.

Entonces oí, a mi izquierda, a un hombre leer en voz alta.

—«Besugo o lubina, y que te miren los ojos».

Tendría treinta y pocos. Treinta y cinco. Chaqueta de entretiempo, dos bolsas de tela vacías colgando del brazo y un papel en la mano que no era una lista de la compra: era un papel viejo, cuadriculado,

con las esquinas blandas de haber vivido dentro de un cajón. Y lo leía como se lee un examen.

—Perdone —me dijo, de usted—. ¿Esto lo entiende usted?

—¿El qué?

—Que me miren los ojos. Me miran todos. —Se acercó al mostrador y señaló el hielo con seriedad administrativa—. Llevo diez minutos aquí y no he sostenido ninguna mirada.

Encarni dejó el cuchillo.

—Que los tengan brillantes, hijo. Y saltones. Que no estén hundidos.

—Hundidos —repitió él, y revisó la bandeja como quien revisa un padrón—. ¿Hundidos respecto de qué?

—Hundidos de mustios.

—Ya. ¿Y si el pescado es mustio de carácter?

—El pescado no tiene carácter.

—Eso lo dice usted porque los ve el primer día.

Encarni se rio con la boca cerrada y se fue a atender el veinticuatro.

Él se quedó delante del hielo con las bolsas colgando, y yo, que ya había hecho mi compra mental y no tenía número, dije lo único que se me ocurrió que fuera útil.

—La lubina de arriba está bien.

—¿Los ojos?

—Los ojos y las agallas. Rojas.

—Aquí no pone nada de agallas.

—Pues su papel está incompleto.

Levantó la vista del pescado por primera vez. Tenía una cara tranquila y cansada, de esas que no se molestan en parecer nada.

—Es de mi abuela —dijo—. Todo lo que escribió mi abuela está incompleto. Daba por sabidas demasiadas cosas.

—¿Como cuáles?

—Como esto. —Me enseñó el papel de lejos, sin soltarlo, y vi una letra apretada de posguerra y unas cuantas líneas más debajo—. Aquí abajo pone «se le echa lo suyo».

—¿Lo suyo de qué?

—Esa es la conversación que llevo teniendo yo solo desde el jueves.

Cantaron el veintiséis. Él miró su papelito, que llevaba en la misma mano que la lista de su abuela. Luego me miró a mí. Y luego miró mis manos, que estaban vacías, que es un sitio donde no mira nadie.

—Usted no tiene número.

—Lo he dejado pasar.

—Dos veces —dijo—. La he visto.

Y entonces hizo una cosa rarísima. Se acercó, me tendió el papelito entre dos dedos, como quien devuelve algo prestado, y volvió al dispensador a sacar otro, con lo cual se quedó el último de una cola que a esas alturas ya tenía siete señoras.

—Tenga. Estrénelo usted, que yo todavía estoy estudiando.

—No hace falta.

—Hace falta, sí. Yo tengo que decidir de qué humor está la lubina y eso lleva su tiempo.

—Le va a costar media mañana.

—Tengo toda la mañana. Tengo, de hecho, un exceso de mañanas.

En el papel ponía 27.

—Veintisiete —cantó Encarni.

Compré. Pedí que me la limpiaran. Encarni me envolvió sin mirarme a la cara, con una sonrisa que no pienso describir porque no me apetece dársela por escrito, y me puso el paquete en la bolsa con una palmada de esas suyas que valen por un editorial entero.

Y entonces, con el cuchillo ya en la tabla, bajó la voz cuatro tonos, que en Encarni sigue siendo un volumen perfectamente audible desde la frutería.

—¿Y ese quién es?

—No sé.

—Pues yo tampoco.

Conviene entender lo que eso significa. Encarni lleva veintiséis años detrás de ese mostrador. Encarni sabe quién se ha divorciado antes de que se lo digan a la madre. Encarni sabe qué señora ha empezado a comprar para uno en vez de para dos y no lo comenta nunca, que es lo que la hace grande. Que Encarni no sepa quién es un hombre de treinta y cinco años que compra pescado a las nueve de la mañana un martes es, en este barrio, un fenómeno meteorológico.

—Será de fuera —dijo, ya volviendo a lo suyo.

—Será.

Cuando me iba, él seguía delante del hielo con las bolsas vacías y el papel de su abuela en la mano.

—Suerte con el carácter —dije.

—Gracias. Creo que me voy a llevar la mustia.

—¿Por qué?

—Porque lleva ahí desde que he llegado y nadie la quiere. —Se encogió de hombros, muy serio—. Es una cosa mía. No se lo diga a la señora.

Salí del mercado a las nueve y veinte con la lubina, dos kilos de naranjas y el resto de la lista de mi madre, que incluía «lo del pollo» sin más precisión, porque mi madre también da por sabidas demasiadas cosas y esa es una herencia que no elige nadie.

Por el camino pensé en lo que había firmado hacía cuarenta minutos encima de un hule. Diez cenas. Diez veces la percha de detrás de la puerta, el pintalabios que se me seca en el bolso, la hora y cuarto de educación. Diez veces contestando que sí, que la farmacia era de mi padre, que sí, que hay que llevar mucha gestión. Y después, la paz. Ocho años de paz, hasta los cuarenta, que a los treinta y dos parecen una fortuna y son, hoy lo sé, exactamente lo que tarda una mujer en acostumbrarse a estar sola del todo.

Me pareció un buen negocio. Iba pensando en eso, no en otra cosa.

Abrí la farmacia a las diez menos cinco. Susi ya estaba dentro, quejándose del proveedor de las medias de compresión, que es su tema. Repuse, despaché, mandé una receta electrónica que no salía, discutí por teléfono con el mayorista lo del jueves, y a mediodía metí la mano en el bolsillo del abrigo buscando el móvil y saqué un papelito arrugado con un número.

Lo miré unos segundos.

Lo volví a meter.

Me lo había guardado. Por nada. Porque el abrigo tiene bolsillos y los bolsillos están para llenarlos. Por eso.

CAPÍTULO TRES



Farmacia de guardia

La farmacia Ribas abre a las nueve y media y a las nueve y treinta y cinco ya sabe el barrio entero quién ha dormido mal.

Esto no es una metáfora, es un problema de gestión. Yo despacho medicamentos, pero lo que la gente viene a comprar aquí es otra cosa: una segunda opinión, doce minutos de compañía, alguien que le diga que ese bulto no es nada. Mi padre lo llamaba «el mostrador», así, con artículo, en un tono que yo tardé veinte años en entender. Ahora estoy detrás de él y lo entiendo por semanas.

A las diez menos diez entró la señora Charo.

—Quiero lo de la tele.

—¿Lo de la tele de anoche o lo de la tele de la semana pasada?

—Lo del programa de después de comer. Lo que dijeron para las piernas.

—Charo, ¿lo de las piernas cansadas o lo de las piernas hinchadas?

—Las mías.

Susi se giró desde el ordenador sin levantarse del taburete.

—Es el rusco. Salió el jueves. Llevan tres desde el jueves.

—Ese —dijo Charo, encantada—. Dile a la niña que es muy lista.

Susi tiene veinticuatro años, un año conmigo y ya el doctorado. Habla como si estuviera grabando un vídeo de sesenta segundos y

remata como su abuela, todo seguido y sin transición, y esa combinación en un mostrador de barrio es un arma. A las señoras las tiene ganadas desde el primer mes, que fue cuando le explicó a una clienta la diferencia entre un antihistamínico y un corticoide y terminó con «o sea, que no es lo mismo predicar que dar trigo, Merche».

A las diez y cuarto entró don Ángel: relojero jubilado, cuarenta y un años de escaparate en la calle de atrás y once de viudo, con una puntualidad que a mí me da mucha paz. Viene a por el Sintrom y a que le diga que tiene la tensión de un chaval. La tiene de un señor de setenta y ocho, pero cada uno hace lo que puede.

—¿Cómo va eso, don Ángel?

—Va.

Justo detrás de él entró una chica que yo no conocía, de unos veinte años, y se pasó cuatro minutos delante del expositor de las vitaminas antes de acercarse. Cuando se acercó, no preguntó por vitaminas. Preguntó, muy bajito, otra cosa, y le contesté igual de bajito, y le di lo que necesitaba y una información que no venía en la caja, y se fue.

Eso también pasa aquí, todos los días, y no se cuenta en las cenas. Mi padre decía que en una farmacia de barrio se despacha un veinte por ciento de medicamentos y un ochenta por ciento de vergüenza ajena de la gente consigo misma. Lo decía sin ninguna solemnidad, mientras hacía cuentas.

A las diez y veinte entraron dos Vocales.

Lo de las Vocales requiere explicación clínica. Son cinco señoras de la parroquia del Sagrado Corazón, se llaman a sí mismas «el comité», tienen grupo de WhatsApp con nombre propio y mi madre las preside sin que conste en ningún sitio que las preside. Entran por parejas, nunca solas. Compran cosas que no necesitan y se llevan información. Aquella mañana compraron una gasa y un jabón

íntimo, y el jabón lo compró Pepita mirándome fijamente a los ojos, que es su manera de decirme que sabe de sobra que yo sé.

—¿Qué tal la cena del sábado, Lolita?

—Muy bien, Pepita.

—Es que Borja es un chico muy trabajador.

—Muchísimo.

—Y la madre, una santa.

—Y las croquetas, buenas.

—¿Congelaban?

—De maravilla.

Se fueron sin la gasa. La gasa se la había quedado Loli en la mano, distraída, y volvió a devolverla a las once y cuarto pidiendo perdón a todo el que se cruzaba.

A las once menos cuarto entró el señor de las diez y cuarto.

Le llamamos así porque durante meses vino a las diez y cuarto, y desde hace unas semanas viene cuando le parece, que es un dato clínico que a mí no me correspondía interpretar todavía. Se llama Ramón, es viudo, tiene la tensión regular y una manera de dar las gracias que hace que te dé pena cobrarle.

—¿No viene hoy tu madre? —preguntó, mirando el expositor de los caramelos de eucalipto con un interés que aquel expositor no ha despertado en nadie.

—Sobre las once y veinte.

—Ah. —Se guardó la caja en el bolsillo—. Bueno.

Y se quedó mirando las medias de compresión once minutos, con las manos en la espalda, como quien visita una exposición.

Susi, sin mover la cabeza, dijo:

—Ese señor no necesita medias.

—Ese señor tiene las piernas perfectas.

—Es lo que digo.

Mi madre llegó a las once y veinte, que es su hora, con el bolso por delante y una carpeta de gomas. La carpeta era nueva. La carpeta era, de hecho, el acontecimiento.

Don Ramón, para entonces, ya se había ido, con dos minutos de diferencia y una precisión que solo se consigue queriendo.

—Toma.

Sacó una hoja y la puso sobre el mostrador con las dos manos, girada hacia mí, y esperó. Mi madre entrega los papeles como se entregan las condecoraciones y los partes de defunción: sin soltarlos del todo hasta que estás mirando.

Era una ficha. Papel cuadriculado, columnas hechas con regla, una foto pequeña recortada del boletín parroquial y pegada con celo en la esquina. En la foto se veía a un chico joven con camisa clara y a media docena de personas más, todas cortadas por la mitad.

—Alejandro —dijo—. Álex, se hace llamar.

—¿Y toda esta gente?

—Es del bautizo de los mellizos de la de la mercería nueva. Es la única foto que hay.

Susi había abandonado el ordenador y leía por encima de mi hombro con una falta de disimulo que le agradecí en el alma.

—«Emprendedor digital» —leyó en voz alta—. «Buena familia. No fuma. Muy aparente».

—Muy aparente —confirmó mi madre.

—Aquí, en banderas rojas, pone «come sin pan».

—Es un dato.

—Ya, pero es que es el único.

—Porque es el único que hay.

Y abajo del todo, en su letra pequeña, la casilla que mi madre lleva rellenando tres años y que yo tardé mucho en entender que era la parte que más trabajaba: «Lola dirá que no porque…».

Le di la vuelta a la hoja para no verla.

Fue entonces cuando la farmacia hizo lo que hace la farmacia, que es constituirse en asamblea sin que nadie convoque. Charo, que seguía allí porque Charo no se va nunca, se acercó al mostrador. Detrás de ella, la del tercero. Detrás, una señora que yo no había visto en mi vida y que esperaba a que le mirásemos un lunar.

—A ver la foto.

—Está cortada.

—¿Ese de blanco?

—No. Ese es el padrino.

—¿El padrino de los mellizos?

—El padrino es el hermano, que trabaja en el aeropuerto.

—Ah, el del aeropuerto. Muy aparente también.

—Es el de la camisa clara —dijo mi madre, sin descruzar los brazos.

—Trabaja en internet —informó la del tercero, con el tono con que se lee un diagnóstico.

—Internet da de comer —dijo Charo—. Mira el del gas.

—El del gas no trabaja en internet, Charo.

—Pero mira cómo vive.

—El del gas vive como vive porque su mujer trabajó treinta años en Correos.

—Eso también.

La señora del lunar, que hasta ese momento no había abierto la boca, opinó que en las fotos de bautizo todo el mundo sale mejor de

lo que es, lo cual me pareció entonces, y me sigue pareciendo hoy, la afirmación más sensata que se ha hecho nunca en mi mostrador.

Hubo dos segundos de respeto.

—Pues mi sobrina conoció al suyo en un bautizo —dijo Charo.

—¿Y qué tal?

—Se separaron.

—Ya, pero se conocieron.

—Eso sí.

Después la del tercero preguntó si el chico tenía coche, y mi madre dijo que plaza de garaje, que es más, y el debate se reactivó por otra rama. Se estableció que una plaza de garaje en este barrio vale por una carrera universitaria. Se recordó el caso de un chico de la calle Sierra que tenía dos y acabó fatal, aunque nadie precisó en qué consistió el acabar fatal. La señora del lunar quiso saber si el chico era alto. Mi madre dijo que sí. La del tercero dijo que en la foto no se sabía. Mi madre dijo que estaba sentado.

—¿Y cómo sabe usted que es alto si está sentado?

—Porque le sobresale la cabeza del banco.

Nadie tuvo nada que oponer a eso.

Yo despaché cuatro recetas mientras discutían de mí en tercera persona, que es una experiencia que recomiendo poco.

Don Ángel llevaba diez minutos con el Sintrom en la mano, esperando a pagar y sin decir absolutamente nada. Dejó la receta en el mostrador.

—Yo a ese le vendí un reloj —dijo—. Devuelto a los tres días.

Y se fue.

Hubo un silencio de los que solo se producen en las farmacias y en los juzgados. Charo miró la puerta. La del tercero miró la foto otra vez, ahora con recelo. Mi madre recogió la ficha, la metió en la

carpeta de gomas y anunció, con la naturalidad de quien anuncia una hora de misa, que el jueves a las nueve, en un sitio de hamburguesas que está muy bien y que se llama de una manera rara.

—¿Qué manera rara?

—Rara. Ya lo verás. Ponte el pelo suelto.

Cuando se cerró la puerta, Susi seguía mirando el trozo de mostrador donde había estado la hoja.

—Van a ser diez —dijo.

—Diez.

—Diez citas. —Se levantó, fue al almacén y volvió con el rotulador de la pizarra donde apuntamos los pedidos y las incidencias con los proveedores. Se quedó con él en la mano, pensando, con esa cara suya de estar planificando algo a medio plazo—. Lola, esto hay que documentarlo.

INTERLUDIO



FICHA N.º 28

Nombre: Alejandro. Álex, se hace llamar. (Ojo: no decirle Alejandro delante de la madre, que le sienta mal).

Edad: 34. O eso dice la madre.

De quién es: sobrino de la cuñada de Maruchi, la de la papelería. No la otra Maruchi.

Procedencia: bautizo de los mellizos de la mercería nueva, marzo. Confirmado por Fina, que estuvo.

Foto: boletín parroquial, página 4. Recortada. Sale detrás del padrino. Es el de la camisa clara. NO es el de blanco. El de blanco es el del aeropuerto y está prometido.

Estudios: empresariales o parecido. Algo con siglas.

Trabajo: emprendedor digital. Internet, pero del bueno.

Piso: propio. Plaza de garaje. Heredable por parte de padre. La parte de madre se la reparten cuatro, así que ahí no hay nada que rascar.

Aspecto: muy aparente. Alto. Bien peinado.

Coche: no consta. Con plaza, se supone que sí. Preguntar a Maruchi.

Hermanos: una hermana, casada, en Getafe. Es buena señal: los hijos únicos no saben repartir.

Salud: ninguna que conste. Fina dice que en el bautizo comió de todo y repitió de tarta.

Observaciones de Fina: «Ayudó a recoger las sillas sin que se lo pidieran». (ESTO ES LO MÁS IMPORTANTE DE TODA LA FICHA).

Banderas rojas: come sin pan. Se peina hacia atrás. Habló de trabajo en un bautizo, pero eso es que es serio.

Puntuación: 8,5/10. Sería un 9 con pan.

Lola dirá que no porque… dirá que no porque trabaja «en internet», pero internet da de comer, mira el del gas. Y porque no es médico, que se le ha metido entre ceja y ceja que un hombre que no ha estudiado una carrera larga no la va a entender, como si entenderla fuera un plan de estudios. Y dirá que no antes de llegar al postre, que es lo que hace siempre desde lo de Óscar: decidir a los veinte minutos y quedarse hasta el final por educación. Que se ponga el pelo suelto. Le sienta muy bien y no se lo suelta nunca.

CAPÍTULO CUATRO



Esto lo pago yo con un QR

El sitio se llamaba Res Pública, las mesas eran de tablones y las hamburguesas tenían nombre de persona.

Cuando un sitio se llama así, en la carta hay descripciones de tres renglones y en algún momento de la noche alguien va a explicarte el concepto. Nos lo explicó el camarero antes incluso de traer el agua: que la carne era de una raza que pasta en libertad, que el pan lo hacían ellos y que la salsa de la casa cambiaba cada semana según lo que llegara del mercado.

—¿Y esta semana qué ha llegado? —pregunté.

—Esta semana chipotle.

—Del mercado.

—Del proveedor del mercado.

Álex ya había llegado. Puntual, dos besos, y se sentó y dejó el móvil sobre la mesa girado hacia mí. No boca abajo, ni boca arriba: girado. En la pantalla había una gráfica.

—Esto es de la semana pasada.

—Ah.

—Sube.

Y subía, efectivamente. Yo asentí como asiento cuando una señora me enseña una analítica que no le he pedido: con respeto profesional

y sin comprometerme.

En su descargo diré que era simpático y que arrancamos bien. Preguntó por la farmacia con interés genuino durante casi cuatro minutos. Preguntó si era mía, si me la había dejado mi padre, si daba mucho trabajo la parte de gestión, y yo, que llevo toda la vida contestando a eso, contesté con gusto.

En el minuto cinco, el interés genuino cambió de naturaleza sin que se notara la costura.

—¿Y tú tienes trastienda?

—Tengo almacén.

—¿Grande?

—Lo normal.

—¿Y da a la calle?

—Da al patio.

—¿Y a qué hora cierras?

—A las ocho y media.

Se echó hacia atrás. Cogió aire. Hay hombres que cogen aire igual que otros se remangan.

—Lola. Tú tienes ahí un activo y lo estás usando al veinte por ciento.

Lo que vino después duró lo que tarda en hacerse una hamburguesa poco hecha y consistió en la explicación detallada de por qué mi farmacia debía convertirse en punto de recogida de paquetería de última milla.

Habló de flujos. Habló de que la gente que va a recoger un paquete compra algo mientras espera, «y tú ahí tienes el impulso», y en la palabra «impulso» hizo un gesto con la mano, sacando algo de un sombrero invisible, que repitió cada vez que dijo la palabra, y la dijo nueve veces. Giró el móvil dos veces más para enseñarme unas proyecciones que había hecho, dijo, «por encima», y que tenían tres

escenarios. Uno se llamaba escenario conservador. Otro se llamaba escenario base. El tercero se llamaba, y esto lo juro por la memoria de mi padre, escenario ambicioso.

—¿Y el ambicioso qué contempla?

—Dos puntos más en el barrio.

—¿Dos farmacias más?

—Dos puntos. La farmacia es el ancla.

Yo he sido el ancla de muchas cosas en mi vida, pero nunca de una red logística.

—¿Y tú tienes marca personal?

—Tengo una cruz verde.

—La cruz verde es del gremio.

—Por eso es buena. La conoce todo el mundo.

—Ya, pero no te distingue. —Se inclinó hacia delante, apoyando los codos, y bajó la voz como se baja la voz para dar un consejo caro—. Lola, ¿tú sabes cuánta gente entra en tu farmacia al día?

—Doscientas y pico.

—¿Y cuántas se llaman Lola?

—Solo yo.

Álex se quedó parado dos segundos. Luego se rio, y se rio de verdad, con la boca abierta y todo, y durante ese momento fue el hombre más agradable con el que yo había cenado en dos años y medio.

Después cogió el móvil y anotó algo.

—En Estonia esto ya está tokenizado —dijo poco después, y giró la pantalla otra vez.

—En Estonia hay menos farmacias.

—Justo. —Se le iluminó la cara entera—. Justo, Lola. Ahí está.

Trajeron las hamburguesas, que se llamaban Manuela y Rigoberto. Cogió la cesta del pan de acompañamiento, la miró por debajo y la levantó un poco, y yo supe que a la cesta le iba a pasar algo.

—Esto, por ejemplo. Esto es un coste hundido que ellos han convertido en experiencia.

—Es pan.

—Es pan que has pagado sin darte cuenta.

—Es que viene con la hamburguesa.

—Nada viene con nada.

Vino el camarero, que era el mismo del concepto: un chaval de veintipocos con una libreta y ninguna gana. Álex le preguntó cuántas mesas hacían al día. El chaval dijo que muchas. Álex le preguntó si tenían fidelización. El chaval dijo que había una tarjeta que sellaban, y sacó una del delantal para enseñárnosla, con diez huequecitos y un dibujo de una vaca.

Álex la cogió. La miró por delante y por detrás. La dejó sobre la mesa con la delicadeza con que se deja una radiografía delante de un paciente.

—Esto es el pasado.

—Es de cartón —dijo el chaval.

—Es de cartón y es el pasado. Yo te monto en un fin de semana un sistema donde el cliente acumula valor. Valor real. Y tú sabes en tiempo real quién ha venido, cuándo y qué ha pedido.

—Yo es que soy solo el camarero.

—Por ahora.

El chaval se fue a la barra con la mirada del hombre que acaba de recibir una amenaza y no sabe de qué tipo. Volvió a los diez minutos, dejó la salsa, y antes de irse, sin mirar a Álex, me dijo a mí:

—La tarjeta la puse yo.

A los postres hice un intento. Consta.

—¿Y tú qué haces los domingos?

—¿Los domingos?

—Los domingos.

—Depende de la semana. Si he cerrado algo, descanso. Si no he cerrado nada, adelanto.

—Ya, pero de hacer. De hacer con las manos.

Se quedó callado. Yo también, porque a mí esa pregunta me la habría tenido que hacer alguien hace tiempo y me habría costado contestarla.

—Antes tocaba el bajo —dijo por fin.

—¿En serio?

—Cuatro años. En un grupo.

—¿Y qué pasó?

—Que no escalaba.

Y ahí, en ese verbo, se cerró la puerta. No en el punto de recogida, ni en Estonia, ni en el escenario ambicioso: en un chaval de veinte años con un bajo, mirando a su grupo y calculando si aquello escalaba. Le pregunté qué tocaban. Me dijo dos nombres y no volvió a hablar de ello.

Comí. Estaba bueno. Es importante consignar que estaba bueno, porque a las nueve y cuarenta y cinco de aquel jueves yo ya sabía dos cosas, y la primera era que aquello se acababa con el café.

La segunda me costó más y me duró más, y no es un chiste, aunque yo entonces lo apunté como si lo fuera.

La ficha de mi madre no había fallado en ningún dato.

Ponía «muy aparente», y era muy aparente. Ponía «no fuma», y no fumó. Ponía «buena familia», y sacó a su familia cuatro veces,

todas bien: su madre, su hermana, su sobrino, un tío de Guadalajara. Ponía «come sin pan», y ahí estaba yo, viendo a un hombre apartar el pan de una hamburguesa artesanal con la mano, como quien retira un obstáculo administrativo.

La ficha decía la verdad. Toda la verdad. Y la verdad no servía absolutamente para nada, porque mi madre lo había visto una tarde de marzo en un bautizo, cuarenta minutos, de espaldas al padrino, y en un bautizo todos somos maravillosos.

Mi madre no rellena fichas de hombres. Rellena fichas de fotos. Y luego yo me siento delante de la foto durante dos horas y espero a que se mueva.

Pedimos la cuenta. Álex sacó el móvil, ya sin girarlo, y dijo que esto lo pagaba él, que faltaría más, que si podía pagar con QR.

Podía. El local tenía QR. Estaba pegado en la mesa, entre el bote de kétchup y el servilletero, y Álex lo enfocó con la seguridad de quien va a resolver esto en once segundos.

No cargó.

Lo volvió a enfocar. Se apartó el flequillo. Cambió de ángulo. Limpió el plastificado con la servilleta, por si la grasa. Se levantó y lo enfocó desde el otro lado de la mesa, en cuclillas, con el móvil casi tocando el kétchup, y desde ahí, en cuclillas, me explicó que a veces es la app.

—A veces es la app —dije.

—A veces es la app.

Fue a la barra. Volvió con el camarero, que se agachó también, con verdadera curiosidad científica, y probó con su propio móvil. Tampoco. Vino un segundo camarero. Se agachó. Tampoco. Entre los tres agachados y yo sentada estableciendo el diagnóstico, se concluyó que aquel QR llevaba dos meses sin funcionar y que nadie lo había quitado porque a la dueña le gustaba cómo quedaba.

—¿Y cómo cobráis?

—Con el datáfono, como siempre.

Álex volvió a sentarse. Se pasó la mano por el pelo hacia atrás, exactamente como decía la ficha, y sonrió con un cansancio que por primera vez en toda la noche me pareció auténtico.

—Qué mal está el país.

Pagué yo.

—Te lo apunto —dijo, apuntándolo de verdad, en el móvil, delante de mí—. Para la siguiente.

Volví andando, que son veinte minutos, y por el camino fui rellenando mentalmente la encuesta de mi madre, que yo entonces todavía creía que era una broma. Me detuve un rato largo en la pregunta dos —si pagó, si ofreció pagar o si hizo la carterita lenta—, porque el caso de Álex no encajaba en ninguna de las tres categorías y establecía jurisprudencia nueva: ofreció pagar de verdad, con toda su alma, y falló por causas técnicas ajenas a su voluntad.

Mi madre iba a necesitar una casilla más.

INTERLUDIO



ENCUESTA POST-CITA N.º 1

Candidato: Álex (ficha 28). **Fecha:** jueves. **Lugar:** Res Pública.

Instrucciones: rellenar el mismo día. Al día siguiente ya te has vuelto benévola.

1. Puntualidad. (Si llegó antes que tú, suma. Si llegó antes que tú A TU PORTAL, resta). Puntual. En el sitio, no en mi portal. *(Nota al margen, letra de mamá: «Puntual es carácter»).*

2. ¿Pagó, ofreció pagar o hizo la carterita lenta? Ofreció pagar. Intentó pagar. Creyó firmemente que estaba pagando. Se agachó debajo de una mesa a pagar. Pagué yo. Propongo cuarta categoría: «pagó en intención». *(Al margen: «Pues entonces pagó»).*

3. ¿Mencionó a su ex? ¿Cuántas veces? ¿Con qué cara? Ninguna vez. Mencionó Estonia cuatro. No sé si eso es mejor o peor, pero tengo la sensación de que a Estonia la ha superado menos.

4. ¿Piso propio, compartido o «estoy en un momento de transición»? Propio, con plaza de garaje. Me dijo los metros de la plaza. Dos veces. La segunda con las manos, para que me hiciera idea.

5. ¿Cómo trató al camarero? Como a una oportunidad de negocio no explotada. El camarero terminó la noche

defendiendo emocionalmente una tarjeta de cartón que había diseñado él. Le he dejado propina por daños. *(Al margen: «Pero mal, no lo trató mal»). (Mi letra: «Le dijo "por ahora"»). (Su letra: «Eso es fe en la juventud»).*

6. Madre: ¿viva, difunta, omnipresente? Viva y con opiniones. Como todas. Mamá, esta pregunta la escribiste tú, y las tres opciones que has puesto son las tres opciones de tu propia ficha, así que no sé qué esperabas que contestara. *(Al margen: «Una madre viva es una garantía. Ya me lo agradecerás»). (Debajo, mi letra: «¿A quién se lo agradezco?»). (Debajo, la suya: «A mí»).*

7. ¿Te habló de criptomonedas, gimnasio o Camino de Santiago? (marca todas las que procedan). Criptomonedas: sí, aunque él prefiere llamarlo «activos». Gimnasio: no, pero dijo «mi rutina» y esperó. Camino: no. *(Al margen: «Un chico que no hace el Camino es un chico que trabaja»).*

8. ¿Hubo segunda intención, tercera copa o cuarta cita propuesta? Hubo propuesta de convertir la farmacia de papá en punto de recogida de paquetería. En el escenario ambicioso, dos puntos más en el barrio. *(Al margen: «¿Y eso da dinero?»). (Debajo, otra letra, la mía: «MAMÁ»).*

9. Del 1 al 10, ¿cuánto se parece a la foto del boletín? Un 10. Es idéntico a la foto. Ese es exactamente el problema, y creo que deberíamos hablarlo: la foto duraba una centésima de segundo y la cena duró dos horas y once minutos.

10. ¿Repetirías? No.

11. Del 1 al 10, ¿cómo de viva te sentiste?

(Escrito por mí, con otro boli: «¿Esto qué es, mamá?»).

(Al margen, su letra: «Tú contesta»).

Un 3.

CAPÍTULO CINCO



Tiritas

El lunes por la mañana entró en la farmacia el hombre de la lubina.

Yo estaba reponiendo el expositor de los chupetes, que es una tarea que no requiere talento y por eso me la reservo para los lunes. Lo vi en el reflejo del cristal antes que de frente: chaqueta de entretiempo, manos vacías, cara de estar entrando en un sitio donde no ha entrado nunca.

—Buenos días.

—Buenos días.

Se quedó a un metro y medio del mostrador. Los clientes de una farmacia de barrio se colocan en dos sitios: pegados al mostrador si vienen a por algo, o a un metro y medio si vienen a preguntar por algo que les da apuro. Este estaba en el segundo sitio y no traía apuro ninguno. Estaba ahí, con las manos en los bolsillos, mirando las cajas de la estantería de detrás como quien lee los lomos de una biblioteca ajena.

—Usted es la de la lubina —dijo.

—Yo soy la de la lubina.

—Estaba mustia, ¿eh? Tenía usted razón.

—Yo le dije que cogiera la de arriba.

—Ya. Cogí la otra.

Asintió despacio, como si con eso hubiéramos liquidado un asunto pendiente entre los dos, y se acercó por fin al mostrador.

—¿Tiene tiritas?

—¿De qué tamaño?

—¿De qué tamaños hay?

—Depende de la herida.

—Dígame tamaños.

—Pequeña, mediana, grande y dedo.

Levantó una ceja.

—¿Dedo es un tamaño?

—Dedo es un tamaño. El más solicitado, además.

—¿Más que grande?

—Mucho más que grande. La gente se corta en los dedos.

—Claro. —Se lo quedó pensando con seriedad genuina, dos segundos enteros, apoyando el índice sobre el cristal del mostrador como quien señala un punto en un mapa—. ¿Y las de dedo valen para los otros sitios?

—Valen, pero se despegan.

—¿Y las grandes valen para el dedo?

—Valen, pero hay que doblarlas.

—Doblarlas. —Repitió la palabra igual que se repite una cláusula—. ¿Y eso se hace?

—Lo hace todo el mundo. No debería, pero lo hace.

—¿Y usted?

—Yo tengo de dedo.

—¿En casa o aquí?

—En casa. Aquí tengo de todo, que para eso es una farmacia.

Detrás de mí, Susi había dejado de teclear. No la veía, pero conozco los silencios de mi auxiliar igual que conozco los de mi madre, y aquel silencio tenía las manos juntas.

—¿Y hay más categorías? —preguntó él.

—¿Más categorías de qué?

—De tirita. Usted ha dicho cuatro. Yo he visto ahí una caja azul que no encaja en ninguna.

Se giró para mirar el expositor. Y ahí, señores, cometí el error del profesional, que es el error de creer que a uno le están preguntando de verdad.

—Esa es impermeable.

—¿Impermeable de agua?

—Impermeable de ducha.

—¿Y las normales no?

—Las normales se ponen blandas.

—¿Y por qué no son todas impermeables?

—Porque transpiran menos.

—O sea, que puedes elegir entre mojarte o no respirar.

—Básicamente.

—Es un mundo más complejo de lo que la gente cree.

—Es un mundo carísimo de mantener.

Cogió la caja azul. La leyó por detrás, entera, con la atención de un hombre que lee un contrato de alquiler, y la devolvió a su sitio con las dos manos, cuadrada, mejor colocada de como estaba.

—¿Y esas blancas de al lado?

—Esas son para ampollas.

—¿Y no vale una normal?

—No. Esas llevan un hidrocoloide.

—¿Qué es un hidrocoloide?

—Un gel que absorbe el líquido de la ampolla y hace de piel mientras la piel se rehace.

Se quedó quieto.

—¿Eso existe?

—Eso existe y cuesta ocho euros.

—O sea, que hay un material que se pone donde falta la piel y aguanta ahí hasta que vuelve.

—Hasta que vuelve, sí.

—Y luego se cae solo.

—Se cae solo. Cuando ya no hace falta, se despega.

—Qué educado —dijo.

Yo llevaba catorce años vendiendo apósitos hidrocoloides y no se me había ocurrido nunca que fueran educados. Lo apunté en la parte de mi cabeza donde apunto las cosas que no sirven para nada.

—¿Y las de los niños? —dijo—. Las de dibujos. ¿Curan igual?

—Curan igual.

—¿Entonces por qué las compra la gente?

—Porque el niño deja de llorar antes.

Se quedó un momento callado.

—Eso es medicina también —dijo.

—Eso es lo único que es medicina, algunos días.

Bueno. Que estábamos a las diez y veintitrés de un lunes de abril hablando de tiritas.

—¿Para qué es la herida? —pregunté.

Y ahí, por primera vez desde que había entrado, el hombre de la lubina dudó.

—Todavía no la tengo.

Un mostrador es un sitio raro. Uno está detrás por obligación y eso le da una autoridad que no ha pedido, y lo que hace con esa autoridad lo retrata bastante. Yo podría haber preguntado. Lo lógico habría sido decir: y entonces qué hace usted aquí, a las diez y veintitrés de un lunes, consultándome tamaños de tirita para una herida que no existe.

Lo lógico habría durado dos segundos y me habría dejado sin conversación.

—Eso es previsión —dije.

—Es que estoy vaciando un piso. —Se agarró a la frase como quien se agarra a un pasamanos—. Y hay cosas antiguas. Herrajes. Cajas de metal con los bordes de cuando los bordes no importaban. Ayer abrí un cajón que llevaba cerrado desde antes de que yo naciera y sonó a que dentro había alguien.

—¿Y se cortó?

—No. Pero es cuestión de tiempo. Hay una máquina de coser en el pasillo que me está esperando.

—¿El piso de su abuela?

—El piso de mi abuela. Y la tienda. —Hizo un gesto vago hacia la izquierda, hacia la calle de atrás, hacia el sitio donde lleva cuarenta años la mercería de Maruja Otero, y donde ya no lleva nada—. Hay que dejarlo todo listo.

—¿Listo para qué?

—Para venderlo.

Lo dijo igual que había dicho lo de la lubina mustia: sin dramatismo, como quien informa de una gestión administrativa que

no ha elegido.

Maruja Otero se murió en enero. Yo le despaché durante nueve años el mismo antihipertensivo y una crema para las manos que ella decía que era para las manos y era para los nudillos, porque llevaba sesenta años cosiendo y no lo iba a reconocer a estas alturas. Al entierro fue el barrio entero, incluidas dos señoras que llevaban veinte años sin hablarse y que se sentaron en el mismo banco. Y desde enero, la persiana de la mercería está echada y en el cristal de la puerta sigue puesto el cartel escrito a mano que decía a qué hora volvía de comer.

Aquí las tiendas no cierran. Aquí las tiendas se mueren, y el barrio pasa por delante todos los días a verlas muertas.

—Usted es el nieto —dije.

—Yo soy el nieto.

—Lo siento mucho.

—Gracias. —Movió una caja de tiritas dos centímetros a la izquierda, sin ningún motivo—. Todo el mundo me dice eso y todo el mundo lo dice en serio, que es lo raro. En Edimburgo, cuando se muere alguien, la gente te trae comida y luego se va y te deja tranquilo. Aquí lleváis tres meses parándome por la calle.

—¿Y qué prefiere?

Se lo pensó de verdad. Cuatro segundos. Me estaba empezando a acostumbrar a que este hombre se pensara de verdad las preguntas de cortesía.

—Todavía no lo sé —dijo.

Yo despaché.

Le puse las medianas y las de dedo sobre el mostrador. Dudó un momento más y cogió también un protector labial del expositor de la caja, que es donde se coge lo que se coge sin defensa posible, en abril, sin motivo, y una gasa.

La gasa la devolvió a los diez segundos.

—¿Tienen imperdibles?

—Esto es una farmacia.

—Ya. Pero tienen vendas.

—Tenemos vendas.

—Las vendas se sujetan con algo.

—Con esparadrapo.

—Mi abuela las sujetaba con imperdibles.

—Su abuela también daba por sabidas demasiadas cosas.

Fue lo más cerca que estuve en toda la mañana de decir algo con gracia, y ni siquiera era mío: era suyo, del mercado, se lo estaba devolviendo. Él lo recibió con una especie de inclinación de cabeza, como se recibe un pase bien dado.

Susi apareció a mi derecha sin que la llamara nadie. Abrió el cajón de las medias de compresión, sacó un imperdible de los grandes, lo dejó encima del mostrador junto a las tiritas y volvió a su taburete sin abrir la boca.

—Eso no se cobra —dije.

—Gracias.

Pagó. Cogió la bolsa y se quedó un momento con ella en la mano, calculando el peso de lo que se llevaba: dos cajas de tiritas para una herida que no existía, un protector labial en abril y un imperdible de regalo.

—Que tenga buen día.

—Igualmente. Y compre la de arriba.

—Eso no me lo va a perdonar usted nunca.

Salió. La puerta hizo el sonido de siempre.

Corté el ticket, que salió con su ruidito de sierra, y me quedé con él entre los dedos. Lo normal es tirarlo. Lo normal, cuando el cliente no lo coge, es que se quede enrollado en el cacharro hasta que uno lo arranca a fin de mes y lo tira todo junto sin mirar.

Lo doblé por la mitad y lo metí en el cajón del mostrador, debajo de la bandeja de los bolis.

Por si devuelve, pensé. La gente devuelve mucho.

Susi seguía sin teclear.

—¿Qué.

—Nada.

—Susi.

—Nada. —Se giró hacia la pantalla, y desde ahí, de espaldas, con esa naturalidad suya de tirar las cosas por encima del hombro—: Que ese chico no sangra ni queriendo.

CAPÍTULO SEIS



¿Junto o separado?

El móvil de Sergio empezó a sonar boca arriba encima del mantel, con la cara de su exmujer ocupando la pantalla entera, cuando llevábamos cuarenta y un minutos de cena y todo iba bien.

Reconstruyo, para el acta: había llegado puntual, con una camisa planchada por él mismo, y me había dado la mano en vez de dos besos, que es un gesto que yo agradezco mucho más de lo que parece. De primero pedimos una burrata para compartir.

Lo de que todo fuera bien tiene mérito, porque la cita venía torcida de fábrica.

Dos días antes, mi madre me había puesto la ficha sobre el mostrador con esa ceremonia suya, y yo había leído «separado» en la tercera línea.

—Mamá.

—¿Qué.

—Dijiste nada de separados.

—Este no es separado.

—Aquí pone separado.

—Aquí pone separado porque hay que poner algo. —Mi madre se ajustó el bolso en el antebrazo, que es lo que hace antes de emitir doctrina—. A él lo dejaron, Lola. El que deja es un separado. Al que dejan es un viudo de una viva.

Me quedé mirándola con la receta electrónica a medio mandar.

—Eso no lo puedes decir.

—Lo digo en casa.

—Lo acabas de decir en la farmacia.

—Pues en la farmacia también, que aquí somos de confianza.

Fina, que compraba tiritas de las de dedo a dos metros y que no había venido a comprar tiritas, asintió profundamente.

Así que yo llegué al italiano sabiendo que aquel hombre venía con catorce meses de duelo civil a la espalda, y aun así, insisto, la cena iba bien. Sergio hablaba de su trabajo, que es el mantenimiento de ascensores, y lo hacía con ese gusto de la gente que entiende de una cosa concreta: me explicó que un ascensor no se cae nunca, que lo que la gente teme no existe, y que los accidentes de ascensor son casi siempre de puertas.

—La gente le tiene miedo al vacío —dijo— y el peligro está en el marco.

Yo lo apunté como una frase buena y no como lo que era, que era un aviso.

La burrata llegó blanca y redonda y él la abrió con el cuchillo por el centro.

—Fíjate —dijo—. Por fuera parecía entera.

Ahí levanté la cabeza.

—Es una burrata.

—Ya. Ya lo sé. —Se rio, y se rio bien, sin pena—. Perdona. Llevo catorce meses viendo señales en la comida.

Y como se rio bien, yo también me reí, y ese fue mi error, porque a un hombre en duelo no hay que darle público.

En los veinte minutos siguientes fueron cayendo, en orden: la carta de vinos («al principio pides por la derecha y acabas pidiendo

por el precio»), el propio restaurante («esto antes era una marisquería, ¿sabías?, los sitios también se reinventan a la fuerza») y el pan de cristal.

El pan de cristal merece párrafo aparte porque fue donde entendí el sistema.

—Esto es pan de cristal —dijo, levantando una rebanada al trasluz, muy serio—. Se llama así porque parece que no pesa nada.

—Es que no pesa nada.

—Ya. Pero luego te lo comes y llena igual que el otro. —Lo dejó en el plato—. Yo estuve siete años comiendo pan de cristal.

—Sergio.

—Perdona.

—No pasa nada.

—Es que es automático. Yo veo un objeto y el objeto me cuenta mi vida.

—¿Todos?

—Todos. Ayer fue una alcachofa.

Le pregunté qué le había contado la alcachofa. Me contestó que se lo iba a decir pero que era muy triste. Le dije que lo dijera igual. Y me dijo, con la mirada perfectamente serena de un técnico de mantenimiento de ascensores:

—Que le quitas capas para llegar a lo bueno y lo bueno es diminuto y encima tiene pelo.

Y ahí me reí de verdad, la única vez de la noche, y él pareció ganar diez centímetros de estatura.

A los cuarenta minutos vino el camarero a tomar nota de los segundos, apuntó, se guardó la libreta y dijo, con la mejor de las intenciones, mirando la pantallita del datáfono que llevaba en la mano:

—Una cosa. ¿La cuenta la vais a querer junta o separada? Es que lo metemos ya en el sistema.

Hubo un silencio de dos segundos.

—¿Perdona? —dijo Sergio.

—Que si junta o separada. Lo preguntamos al principio porque si no, luego, con el turno de arriba…

—Junta o separada.

—Sí.

Sergio cogió la servilleta.

Lo que hizo con ella a partir de ese momento no fue retorcerla exactamente: fue trabajarla. La dobló en tres, la volvió a abrir, la enrolló desde una esquina y la fue apretando con las dos manos, despacio, como quien escurre una bayeta, mientras miraba el mantel con una concentración de perito.

—Es que catorce meses —dijo.

—Ya.

—Catorce meses y todavía te lo preguntan.

—Es por el sistema.

—Ya sé que es por el sistema.

El camarero, que tenía veintitrés años y toda la vida por delante, dijo «vale, junta» y se fue muy rápido.

Y entonces sonó el móvil.

Boca arriba. En el mantel. Con la foto de ella ocupando la pantalla entera, una foto de las dos, con un perro.

—No lo cojas —dije.

—Es que es por la niña.

—¿Tenéis una niña?

—No. Es la perra. Pero es de las dos.

Lo cogió.

Hay que entender lo que significa coger una videollamada en un restaurante italiano de treinta cubiertos: no significa hablar por teléfono. Significa poner a una persona ausente encima de la mesa, en vertical, orientada hacia la sala. Bea —se llamaba Bea— apareció en su cocina, con su propia luz de cocina, y lo primero que dijo, antes de saber dónde estaba él, fue:

—Sergio, la perra no come.

—Bea, estoy cenando.

—¿Con quién?

Y aquí, señores, es donde la cena dejó de ser mía.

Sergio hizo un movimiento que ha hecho todo el mundo alguna vez y que no funciona nunca: girar levemente el móvil hacia el vacío para demostrar un vacío. Al girarlo, el codo enganchó la copa. El lambrusco salió hacia mi lado con esa determinación que tiene el vino tinto de ir siempre hacia lo que sea más difícil de limpiar, y yo me levanté medio metro, y en el medio metro se me cayó el bolso, y del bolso salió rodando un blíster de paracetamol y una barra de labios que fue a parar debajo de la mesa de al lado.

—Joder —dije. Con esto agoto mi cupo de la semana.

—Lo siento muchísimo —dijo Sergio, con el móvil todavía en alto, y Bea, desde la pantalla, en su cocina, preguntó qué se había caído.

Fue la señora de la mesa de al lado la que me devolvió la barra de labios. Tendría sesenta años, cenaba con su marido, y me la puso en la mano mirando fijamente el móvil de Sergio.

—¿Esa es la ex?

—Esa es la ex.

—¿Y la ha cogido?

—La ha cogido.

La señora se volvió hacia su marido y dijo, sin bajar la voz, que ella lo entendía perfectamente, que si la perra no come es que algo pasa, y el marido dijo que si la perra no come es porque hace calor, y la señora dijo que en abril no hace calor, y para cuando el camarero volvió con un paño y un mantel limpio, la mitad izquierda del comedor tenía posición tomada sobre un divorcio del que no sabía absolutamente nada.

Y Sergio hablaba con Bea. De la perra primero. Después, de por qué Bea llamaba a las diez y media de la noche un martes. Después, de otra cosa que empezaba en el año dos mil dieciocho y que yo, mientras me secaba la manga con una servilleta, no debería haber escuchado y escuché entera.

—Sergio.

—Perdona. Perdona, de verdad.

—Cuelga.

—Ya cuelgo.

—Cuélgale ahora.

Colgó. Dejó el móvil boca abajo, que es lo que tenía que haber hecho a las nueve y cuarto, y se quedó con las dos manos abiertas sobre el mantel nuevo, mirándolas.

—Lo siento. Esto no es lo que soy.

—Ya lo sé.

—Es que hace catorce meses yo era un tío normal.

—Sigues siendo un tío normal.

—Un tío normal no le pregunta a una farmacéutica qué le pasa a un perro que no come.

—Eso lo pregunta todo el barrio. Ayer me preguntaron por un canario.

Se le movió algo en la cara que casi fue una risa. Y lo que hicimos los cuarenta minutos siguientes, en vez de una cita, fue esto: yo le pregunté por Bea, él me contó lo de Bea, y en algún punto le dije lo único que se me ocurrió que fuera verdad, que era que a los catorce meses todavía no toca, y que yo a los catorce meses de lo mío contestaba a mensajes que no me habían mandado.

Es lo que tiene el mostrador. Yo no sé tener citas. Yo sé despachar.

Vino el camarero con el datáfono. Se plantó al lado de la mesa, miró a Sergio, miró el mantel nuevo, calculó todo lo que había pasado en su turno y, aun así, porque el sistema es el sistema, preguntó:

—Entonces, ¿junta o separada?

Sergio cerró los ojos un segundo.

—Junta —dijo—. Ya que algo esté junto.

Pagó él. La carterita rápida. Se ofreció a acompañarme al metro, no lo hizo por quedar bien, y en la puerta me dio otra vez la mano y me dijo que le había venido bien hablar, lo cual, siendo justos, es más de lo que consiguen la mayoría de las citas.

Volví andando por la avenida, con la manga izquierda de color vino y el bolso mal cerrado.

A la altura del quiosco me vibró el móvil. Grupo de mi madre: 14 mensajes. Después: 17. Después, mientras cruzaba, un audio de Pepita de tres minutos y cuarenta y siete segundos.

No abrí ninguno. Ya sabía lo que ponía. En este barrio la información va más rápido que yo aunque yo vaya en línea recta.

INTERLUDIO



VOCALES DEL SAGRADO CORAZÓN ⛪

(martes, 23:04)

Maruchi: Chicas.

Maruchi: La sobrina de Puri trabaja en el italiano de la esquina de Doctor Esquerdo.

Maruchi: El de las servilletas de tela.

Fina: ¿El que era marisquería?

Maruchi: Ese.

Pepita: Ay.

Pepita: Ay ay ay.

Loli: ¿Qué pasa?

Maruchi: Que ha estado ahí.

Loli: ¿Quién?

Maruchi: Loli, por Dios.

Loli: Ah.

Loli: ¿Y qué tal?

Maruchi: Ha cogido una videollamada de la ex EN LA MESA.

Pepita: No.

Pepita: Eso es que no está cerrado. Yo lo dije. Cuando uno no está cerrado se le nota en la cara y en las manos, y ese hombre tenía las manos de no estar cerrado.

Fina: Que conste que Pepita lo dijo el jueves.

Pepita: Lo dije el jueves.

Fina: Consta.

Maruchi: Y se cayó el vino.

Loli: ¿Encima de la niña?

Maruchi: Encima de la niña.

Loli: Ay, con lo que cuesta el tinto de la ropa.

Loli: Se quita con sal. Pero en caliente no. En caliente lo fijas.

Fina: Loli, eso es para el vino de la mesa.

Loli: Es que es el mismo vino.

Pepita: 🎤 *audio (3:47)* «…y yo lo que digo es que un hombre que a los catorce meses todavía tiene la foto de puesta en el teléfono, y no digo que sea mala persona, que a lo mejor es buenísima persona, pero es que mi Antonio en paz descanse me decía siempre que el que no cierra una puerta es porque piensa volver a entrar, y yo me acuerdo cuando lo de la hija de la Manoli, que aquello fue igual, igual, igual, y la pobre chica se pasó dos años…» *(el audio se corta)*

Fina: Se ha cortado.

Pepita: Es que se me llenó.

Fina: ¿El teléfono?

Pepita: El teléfono.

Maruchi: Amparo.

Maruchi: Amparo, que sé que estás ahí.

Maruchi: Te veo el en línea.

(23:31)

Amparo: Estaba planchando.

Fina: ¿Levanto acta de la n.º 2?

Amparo: No hace falta.

Fina: Es que del n.º 1 hay acta y si de este no hay, luego no cuadra la numeración.

Amparo: Pues levántala, pero corta.

Fina: Consta: candidato n.º 2, descartado por causa sobrevenida (la ex).

Loli: ¿La ex es una causa sobrevenida?

Fina: La ex es siempre una causa sobrevenida.

Pepita: Amparo, ¿tú cómo estás?

Amparo: Yo bien.

Amparo: El siguiente es mejor.

Amparo: Lo tengo visto de las flores de mayo.

Maruchi: ¿El alto?

Amparo: El alto.

Maruchi: Uy.

Pepita: Uy.

Loli: ¿Qué alto?

Amparo: Buenas noches, chicas.

CAPÍTULO SIETE



La Bestia

El jueves me tocó guardia hasta las diez y media y volví a casa andando, que son once minutos y son míos.

A esa hora el barrio está en una fase que a mí me gusta: las persianas de los comercios ya echadas, la gente del bar de la esquina fuera con las chaquetas puestas, un chaval llamando a un telefonillo con demasiada insistencia. Yo iba por la calle de atrás, que es más larga pero pasa por delante de la mercería, y llevaba dos meses pasando por delante de la mercería sin mirar el cartel de la puerta, que es una técnica.

Aquella noche había luz dentro. Y en la acera, un hombre peleándose con la persiana.

La persiana metálica de M. Otero mide tres metros y medio y tiene cuarenta años. Estaba bajada hasta la altura del pecho y no bajaba más. Él tenía las dos manos en la lama de abajo, los pies separados, y estaba aplicando una fuerza que se veía desde la otra acera.

—Buenas noches.

Se giró sin soltar la persiana.

—Buenas noches.

—¿Va bien?

—Va estupendamente.

Solté la bolsa en el suelo y me acerqué. Se apartó un paso, por educación, y los dos nos quedamos mirando la persiana con las manos en las caderas, que es la postura reglamentaria.

—¿Se ha atascado?

—No se ha atascado. Ha decidido.

—¿Decidido?

—Lleva tres semanas haciéndome esto. —Se limpió las manos en el pantalón; las tenía negras de la lama—. A mi abuela la respetaba. Con mi abuela subía y bajaba como una seda, y mi abuela pesaba cuarenta y seis kilos y tenía una mano de cera. A mí me ha olido el miedo el primer día.

—Es una persiana.

—Es una persiana con criterio.

—¿Y qué criterio tiene?

—Que yo no soy de aquí. —Volvió a agarrarla, tiró hacia abajo dos veces, sin resultado, y lo dijo sin dramatismo, entre tirón y tirón—. La primera semana bajaba entera. Desde que empecé a vaciar cajones, hasta aquí.

—¿Y no será el muelle?

—Es el muelle.

—Pues entonces no es el criterio.

—Es el muelle y es el criterio. —Se apartó, se puso las manos en las caderas y miró la persiana de arriba abajo, como se mira a un contrincante en el pesaje—. Las dos cosas pueden ser verdad. Don Ángel dice que es la guía izquierda, que se torció en el noventa y dos cuando el camión de las obras.

—¿Don Ángel es el relojero?

—Don Ángel es el vecino de arriba y lleva treinta años diagnosticando esta persiana. Tiene cuatro teorías y ninguna herramienta.

—¿Cuáles son las otras tres?

—La guía izquierda. El muelle. La humedad. Y una cuarta que solo saca cuando ha cenado, que es que mi abuela le echó algo.

—¿Le echó algo a la persiana?

—Le echó algo a la persiana. —Se encogió de hombros—. Mi abuela le echaba cosas a los objetos. A la máquina de coser le hablaba en gallego cuando se atascaba, y funcionaba, y yo no he encontrado la explicación técnica todavía.

Miré la lama. Miré las guías. Miré, sobre todo, la izquierda, que efectivamente tenía una torcedura de tres centímetros a la altura de la cintura y una pintura más nueva que el resto.

Y aquí viene la parte de mí que no controlo. Yo, delante de un problema, tengo un defecto profesional grave, que es que empiezo a resolverlo antes de que nadie me lo haya pedido. Una señora entra en la farmacia a decirme que le pica un brazo y yo, si me descuido, le he dado el prospecto entero, dos consejos y un teléfono, cuando lo único que quería la señora era que alguien le mirase el brazo. Mi padre lo llamaba «despachar de más». Le salía peor a él que a mí.

Así que hice un esfuerzo consciente por no decir «prueba a levantarla del todo y bajarla de golpe», que era exactamente lo que había que hacer.

—Prueba a levantarla del todo y bajarla de golpe —dije.

—Ya lo he probado.

—¿Con las dos manos en el centro?

—Con las dos manos en el centro, con las dos manos en los lados y con el hombro. Y con la rodilla, ayer, lo cual fue un error.

—¿Tienes herramientas?

—Tengo un taller entero en Edimburgo.

—Aquí.

—Aquí tengo un destornillador de estrella y una cinta métrica.

—¿Y una escalera?

—La escalera está dentro. —Señaló la persiana con la barbilla, muy serio—. Detrás de eso.

Lo intentamos siete u ocho minutos. Yo también. Nos pusimos los dos en la lama, contamos hasta tres y tiramos a la vez, y la persiana bajó cuatro centímetros y se plantó con un ruido que sonó a opinión. Lo intentamos otra vez. Nada.

Cuando nos rendimos, él se sentó en el bordillo, sacó del bolsillo de la chaqueta una bolsa de pipas empezada y me la ofreció sin decir nada, como se ofrece algo a alguien con quien ya has perdido una guerra.

Me senté.

Hay conversaciones que no se pueden tener de pie. Es una cosa física: la acera te obliga a mirar hacia delante en vez de a la cara, y eso le quita solemnidad a lo que se dice, y por eso en este país las cosas importantes se han dicho siempre en bordillos, en coches y en cocinas.

Me contó que se llamaba Martín, que llevaba nueve años en Edimburgo y que restauraba muebles. Que su abuela le enseñó a lijar a los once años en la trastienda de esa misma tienda, con un taburete, y que lo primero que lijó fue una silla que sigue en el piso de arriba. Que se enteró de lo de Maruja un martes a las siete de la mañana y que tardó veintidós horas en llegar, y que en las veintidós horas no lloró y en el aeropuerto de Barajas, delante de una máquina de café, sí.

—¿Por qué delante de la máquina?

—Porque me pidió el café con leche en gallego.

—¿La máquina?

—La máquina no. La señora de al lado. —Cogió otra pipa—. Le dijo a la máquina «leite» y la máquina no le entendió y yo me puse a llorar como un tonto con un vaso en la mano.

—Eso no es de tonto.

—Eso es lo que me dijo la señora.

Le pregunté por qué Edimburgo. Me dijo que por casualidad, que fue seis meses a un taller a aprender una técnica de acabados y que se quedó nueve años, que es exactamente como se queda la gente en los sitios. Le pregunté si tenía a alguien allí. Me dijo que un socio, un perro que era del socio y una casa que era de un banco. Le pregunté si volvía.

—Tengo billete para el treinta.

—¿De este mes?

—De este mes.

Yo hice un ruido con la nariz que me salió sin permiso y que él tuvo la elegancia de no interpretar en voz alta.

—¿Y da tiempo?

—No.

—¿Entonces?

—Entonces lo iré cambiando. Llevo cambiándolo desde febrero. —Aplastó la bolsa de pipas para juntar las que quedaban abajo—. Es la cuarta vez. La chica de la agencia ya me conoce la voz.

Que había venido a vaciarlo todo y a vender.

—¿Y hay comprador?

—Hay uno.

—¿Bueno?

—Una franquicia de vapeadores.

Le di a una pipa. Se me quedó una cáscara pegada en el labio y me la quité con el dorso de la mano, y creo que tardé cuatro segundos largos en decir algo, porque lo que quería decir no se podía decir.

Que no. Que ahí no. Que en ese escaparate lleva cuarenta años una mujer poniendo los botones por colores y que el barrio entero ha aprendido a coser mirando ese cristal, y que si ahí ponen luces moradas y sabores de fresa, este trozo de calle se acaba, y que a mí no me da la gana.

Nada de eso era asunto mío.

—Vaya —dije.

—Ya.

—¿Y qué te ofrecen?

—Bastante. —Escupió una cáscara con puntería—. Más de lo que vale. Que es lo que hace que sea difícil decir que no, porque entonces ya no puedes decir que lo haces por dinero. Tienes que decir que lo haces por otra cosa. Y decir en voz alta la otra cosa da mucha vergüenza.

—¿Cuál es la otra cosa?

—Todavía no la he dicho en voz alta.

Nos quedamos con eso.

Y en algún punto de esos veinte minutos —no sé cuál, y lo he pensado mucho— dejó de hablarme de usted. No hubo transición, ni permiso, ni broma sobre el usted. Simplemente en un momento dado dijo «¿tú de dónde eres?» y ya no volvió atrás.

Lo registré. No dije nada.

A las once y veinte nos levantamos. Yo tenía que abrir a las nueve y media y él tenía que hacer algo con una persiana a media altura y una tienda abierta al mundo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Dormir aquí, supongo. Como un vigilante jurado, pero peor pagado.

—Puedo llamar a un cerrajero.

—A las once y media de la noche un cerrajero cobra lo que una franquicia de vapeadores.

Se acercó a la persiana. Le puso la mano encima, plana, sobre la lama fría, como quien apoya la mano en el cuello de un caballo, y le dijo algo por lo bajo que no oí.

Y la Bestia bajó.

Bajó sola, entera, suave, con un siseo perfecto, hasta el suelo, y se quedó ahí como si llevara toda la noche esperando a que nos calláramos.

Martín se quedó mirándola.

—Lo hace por vicio —dijo.

Se abrió una ventana en el primer piso de al lado. Don Ángel, en pijama de rayas, con el pelo blanco de punta y las gafas puestas, se asomó, miró la persiana, miró a Martín, me miró a mí, y volvió a meterse dentro.

—¿Otra vez la Bestia? —dijo desde dentro.

—Ya está —contestó Martín.

—Pues cierra con la llave grande.

La ventana se cerró. Martín echó la llave grande. Yo cogí mi bolsa del suelo y me fui a mi casa, once minutos, con las manos negras de la lama y una bolsa de pipas en el bolsillo de la chaqueta que no era mía y que no le devolví.

CAPÍTULO OCHO



El Escorial en catorce meses

Al tercer candidato lo despaché en cincuenta minutos y con café, que es mi récord.

La ficha venía con una advertencia. Mi madre me la entregó el lunes, con la ceremonia de siempre, y encima del papel había pegado un pósit amarillo que ponía, con su letra: «Este es serio. No le hagas eso que haces».

—¿Qué es lo que hago?

—Lo sabes.

—No lo sé.

—Poner la cara.

—¿Qué cara?

—La cara de cuando ya te has ido pero sigues sentada.

Se llamaba Ignacio, tenía treinta y siete años, trabajaba en una consultora y había elegido para vernos una cafetería de las de mármol y camareros de chaleco, en el centro, que a mí me pareció un detalle. Llegó antes que yo. Se levantó al verme. Preguntó si prefería la mesa de dentro o la de la cristalera. Nos sentamos en la de la cristalera.

Y a los once minutos sacó una carpeta.

Yo, a estas alturas de mi vida, tengo una relación complicada con las carpetas.

—Antes de nada —dijo—, quiero ser transparente contigo.

—Vale.

—Yo no salgo a conocer gente. Yo salgo a buscar esposa.

Le agradecí la sinceridad y se lo dije de verdad, porque después de Álex y de Sergio, un hombre que te dice a los once minutos exactamente lo que quiere es una cortesía. Lo que ya no me esperaba era el plastificado.

Sacó una hoja. Una hoja plastificada, de las de laminar en papelería, con las esquinas redondeadas.

—Esto es orientativo.

Era un plan. Estaba maquetado. Tenía una línea del tiempo horizontal, con hitos, y encima de cada hito, una etiqueta.

Catorce meses de noviazgo. Los tres primeros, «conocimiento y presentación a familias» (dos meses cada familia, con margen). Del cuarto al noveno, «convivencia parcial supervisada». Pedida en el mes diez. Boda en el mes catorce, en El Escorial, «por disponibilidad y por tradición familiar».

—¿Qué es convivencia parcial supervisada?

—Fines de semana alternos en casa de uno y del otro.

—¿Y lo de supervisada?

—Que hay alguien.

—¿Quién?

—Depende del fin de semana. En mi casa está mi hermana, que vive conmigo desde lo de su separación. En la tuya no sé, eso ya lo verías tú.

—En la mía está mi madre a cuatro portales.

—Perfecto —dijo, y lo apuntó mentalmente, y se le vio apuntarlo.

Y después de la boda, cuatro hitos más pequeños, con nombre.

Los cuatro hitos tenían nombre porque eran cuatro hijos. Ignacio, Álvaro, Covadonga y Mencía. En ese orden. Con un margen de dieciocho meses entre cada uno «por salud materna», lo cual, dentro de todo, era la única línea de la hoja que demostraba consideración hacia mí.

—El colegio está decidido —dijo—, pero eso es negociable.

—¿El colegio de los cuatro?

—De los cuatro. Los hermanos tienen que ir juntos.

—¿Y lo del nombre?

—Ignacio es por mi padre.

—¿Y Mencía?

—Mencía es porque me gusta.

Le pregunté si el plan lo había hecho él y me dijo que sí, que la primera versión hace cuatro años, y que la iba revisando. Le pregunté cuántas versiones llevaba. Me dijo que esta era la novena. Le pregunté qué había cambiado de la primera a la novena.

—Los tiempos —dijo—. La primera eran ocho meses hasta la boda.

—¿Y por qué la alargaste?

—Porque me lo dijeron.

—¿Quién?

—Las tres primeras.

Y entonces, para explicarme una cosa del calendario, abrió la carpeta otra vez y sacó su orla de la universidad.

Plastificada.

Detrás de la orla había una estampa de un santo, del tamaño de una tarjeta de visita. Plastificada. Detrás de la estampa, una foto de carné de su padre, que había muerto en 2019 y que estaba, esa también, plastificada, y que él tocó con el pulgar al pasarla, un gesto

de una décima de segundo que yo vi y del que no dije nada. Y al final del todo, la parte que a mí me terminó de ganar la tarde: la misma línea del tiempo, otra vez, pero en A3, doblada en cuatro.

—Esa es para las familias —dijo—. Se ve mejor de lejos.

—¿La has enseñado alguna vez?

—Dos veces.

—¿Y?

—La primera se rio. La segunda me dijo que le parecía muy bien y no me volvió a coger el teléfono.

Lo dijo sin autocompasión ninguna, con el mismo tono con que había pedido los cafés, y yo, que llevaba media hora catalogándolo, tuve que reconocer que aquel hombre iba de frente por la vida con una hoja plastificada en la mano, que es más de lo que puede decir el noventa por ciento de la gente que conozco, incluida yo, que llevo tres años dejando pasar la vez en todo.

—Es que la gente cree que esto es rigidez —dijo—. Y no es rigidez. Es que yo ya sé lo que quiero y no me parece bien hacerle perder el tiempo a nadie.

—Ya.

—¿Tú sabes lo que quieres?

—Sé lo que no quiero.

—Eso es la mitad.

—Es la mitad más barata.

Y entonces sacó un rotulador.

De pizarra blanca. Azul. Lo dejó encima de la hoja plastificada, en medio de la mesa, y lo empujó dos centímetros hacia mí con dos dedos.

—Por si quieres proponer cambios.

Yo miré el rotulador. Miré la hoja. Miré al camarero, que pasaba con una bandeja y que no me sirvió de nada.

Cogí el rotulador. Le quité el capuchón. Y en el mes catorce, encima de EL ESCORIAL, escribí: «no».

Después, en el hito de Covadonga, escribí: «no».

Después dudé un segundo en Mencía, porque Mencía era el único que le gustaba a él, y también escribí «no», porque si empiezas a hacer excepciones por pena no acabas nunca.

Ignacio miró la hoja. Asintió con la cabeza, como se asiente ante un dato de mercado desfavorable. Y entonces cogió la hoja, se la acercó, y con la manga de la camisa —la manga de una camisa buena, azul claro, de un hombre que va a la oficina— borró los tres noes de una sola pasada, sin dejar rastro, sin mirarme, sonriendo un poco.

—Por eso es de pizarra —dijo.

Fue, con diferencia, lo mejor que ocurrió aquella tarde.

Nos despedimos muy bien. Insisto en esto porque en el barrio se cuenta de otra manera: nos despedimos como dos personas educadas que han entendido a la primera.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo, guardando la carpeta.

—Claro.

—¿Tú a qué has venido?

—A cumplir un pacto con mi madre.

—Ya. —Cerró la solapa—. ¿Y de las diez, cuántas llevas?

—Tres.

—Vas a llegar a diez.

—Eso me temo.

—No, si no lo digo por mal. —Se puso de pie y se abrochó el botón de la chaqueta—. Lo digo porque yo también hago listas. Y la gente

que hace listas no las abandona a la mitad. Las termina, aunque a la tercera ya sepa que no.

Pagó él, sin carterita lenta. Me dijo que le había gustado conocerme y que le parecía una pena, y yo le dije que a mí también, y las dos cosas eran verdad en la proporción justa. En la puerta me dio la mano y me deseó suerte con un énfasis que solo se le pone a la gente que crees que la va a necesitar.

Volví por la calle de atrás. Son cuatro minutos más.

Y al llegar a la altura de la mercería lo vi.

Martín estaba en la acera, de espaldas, con las mangas subidas, intentando meter por la puerta de la tienda una cómoda que le llegaba por el pecho. La tenía puesta de canto sobre una manta doblada y la iba desplazando a base de girarla sobre las esquinas, un pico y luego el otro, como se mueven las lavadoras y los muertos. Le faltaba medio metro y le faltaba, sobre todo, otro par de manos.

La persiana estaba subida entera, por cierto. Del todo. Alguien había ganado la guerra esa semana y no era la Bestia.

Yo tenía las dos manos libres.

Me quedé en la esquina, detrás de un contenedor, como una imbécil, calculando de cuántas maneras se podía interpretar que la farmacéutica del barrio aparezca a las siete y media de la tarde a levantarle un mueble a un hombre al que ha visto tres veces, y en cuál de esas maneras salía yo bien. Calculé también, y esto es peor, quién podía estar mirando desde qué ventana. Hay cuatro ventanas en esa calle que son, a efectos prácticos, cuatro emisoras.

Técnicamente, no era asunto mío.

Me fui por la otra calle. Di un rodeo de siete minutos para llegar a un portal que estaba a doscientos metros, y por el camino me fui explicando a mí misma, con mucho detalle y bastante convicción, que no me había acercado por no molestar.

En casa, rellenando la encuesta de Ignacio, me quedé un rato largo en la pregunta cuatro, la del piso.

Piso propio, escribí. En 2043.

Me hizo gracia a mí sola durante unos ocho segundos.

Después dejé el boli, me levanté, cogí las llaves del recibidor y bajé otra vez a la calle. Anduve los cuatrocientos metros hasta la esquina de la calle de atrás.

La puerta de la mercería estaba cerrada, la persiana echada y la cómoda dentro.

CAPÍTULO NUEVE



El señor de las diez y cuarto

Mi madre viene a la farmacia a las once y veinte. Eso lo sabe el barrio, lo sé yo y lo saben los proveedores.

Desde hace tres semanas, dos días por semana, mi madre viene a las diez.

La primera vez trajo una excusa: que si el expositor de los caramelos de eucalipto estaba dado la vuelta y que qué imagen. Vino, lo giró, se quedó. La segunda vez trajo otra: que si las bolsas de papel se estaban acabando y ella pasaba por la papelería. La tercera ya no trajo ninguna, que es cuando una madre se relaja y comete el error.

Los viernes por la mañana la farmacia va cargada. Viene la gente que ha aguantado toda la semana pensando que se le iba a pasar y que a las nueve y media de un viernes ha decidido que no se le va a pasar, y viene también la que se abastece para el fin de semana como si fuéramos a cerrar tres meses. Aquel viernes despachamos, antes de las diez y cuarto: dos antibióticos, una prueba de embarazo, cuatro tensiones y una discusión sobre si el jarabe de la niña había que agitarlo o no (había que agitarlo).

A las diez y cuarto entra don Ramón.

—Buenos días.

—Buenos días, don Ramón.

—Vengo a por lo mío.

Lo suyo es un antihipertensivo, una estatina y, últimamente, con una frecuencia que no se corresponde con el consumo humano de un adulto sano, magnesio.

Aquel viernes mi madre estaba de espaldas, colocando los caramelos de eucalipto por sabores, tarea que no requiere veinte minutos y a la que ella lleva dedicando veinte minutos dos días por semana.

—Anda, Amparo. Tú por aquí.

—Ay, Ramón. Aquí, ayudando a la niña.

La niña tiene treinta y dos años y estaba despachando una receta electrónica a tres pasos.

—Oye, Amparo, una cosa. ¿Tú qué tensiómetro tienes?

Y ahí mi madre se giró.

Voy a intentar explicar lo que pasó con la voz de mi madre, porque es un fenómeno que yo no había observado nunca y que después he podido documentar en cuatro ocasiones más.

Mi madre tiene una voz de misa, que es la que usa con las Vocales, y una voz de casa, que es la que usa conmigo y que consiste básicamente en un imperativo continuo. Y tiene, resulta, una tercera. Le baja dos tonos. Se le va el canturreo. Se pone técnica.

—Yo tengo uno de brazo. De muñeca no cojas.

—Es que el de muñeca es más cómodo.

—Es más cómodo y te miente. Yo tuve uno de muñeca y me daba catorce de máxima estando yo como una rosa, y luego en el centro de salud, doce.

—¿Y no será que en el centro de salud te relajas?

—Ramón, en el centro de salud no se relaja nadie.

—En eso llevas razón.

—El de brazo, y sentado, y con el brazo apoyado en la mesa a la altura del corazón. Que la gente se lo toma de pie y luego se asusta.

—¿A la altura del corazón?

—A la altura del corazón. —Se puso la mano en el pecho para enseñárselo, con la palma abierta—. Aquí.

Don Ramón asintió muy despacio y estuvo un rato mirando la mano de mi madre en el pecho de mi madre.

Voz de ferretería. Es la única manera que se me ocurre de describirla. La voz de la mujer que sabe cómo se hacen las cosas y a la que llevaba tres años sin oír, porque en casa mi madre no arregla nada desde que se murió mi padre: llama a un chico.

Lo que vino después duró once minutos y yo lo despaché entero desde el otro lado del mostrador.

Don Ramón dijo que él dormía mal. Mi madre dijo que la valeriana no hace nada pero que a ella la ayuda, y que eso es lo que hay que mirar. Don Ramón dijo que a él la valeriana le daba igual, pero que había probado el magnesio y que igual sí. Mi madre dijo que el magnesio hay que tomarlo de noche. Don Ramón dijo que él lo tomaba de noche. Mi madre dijo que entonces bien.

Y después mi madre dijo que ella últimamente andaba con la espalda, y don Ramón dijo que él tenía en casa uno de esos cojines que se meten en el microondas, de semillas, y que eran una bendición, y que si quería le decía la marca.

—Dímela.

—Te la apunto y te la traigo.

—No hace falta que la traigas.

—Si paso de todos modos.

Yo llevaba catorce años en ese mostrador y aquello era, con diferencia, el ramo de flores más largo que se había mandado nunca dentro de mi farmacia. Se estaban recomendando complementos

alimenticios como quien se manda rosas. Se estaban ofreciendo cojines de semillas como quien ofrece un anillo. Y lo hacían delante de mí, en horario comercial, con la tranquilidad de dos personas que no tienen ni la más remota idea de lo que están haciendo.

Compró el magnesio. Segunda caja del mes. Le pregunté, por deformación, si lo estaba tomando por algo.

—Por los calambres de la noche —dijo, sin mirarme, mirando a mi madre.

—Los calambres de la noche son de deshidratación, la mayoría de las veces.

—Ya. —Se guardó la caja—. Pues eso será.

Se fue a las diez y veintiséis. Mi madre terminó con los caramelos de eucalipto a las diez y veintiocho y se fue a las diez y media diciendo que tenía cosas.

Susi esperó a que la puerta se cerrase del todo.

—Tercera.

—Tercera qué.

—Tercera visita del señor de las diez y cuarto en horario de tu madre. —Se subió al taburete—. Van tres de tres. Estadísticamente, eso ya no es un señor con tensión.

—Susi.

—Y magnesio, Lola. Magnesio. Ese hombre no tiene calambres. Ese hombre lo que tiene es un motivo para volver el jueves.

Le dije que se ocupara del pedido. Se ocupó del pedido. Y desde el taburete, veinte minutos después, sin levantar la vista de la pantalla, dijo:

—Tu madre tampoco.

—Tampoco qué.

—Tampoco tiene calambres.

A la una y media, en el hueco de la comida, estuve a punto de llamarla.

Lo pensé con el móvil en la mano y la persiana a media altura, y llegué a componer la frase entera: mamá, ¿tú y don Ramón qué. Así, sin signos, que es como se preguntan estas cosas en mi familia.

No la llamé. Y no la llamé porque, si yo le preguntaba a mi madre por don Ramón, mi madre iba a tener derecho a preguntarme a mí por lo mío, y en aquel momento yo no tenía nada mío, salvo una bolsa de pipas medio vacía en el bolsillo de una chaqueta que llevaba tres días sin ponerme y que no había vaciado.

Cerré a las ocho y media, subí a casa, me hice una tortilla francesa y me senté a la mesa de la cocina con el sobre de las encuestas.

Mi madre me las devuelve corregidas.

Esto no lo he contado todavía porque me da vergüenza: mi madre me devuelve las encuestas con anotaciones en el margen, en su letra pequeña, rebatiéndome punto por punto, como una profesora que no acepta el resultado del examen. La de Álex volvió con siete apostillas, una de ellas subrayada dos veces. La de Sergio volvió con tres y con un dibujo de una casa que yo tardé una semana en descifrar y que resultó ser un chalé, en referencia a un argumento que ella y yo no habíamos tenido.

En la de Sergio, al lado de donde yo había escrito que el hombre había cogido una videollamada de su ex a los cuarenta y un minutos, mi madre había escrito:

«Un hombre que llora por una perra no es un hombre frío. Acuérdate de esto dentro de veinte años, cuando te toque a ti elegir quién te aguanta».

Eso es mi madre. Eso, exactamente eso, es mi madre: una mujer capaz de defender a un tipo que me tiró el vino encima usando como argumento mi propia vejez.

Rellené la de Ignacio entera. Fui rápida: puntualidad, sí; pagó, sí; ex, ninguna; camarero, correctísimo; madre, viva y con una versión en A3.

Y llegué a la once.

Del 1 al 10, ¿cómo de viva te sentiste?

Puse un 2, que era lo que había, y me quedé mirando la casilla.

Porque la pregunta no dice «con él». Eso lo he comprobado luego muchas veces, y no lo dice. La pregunta de mi madre está mal formulada, o está formulada exactamente como ella quería, que con mi madre nunca se sabe si es torpeza o arquitectura. La pregunta dice: del uno al diez, cómo de viva te sentiste.

Y yo, aquella semana, me había sentido viva un jueves por la noche, sentada en un bordillo, con las manos negras de una persiana, comiendo pipas con un hombre que se está deshaciendo de la vida de su abuela y no sabe cómo decirlo en voz alta.

No se lo he contado a nadie. Ni a Susi, que lo habría apuntado. Ni a mi madre, evidentemente. Ni siquiera me lo he contado del todo a mí, que es lo raro, porque yo me lo cuento todo.

Cogí el boli.

Debajo del 2 de Ignacio, en el margen de abajo, donde no había casilla ninguna, escribí otro número.

Un nueve.

PARTE II



ÉRAMOS POCOS Y PARIÓ LA ABUELA

CAPÍTULO DIEZ



Guerra de libretas

El cuarto candidato lo puso otra vez la vecina del cuarto, lo cual, en términos deportivos, significa que la vecina del cuarto llevaba dos de dos y ninguna dentro.

—Este es distinto —dijo mi madre.

—Eso dijiste de Borja.

—De Borja no dije nada, que a Borja lo puso ella sola y a mí me pareció fatal.

—Te comiste las croquetas.

—Yo me como lo que me traen, Lola. Eso se llama educación.

La ficha decía: Jorge. Treinta y tres. Arquitecto técnico. Hijo de Mari Cruz, la del coro. Piso propio, pequeño pero céntrico. Aspecto: muy arreglado. Y en banderas rojas, en la letra pequeña de mi madre, un dato que ella había considerado necesario consignar y que a mí me tuvo entretenida media mañana:

No se le conoce novia formal. (Es selectivo).

Debajo, la casilla de siempre: «Lola dirá que no porque… dirá que no porque le parecerá poca cosa que sea del coro, pero del coro salen los mejores».

Quedamos en un japonés que había elegido él.

Llegó cuatro minutos antes que yo, y cuando entré ya estaba de pie, y me dio dos besos, y me dijo que estaba muy guapa con una

precisión que no me esperaba: no dijo «estás muy guapa», dijo «te queda muy bien ese verde», que es otra categoría de comentario.

Nos sentamos en una mesa de dos, junto a la cristalera, con un espejo largo en la pared del fondo.

Pidió él, después de consultarme todo. Pidió, concretamente, un menú degustación de once pasos.

—Once —dije.

—Es que si pides poco, luego se hace corto.

Lo apunté en la parte de atrás de la cabeza sin saber todavía dónde archivarlo.

Los primeros cuarenta minutos fueron los cuarenta minutos más educados de mi vida adulta. Hablamos del barrio. Hablamos de su trabajo, que consiste en revisar que lo que dibujan otros se pueda construir de verdad, y del mío, que consiste en lo mismo con recetas. Nos reímos dos veces. Preguntó por mi padre con delicadeza y sin escarbar. No miró el móvil ni una sola vez.

Y sin embargo.

Yo llevo catorce años detrás de un mostrador y he desarrollado un instinto que no me sirve para nada en la vida privada pero que en el trabajo es infalible: sé cuándo alguien me está contando el motivo verdadero por el que ha venido y cuándo me está contando el motivo de la puerta. La señora que entra a por unas vitaminas y a los seis minutos, cuando ya no queda nadie, pregunta otra cosa. El señor que compra tres cajas de algo para justificar la cuarta.

Jorge me estaba contando el motivo de la puerta con una fluidez impecable.

Primer dato: se había sentado de espaldas al espejo, lo cual, si te sientas de espaldas a un espejo en un local con la entrada detrás, significa que estás viendo la entrada perfectamente todo el rato.

Segundo dato: cuando entró una pareja de señoras de unos sesenta años, dejó de hablar durante segundo y medio.

Tercer dato: el menú de once pasos.

Y el cuarto, el definitivo, fue a los postres. Trajeron un mochi y él lo miró, cogió aire y dijo:

—¿Puedo preguntarte una cosa muy fea?

—Pregunta.

—¿Tú a esto has venido voluntaria?

—No.

—Vale. —Dejó la cucharilla—. Yo tampoco.

Y ahí nos miramos por primera vez en toda la noche como se miran dos personas y no como se miran dos candidatos.

—Mi madre no sabe que soy gay —dijo—. Llevo doce años con esto. Es una señora de setenta y cuatro años, con dos operaciones de cadera, que se toma el hierro que le mandas tú, por cierto, y que canta en el coro los sábados. Y yo llevo doce años calculando y todavía no he encontrado el momento, y ya no sé si es que no lo hay o es que soy un cobarde.

—Las dos cosas se parecen mucho por fuera.

—Se parecen muchísimo. —Cogió la cucharilla otra vez y no la usó —. Lo siento. Lo de esta noche, digo. Sé lo que es esto y aun así te he hecho venir.

—Yo también he venido sabiendo lo que era.

—Ya. Pero tú venías engañada de otra manera.

Me terminé el mochi. Le pedí que me explicara los once pasos.

Y ahí empezó la parte buena de la noche.

Porque resulta que Jorge llevaba doce años perfeccionando una técnica que él llama, sin ninguna ironía, «la cita señuelo», y que tiene protocolo, y que me expuso durante los cuarenta minutos siguientes con la seriedad de un hombre que presenta un proyecto de ejecución.

Regla uno: menú largo. Una cita corta se puede repetir; una cita de tres horas se cierra sola. «Si a las once y media seguimos comiendo, mi madre no me puede decir que no lo he intentado».

Regla dos: local con espejo o con cristalera. Nunca de espaldas a la puerta. «Mi madre tiene a cuatro señoras en un radio de dos kilómetros y una de ellas cena fuera los jueves».

Regla tres: pagar siempre. «Es lo único que no admite discusión al día siguiente».

Regla cuatro, y esta la dijo mirando la mesa: ser encantador de verdad. No fingir. Porque las mujeres que van a estas cenas van tan poco voluntarias como él, y ya bastante tienen.

—Esa regla es más cara que las otras tres —dije.

—Esa regla es la única que me sale gratis.

Pedimos otra botella de agua con gas y sacó el móvil, y yo pensé que se acababa la conversación, y lo que hizo fue buscar una foto en la galería y girármelo.

Era una libreta abierta.

—No —dije.

—Sí.

—No me lo puedo creer.

—Mi madre lleva libreta desde 2019.

Le arranqué el móvil de la mano.

Y aquí, señores, es donde la cena se convirtió en un congreso.

La libreta de Mari Cruz es una libreta de anillas, tamaño cuartilla, y funciona por pegatinas de colores. Verde: disponible. Amarilla: en proceso. Roja: descartada. Azul: «pendiente de confirmar si sigue soltera», categoría que a mí me pareció, y le insisto a quien quiera oírlo, de una crueldad administrativa notable.

—¿Y las fotos?

—Del boletín.

—¿Del boletín parroquial?

—Del boletín parroquial.

—El mío también.

—Anda ya.

—Del boletín. Recortadas. Con celo.

Jorge dejó la copa en la mesa.

—Entonces las fotos son las mismas.

Tardamos ocho segundos en llegar a la conclusión, y fue una conclusión escalofriante: nuestras madres, que no se conocen, que van a parroquias distintas, que jamás han cruzado una palabra, están alimentando dos bases de datos independientes a partir de la misma fuente documental, que es un boletín de doce páginas que se imprime en una copistería de la calle Sierra y que fotografía bautizos, primeras comuniones y excursiones del hogar del jubilado.

—Nosotros salimos en ese boletín —dijo Jorge.

—Nosotros somos ese boletín.

Después vino el cotejo técnico, que duró hasta que nos echaron.

Yo defendí el sistema de mi madre, que es de rúbrica numérica sobre diez, con puntuación desglosada y observaciones de terceros —la nota de Fina, «ayudó a recoger las sillas sin que se lo pidieran», me la sabía de memoria y se la recité—. Jorge defendió el de la suya, alegando que el color se lee de un vistazo y que en una libreta de treinta páginas el tiempo de consulta importa.

—El color es impresionista —dije.

—El número es una falsa precisión. ¿Qué diferencia hay entre un siete y medio y un ocho?

—Media. Media diferencia.

—¿Y qué significa esa media?

—El pan.

—¿Cómo?

—Nada. Es largo.

Pasamos las páginas del móvil una a una. Y en la cuarta, Jorge frenó el dedo.

—Espera.

—¿Qué.

—Este.

Amplió la foto. Era una ficha con pegatina amarilla, «en proceso», y en la esquina una foto recortada de un chico de camisa clara, de espaldas a un padrino, en un bautizo.

—No —dije.

—¿Lo conoces?

—Es el uno.

—¿El uno de tu lista?

—El uno de mi lista. Álex. Cenamos en abril. Me propuso convertir la farmacia en punto de recogida de paquetería.

Jorge se quedó mirando la pantalla con la boca ligeramente abierta.

—Mi madre lo tiene en amarillo desde marzo.

—Pues dile que lo pase a rojo.

—No puedo decirle nada, porque si le digo que lo he descartado sin conocerlo me pregunta cómo lo sé.

—Dile que te lo ha dicho una amiga.

—No tengo amigas, según su libreta. Tengo compañeras de trabajo, tres primas y a ti, que llevas cuatro horas.

Y ahí nos dimos cuenta de la magnitud del asunto. Porque si Álex está en las dos libretas, Álex está en todas. Y si Álex está en todas, entonces en este distrito hay, circulando desde hace años, un censo no escrito de unos cuarenta hombres solteros de entre treinta y cuarenta y cinco años que van pasando de cena en cena y de pegatina en pegatina, y a los que sus propias madres, en la otra punta del sistema, están gestionando exactamente igual.

—Somos ganado —dijo Jorge.

—Somos ganado con plaza de garaje.

—Tú no tienes plaza de garaje.

—Por eso a mí me toca Álex y a ti te tocará dentro de dos meses.

Le enseñé lo de la casilla de «Lola dirá que no porque…». Y ahí, por primera vez en toda la noche, Jorge se quedó callado de verdad, mirando la pantalla, y luego dijo una cosa que a mí me dio la vuelta al estómago y que yo aparqué inmediatamente, como aparco yo las cosas, en el cajón donde no molestan.

—Eso es mucho trabajo —dijo—. Eso es conocerte.

—Eso es adelantarse.

—Es lo mismo, Lola.

Nos echaron a las doce y diez.

En la puerta nos intercambiamos los teléfonos con la solemnidad de dos delegados sindicales, y quedamos formalmente en avisarnos si alguna de nuestras madres detectaba a la otra, porque si Mari Cruz y Amparo llegan a cruzarse alguna vez en una excursión del hogar del jubilado, este barrio se acaba.

—Una última cosa —dijo—. Tu madre va a preguntarte qué tal.

—Va a preguntármelo mañana a las nueve.

—Dile que muy bien.

—¿Y luego?

—Luego, dentro de dos semanas, dile que no ha cuajado. Es la forma más limpia. Si dices que mal, insisten. Si dices que bien y luego se apaga, se resignan.

—¿Eso también lo tienes protocolizado?

—Yo lo tengo todo protocolizado menos lo importante.

Levantó la mano para parar un taxi que no venía y, mientras esperábamos, alzó la botella de agua que llevaba en la otra mano, porque se la había llevado del restaurante sin darse cuenta.

—Por nuestras madres —dijo—. Que Dios las conserve lejos.

CAPÍTULO ONCE



Nácar

El paquete llegó un jueves y era un error de reparto, y yo lo supe en cuanto lo cogí.

Ponía OTERO, calle Sierra, y el mayorista lo había dejado en la farmacia porque en esta calle todos los repartidores hacen lo mismo desde hace veinte años: si no hay nadie, se lo dejan a la farmacéutica, que abre. Dentro había, según la etiqueta, hilo de coser industrial. Cuarenta bobinas. Un pedido hecho por Maruja Otero en algún momento del otoño pasado, procesado con la lentitud majestuosa de los proveedores del gremio, y entregado cinco meses después de que la clienta se muriera.

Podía haber llamado. Tenía el teléfono de la tienda en el fichero, de cuando le llevábamos las recetas a domicilio.

Lo llevé a las nueve y veinte de la noche, andando, con la caja debajo del brazo.

Había luz. La persiana estaba subida un metro escaso, lo justo para agacharse, y de dentro salía ese olor que tienen las tiendas viejas cuando se abren después de mucho tiempo: cartón, polvo de tela y algo dulce que no sabría nombrar.

En el cristal de la puerta seguía puesto el cartel escrito a mano. VUELVO A LAS CINCO. Llevaba cinco meses volviendo a las cinco.

Me agaché y llamé con los nudillos en la lama.

—¿Se puede?

Martín estaba sentado en el suelo, en medio de la tienda, con las piernas cruzadas y una caja de zapatos en el regazo, rodeado de otras catorce o quince cajas iguales.

Yo no había entrado en la mercería desde diciembre. Fui a por unas agujas para mi madre y Maruja me tuvo veinte minutos contándome que las agujas de ahora se doblan.

La tienda seguía exactamente igual, y ese era el problema. Los cajones del mueble largo, con sus tiradores de latón y sus etiquetas escritas a mano. El metro de madera clavado en el borde del mostrador, con el cero pulido de sesenta años de telas pasando por encima. Los maniquíes de busto, dos, con sus alfileres puestos. La silla de las clientas, que en las mercerías siempre hay una silla porque las clientas se sientan.

Lo único distinto era el suelo, que estaba lleno de cajas de zapatos abiertas, y el hombre sentado en medio.

—¿Eso es para mí?

—Es hilo. De su abuela. Lo pidió en octubre.

Se levantó, cogió la caja, la abrió allí mismo y se quedó mirando las cuarenta bobinas colocadas por gamas, del blanco roto al negro, con esa gradación que tienen los hilos y que no tiene ninguna otra cosa en el mundo.

—Cuarenta —dijo.

—Cuarenta.

—Qué optimismo.

Lo dijo sin amargura. Dejó la caja sobre el mostrador, en un hueco entre otras dos, y se quedó de pie sin saber qué hacer con las manos, que es un problema que yo conozco bien porque lo tengo.

—¿Quiere… quieres un vaso de agua? Es lo único que hay.

—¿Qué estás haciendo?

—Inventario.

—¿De qué?

Y en vez de contestar señaló el suelo.

Los botones de Maruja Otero ocupan quince cajas de zapatos y cuatro cajones del mueble largo, y no están clasificados por tamaño, ni por color, ni por material, ni por ninguno de los criterios que a mí, en los diez segundos que dediqué a pensarlo, me parecieron los criterios evidentes.

Me senté en el suelo sin que me lo pidiera. No me lo pensé. Eso también lo he repasado luego.

—Léeme una —dijo.

Cogí una caja. En la tapa, con rotulador y letra de posguerra, ponía: «*Botones de señora seria*».

—Vale —dije—. ¿Y esto qué quiere decir?

—Ábrela.

Dentro había botones negros, marrón oscuro y gris marengo. Grandes. De pasta y de asta. Todos serios, en efecto. Aquello no era un chiste: era una categoría perfectamente operativa.

—Coge otra.

«*Señora que se lo cree*». Dentro: dorados, con relieve, dos de ellos con un ancla.

—Madre mía.

—Sigue.

«*Para abrigo de hija*». «*Para abrigo de madre*». Botones casi idénticos, dos cajas distintas, y me llevó un rato entender que la diferencia era medio centímetro y treinta años.

—Aquí hay una que pone «Los del sábado» —dije.

—Esa no la he descifrado todavía.

—¿Y esta? «No vender».

—Esa tampoco. Hay tres cajas de «no vender» y no tienen nada en común. Llevo cuatro días con eso.

Seguí.

«Del abrigo de la Paqui». Seis botones forrados de tela escocesa, uno de ellos con el forro descosido.

«Militares». Dorados, con ancla también, y estos con una historia detrás que ninguno de los dos íbamos a saber nunca.

«Los que pican». Aquí levanté la cabeza.

—¿Los que pican?

—Metal barato. Da alergia. —Se encogió de hombros—. Los separaba y no los tiraba.

—¿Por qué no los tiraba?

—Porque un botón no se tira. Eso es una ley. Puedes tirar la prenda entera, pero antes le cortas los botones.

«Para cuando abra el tiempo». Botones de verano, claros, de plástico ligero.

«Feos pero fuertes».

«Bonitos pero flojos».

Y esas dos, puestas una al lado de la otra en el suelo de una mercería vacía, me parecieron el resumen más completo del mercado matrimonial que ha producido este país.

Se sentó otra vez enfrente de mí, con una caja en las rodillas.

—Es que este sistema no tiene lógica —dije.

—Tiene toda la lógica.

—No la tiene. Un sistema es algo que otra persona puede usar.

—Un sistema es algo que sirve para encontrar lo que buscas. —Volcó la caja con cuidado sobre la tapa, para verlos todos—. Y funcionaba. Entraba una señora, decía «vengo a por unos botones para un

abrigo», mi abuela le miraba la cara y sabía a qué caja ir. No fallaba. Yo he estado aquí de crío viendo cómo no fallaba.

—Eso no es un sistema. Eso es ella.

—Eso es un sistema —dijo— basado en una única persona. Que es el peor tipo de sistema que hay, y también el único que ha funcionado siempre en este barrio.

No tuve nada que oponer a eso, y menos yo, que tengo una farmacia que mi padre montó sobre exactamente el mismo principio.

Estuvimos hora y media.

Yo iba leyendo tapas y él iba anotando en una libreta lo que se podía anotar. En algún momento apagó la radio, que estaba puesta muy bajita, y ninguno de los dos dijo nada del silencio. En algún otro momento me contó que la máquina de coser del pasillo era de 1961 y que la había comprado su abuelo, y que era lo único de toda la tienda que él sabía arreglar y que por eso no la había tocado todavía.

—¿Y todo esto qué va a ser?

—Todo esto va a ser un local de setenta metros con salida de humos.

—Los botones, digo.

Se quedó callado el tiempo justo.

—Los botones no lo he pensado.

—Pues son quince cajas.

—Son quince cajas y cuatro cajones. —Movió una con el pie, muy despacio, sin levantarla—. Lo que se puede vender, se vende a otra mercería. Hay una en Tetuán que compra restos. Lo que no, no lo sé. Nadie hereda botones. Los botones no salen en el testamento.

En el fondo del cuarto cajón del mueble largo había una caja más pequeña que las otras, de las de puros, y no tenía etiqueta escrita a rotulador. Tenía una pegatina blanca, de las de precio, con dos letras.

MÍOS.

La abrí.

Dentro había un botón. Uno solo. De pasta marrón, corriente, de los de bata, con cuatro agujeros y el canto un poco comido.

Se lo enseñé sin decir nada. Él lo miró un rato largo.

—Ni idea —dijo—. Y ya no hay a quién preguntarle.

Cerró la caja y la volvió a poner en el cajón, en el fondo, en su sitio.

Y en algún otro momento fuimos a por la misma caja.

Estaba a mi izquierda y a su derecha. Su mano llegó antes; la mía cayó encima, y la aparté con la profesionalidad de mostrador, que es como aparto yo las cosas que quiero coger.

—Perdón.

—Nada.

Leí la etiqueta en voz alta, por decir algo con las letras.

—«Nácar bueno».

—Esa sí la entiendo.

Los abrió. Eran pequeños, planos, de un blanco que no era blanco, y al moverlos cambiaban de color como cambia el agua. Los fue sacando de uno en uno y poniéndolos sobre la tapa, en filas, y cuando terminó había cuarenta y siete botones y ninguno era exactamente igual que otro.

—Estos los cosía ella a mano —dijo—. Los de nácar no se cosen a máquina, porque se rompen.

—¿Y no se venden?

—Se venden. Pero se acaban los juegos. Compras seis para un abrigo y sobra uno, y ese uno se queda aquí para siempre, porque nadie compra un botón solo.

Cogió uno de la fila. Lo miró al trasluz de la bombilla.

—Este lleva aquí desde antes que yo.

Me lo dio.

No dijo nada al dármelo, ni una frase, ni un chiste, ni una explicación. Me lo puso en la palma de la mano con dos dedos, como se dejan las cosas que pesan menos de lo que valen, y volvió a lo suyo.

Yo cerré la mano.

CAPÍTULO DOCE



El chakra del apego

El quinto candidato me citó en un centro comercial de la M-40 porque necesitaba, dijo, un espacio de energía neutra.

—¿Qué es un espacio de energía neutra?

—Un sitio donde nadie ha sufrido.

Yo tenía dos objeciones a eso y las dos me las guardé, porque la primera era el aparcamiento de la planta menos dos un sábado y la segunda era mi propia vida.

Tardé cuarenta minutos en llegar. Cuarenta minutos de M-40 un sábado por la tarde para tomar un café con un desconocido, y por el camino me acordé de lo que me había dicho Jorge en la puerta del japonés: que la gente que hace listas no las abandona a la mitad, que las termina aunque a la tercera ya sepa que no. Iba yo por la salida veintitrés dándole la razón a un arquitecto técnico que había fingido cenar conmigo.

Aparqué en la menos dos, entre un pilar y un todoterreno mal metido, y subí tres escaleras mecánicas oyendo una versión de saxofón de una canción que me gustaba en el instituto.

Se llamaba Uriel. La ficha de mi madre decía «trabaja en el sector del bienestar», que es una manera de escribir cuarenta cosas distintas, y decía también «tiene coche», dato que ella siempre pone y que yo, después de este, entendí que pone porque es lo único verificable.

Nos sentamos en una cafetería del centro comercial que da a la pista de hielo. Pidió un té rojo. Yo pedí un café con leche y ahí, ya, empezamos con mal pie.

—¿Cuántos llevas hoy?

—Dos.

—Ajá.

—¿Ajá qué?

—Nada. Que ajá.

Sacó el móvil, lo puso boca abajo —esto hay que reconocérselo: es el único de los cinco que puso el móvil boca abajo— y me preguntó a qué me dedicaba. Se lo dije. Cerró los ojos un momento, como quien recibe un dato pesado, y asintió despacio.

—Lo suponía.

—No lo suponías. Está en la ficha.

—Hay cosas que están en las fichas y hay cosas que están en el cuerpo.

Después me pidió que le contara qué había comprado esa semana en el supermercado.

Se lo conté, porque tengo cuarenta minutos de conversación de mostrador al día y me sale contestar. Le dije: leche, café, pan de molde, tomates, pechuga, un yogur griego, cuatro plátanos y una bolsa de pipas.

—Ahí está.

—¿Dónde.

—Los plátanos.

Y a partir de ahí hizo lo que él llamó una lectura de la cesta y que consistió en explicarme, con notable fluidez, que los plátanos son un alimento de urgencia, que la pechuga es proteína sin celebración, que el pan de molde es «pan que no exige nada» y que las pipas

eran, y cito, «lo único que has comprado esta semana con el corazón».

—¿Y el yogur griego?

—El yogur griego es una promesa.

—¿De qué?

—De que algún día vas a desayunar sentada.

—Yo desayuno sentada.

—¿En tu casa o de pie en la farmacia?

Yo desayuno de pie en la farmacia.

—En mi casa.

—Ajá.

Y esto es lo peor: en lo de las pipas tenía razón.

Pero no por lo que él creía. Y eso no se lo iba a decir yo a un hombre que llevaba un cuarzo colgado del retrovisor.

—¿Y qué diagnóstico saca usted de mi carro? —le pregunté, y aquí perdí yo el tuteo, que me pasa siempre que me pongo profesional.

—No es un diagnóstico. Los diagnósticos son de la medicina.

—Ya. Yo soy de la medicina.

—Ya lo sé. Por eso te está costando.

Lo que sacó de la cesta, para acortar, fue que yo tengo el chakra del apego bloqueado. Que doy y no recibo. Que llevo, aproximadamente, tres años en modo supervivencia. Y que mi cuerpo está pidiendo a gritos una desprescripción.

—¿Una qué?

—Una desprescripción. Soltar la química.

—¿Qué química?

—Toda.

—Yo no tomo nada.

—Todos tomamos algo.

—Yo, de verdad, no tomo nada. Tomo ibuprofeno cuando me duele la cabeza y me tomé una amoxicilina en enero por una muela.

—¿Y la muela?

—Se curó.

—¿Seguro?

Miré la pista de hielo. Había una niña dando vueltas agarrada a un pingüino de plástico y me pareció, en ese momento, la persona más sensata del edificio.

Lo que vino después duró veinticinco minutos y fue, en lo esencial, un combate.

Él hablaba en frecuencias, en bloqueos y en información celular. Yo hablaba en principios activos, en biodisponibilidad y en ensayos con grupo de control. Él decía que la industria. Yo decía que qué industria. Él decía que la industria sabe. Yo le preguntaba qué sabe exactamente y quién es la industria y si tiene NIF. Él decía que él no está en contra de la medicina, que él está a favor de la persona, y yo le decía que la medicina también, que si no, no se le hubieran curado las anginas a los nueve años.

—¿Cómo sabes que tuve anginas a los nueve años?

—Porque todo el mundo tuvo anginas a los nueve años.

—Eso es estadística.

—Eso es exactamente estadística, sí.

—La estadística no cura a nadie.

—La estadística es lo único que ha curado a alguien alguna vez. —Removí el café—. Lo demás son casos.

—Los casos son personas.

—Los casos son personas de las que no sabes nada, porque las que no mejoraron no vuelven a contártelo.

Ahí paró un segundo. Le vi buscar el sitio por donde entrar y encontrarlo, hay que reconocérselo, muy rápido.

—¿Tú te has tomado alguna vez algo sabiendo que no te iba a hacer nada?

—Sí.

—¿Ves?

—Un placebo hace algo. Está medido. Hay ensayos enteros para medir exactamente cuánto hace, y hace bastante.

—Entonces estamos de acuerdo.

—No estamos de acuerdo. Estamos diciendo la misma frase por motivos contrarios.

—Eso pasa mucho.

—Eso pasa siempre, y por eso hay que leer los estudios y no las frases.

Ninguno de los dos cedió un centímetro. Eso hay que decirlo. Fue el duelo más equilibrado de todo el pacto de mi madre y salimos los dos convencidos de haber ganado, que es lo que pasa siempre en estos casos.

Y entonces me leyó el aura.

Me pidió que apoyara las dos manos en la mesa, con las palmas hacia arriba, en una cafetería, un sábado, delante de una pista de hielo. Yo, que llevaba cuarenta minutos defendiendo el método científico, apoyé las dos manos en la mesa con las palmas hacia arriba. No sé explicar por qué. Es la misma parte de mí que deja pasar la vez.

Cerró los ojos. Puso sus manos sobre las mías sin tocarlas, a dos centímetros, y estuvo así medio minuto largo, moviéndolas

despacio.

—Tienes el pecho cargado.

—Es abril.

—No es alergia.

—Es alergia.

—Es duelo.

Y eso, hay que reconocerlo, fue un buen tiro. Fue un tiro a ciegas, con la escopeta de perdigones de las mil verdades genéricas, y me dio en una parte de mí que yo tenía muy bien cerrada, y ahí estuvo el hombre a punto de ganarme el asalto.

Así que hice lo único que sé hacer cuando me tocan.

Saqué del bolso el blíster de paracetamol que llevo siempre, le di la vuelta, y le leí el prospecto en voz alta con la misma entonación que había usado él: despacio, en voz baja, dejando aire entre las frases.

—«Paracetamol. Quinientos miligramos». —Pausa—. «Comprimidos». —Pausa—. «Lea todo el prospecto detenidamente antes de empezar a tomar este medicamento, porque contiene información importante para usted».

Uriel abrió los ojos.

—«Conserve este prospecto, ya que puede tener que volver a leerlo».

—Vale.

—«Si experimenta efectos adversos, consulte a su médico, incluso si se trata de efectos adversos que no aparecen en este prospecto».

—Ya está.

—Es que esto también es una liturgia. La diferencia es que la mía la ha firmado alguien.

Pidió la cuenta.

Y ahí llegó el remate, que yo no había previsto y que sigo sin poder explicar del todo.

Uriel me dijo que él, por principio, no cobra las primeras sesiones. Le dije que aquello no era una sesión. Me dijo que todo es una sesión. Le dije que entonces lo entendía. Sacó de la mochila una carpeta y de la carpeta un papel impreso, con un mandala en la cabecera y sus datos abajo, que decía FACTURA ENERGÉTICA y que tenía, en el cuerpo, un importe: cero euros.

—Es simbólico.

—Ya veo que es simbólico. Pone cero.

—El cero también es una cifra.

Y debajo, un código QR para Bizum.

Cuando llegó el camarero con el datáfono, Uriel sacó su tarjeta de una funda de fieltro morado, hecha a mano, con una piedra pequeña cosida en la solapa, y pagó los dos tés y mi café con leche sin discutirlo, con una generosidad rápida y sin gestos que fue, francamente, el mejor momento de su noche.

Lo acompañé hasta la escalera mecánica.

—Piénsate lo de la desprescripción —dijo.

—Me lo pienso.

Cuando llegué a casa, rellené la encuesta con una diligencia que no había tenido con ninguna otra. Fui feliz en la pregunta siete.

¿Te habló de criptomonedas, gimnasio o Camino de Santiago? (marca todas las que procedan).

Camino de Santiago: dos veces. En espiral.

INTERLUDIO



ENCUESTA POST-CITA N.º 6

Candidato: el poeta. **Fecha:** jueves. **Lugar:** una vinoteca.

Instrucciones: rellenar el mismo día. Al día siguiente ya te has vuelto benévola.

1. Puntualidad. Sí. *(Al margen: «¿Sí y ya está? El otro día me pusiste tres líneas para decir lo mismo»).*

2. ¿Pagó, ofreció pagar o hizo la carterita lenta? Pagó.

3. ¿Mencionó a su ex? ¿Cuántas veces? ¿Con qué cara? Su ex es «su musa en pausa». Cuenta doble. *(Al margen: «Eso es que es sensible. Un hombre que se acuerda de una mujer se acordará de ti. Los que no se acuerdan de ninguna son los que asustan»).*

4. ¿Piso propio, compartido o «estoy en un momento de transición»? Transición. *(Al margen: «Todos estamos en transición, hija, unos hacia arriba y otros hacia el cementerio»).*

5. ¿Cómo trató al camarero? Le leyó algo. *(Al margen: «¿Un poema? ¿Al camarero? Eso no lo hace un hombre normal»). (Debajo, otra vez su letra, más pequeña: «Bueno. Tampoco es delito»).*

6. Madre: ¿viva, difunta, omnipresente? Viva. Le hace la maquetación.

7. ¿Te habló de criptomonedas, gimnasio o Camino de Santiago? No. Me habló de su alcance orgánico. *(Al margen: «¿Eso es del huerto?»).*

8. ¿Hubo segunda intención, tercera copa o cuarta cita propuesta? Hubo una foto suya, en blanco y negro, en el escaparate de la vinoteca, anunciando un recital que era esa misma noche y del que no me había avisado. Cantidad de público: nueve. Cantidad de público que no venía conmigo: seis. *(Al margen: «Nueve personas un jueves está muy bien. A la novena del Carmen vinieron once y eso que había Champions»).*

9. Del 1 al 10, ¿cuánto se parece a la foto del boletín? 7.

10. ¿Repetirías? No.

11. Del 1 al 10, ¿cómo de viva te sentiste?

(La casilla, en blanco).

(Al margen, letra de mamá: «Esta no se deja en blanco»).

(Debajo, en blanco).

(Debajo del todo, más apretado, como escrito otro día: «Lola. Las otras diez las contestas para mí. Esta la contestas para ti. Por eso es la última»).

CAPÍTULO TRECE



Catorce cepillos interdentales

Aquella semana Martín entró tres veces en la farmacia y ninguna de las tres compró nada que necesitara.

El martes vino a por una crema para rozaduras. Le pregunté dónde tenía la rozadura. Me dijo que en ningún sitio, que era preventiva, porque llevaba tres días cargando cajas y que el asa del carro le estaba avisando.

—¿Avisando cómo?

—Calentándose.

—Eso es fricción.

—Eso es aviso.

Le di la crema y una recomendación sobre guantes que no me pidió, y él se llevó la recomendación con la misma seriedad que la crema, y a los dos días compró los guantes en la ferretería y me lo dijo, cosa que tampoco le había pedido nadie.

El miércoles vino a por algo para el hipo.

—¿Tienes hipo?

—Ahora mismo no.

—¿Lo has tenido hoy?

—Lo tuve el domingo.

—¿Y cuánto te duró?

—Cuatro minutos.

—Cuatro minutos es hipo normal.

—A mí se me hicieron largos.

—A todo el mundo se le hacen largos. Eso es el hipo.

—Ya, pero yo estaba solo en un piso vacío y era domingo.

Dejé la caja de gomas elásticas que tenía en la mano.

Hay frases que la gente suelta en un mostrador sin saber que las está soltando, y una farmacéutica de barrio aprende pronto a no recogerlas delante de nadie. Así que no la recogí. Le dije que el hipo se cura solo.

—¿Siempre?

—Siempre. Salvo casos que no son el tuyo.

Se quedó un momento mirando el expositor con las manos en los bolsillos.

—¿Y no hay nada?

—Hay un susto y un vaso de agua del revés.

—El del revés lo hago mal.

—Todo el mundo lo hace mal.

—¿Y usted lo hace bien?

—Yo no tengo hipo.

—Eso no es una respuesta.

—Es la mejor que tengo hoy.

Se llevó un paquete de gomas elásticas de las que usamos para los blísteres, que le regaló Susi otra vez, y un caramelo de la caja de al lado de la caja registradora, y le pregunté si le pasaba algo en la boca. Me dijo que no. Le dije que muy bien.

Y el jueves fue lo de los cepillos.

Entró a las once menos veinte, con la farmacia vacía, y se plantó delante del mostrador. Y ahí, antes de que dijera nada, yo ya supe que aquel día íbamos a estar un rato, porque hizo una cosa que no había hecho desde el mercado.

—Perdone. ¿Tendría usted cepillos interdentales?

De usted.

Llevábamos tres semanas de tú. Habíamos estado hora y media sentados en el suelo de una mercería contando botones de nácar y él, aquel jueves, a las once menos veinte de la mañana, con las orejas ligeramente encendidas, había vuelto al usted.

—Tengo.

—¿De qué tamaño?

Y ahí, que Dios me perdone, tuve la oportunidad de contestarle «depende» y la aproveché.

—Depende del espacio.

—¿De qué espacio?

—Del espacio interdental.

—¿Y eso cómo se mide?

—Con una sonda. Se lo mide el higienista.

—No tengo higienista.

—Pues entonces se prueba.

—¿Se prueba?

—Se empieza por el fino y se va subiendo hasta que roza. Si entra sin rozar, es pequeño. Si no entra, es grande.

Asimiló aquello con una gravedad de tribunal.

—¿Y todos los espacios son iguales?

—No.

—¿Cómo que no?

—Que no. Los de delante son más estrechos y los de atrás más anchos. La gente compra una talla y luego resulta que le sirve para tres huecos de once.

—¿Once?

—Once o así, por arriba.

—¿Y por abajo?

—Once o así por abajo.

Silencio. Miró el expositor de los cepillos, que tiene seis tamaños en seis colores, y luego me miró a mí con la expresión de un hombre que acaba de descubrir que hay una infraestructura entera funcionando debajo de su vida sin que él haya firmado nada.

—O sea que una persona normal tiene veintidós espacios.

—Una persona normal tiene veintidós espacios.

—Y usted eso lo sabe.

—Es mi trabajo.

—No, digo si usted, mirando a alguien, sabe cuántos tiene.

—Eso no se ve. Eso hay que contarlo.

—¿Y se cuenta?

—Se cuenta.

—¿Aquí?

—Aquí no. Aquí sería raro.

—¿Por qué sería raro?

—Porque son las once menos veinte de la mañana y estamos en una farmacia.

—Ya. —Se rascó la ceja—. ¿Y en qué sitio no sería raro?

—En un gabinete dental.

—Ah, claro. Con bata.

—Con bata y con luz.

—Es que sin luz, contar dientes ajenos es de otra cosa.

—Es de otra cosa completamente distinta, sí.

Detrás de mí, Susi había dejado de respirar.

Él cogió el expositor entero, que es de esos que giran, y lo giró.

—¿Y los colores?

—Los colores son el tamaño.

—¿Rosa es un tamaño?

—Rosa es el cero coma cuatro.

—¿Y por qué no pone cero coma cuatro?

—Pone cero coma cuatro. Debajo. En un cuerpo cuatro.

—¿Y por qué no lo ponen grande?

—Porque cada marca usa un color distinto para el mismo tamaño, y si lo pusieran grande se notaría que no se han puesto de acuerdo en cuarenta años.

Levantó la vista del expositor muy despacio.

—¿Me está diciendo que el rosa de una marca no es el rosa de otra?

—Le estoy diciendo que el rosa de una marca puede ser el naranja de otra.

—Eso es un escándalo.

—Eso es el sector.

—Es que yo, para las lijas, tengo un número. Grano ochenta, grano ciento veinte, grano doscientos cuarenta. Y el grano ciento veinte es el grano ciento veinte en Móstoles y en Glasgow.

—Pues aquí es rosa.

Se quedó un rato en silencio, digiriendo aquello, con la mano todavía en el expositor. Y entonces dijo la única cosa de toda la

mañana que no era una excusa.

—En restauración se hace igual, ¿sabe? Se empieza por la más fina. Siempre. Aunque veas que va a tardar el triple, empiezas por la más fina, porque si te pasas de gruesa te comes la madera y eso ya no vuelve. —Giró el expositor un cuarto más—. Mi abuela me lo hizo repetir un verano entero. Yo quería ir rápido y ella me quitaba el papel de la mano.

—¿Y aprendió?

—Aprendí a los treinta y uno. A los once solo dejé de discutirlo.

Total, que se llevó catorce.

Catorce cepillos interdentales de seis tamaños distintos, más dos de repuesto del tamaño mediano «por si acaso», y cuando le pregunté por si acaso qué, me dijo que por si alguno era el bueno, y que prefería tenerlos todos y descartar, como se trabaja en restauración.

—¿No prefieres el kit surtido? Trae cuatro.

—El kit surtido es una opinión de otro.

—El kit surtido es más barato.

—El kit surtido decide por mí cuáles no voy a necesitar. —Puso los catorce en fila sobre el mostrador, ordenados de fino a grueso, sin darse cuenta de que los estaba ordenando—. Prefiero pagar la diferencia y equivocarme yo.

Le costaron veintiséis euros con cuarenta.

Pagó. Cogió la bolsa, que hacía un ruido de ferretería pequeña, y se fue con la espalda muy recta, como se va uno cuando sabe perfectamente lo que acaba de hacer y ha decidido hacerlo de pie.

—Que vaya bien —dijo desde la puerta.

—Adiós.

Corté el ticket.

Y lo doblé, y abrí el cajón del mostrador, y lo metí debajo de la bandeja de los bolis.

Encima de los demás.

Fue ahí, con el cajón abierto, cuando lo vi. Porque no era uno. Eran varios, doblados por la mitad, apilados desde abril como quien apila algo con intención de mirarlo luego.

Los saqué. Los conté. Eran cinco.

Uno de tiritas, un protector labial y una gasa que devolvió a los diez segundos. Uno de una crema preventiva. Uno de gomas elásticas y un caramelo. El de los catorce cepillos.

Y uno más, el de abajo del todo, el más antiguo, que era de noventa céntimos y que no supe colocar.

Le di la vuelta. Un paquete de pañuelos.

No me acordaba de habérselo vendido. Tampoco es que eso signifique nada: aquí entran doscientas personas al día y yo no me acuerdo ni de lo que he comido.

Los volví a meter. Cerré el cajón.

—O tiene la dentadura de un tiburón —dije— o me está cortejando por vía bucodental.

Susi no contestó.

Cuando me giré, se estaba levantando del taburete, y fue al almacén, y volvió con el rotulador. Se subió a la banqueta. Y en la pizarra donde apuntamos las incidencias con los proveedores, debajo de «ojo pedido bromazepam» y de «llamar a Ortiz jueves», escribió, en mayúsculas:

CEPILLOS INTERDENTALES: 14

—Susi.

—Van catorce. —Tapó el rotulador con el capuchón, muy despacio —. Lo digo por si algún día hay juicio.

—No va a haber ningún juicio.

—Los juicios nunca se ven venir. Por eso se guardan los papeles. —Bajó de la banqueta y se sentó en el taburete como si acabara de terminar una jornada entera—. Mi abuela guardaba todo. Todo. Y el día que hubo que demostrar lo del terreno, ¿quién tenía el papel?

—Tu abuela.

—Mi abuela. Y llevábamos veinte años riéndonos de ella.

Entró una señora a por un jarabe y estuvimos veinte minutos sin hablar del asunto.

A la hora de cerrar, Susi cogió el trapo y borró de la pizarra «llamar a Ortiz jueves», porque ya habíamos llamado a Ortiz.

Lo de los catorce cepillos no lo borró.

INTERLUDIO



M. OTERO — RESTAURACIÓN

(Libreta de trabajo. Hoja 7).

Pieza: cómoda de tres cajones, castaño, hacia 1940. Del dormitorio pequeño.

Estado: pata trasera izquierda comida (carcoma antigua, inactiva). Tirador central perdido. Tablero superior con dos cercos de vaso y una quemadura de plancha.

PARTIDA	HORAS	MATERIAL
Desmontaje y limpieza	4	—
Consolidación pata	6	resina + injerto castaño
Tirador (buscar pareja)	2	ferretería Sierra
Lijado a mano (grano 120/180/240)	9	—
Acabado	5	cera virgen

Cera virgen, no barniz. La abuela decía que el barniz es mentir: tapas la madera para que parezca otra y a los diez años se cuartea y se ve todo. La cera deja pasar el aire. Se estropea antes y se arregla siempre.

Los cercos del tablero NO se quitan. Son de ella. Un cerco de vaso es un sitio donde alguien dejó un vaso.

El tirador central no aparece. He mirado en las quince cajas. He encontrado: dos llaves de nada, un dedal, once fotos y la ficha del ambulatorio de mi abuelo de 1974. El tirador, no.

Opciones: (a) poner cuatro tiradores nuevos y que no cante; (b) poner uno parecido y que cante; (c) dejar el hueco.

La abuela habría dicho (c). Que se note dónde falta algo.

Presupuesto total: 26 horas. Para vender no compensa. Nadie paga 26 horas por una cómoda de castaño con la pata injertada. Un local vacío se enseña mejor sin muebles.

Entonces, ¿para qué la estoy arreglando.

Cosas que he comprado esta semana y que no necesito: crema de rozaduras (no tengo rozaduras), algo para el hipo (no tengo hipo), catorce cepillos interdentales (tengo veintidós espacios, como todo el mundo).

Gasto total: 41,80 €.

Horas de conversación conseguidas: 1,25 aprox.

Precio por hora: 33,44 €.

He pagado más por menos.

La farmacéutica dice que el hipo se cura solo. Que siempre. Que salvo casos que no son el mío.

No tengo hipo.

Ya no sé ni lo que compro.

Llamar a la agencia. Cambiar el billete otra vez (5.ª).

Decidir si ~~quedarme~~

CAPÍTULO CATORCE



Cuarenta segundos

Un minuto doce.

La pregunta era «¿te lo estás pasando bien?».

Pero empecemos por el principio, que si no, no tiene mérito.

El séptimo candidato fue el primero al que mi madre le puso un diez.

Esto hay que entenderlo en su contexto. Mi madre lleva tres años puntuando hombres sobre diez con una severidad que ya quisieran las oposiciones. Álex sacó un 8,5 y le faltaba el pan. A Ignacio le puso un 8 y le quitó medio punto por «demasiado organizado», que es un reproche que solo puede hacer una mujer que lleva una libreta de anillas con rúbrica. Al poeta le dio un 6 y una nota al margen que decía «pero tiene sensibilidad», que en el idioma de mi madre significa que no tiene piso.

A Rubén le puso un diez.

Y no solo eso: trajo la ficha en un sobre.

—¿Por qué en un sobre?

—Para que no se doble.

—Mamá.

—Es que estas cosas se pasan de mano en mano y luego se estropean.

Dentro había una foto que, por primera vez en toda la operación, no estaba recortada del boletín. Estaba impresa. En papel fotográfico, del quiosco de la calle Sierra, donde Maruchi imprime las de sus nietos. Y en la foto había un hombre de treinta y cuatro años en la boda de alguien, con traje azul, mirando a cámara, que era objetivamente, incontestablemente, sin lugar a discusión posible, guapísimo.

—¿De dónde has sacado esto?

—Del bautizo no. Este es de la boda de la hija de Fina.

—¿Y estuvo Fina hablando con él?

—Fina, Maruchi, Pepita y la consuegra.

—¿Las cuatro?

—Las cuatro. Y las cuatro dicen lo mismo.

—¿Qué dicen?

—Que es un encanto.

Debería haber preguntado cuánto rato había hablado cada una con él. Es lo que se pregunta en mi profesión: no qué le pasa, sino desde cuándo y cuántas veces. Pero es que era muy guapo, y yo, aunque me pese, soy de este mundo.

Cenamos en un sitio de la calle Ponzano con las paredes de espejo. Esto va a ser importante.

Llegó puntual. Se levantó. Olía bien. Me apartó la silla, que es un gesto que a mí me parece de otro siglo y que en él resultó natural, y se sentó, y me dijo que estaba muy guapa, y luego se calló.

Y ahí empezó todo.

Yo he tenido cenas malas. Llevo siete meses documentándolas. He cenado con un hombre que le mandaba audios a su madre, con un hombre que quiso convertir mi farmacia en un almacén de paquetes y con un hombre que me presentó a su exmujer por videollamada

mientras el vino me llegaba a la manga. Todas aquellas cenas eran, digan lo que digan, acontecimientos. Tenían argumento. Se podían contar.

Lo de Rubén no se puede contar y por eso lo estoy contando así.

Primer intento: la pregunta abierta. Es lo que hago en el mostrador cuando alguien no sabe explicarme lo que le pasa. Se pregunta ancho y se deja hablar.

—¿Y qué tal el trabajo?

—Bien.

—¿En qué departamento estabas?

—Siniestros.

—¿Y eso qué es exactamente?

—Pues siniestros.

Tres segundos. Le miré la cara buscando ironía, sequedad, incomodidad, timidez, algo. No había nada. Estaba tranquilo. Estaba, de hecho, mucho más cómodo que yo.

Segundo intento: la anécdota propia. Cuando el paciente no habla, habla el farmacéutico, y a veces eso lo suelta. Le conté lo del hombre que había comprado catorce cepillos interdentales. Le puse gracia. Le puse ritmo. Terminé con la frase de Susi, que es un buen final.

Rubén sonrió. Con toda la cara, además: le funcionan los ojos, hay que decirlo.

—Qué bueno.

Y se acabó.

En este punto de la noche yo empecé a mirar los espejos, porque él llevaba mirándolos desde que nos sentamos. No de una forma vanidosa, y esto es lo raro y lo que me tuvo entretenida un rato largo: no se miraba a sí mismo con gusto. Se miraba de la manera en que uno mira una pantalla apagada. Cada vez que la conversación

hacía una pausa —y hacía muchas— sus ojos iban al espejo del fondo. Yo me giré dos veces para comprobar si había algo detrás de mí.

No había nada detrás de mí.

Tercer intento: la provocación. Llegados a cierto punto, si el paciente no reacciona, se le aprieta.

—Rubén, ¿tú quieres estar aquí?

—Claro.

—Lo digo porque llevamos cuarenta minutos y me has hecho una pregunta.

—¿Solo una?

—Solo una. Me has preguntado si había aparcado bien.

Se lo pensó. Y aquí fue cuando saqué el móvil, lo puse en la pierna, debajo del mantel, y le di al cronómetro. Por ciencia. Porque a partir de ese momento aquello dejó de ser una cita y pasó a ser un estudio observacional con un solo sujeto y ningún grupo de control.

—Es que yo escucho —dijo.

Doce segundos. Eso fue rápido, para lo que venía después.

Medición uno. A los cincuenta minutos le pregunté cuál era su película favorita. Es la pregunta más fácil del mundo. Es la pregunta que le haces a un niño de siete años en una boda.

Le dio al cronómetro.

Uno. Dos. Tres. Rubén miró el mantel. Rubén miró la copa. Rubén miró el espejo del fondo. Una pareja se sentó en la mesa de al lado y pidió y le trajeron el pan. Yo me comí una aceituna entera, con hueso, deshuesándola en la boca, y todavía sobró tiempo.

Cuarenta segundos.

—Torrente.

Y no sé qué me ofendió más, si la espera o el destino.

Miento: sí lo sé. Me ofendió que una parte de mí, la que vino peinada, la que se había planchado la camisa verde a las siete y media de la tarde, pensara en ese momento «bueno, es una respuesta simpática».

Medición dos. A los sesenta y cinco minutos, entre el segundo y el postre:

—¿Qué haces los fines de semana?

Cincuenta y cinco.

—Depende.

Aquí ya no me molesté en preguntar de qué. Aquí ya estaba yo trabajando.

Porque a esas alturas de la noche había llegado a un diagnóstico, y el diagnóstico era este: aquel hombre no era tonto, ni maleducado, ni tímido, ni le caía yo mal. Aquel hombre no tenía dentro nada que no le hubieran puesto.

Nos trajeron la cuenta a los ochenta y ocho minutos y ahí hice la última.

Pero antes pasó una cosa que conviene consignar, porque es la prueba clínica.

A los setenta y cinco minutos, la chica de la mesa de al lado —veintitantos, cenando con otras dos— se levantó a ir al baño y le tocó pasar por detrás de él. Y al pasar, hizo eso que hace la gente: mirar y seguir andando y volver a mirar. Y cuando volvió, dos minutos después, sus dos amigas ya estaban giradas.

Rubén no se enteró. O sí, pero de la manera en que uno se entera de que hace sol.

Y yo, que llevaba una hora y cuarto trabajando aquello como si fuera un caso, tuve por fin el cuadro completo. Ese hombre lleva treinta y cuatro años siendo mirado. En el colegio, en el instituto, en la boda de la hija de Fina. Ha recibido, calculo, varios miles de sonrisas de desconocidos y ni una sola pregunta con intención de

escuchar la respuesta, porque a un hombre así no se le pregunta: se le contempla, se le lleva a los sitios y se dice de él «es un encanto». Fina había hablado con él cuatro minutos. Maruchi, tres. Pepita, uno y medio.

Cuatro minutos con Rubén son maravillosos. Yo llevaba setenta y cinco.

Medición tres.

—¿Te lo estás pasando bien?

Le di al cronómetro debajo del mantel.

Y el hombre —y esto se lo reconozco, y se lo reconoceré siempre— se lo pensó. Se lo pensó de verdad. No estaba buscando la respuesta educada: estaba buscando la respuesta. Le vi trabajar. Le vi mirar el espejo del fondo y no encontrar nada, y volver, y mirarme a mí, y hacer un esfuerzo enorme, genuino, sincero, por localizar dentro de sí mismo qué le estaba pasando exactamente en ese momento.

Un minuto doce.

—Sí —dijo.

Y sonrió, y volvió a ser el diez de la foto, y a mí se me quedó una cosa fea en el estómago que no era desprecio y que tardé dos días en identificar y que era pena.

Paré el cronómetro con el pulgar por debajo del mantel.

Con la misma mano, sin sacarla, levanté dos dedos hacia el camarero.

Al día siguiente, mi madre entró en la farmacia a las once y veinte con la cara que pone cuando cree que ha ganado.

—¿Y bien?

—Es guapísimo.

—¿Verdad que sí?

—Guapísimo, mamá. La foto se queda corta.

Mi madre se apoyó en el mostrador con las dos manos, radiante, dispuesta a que le contase el resto, y ahí me di cuenta de que no había resto. De que no tenía absolutamente nada que contarle. Que aquella cena, la única de las siete que no había producido ni una anécdota, era también la única que ella iba a considerar un éxito, y que yo no tenía manera humana de explicarle por qué había vuelto a casa más sola que ninguna otra noche.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—¿Cómo que nada más?

—Que nada más, mamá. Que no hay más.

Mi madre me miró unos segundos, cogió su bolso y dijo que se le hacía tarde para la novena.

En la ficha, cuando me la devolvió tres días después, había tachado el diez y había escrito encima un nueve.

Sin explicación, sin nota al margen y sin una sola de las siete apostillas que me pone siempre.

La guardé en la carpeta con las otras seis.

CAPÍTULO QUINCE



Punto SIGRE

La tormenta empezó a las siete menos veinte y a las siete y cuarto la calle era un río.

En la farmacia, cuando llueve así, pasan dos cosas. La primera es que no entra nadie. La segunda es que la luz se pone rara: la de la calle se apaga y la nuestra, que es fluorescente y blanca, se queda sola y hace que todo parezca las cuatro de la mañana en un hospital.

Susi se había ido a las seis por lo del dentista. Yo estaba haciendo el recuento del cajón de estupefacientes, que es una tarea que exige silencio y por eso me gusta cuando llueve.

Y a las siete y veinticinco se abrió la puerta.

Martín entró empapado. No mojado: empapado. Con el pelo pegado a la frente y la camisa oscura de agua en los hombros, y con una caja de cartón contra el pecho, tapada con una bolsa de basura que había perdido la batalla a mitad de camino.

—Perdona.

—Pasa.

—Estoy dejando todo perdido.

—Es una farmacia. El suelo se friega.

Puso la caja en el mostrador. Le di papel y se secó la cara y el pelo, y le dio la vuelta al papel, y se secó las manos, y ahí se le acabó el papel y el trámite.

—Es lo de mi abuela —dijo—. Lo de tirar.

Abrí la caja.

Yo despaché a Maruja Otero durante nueve años. Eso significa que lo que había dentro de aquella caja lo había vendido yo.

Estaban las cajas del antihipertensivo, con la etiqueta de nuestra farmacia pegada en un lateral, con nuestra letra, con la posología escrita a boli por Susi en las últimas y por mí en las de antes. Estaban los sobres del calcio que ella se tomaba a regañadientes. Estaba la caja de la crema para las manos, casi entera, que ella decía que era para las manos y era para los nudillos. Estaba un colirio caducado en 2019 que no sé qué hacía ahí. Y estaba, encima de todo, una caja sin abrir, con el precinto puesto, dispensada el catorce de enero.

Maruja se murió el diecinueve.

Las saqué de una en una y las fui poniendo sobre el mostrador. No sé por qué las puse en fila. Se me ocurrió que había que ponerlas en fila.

Una caja de un antibiótico de 2021, con dos comprimidos dentro, que es la manera universal de guardar un antibiótico. Un frasco de jarabe para la tos, medio, con el tapón pegajoso. Una caja de las que se recetan para la ansiedad, de las de diez, con nueve. Nueve.

Y unas gafas de leer de las de farmacia, de las de tres euros noventa y cinco, de una dioptría y media, que no tenían nada que hacer en aquella caja y que se habían caído dentro porque estaban encima de la mesilla.

Se las di.

—Esto no va al SIGRE.

Las cogió, las miró y las dejó en el mostrador, apartadas, y ya no las volvió a tocar.

—¿Esto se puede tirar aquí?

—Se puede tirar aquí.

—¿Todo?

—Todo. Las cajas, los blísteres, los tubos. Lo que no va es el cartón suelto ni los prospectos, pero eso da igual, eso lo separo yo luego.

—¿Y a dónde va?

—A una planta. Lo recogen, lo clasifican y lo destruyen.

—¿Y eso quién lo paga?

—Los laboratorios.

—Ah.

Cogió el borde del mostrador con las dos manos y se quedó mirando la fila de cajas.

—Perdona que pregunte tonterías.

—No son tonterías.

—Es que llevo cuatro meses tirando cosas y esto es lo único que no he sabido tirar. He tirado ropa. He tirado un armario entero. Llevé a un punto limpio una silla de ruedas y una cuña, que eso sí que… —Se paró—. Y esto lleva desde febrero encima de la mesa de la cocina y todos los días paso por delante.

—Es que esto es distinto.

—¿Por qué es distinto?

Y le contesté la verdad, que es lo que no había que hacer.

—Porque las medicinas son lo último que hace una persona por seguir aquí.

El contenedor está detrás del mostrador, a la izquierda, junto al mueble de las recetas. Es una caja blanca y verde de plástico, de tamaño mediano, con una tapa basculante y un dibujo. No tiene ninguna solemnidad. Es exactamente igual de solemne que un cubo de basura, y esa es la parte difícil.

Levanté la tapa.

Y luego di dos pasos atrás.

Esto lo he pensado mucho después y creo que fue lo único que hice bien aquella tarde. Yo tengo una facilidad enorme para resolverle las cosas a la gente. Podría haber cogido yo las cajas y haberlas metido, y él me lo habría agradecido, y se habría ido a su casa con el asunto liquidado y sin haber hecho nada.

Así que me aparté y me quedé al lado de la báscula, sin decir nada.

Él tardó un poco. Cogió la primera —el antihipertensivo, la caja empezada— y la sostuvo un momento, mirando la etiqueta.

—Aquí pone su nombre.

—Sí.

—Y pone «una al día, por la mañana».

—Eso lo escribí yo.

Levantó la vista.

—¿Tú?

—Con letra grande, porque ella no se ponía las gafas para eso. Se las ponía para coser y no para leer las cajas, y se lo dije mil veces.

Martín se rio. Fue una risa corta, de dos golpes, con la boca cerrada, y se le fue enseguida.

—Es que era imposible —dijo.

—Era imposible.

—El año pasado le compré unas de esas de cadena, para que las llevara colgadas. Le hizo mucha gracia el gesto.

—¿Y se las puso?

—Se las puso el día que se las di. —Metió la caja. Sonó el plástico de la tapa al cerrarse y volver—. Y me mandó una foto. Y hasta hoy.

Después fue más rápido. Los sobres del calcio, el colirio de 2019, el jarabe pegajoso, los tres blísteres sueltos. La caja de las de la

ansiedad, con nueve, la sostuvo un momento más que las otras y no dijo nada, y yo tampoco, porque en esa caja hay siempre una historia y no siempre es asunto de nadie. Y al final se quedó con la caja precintada del catorce de enero en la mano.

—Esta no la llegó a abrir.

—No.

—Se la vendiste tú.

—Se la vendí yo. Era un jueves. Le pregunté por ti.

Martín se quedó muy quieto.

—¿Qué?

—Le pregunté por ti. No por ti sabiendo quién eras. Le pregunté por su nieto, porque siempre le preguntaba por su nieto, porque ella siempre hablaba del nieto de Escocia. Todo el barrio sabía que había un nieto en Escocia.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que estabas muy liado.

Y entonces se le rompió la cara. No lloró. Se le rompió la cara un segundo y medio y volvió a montarse, que es una cosa que hacen los hombres de treinta y cinco años y que a mí, personalmente, me parece de las cosas más difíciles de mirar que hay.

Metió la caja.

Cerró la tapa.

Y se quedó ahí, delante del contenedor, con las manos vacías, y yo di el paso que no tenía que dar.

No fue un paso grande. Fue medio. Fue el medio paso que separa estar al lado de alguien de estar con alguien, y cuando lo di, él se giró, y de repente estábamos a treinta centímetros, entre el mostrador y el mueble de las recetas, en una farmacia vacía, con el

ruido del agua fuera y esa luz blanca de hospital que hacía que todo pareciera importante.

—Lola.

—Sí.

Y no dijo nada más, porque a esa distancia ya no hacen falta las palabras: hace falta un gesto, y el gesto estaba a punto de ocurrir. Yo tenía la mano en el borde del mueble. Él bajó la mirada un momento, lo que se baja la mirada, y la subió.

Y en ese instante exacto, alguien empezó a aporrear el cristal de la puerta.

—¿¡ESTÁ ABIERTO!?

Loli. Con un chubasquero rosa hasta las rodillas, un paraguas roto por dos varillas y la cara pegada al cristal, haciendo visera con la mano.

—¿¡SE PUEDE!?

Le abrí.

Entró chorreando. Dejó el paraguas apoyado en el expositor de los chupetes, hizo un charco perfectamente circular en las baldosas y miró alrededor con la naturalidad de quien entra en su propia cocina.

—Ay, hija, qué a gusto. —Se sacudió—. Huele a cerrado. Ventila.

—Loli, son las ocho menos veinte y está diluviando.

—Pues por eso. El aire tiene que correr.

Nos miró a los dos, cada uno en un extremo del mostrador, con la eficacia de una mujer de setenta y un años que ha entrado en cuatro mil casas ajenas.

—¿Interrumpo?

—No —dijimos los dos a la vez.

—Es que Pepita se ha quedado sin Sintrom. Se lo dije el lunes. Se lo dije: Pepita, mira la caja. Y me dice ella: si tengo. Y tenía una. Una, Lola. Una pastilla es no tener nada.

Le saqué el Sintrom.

Loli lo pagó con la tarjeta y estuvo dos minutos y medio buscando el pin, que es lo que dura la fase final de todas las visitas de Loli, y en esos dos minutos y medio Martín se quedó donde estaba, mirando la caja de cartón vacía encima del mostrador, con las manos en los bolsillos.

Cuando Loli se fue, la puerta se cerró y la lluvia volvió a ser lo único que sonaba.

Él cogió la caja vacía y la dobló por la mitad.

—Bueno —dijo.

—Bueno.

—Gracias.

—No hay de qué.

Fue hasta la puerta. La abrió. Entró un golpe de agua fría y de olor a asfalto mojado, y ahí, con medio cuerpo fuera, se giró.

—Otro día… —dijo—. Otro día traigo más cosas que tirar.

Y se fue bajo aquella tormenta como un idiota magnífico, sin correr, con una caja de cartón doblada debajo del brazo, y yo me quedé fregando un charco redondo que había dejado una señora de setenta y un años, que es el trabajo que a mí me corresponde en esta vida.

CAPÍTULO DIECISÉIS



¿Tiene… esto?

La semana siguiente fue la semana más rara de mi carrera profesional.

Lunes. Entró a las diez y diez. Se paró delante del mostrador, miró el expositor de detrás con una concentración de opositor y señaló una caja azul de la tercera balda.

—¿Tiene… esto?

De usted. Otra vez.

Era un aspirador nasal.

—Tengo.

—Pues eso.

—¿Para quién es?

—Para un sobrino.

—¿Cuántos años tiene el sobrino?

—Cuatro.

—Con cuatro años ya se suena solo.

—Es que es muy suyo.

—¿Y dónde vive el sobrino?

—En Edimburgo.

—¿Y va a llevarle usted un aspirador nasal a Edimburgo?

—Se lo mando.

—Por correo.

—Por correo.

—A Escocia.

—Es que allí no los hay así.

Los hay exactamente así. Los hacen en Suecia y los vende media Europa. No dije nada.

Se lo llevó. Ocho euros con noventa.

Martes. Entró a las diez y cuarto, esta vez con un abrigo que no hacía ninguna falta en junio, y señaló la segunda balda.

—¿Y esto?

—Eso es un tensiómetro.

—Ah. Muy bien.

—¿Se lo pongo?

—No, no. Yo preguntaba.

Se llevó unos algodones. Uno con cincuenta.

Miércoles. Y aquí es donde el asunto alcanza la categoría de leyenda del barrio, aunque el barrio no se enterase nunca, porque la única testigo firmó un pacto de silencio conmigo que ha respetado durante exactamente cuatro días.

Entró a las diez y veinte. Se plantó. Recorrió las baldas con la vista, muy despacio, buscando algo que fuera lo bastante pequeño para justificar una compra y lo bastante grande para justificar una conversación, y en algún momento de esa búsqueda, con la fatiga del cuarto día consecutivo, señaló al azar.

—¿Tiene… esto?

Era un sacaleches.

Miré la caja. Miré a Martín. Martín miró la caja. Y entonces vi, con toda claridad, el momento exacto en que un hombre adulto se da

cuenta de lo que acaba de señalar y toma la decisión, en cuatro décimas de segundo, de no rectificar.

—Tengo —dije.

—Ya lo veo.

—¿Se lo envuelvo?

—Sí.

Se lo envolví.

Cuarenta y dos euros con noventa y cinco.

Cogió la bolsa, dio las gracias, dijo «que vaya bien» y salió a la calle con la espalda muy recta, y yo tuve que agacharme detrás del mostrador a colocar unas cajas que estaban perfectamente colocadas.

Jueves. Once y diez de la mañana. Volvió con la bolsa.

—Vengo a devolver esto.

—¿Hay algún problema con el producto?

—El producto es magnífico.

—¿Entonces?

—Que no lo necesito.

—Ya.

—Nunca lo he necesitado.

—Ya.

—En ningún momento.

Y ahí, señores, empezó la espiral, porque yo no le iba a poner las cosas fáciles a un hombre que llevaba cuatro días señalando cosas al azar en mi farmacia.

—¿Tiene el ticket?

—¿Hace falta el ticket?

—Para una devolución, sí.

—¿Y sin ticket no se puede?

—Sin ticket no consta que lo haya comprado aquí.

—Usted me lo vendió.

—Yo sé que se lo vendí. Pero el sistema no sabe nada. El sistema solo sabe lo que pone en el papel.

—¿Y usted no puede decirle al sistema que se lo vendió?

—Yo al sistema no le digo nada. Yo con el sistema tengo una relación estrictamente administrativa.

—¿Y si yo le dijera que lo compré aquí?

—Le creería.

—Pero no bastaría.

—No bastaría.

—¿Y si lo jurara?

—Menos.

—¿Menos?

—El sistema desconfía especialmente de la gente que jura.

Sacó el ticket. Lo llevaba en el bolsillo de la camisa, doblado en cuatro, planchado por la cara interna con la palma de la mano, y me lo entregó como se entrega un pasaporte en una frontera con la que uno no se fía del todo.

Lo cogí. Lo miré. Estaba impecable.

—¿Ha estado guardando el ticket?

—He estado guardando el ticket.

—¿Desde ayer?

—Desde ayer.

—¿Dónde?

—En la camisa.

—¿Toda la noche?

—La camisa estuvo en una silla toda la noche. El ticket estuvo en la camisa. —Se pasó la mano por la nuca—. No quiero dar la impresión de que he dormido con el ticket.

—Yo no he dicho nada.

—Lo ha pensado.

—Yo no pienso en horario comercial.

Metí el importe. Le devolví los cuarenta y dos con noventa y cinco en efectivo, porque había pagado en efectivo, cosa que no había pensado hasta ese momento y que en ese momento sí pensé.

Y cuando el cacharro escupió el papel de la devolución, lo corté, lo doblé por la mitad y lo metí en el cajón, debajo de la bandeja de los bolis, encima de los otros seis.

El único con devolución. En un cajón entero de tickets sin devolución.

Cerré el cajón con la cadera.

—Que vaya bien —dijo.

—Adiós.

Se fue. Pasaron cuatro segundos.

Susi, que llevaba toda la semana callada como una tumba, sacó un rotulador del bolsillo de la bata —lo llevaba encima, eso es lo que me tuvo pensando el resto de la mañana—, fue al almacén y no la vi escribir. Volvió a los cuarenta segundos y siguió con lo suyo.

A la hora de comer entré a por una caja de suero y allí estaba, debajo de CEPILLOS INTERDENTALES: 14:

SACALECHES: 1 (devuelto)

—Baja de ahí.

—Es un dato.

—Baja.

—Lola, es un dato. En un juicio, esto es un dato.

Bajó de la banqueta y me puso el rotulador delante, en horizontal, encima del mostrador, como se pone una prueba.

Y ahí tuvimos la cumbre.

—Vamos al almacén.

—No hay nada que hablar.

—Lola.

Fuimos al almacén.

Susi tiene veinticuatro años y una capacidad para estructurar una acusación que a mí me da miedo pensar dónde la ha aprendido. Se puso delante de la pizarra y la usó como si fuera una presentación. Señalando y todo.

—Uno. Aspirador nasal. Sobrino de cuatro años que, según él, «es muy suyo». Dos. Algodones. Nadie viene a una farmacia a por algodones, los algodones se compran cuando ya estás dentro por otra cosa. Tres. —Golpe de nudillo en la pizarra—. Sacaleches.

—Se equivocó.

—Nadie se equivoca de sacaleches.

—Señaló mal.

—Señaló mal, lo compró, se lo llevó a su casa, durmió con él y volvió al día siguiente con el ticket planchado. —Se giró—. ¿Tú has visto ese ticket? Ese ticket estaba mejor conservado que mi DNI.

—Susi, el hombre está vaciando el piso de su abuela.

—Y catorce cepillos interdentales.

—Está pasando por un momento…

—Catorce, Lola.

—…un momento muy difícil, y esta farmacia es de las pocas cosas de este barrio que siguen abiertas, y a lo mejor lo que necesita es un

sitio donde le hablen. Que es, por cierto, la mitad de lo que hacemos aquí. Y tú lo sabes. Y no hace falta que montes un… —abarqué la pizarra con la mano— …un tablón.

—Es una pizarra de pedidos.

—Es un tablón.

—Es la misma pizarra donde pone «llamar a Ortiz».

—Pues ponlo debajo de Ortiz.

—Está debajo de Ortiz.

Susi me dejó terminar. Eso fue lo peor: que me dejó terminar del todo.

—Vale —dijo—. ¿Y el jueves de la tormenta?

—¿Qué jueves de la tormenta?

—El jueves de la tormenta, que yo me fui al dentista a las seis y volví el viernes y me encontré el suelo fregado a las ocho de la tarde. Tú no friegas a las ocho. Tú friegas a las nueve, cuando cierras. —Cogió el rotulador de la mesa—. ¿Qué pasó el jueves de la tormenta?

Y ahí me oí a mí misma decir, con un tono medio agudo que no era el mío y con una velocidad completamente innecesaria:

—Vino a traer las medicinas de su abuela para el SIGRE, que llevaba cuatro meses sin poder tirarlas, y estuvimos hablando de eso, y luego entró Loli a por el Sintrom de Pepita porque a Pepita le quedaba una pastilla, una, y ya está, y se armó un lío con el pin de la tarjeta. ¿Quieres un café?

Silencio.

—¿Un café? —dijo Susi—. Son las once y veinte.

—Pues un descafeinado.

Susi tapó el rotulador.

—Lo del pin de la tarjeta —dijo— no te lo he preguntado.

Volvimos al mostrador y despachamos una crema para el eccema de la nieta de Charo y estuvimos tres horas sin mencionarlo.

A las dos, mientras yo hacía el pedido, Susi habló desde el taburete sin levantar la vista.

—Esto ya no es una compra.

—Susi.

—Esto es un ajuar.

Aquella noche, en casa, me senté a la mesa de la cocina con las encuestas por rellenar y no rellené ninguna.

Lo que hice fue coger un folio en blanco y escribir la pregunta once, entera, con su numeración y todo, como si estuviera copiando un examen.

Del 1 al 10, ¿cómo de viva te sentiste?

Y escribí debajo, deprisa: «el jueves de la tormenta».

Y lo taché.

Y escribí: «tirando medicinas de una señora muerta, mira qué bien».

Y lo taché.

Y escribí: «no era el jueves, fue el jueves anterior, contando botones».

Y taché eso también, y luego taché la pregunta, y luego arrugué el folio y lo tiré, y fui a la basura y lo saqué, y lo rompí en cuatro antes de volverlo a tirar, porque una cosa es tirar un papel y otra cosa es que ese papel esté entero en un cubo dentro de tu propia casa.

CAPÍTULO DIECISIETE



El cupo cubierto

El octavo se llamaba Andrés, era maestro de primaria y no tenía absolutamente nada de malo.

Eso, si me permiten, es un problema de otro orden.

Los siete anteriores me habían dado material. De cada uno se podía sacar una historia, una frase, un párrafo de encuesta. Yo llegaba a casa y tenía algo que contar, aunque solo me lo contara a mí misma en una hoja cuadriculada. Un hombre que graba audios. Un hombre que lamina. Un hombre que tarda cuarenta segundos en decir Torrente.

Andrés llegó cinco minutos tarde y se disculpó explicando por qué, que es lo que hace la gente que llega tarde de verdad y no la que llega tarde por táctica: se le había quedado un niño esperando en la puerta del colegio porque el padre no aparecía, y se había quedado con él hasta las siete menos cuarto.

—¿Y apareció?

—Apareció. Con la moto en la mano y una excusa muy mala.

—¿Muy mala?

—Malísima. Pero el niño se la creyó, así que valía.

Cenamos en un vasco de la calle Cardenal Cisneros. Pidió él dos cosas y yo dos cosas y compartimos las cuatro sin negociarlo, lo cual,

a estas alturas de mi vida, ya es más de lo que consiguen la mayoría de los matrimonios.

Hablamos de nuestros trabajos, que resultaron ser el mismo trabajo. Los dos nos pasamos el día con gente que viene a contarnos una cosa y quiere contarnos otra. Los dos tenemos un mostrador, aunque el suyo mide un metro veinte y tiene sillas alrededor. Me contó lo de un niño de tercero que le lleva todos los lunes un dibujo de un dinosaurio con una enfermedad distinta, y que él ha llegado a tener que inventarse tratamientos.

—El de la semana pasada tenía anginas.

—Eso es fácil.

—Es facilísimo. El problema fue el de febrero, que tenía «tristeza en las patas».

—¿Y qué le mandaste?

—Andar. Y compañía.

—Eso está bien recetado.

—Es que se lo pregunté a mi madre.

Nos reímos. Nos reímos varias veces, y bien, con esa risa que sale de la conversación y no de los chistes.

Y a la segunda copa de vino descubrí que aquel hombre jugaba en mi liga.

Esto hay que explicarlo. En mi casa se discute de una manera concreta: frases cortas, sin ceder nunca del todo, y gana el que se calla último. Yo aprendí con mi madre y llevo treinta y dos años entrenando contra una campeona. En la calle no me sirve de nada, porque la gente normal, cuando le devuelves la pelota seca, se queda esperando a que le expliques que era una broma.

Andrés no esperó.

—Los maestros tenéis muchas vacaciones.

—Tenemos las vacaciones de los niños. No es lo mismo.

—Son las mismas semanas.

—Son las mismas semanas y el mismo ruido.

—El ruido lo pones tú.

—El ruido lo pongo yo y me lo llevo a casa, como los deberes. Vosotros cerráis a las ocho y media.

—Nosotros libramos cuando cerramos.

—Vosotros libráis cuando cerráis y tenéis guardias.

—Tenemos guardias.

—Pues ya está.

—Ya está.

Y ninguno de los dos cedió, y a los dos nos hizo gracia, y él levantó la copa un centímetro sin decir nada, que es lo que hace mi madre.

—Ahora dime una cosa —siguió—. ¿Por qué habéis puesto las gafas de leer al lado de la caja?

—Porque se venden.

—Se venden porque están al lado de la caja.

—Se venden porque la gente que necesita gafas de leer no se entera de que las necesita hasta que intenta leer un prospecto encima de un mostrador.

—Eso ha sonado a que lo tenías preparado.

—Es que me lo pregunta todo el mundo.

—¿Y siempre contestas eso?

—Siempre. Con la misma pausa.

Se rio, esta vez de verdad, y pidió otra ración de lo que estábamos comiendo sin consultarlo, y acertó.

Aquella cena, objetivamente, fue la mejor de las ocho. Con diferencia. No hubo un solo momento incómodo, no miró el móvil, no habló de dinero, trató al camarero por su nombre porque resulta que le da clase a su hija.

Y no pasó nada.

Nada de nada. Ni un pinchazo, ni una tontería, ni ese momento en que a una le da por mirar cómo alguien coge un tenedor. Yo estaba allí, cómoda, riéndome, comiendo bien, y por dentro estaba tan quieta como un martes por la tarde.

Y me dio rabia. Me dio muchísima rabia, y me la sigue dando cuando lo escribo, porque llevaba siete cenas quejándome de los hombres imposibles y resulta que cuando me sentaron delante de un hombre posible yo no tenía nada que ofrecerle.

Así que lo intenté. Con voluntad de laboratorio, lo intenté. Me obligué a mirarlo bien: tiene una cara agradable, unas manos normales, se ríe con los ojos. Me obligué a imaginarme un domingo con él. Me imaginé el domingo entero, con desayuno y todo, y salió un domingo perfectamente correcto en el que yo no estaba.

Fue entonces cuando él dejó la copa y me hizo la pregunta.

—Oye, ¿qué es lo mejor que te ha pasado este mes?

Y yo, sin pensarlo, contesté.

Le conté lo de los botones. Le conté que había una tienda cerrada en la calle de atrás, y quince cajas de zapatos, y una mujer que los clasificaba por el carácter de la señora que iba a llevarlos, y que había cajas que ponían «feos pero fuertes» y otras que ponían «bonitos pero flojos», y que estuve hora y media sentada en el suelo con las rodillas dobladas leyendo tapas en voz alta.

Le conté hasta lo de la caja que ponía MÍOS, con un botón dentro y nadie a quien preguntarle.

Debí de tardar cuatro minutos. Que son, según mis registros, exactamente seis veces lo que tardaba yo en contestar a cualquier

cosa aquella temporada.

Cuando terminé, Andrés estaba sonriendo. Con toda la cara. Sin ninguna pena.

—A mí no me mires así —dijo.

—¿Cómo?

—Así. Tú ya tienes el cupo cubierto.

—No sé de qué me hablas.

—Ya.

—De verdad que no.

—Que sí, Lola. —Se echó atrás en la silla, tranquilo—. Yo llevo doce años sentando a niños de ocho años delante de mí y preguntándoles qué tal el fin de semana. Sé perfectamente cuándo alguien se está acordando de algo mientras me habla a mí.

—Te he contado una anécdota de unos botones.

—Me has contado una anécdota de unos botones durante cuatro minutos y no has dicho una sola vez de quién es la tienda.

Y ahí me callé, que es lo que hago yo cuando pierdo.

—No pasa nada —dijo—. De verdad. Es más: es lo mejor que me ha pasado a mí esta noche, porque llevo ocho meses de estas cenas y esta ha sido la primera en la que me lo he pasado bien.

—Yo también me lo he pasado bien.

—Ya lo sé. Las dos cosas son verdad.

Pidió la cuenta. Discutimos por pagar, con toda la formalidad del caso, y pagamos a medias porque los dos éramos igual de tercos y ninguno cedió, y en la calle nos dimos dos besos y me dijo una última cosa mientras se ponía la chaqueta.

—Si algún día se te desocupa el cupo, avisa.

—¿Y si no?

—Y si no, dile a tu madre que soy encantador. Que es lo que soy.

Volví andando.

Y por el camino me hice todo el repertorio, que ya me lo sé: que qué me pasa, que qué tengo yo en la cabeza, que un hombre así se lo quita de las manos cualquiera de las hijas de las Vocales, que a los treinta y dos años una no está para desperdiciar cenas de esta calidad.

Me acordé de Óscar, que es lo que hago siempre en el minuto once del trayecto. Con Óscar tampoco pasó nada, al principio. Empezó siendo un chico correcto que me caía bien, y estuvimos siete años funcionando con eso, y funcionaba, hasta que un domingo por la tarde dejó de funcionar y él tuvo la honestidad de decirlo y yo la cobardía de no haberlo dicho antes. Y yo he sacado de aquello una conclusión que llevo tres años administrándome como si fuera una medicina, y que es esta: si no hay nada al principio, no aparece luego.

Lo cual es probablemente falso. Lo cual es, de hecho, la única teoría de mi vida que no he sometido nunca a revisión, y yo soy una mujer que revisa hasta los caducados del expositor de al lado de la caja.

Me dije que Andrés era perfecto. Lo odié un poco por eso. Y después me odié dos veces por haberle odiado a él, que no había hecho absolutamente nada más que llegar tarde por un niño y preguntarme lo que nadie me preguntaba.

En casa saqué la encuesta.

Puntualidad: cinco minutos tarde, con motivo. ¿Pagó? A medias, por empate técnico. ¿Ex? No. ¿Camarero? Le da clase a su hija. Madre: viva, y es ella la que receta compañía.

Y entonces llegué a la diez.

¿Repetirías?

Y me quedé un rato largo mirando la casilla.

Porque si escribía «no», mi madre iba a levantar la cabeza. Mi madre lleva tres años leyendo estas hojas con la atención de un perito calígrafo, y a un candidato como Andrés no se le dice que no sin dar explicaciones. Un no a Andrés es un dato. Un no a Andrés significa que hay otra cosa. Y mi madre, con un dato así, tarda cuatro días en tener un nombre y seis en tener una dirección.

Cogí el boli.

Escribí: «Sí».

Y me salió la letra de los pedidos, que es la que hago cuando escribo deprisa para no pensar en lo que estoy escribiendo.

Después, en la once, puse un cinco. Que era mentira por arriba y por abajo a la vez, y que fue, oficialmente, la primera vez en toda mi vida que le mentí a mi madre por escrito.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Verbena del Carmen

El dieciséis de julio esta gente saca a la Virgen a la calle, monta cuatro farolillos entre dos balcones y se cree Sevilla.

Lo digo con todo el cariño del mundo, porque yo llevo yendo treinta y dos años y la última vez que me perdí una fue por un cólico nefrítico.

La verbena del Carmen ocupa la plaza y las dos calles que salen de la plaza. En el centro monta el escenario la orquesta, que se llama Marisma y que lleva tocando aquí desde antes de que yo tuviera edad de bailar; a la izquierda está la barra de la peña, que gestionan las señoras de la parroquia con un sistema de tickets que no ha cambiado desde 1994; enfrente, la tómbola; y en la esquina de la calle de atrás, la churrería del Manolo, que llega el día quince por la mañana, monta y no habla con nadie hasta el diecisiete.

Yo, en la verbena, soy logística. Esto tampoco lo he elegido: es que si en un sitio hay ochocientas personas, cuarenta de ellas mayores de setenta y cinco años, y una de las farmacéuticas del barrio está allí, esa farmacéutica acaba con una riñonera. Llevo tiritas, suero, ibuprofeno, paracetamol, un antihistamínico y, desde lo del hijo de la Puri en 2019, dos sobres de suero oral. Aquella noche despaché seis veces antes de las once.

Mi madre estaba en la caja de la barra.

Que quede claro lo que significa eso: en la barra de la peña hay doce señoras y todas hacen algo, pero la caja la lleva una, y la lleva desde hace nueve años la misma. Mi madre no sirve, no recoge, no friega. Mi madre coge el dinero, da el ticket y dice cuántos quedan de cada cosa. Desde ese cajón se ve la plaza entera.

A las diez y media, el orden del mundo era el siguiente.

Fina, en la tómbola. Este año la tómbola tenía un problema estructural, y es que en mayo alguien había donado una caja entera de figuras de la Virgen Milagrosa, de escayola, de veinte centímetros, cuarenta unidades, y Fina había decidido que no se podían tirar. Así que la tómbola de aquel año consistía en pagar un euro, meter la mano y sacar, con una probabilidad que yo estimé en un setenta por ciento, una Milagrosa.

—¡Toca! —gritaba Fina—. ¡Milagrosa!

—Fina, es la tercera.

—Pues ya tienes las tres.

Pepita, en el extremo de la barra, con una botella de plástico de agua mineral llena de un líquido transparente que no era agua mineral. Orujo de su pueblo. Lo servía por debajo del mostrador en vasos de café, y a quien preguntaba le decía que era «para el estómago», y hay que decir que después de una noche de fritanga y cerveza caliente aquello era, efectivamente, medicinal.

Loli, moviéndose. Loli en las verbenas no tiene puesto fijo. Loli circula.

Maruchi, con el móvil en alto. Maruchi hace fotos de todo desde 2016, cuando su nieto le puso el WhatsApp, y las manda todas al grupo, todas, incluidas las que salen movidas y las que son de una silla.

Y Manolo, en la churrería, callado.

A las once menos cuarto apareció don Ángel con camisa de manga corta, colonia y un hombre detrás.

Yo estaba a cuatro metros, poniéndole una tirita en el talón a una chica de dieciséis años que se había puesto sandalias nuevas, y levanté la vista con la tirita en la mano.

Martín llevaba una camisa blanca remangada y cara de haber sido sacado de su casa. Iba mirando los farolillos como se miran los farolillos cuando llevas nueve años sin ver ninguno.

—Aquí lo traigo —dijo don Ángel, a nadie en particular—. El chico no sale. Y eso no puede ser.

Y ahí, en ese momento, con una tirita en la mano y la plaza llena, tuve tres segundos de pánico frío, porque mi madre estaba a veinte metros con la caja de la barra y mi madre lo ve todo desde ahí.

Los tres segundos pasaron. Volví al talón.

Porque en aquel momento pensé lo siguiente, y lo pensé de una manera muy poco honrada, y lo sabía mientras lo pensaba: mi madre no conoce a ese hombre. Mi madre no ha entrado en la mercería en su vida, porque mi madre no cose. Mi madre fue al entierro de Maruja Otero en enero como fue el barrio entero, es decir, a una iglesia con doscientas personas de abrigo negro, y de la primera fila vio lo que se ve de la primera fila, que son nucas.

Y no le dije nada.

No dije: mamá, mira, ese es el nieto de Maruja. Que es una frase de cuatro segundos, que es información pública y que yo tenía en la boca.

No la dije. Y me guardé la razón por la que no la dije en el mismo sitio donde guardo los tickets.

Lo que pasó después fue peor.

A las once y cinco, Martín se acercó a la barra a pedir. Y en la barra estaba la caja. Y en la caja estaba mi madre.

Yo lo vi desde la tómbola, adonde había ido a rescatar a la señora Charo, que llevaba dos euros y cuatro Milagrosas.

—Cinco cincuenta —dijo mi madre.

—Tenga.

—¿Tú eres el de las bolsas?

Aquí hay que explicar una cosa. Mi madre le pone nombre a todo el que no le han presentado. En su cabeza viven, con nombre y apellido operativo, el señor del perro cojo, la chica de la moto, los del quinto y el de las bolsas, que era, desde mayo, un hombre de treinta y muchos al que veía cruzar la plaza dos o tres veces por semana cargado de cajas y de bolsas de basura, camino del contenedor grande de la calle de atrás.

—Soy el de las bolsas.

—Estás vaciando un piso.

—Estoy vaciando un piso.

—¿Y tú de quién eres, hijo?

Es la pregunta. En este barrio no se pregunta cómo te llamas: se pregunta de quién eres. Es un campo de la libreta de mi madre y ocupa la tercera línea.

Y justo en ese instante, a las once y siete minutos del dieciséis de julio, la orquesta Marisma atacó el primer tema de la segunda parte con todo el equipo a tope.

Vi a Martín contestar. Le vi la boca moverse dos veces.

Vi a mi madre poner la mano detrás de la oreja, decir «¿eh?», reírse, hacer un gesto con la mano —ese gesto de «nada, déjalo, ya me lo dirás»— y darle el cambio.

Y ahí se acabó todo. Ahí, exactamente ahí, con una guitarra eléctrica y un teclado, se decidió el resto del verano.

A las once y veinte mi madre le había dado un plato de tortilla de la peña que él no había pedido, porque mi madre lleva desde 1963 detectando hombres delgados, y a las once y media estaban hablando de la humedad de las paredes de los pisos viejos.

Me acerqué. No pude no acercarme.

—Lola, ven. Este chico está vaciando el piso de la calle de atrás y no tiene ni idea de lo de la humedad.

—Buenas noches —dijo él.

—Buenas noches.

—Se conocen —dijo mi madre, sin preguntarlo.

—Del mercado —dijo Martín.

—Ah, del mercado.

Y no preguntó más, porque a mi madre, «del mercado» le pareció exhaustivo.

Estuvimos veinte minutos los tres. Mi madre le explicó lo del salitre, lo de la pintura antimoho y lo de que en los pisos de esa acera hay que dejar el armario separado dos dedos de la pared. Él escuchó todo eso como escucha él las cosas, que es en serio, y preguntó dos veces, y a la segunda pregunta yo vi a mi madre inflarse tres centímetros, porque a mi madre no le pregunta nadie nada desde hace tres años.

En un momento en que él se giró a coger el vaso, mi madre me cogió del brazo y me dijo al oído, con toda la boca:

—Este chico tiene percha, Lola.

—Mamá.

—Que sí. Que tiene percha. Si yo tuviera veinte años menos y una libreta nueva…

—Mamá.

—Que es un decir, hija, que una tiene ojos.

Y a las doce menos veinte, la orquesta Marisma tocó un pasodoble.

Aquí conviene decir que la orquesta Marisma toca un pasodoble a las doce menos veinte todos los años desde que yo tengo memoria, porque es la hora en que la gente mayor todavía está y los jóvenes ya

se han ido a la otra plaza. Es un acuerdo tácito. Es el único momento de la noche en que la plaza es de ellos.

Y mi madre dejó la caja.

Mi madre no deja la caja. Mi madre no ha dejado la caja en nueve años. Se levantó, salió por el hueco de la barra, se limpió las manos en el pantalón y se plantó delante de aquel hombre de treinta y cinco años con las dos manos por delante.

—Ven.

—No, no, yo no sé.

—Nadie sabe. Ven.

—De verdad que no.

—Que vengas.

Y se lo llevó al centro de la plaza.

Yo me quedé donde estaba, con la riñonera puesta.

Le enseñó el paso ahí mismo, delante de todo el barrio, sin ninguna vergüenza, con la eficacia de una mujer que ha dado clases de esto a cuatro sobrinos y a un cuñado. Le puso la mano en el sitio. Le dijo que el paso es corto. Le dijo que no diera zancadas, que aquello no es un desfile. Le contó, y esto se oía desde donde yo estaba porque mi madre habla alto cuando enseña, que el que lleva es el que decide, y que si él no decidía, ella iba a decidir por los dos, y que entonces qué pintaba él ahí.

Martín lo hizo fatal. Objetivamente fatal, los primeros treinta segundos. Y a los cuarenta segundos ya no lo hacía tan mal, porque es un hombre que trabaja con las manos y esa gente aprende rápido los movimientos pequeños.

Y a la mitad del pasodoble, mi madre se rio.

No de él. Con él. Una risa de las suyas, corta, con la cabeza un poco hacia atrás, en medio de una plaza, un jueves de julio, agarrada

a un desconocido de treinta y cinco años que resulta que era el hombre que su hija llevaba tres meses guardando en un cajón.

Y yo, mirando aquello desde la esquina de la tómbola, con la riñonera y un paquete de tiritas en la mano, entendí una cosa que no voy a escribir aquí porque en ese momento tampoco me la dije con palabras.

Solo pensé: esto no lo puedo arreglar.

Y luego pensé: no hace falta arreglarlo, no está roto.

Y luego dejé de pensar, porque don Ramón se acercó a la pista.

Se había puesto camisa. Camisa planchada y del cuello duro, un dieciséis de julio, a treinta grados. Esperó a que se acabara el pasodoble, esperó a que Martín le devolviera a mi madre con una especie de reverencia torpe que hizo reír a dos señoras, y entonces dio tres pasos y le tendió la mano.

Mi madre miró la mano.

Miró a Maruchi, que estaba a seis metros con el móvil en alto.

Miró la barra, que llevaba veinte minutos sin caja.

Y dijo:

—Ay, hijo, un momentito nada más. Que la caja está sola.

Y bailó.

Bailó entero el siguiente, que era otro pasodoble porque Marisma siempre pone dos seguidos, y lo bailó a treinta centímetros, con la espalda muy recta y la barbilla levantada, hablando todo el rato de la caja.

Cuando volvió, se sentó en su sitio, abrió el cajón, contó los tickets y le dijo a Fina, sin que nadie le hubiera preguntado nada:

—Por no dejarle ahí con la mano tendida, pobre.

—Claro, mujer.

—Que da mucha pena.

—Muchísima.

—Y baila fatal.

Baila muy bien. Lo vio todo el mundo.

A las doce y cuarto, Manolo el churrero, que llevaba desde el día quince por la mañana en aquella esquina sin dirigirle la palabra a un solo ser humano, levantó la vista de la freidora, miró hacia la plaza y dijo, para él o para el aceite:

—Esos dos se casan.

No especificó cuáles.

Y en ese momento, a seis metros, Maruchi levantó el móvil por encima de las cabezas, buscó el encuadre, y disparó con flash.

CAPÍTULO DIECINUEVE



Cosas del comité

El día después de la verbena la farmacia es una consulta de urgencias con música de fondo.

Vienen los estómagos. Viene la gente con la tensión disparada de dormir cuatro horas y comer torreznos. Viene la señora que dice que a ella el orujo de Pepita le sentó fatal, y viene Pepita, media hora después, a decir que a la señora lo que le sentó fatal fueron seis. Viene un chaval con una quemadura de los churros y otro con el tobillo torcido de bajar del bordillo bailando.

Aquel viernes despachamos treinta y una recetas antes de las doce y yo estaba de un humor razonable.

A las once entró Pepita.

Pepita entra en mi farmacia una media de dos veces por semana y de esas dos veces, en una, me interroga. Es su función en el organigrama. Pepita es la que pregunta. Lleva ocho meses preguntándome por cada una de las ocho cenas, a veces antes de que se hayan producido, y una vez me preguntó por una que se canceló, con detalles.

Aquel viernes compró un antiácido y se fue en cuatro minutos.

—¿Qué tal la verbena, Pepita?

—Bien, bien.

—El orujo hizo estragos.

—Ay, sí.

Y ya. Ni una pregunta. Ni sobre la cena de Andrés, que había sido el viernes anterior y sobre la que ella tenía derecho adquirido a interrogarme; ni sobre el candidato del sábado, que era «el bueno» y del que ella misma había dado el parte a Loli en la cola del pan.

Salió mirando el suelo, con el antiácido en la mano, y se chocó con el expositor giratorio de las gafas de leer, que lleva ahí seis años.

Susi levantó la vista de la pantalla.

—Esa señora sabe algo.

—Esa señora tiene ardor.

—Esa señora tiene ardor y sabe algo.

Mi madre entró a las once y veinte.

Y estaba rara.

Lo primero fue el saludo. Mi madre entra en la farmacia y dice «hola, hija» o dice «qué calor» o dice «esa puerta chirría». Son las tres opciones. Aquella mañana entró, dijo «hola» a secas y se fue directa al expositor de los caramelos de eucalipto, que estaba perfectamente colocado porque lo había colocado ella el martes.

Lo segundo fue el móvil.

Mi madre tiene una relación con el móvil de una franqueza absoluta: lo saca, se lo pone a un palmo de la cara, lee moviendo los labios y comenta en voz alta lo que está leyendo, sea lo que sea y esté quien esté delante. «Dice Maruchi que ha llovido en Toledo». «Ay, la nieta de Fina se ha cortado el pelo». Es un servicio informativo.

Aquel viernes sacó el móvil siete veces en veinte minutos y no comentó ni una.

Y a la séptima, cuando yo terminé con la señora del tobillo y me acerqué al expositor, lo guardó. De golpe. Con las dos manos y contra el pecho, en un gesto que yo no le había visto hacer nunca y que era, sin la menor duda, el gesto de una adolescente.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Mamá.

—Nada, hija. Cosas del comité.

—¿Qué cosas?

—Cosas.

Y aquí es donde empezó lo que a mí me tuvo dos días de mal humor, porque a partir de ese momento mi madre hizo algo mucho peor que discutir conmigo.

Empezó a darme la razón.

—Tienes ahí las cajas de la promoción en medio del paso.

—Sí, hay que quitarlas.

—Van a tropezar.

—Tienes toda la razón.

—…

—¿Qué?

—Nada.

Aquí conviene entender cómo funciona esto en mi familia. Cuando mi madre dice que las cajas están en medio del paso, la respuesta correcta, la que llevamos treinta y dos años ensayando, es «esas cajas se van mañana» o «lleva ahí dos días, mamá» o, en un mal día, «pues no pases por ahí». Y entonces ella dice que ella solo lo comentaba, y yo digo que ya, y ninguna de las dos cede, y así se pasa una mañana entera.

«Tienes toda la razón» es una rendición. Y una rendición sin combate no es una victoria: es una noticia.

Cuatro minutos después:

—Mamá, esta noche no puedo cenar, que hago inventario.

—Muy bien.

—¿Muy bien?

—Que muy bien, hija. Tú a lo tuyo.

Mi madre lleva tres años quejándose de que no ceno con ella los viernes. Ha construido sobre ese tema una jurisprudencia completa, con precedentes, agravantes y una referencia recurrente a la hija de la Manoli, que cena con su madre todos los días y por eso está como está, que no sé cómo está pero mi madre lo dice con envidia.

«Tú a lo tuyo» no existe en el vocabulario de mi madre. «Tú a lo tuyo» es lo que dice la gente que está pensando en otra cosa.

Es como ver un semáforo en morado. No sabes qué hacer, pero sabes que algo va mal.

Susi, desde el taburete, sin mirar a ninguna de las dos:

—¿Tu madre está bien?

—Mi madre está estupendamente.

—Es que le has dicho que hoy no cenas con ella y no ha dicho nada.

—Ya.

—Lola, a mí me dijo en marzo que las hijas que no cenan con sus madres luego lloran mucho en los tanatorios.

—Eso te lo dijo por decir.

—Me lo dijo a mí. Yo no soy su hija.

A las doce menos veinte se me acercó al mostrador y me miró.

Me miró de una manera concreta que yo he intentado describir muchas veces y que solo me sale con vocabulario de trabajo: me miró como se mira una receta que no cuadra. Cuando llega una receta con una dosis que no es la que le corresponde a ese paciente por edad y por peso, uno no la rechaza inmediatamente: la lee otra vez, mira el nombre, mira la fecha, calcula, y decide si el que se ha equivocado es el médico, el sistema o uno mismo.

Mi madre me estuvo leyendo así unos cuatro segundos.

—¿Qué pasa? —dije otra vez.

—Que estás muy guapa.

—Mamá.

—Que sí. Que has cogido color.

Y se fue a las doce menos cuarto, con dos horas menos de las que se queda siempre.

Aquella tarde me llamó a las cinco y veinte.

—Hija, lo del sábado se cancela.

Lo del sábado era el candidato número nueve, y el candidato número nueve llevaba fraguándose desde antes de la verbena. Era, según ella, «el bueno». Lo había dicho tres veces. Lo había dicho en el grupo, según me contó Loli en la cola del pan. Un chico de Fina, o de la consuegra de Fina, con una descripción que incluía las palabras «formal», «con una casa en el pueblo» y «que le gustan los perros».

—¿Se cancela por qué?

—Porque no.

—Mamá, «porque no» no es una razón.

—Es que estoy reestructurando la cartera.

Silencio.

—¿Qué estás haciendo?

—Reestructurando la cartera. —Y lo dijo con una naturalidad absoluta, como quien dice que está haciendo croquetas—. Hay que revisar. Llevamos ocho y no hemos acertado ninguna. Eso es que algo está fallando en el criterio.

—O es que no hay nadie.

—Siempre hay alguien.

—Mamá.

—Siempre hay alguien, Lola. Lo que pasa es que a veces está mal colocado.

Colgó.

Y yo me quedé con el teléfono en la mano, en el almacén, entre dos cajas de suero fisiológico, elaborando teorías. Elaboré tres aquella tarde y las tres eran completamente equivocadas, cosa que solo sé ahora.

Teoría número uno: se ha enfadado conmigo. Por algo de la verbena. Por no haberme quedado en la barra, por haberme ido a las doce y media, por algo que dije y que no recuerdo.

Teoría número dos: está enferma. Esta la tuve doce minutos y fueron doce minutos malos. Es la teoría que tenemos todos los hijos de una mujer de sesenta y uno cuando esa mujer hace algo raro dos días seguidos. Repasé su última analítica, que la tengo, porque se la hago yo la receta. Estaba bien.

Teoría número tres, la que más me duró y la que más me gustaba: se ha cansado. Después de tres años, ocho cenas y una libreta entera, mi madre por fin se ha aburrido de esto, y lo del sábado es el principio del final, y en septiembre esto se habrá acabado y yo habré ganado.

Esa noche cené con ella, aunque había dicho que no, porque hice el inventario en hora y media y porque las tres teorías me habían dejado con una cosa rara en el pecho que no era alergia, aunque yo entonces lo llamé alergia.

Estuvo normal. Habló de la verbena, de lo mal que había quedado la tómbola con lo de las Milagrosas y de que Fina tenía todavía diecinueve en el maletero. Habló de la humedad. Preguntó por Susi.

No preguntó por ninguna cita.

Y cuando me fui, en la puerta, con las llaves ya en la mano y el rellano oliendo a la cena de los del quinto, mi madre hizo una cosa que no hace.

Me cogió la cara con las dos manos y me dio un beso en la frente.

Bajé los cuatro portales que hay entre su casa y la mía, que se hacen en cuarenta segundos, y los hice pensando exactamente esto:

Lo de la frente no lo hace nunca. Lo de la frente lo hizo cuando lo de la abuela y lo hizo la mañana del entierro de papá. Lo de la frente es que alguien se ha muerto.

O algo peor.

INTERLUDIO



VOCALES DEL SAGRADO CORAZÓN ⛪

(viernes, 00:41)

Maruchi: 📷 *(imagen)*

Maruchi: 📷 *(imagen)*

Maruchi: 📷 *(imagen, movida)*

Maruchi: Qué majo el forastero de lo de Maruja bailando con Amparo jajajaj

Maruchi: Amparo no me mates

Loli: Ay qué monos

Loli: ¿Quién es el de blanco?

Maruchi: El forastero

Loli: ¿Qué forastero?

Maruchi: El que está vaciando lo de Maruja Otero. El de las bolsas.

Fina: ¿Forastero?

Fina: Ese es el NIETO.

Fina: El de Edimburgo.

Loli: ¿Maruja tenía nieto?

Fina: Loli, Maruja no hablaba de otra cosa.

Pepita: El nieto, el nieto. Yo se lo oí mil veces. «Mi Martín, que está fuera».

Maruchi: Anda. Pues yo creía que era de la inmobiliaria.

(00:47)

Amparo: ¿El nieto de Maruja Otero?

Fina: El mismo.

Fina: El que no venía.

Amparo: *escribiendo…*

(00:49)

Amparo: *escribiendo…*

(00:52)

Amparo: *escribiendo…*

Maruchi: ¿Amparo?

Pepita: 🎤 *audio (4:12)* «…que yo me acuerdo perfectamente, Amparo, porque fue el año que operaron a mi hermana, y Maruja estaba en la puerta de la tienda con el trapo del polvo y me dijo que el chico había cogido un trabajo fuera y que ella se alegraba mucho aunque le diera una pena horrible, y yo le dije Maruja, mujer, los hijos y los nietos son para el mundo, y ella me dijo una cosa que se me quedó grabada, me dijo: Pepita, yo lo que quiero es que vuelva a algo, no que vuelva a por mí, y…» *(el audio se corta)*

Fina: Se ha cortado otra vez.

Pepita: Es que se me llena.

(01:03)

Amparo: Borrad este chat.

Loli: ¿Cómo se borra un chat?

Amparo: Loli.

Loli: Es que yo no sé.

Amparo: Pues entonces no digáis nada.

Amparo: NADA.

Amparo: Ni en misa, ni en la peña, ni en la farmacia. Sobre todo en la farmacia.

Maruchi: Amparo, ¿qué pasa?

Amparo: Nada.

Maruchi: Amparo.

Amparo: Fina.

Fina: Dime.

Amparo: Ni acta.

Fina: ¿De lo de esta noche?

Amparo: De nada.

Fina: Que conste en acta que no habrá acta.

Amparo: Buenas noches, chicas.

(01:11)

Maruchi: Buenas noches.

Pepita: Buenas noches.

Loli: Yo sigo sin saber quién es el de blanco.

PARTE III



SALIRSE DE MADRE

CAPÍTULO VEINTE



Mi madre ha perdido el toque

La ficha del noveno llegó un lunes por la mañana y yo la leí tres veces buscando la errata.

—¿Esto qué es?

—Cristian.

—Ya veo que es Cristian, mamá. Lo que te pregunto es qué es esto.

Mi madre estaba de pie al otro lado del mostrador con una sonrisa que no le había visto en toda la operación. Radiante. La mujer que ocho meses antes me había entregado la ficha de Álex como quien entrega un parte de defunción estaba ahora delante de mí, con el bolso colgado del antebrazo, sonriendo como una azafata.

—Es el sobrino de la del quiosco.

—Aquí pone «artista».

—Es artista.

—¿De qué?

—Del gesto.

Volví a mirar la hoja. En el campo de trabajo, con su letra pequeña, mi madre había escrito «artista del gesto». En el de estudios había escrito una raya. En el de piso había escrito «con su tía, de momento, pero eso se arregla». Y en la casilla de puntuación,

donde llevaba tres años poniendo cifras con decimales, había puesto un ocho.

Un ocho.

—Mamá, ¿qué es un artista del gesto?

—Malabarista.

—Malabarista.

—Sí.

—¿Dónde?

—En un semáforo.

Se hizo un silencio que duró lo que dura un silencio en una farmacia, que es hasta que entra alguien.

Aquí hay que entender de qué mujer estamos hablando.

Mi madre descartó en 2023 a un notario porque, y cito de memoria porque el acta la tiene Fina, «se ríe flojo». Descartó en octubre a un ingeniero de caminos, con dos pisos, porque en el bautizo de los mellizos había dejado el abrigo en el respaldo de la silla en vez de en el perchero. Le quitó medio punto a Ignacio por «demasiado organizado». Al poeta le puso un seis y le escribió al margen que tenía sensibilidad, que en su idioma es una condena a muerte.

Y esa misma mujer estaba delante de mí, un lunes de finales de julio, proponiéndome con entusiasmo genuino a un señor de veintinueve años que hace la cascada con tres naranjas entre dos carriles de la avenida.

—El sábado a las nueve —dijo—. En el bar de la plaza, que a él le viene bien porque acaba tarde.

—¿Acaba tarde de qué?

—Del semáforo.

Y se fue tan contenta.

La llamé esa misma noche, a las diez, desde el sofá, con la ficha delante y la televisión sin sonido.

—Mamá, no voy a ir.

—Vas a ir.

—Tengo treinta y dos años y una farmacia.

—Y él tiene veintinueve y unas manos preciosas.

—¿Le has visto las manos?

—Se las vi el día de la Cabalgata, que iba con la del quiosco.

Yo tenía el altavoz puesto y la ficha en la mano y estaba trabajando, porque a esas alturas ya no era una hija discutiendo con su madre: era una farmacéutica delante de una receta rara.

—Mamá, tú descartaste a un notario.

—El notario se reía flojo.

—Descartaste a un ingeniero de caminos por dejar el abrigo en la silla.

—El abrigo en la silla es que no te van a llevar a ningún sitio.

—Y ahora me mandas a un chico que hace malabares entre coches.

—Un chico que trabaja en la calle es un chico que no le tiene miedo a la gente. —Lo dijo rapidísimo, como se dicen las cosas que se han preparado—. Y no le da vergüenza que le miren. Eso, Lola, en un hombre, no lo tiene cualquiera.

Aquello era un buen argumento. Ese es el problema: era un buen argumento, dicho a toda velocidad, y mi madre nunca ha necesitado ir deprisa para tener razón.

Así que le puse una trampa.

—Ya que estamos —dije—. ¿Por qué no me buscas directamente uno de cuarenta y ocho que viva con su madre?

Y mi madre, que lleva tres años tachando candidatos por menos que eso, que tiene una casilla entera dedicada a las banderas rojas y que en octubre me dijo que un hombre que a los cuarenta sigue en casa de su madre es un hombre al que le han hecho un favor de más, contestó:

—¿Conoces a alguno?

Me quedé mirando la televisión sin sonido.

—Mamá.

—Que si conoces a alguno, digo. Que se puede mirar.

—Buenas noches, mamá.

—Ponte el pelo suelto el sábado.

Colgué y saqué la carpeta.

Yo tengo todas las fichas. Me las quedo desde la primera, que fue la de Álex, porque al principio las guardaba para reírme y luego las seguí guardando por costumbre, como se guarda en una casa casi todo lo importante.

Las puse en fila encima de la mesa del salón, las nueve, por orden.

Y ahí estaba el dato, y yo lo estuve mirando media hora sin ser capaz de leerlo.

Los candidatos bajaban. De un emprendedor con plaza de garaje a un divorciado de catorce meses, de ahí a un hombre con la vida plastificada, de ahí a un sanador con datáfono, de ahí a un chaval de veintinueve que duerme en casa de su tía.

Las notas no bajaban.

Ocho y medio. Ocho. Siete. Seis y medio. Y otra vez un ocho.

Una mujer que pierde el criterio pierde también la puntuación: se le desordena todo, se le hace todo un cinco. Aquello no era desorden. Aquello era una nota puesta desde fuera, por una mano firme, para que la hoja pareciera lo que había parecido siempre.

Yo eso lo tuve delante media hora en la mesa de mi salón.

Y concluí que a mi madre le fallaba el pulso.

Lo que pasó el resto de la semana fue todavía más raro, y a mí me tuvo cuatro días en un estado de irritación que Susi describió, con precisión, como «cara de inventario».

Empezaron a entrar las Vocales.

De una en una. Esto es lo importante. Las Vocales entran por parejas desde que yo tengo uso de razón; entrar sola en la farmacia de la hija de Amparo es, dentro de su protocolo, una operación descubierta. Y aquella semana entraron sueltas, escalonadas, una cada día, con una regularidad de turnos de guardia.

Martes: Maruchi. Compró un termómetro. Tiene tres. Se lo dije. Me dijo que uno para el bolso.

Miércoles: Fina. Compró unas plantillas de gel. Fina calza un treinta y siete y las plantillas eran del cuarenta y dos. Cuando se lo señalé, me dijo que ya las recortaría, y luego se quedó siete minutos delante del expositor de las cremas solares sin coger ninguna, mirándome por el reflejo del cristal con un descaro que solo se permiten las mujeres que han superado los setenta.

Jueves: Loli. Loli no compró nada. Loli entró, preguntó si teníamos algo para «lo del pie», no especificó el pie ni el problema, y estuvo once minutos hablando conmigo del calor de una manera que no llevaba a ningún sitio, y en el minuto once me preguntó, de sopetón, si yo estaba contenta.

—¿Contenta de qué, Loli?

—En general.

—Estoy bien.

—Ah. Muy bien. Pues nada.

Y se fue sin lo del pie.

Viernes: Pepita, que es la titular indiscutible del puesto de interrogadora, la mujer que me ha preguntado por citas que no

llegaron a producirse, entró, compró un antiácido —el tercero en dos semanas: si Pepita sigue así, la que va a tener que preguntar algo soy yo— y no me preguntó nada de nada.

Y esa fue la peor de las cinco.

Susi lo dijo el viernes a las dos menos cuarto, mientras las veía irse a las dos por la ventana, porque los viernes se juntan en el bar de la plaza.

—O saben algo o son una secta.

—Son un comité parroquial.

—O las dos cosas. —Cerró la caja—. Que la parroquia da mucho de sí.

Mi diagnóstico, aquel viernes, era otro, y lo formulé con toda la seguridad de una profesional que se equivoca de raíz.

A mi madre le estaba fallando el criterio. Eso, o le estaba fallando la confianza. O bien había perdido de verdad el toque —lo cual, a los sesenta y uno, con una libreta de tres años y un archivo de fotos del boletín, era plausible y era triste—, o bien había decidido que a estas alturas ya daba igual quién fuera, que lo importante era que hubiera alguien, y me estaba tirando cualquier cosa a ver si colaba.

Y no sabía cuál de las dos me ofendía más.

La primera me daba pena, y a mi madre no se le puede tener pena delante porque lo huele.

La segunda me ofendía de otra manera, más fea, y es esta: si mi madre había bajado el listón, era porque me lo había bajado a mí. Porque había hecho un cálculo, en algún momento de aquel verano, sobre lo que su hija podía aspirar a los treinta y dos con una farmacia, una madre en el mismo barrio y siete años gastados con un hombre que se fue un domingo por la tarde. Y el resultado de ese cálculo era un chico de veintinueve años en un semáforo.

Estuve cuatro días con eso dentro.

Y no le dije nada, porque en mi familia no se dicen esas cosas: en mi familia se dobla el trapo que la otra ha dejado mal doblado y se cambia de tema.

Fui al bar de la plaza el sábado a las nueve, porque yo firmé un pacto y a mí los pactos me pesan, y de esa cena no voy a contar nada.

No por delicadeza. Por eficacia: ya la contaron otras, y mejor.

Solo diré una cosa, y la digo porque me importa. El chico era majísimo. Veintinueve años, muy educado, con la ilusión intacta y un oficio duro que hace a las siete de la mañana y a las ocho de la tarde en un cruce donde le tocan el claxon. Se ofreció a pagar y no le dejé porque yo sé lo que se gana en un semáforo. Me enseñó dos cosas con tres bolas y las dos me parecieron difíciles. Al despedirnos me dijo que su tía le había dicho que yo era una chica estupenda y que él ya se imaginaba que aquello no iba a ningún sitio, pero que llevaba tres semanas contento por haber sido invitado a algo.

El problema no era él.

El problema era que mi madre lo sabía.

INTERLUDIO



ASOCIACIÓN DE VOCALES DEL SAGRADO CORAZÓN

(pendiente de inscripción)

ACTA DE LA REUNIÓN EXTRAORDINARIA DEL COMITÉ

Lugar: casa de Maruchi. Hora: 18:30. Asistentes: las cinco.

Que conste, antes de nada, que la presidenta prohibió expresamente que se levantara acta de esta reunión. Se levanta igual por responsabilidad histórica. Firmado: la secretaria.

PUNTO PRIMERO. Protesta formal por la deriva de la cartera.

Toma la palabra doña Pepita, que expone que en ocho meses de trabajo el comité ha aportado candidatos de contrastada solvencia (un notario, un ingeniero de caminos, dos con piso propio y uno con dos), y que en las últimas tres semanas la presidenta ha retirado sin explicación al chico de la consuegra de la secretaria, que era formal, tenía casa en el pueblo y le gustaban los perros.

Doña Maruchi apoya la protesta y añade que ella misma imprimió la foto del de la boda a su costa.

La presidenta responde que está «reestructurando la cartera».

Se le pregunta qué significa eso. La presidenta responde que lo que ha dicho.

PUNTO SEGUNDO. Informe sobre la cita n.º 9.

Fuente: la cuñada del dueño del bar de la plaza, que estaba recogiendo la terraza.

Se informa de que el candidato, sobrino de la del quiosco, se presentó con una mochila y que de la mochila sacó, y puso encima de la mesa, tres bolas de las de hacer malabares. Consta que las bolas estuvieron encima de la mesa durante toda la cena, incluido el segundo plato.

Consta asimismo que en un momento de la velada el candidato intentó hacerle a la hija de Lola —**RECTIFICACIÓN de la secretaria: a la niña de la mesa de al lado, que Lola no tiene hija**— el truco del pañuelo con la servilleta.

Doña Loli pregunta si el truco salió. La cuñada del dueño dice que sí, que salió muy bien y que la niña se puso muy contenta. Doña Loli hace constar que entonces no ve dónde está el problema.

Doña Pepita responde que el problema es que una farmacéutica titular con local en propiedad no cena con un chico que trabaja en un semáforo.

Doña Loli pregunta que por qué no.

Doña Pepita responde que porque no.

Se hace constar que doña Loli sigue sin verlo.

Se hace constar que la secretaria, personalmente y fuera de acta, tampoco.

PUNTO TERCERO. Ruegos y preguntas.

Doña Pepita ruega que se le aclare si la presidenta se cree que las demás son tontas.

La presidenta no responde.

Doña Maruchi pregunta si esto tiene que ver con la verbena.

La presidenta no responde.

Doña Pepita pregunta si esto tiene que ver con el chico de las bolsas.

La presidenta pide otro café.

Se hace constar que, preguntada por tercera vez, la presidenta sonrió. La secretaria, que ha estado en Roma con la parroquia, hace constar que sonrió como la Gioconda.

CIERRE.

Se levanta la sesión a las 20:05 sin que la presidenta haya negado ni confirmado la existencia de un plan.

Se acuerda por unanimidad de cuatro, con la abstención de la presidenta, lo siguiente: seguir.

Firmado: la secretaria, bajo protesta.

CAPÍTULO VEINTIUNO



La lubina

El martes siguiente mi madre entró en la farmacia con un bizcocho envuelto en papel de aluminio.

—Toma.

—¿Y esto?

—Llévaselo al chico de Maruja.

Aquí tengo que parar un momento, porque esta es la frase que llevo un año dándole vueltas.

El chico de Maruja. Así, con toda naturalidad, mientras dejaba el bizcocho encima del mostrador y se ajustaba el bolso en el antebrazo.

Y yo, que llevaba desde julio sin decirle a mi madre quién era el hombre de la verbena, sentí en ese momento un alivio enorme. Porque si ella ya lo sabía, entonces yo no le había ocultado nada. Si ella ya lo sabía, se lo habría dicho alguien —y en este barrio se lo dice a cualquiera cualquiera—, y eso me devolvía las manos limpias sin haber hecho nada.

Me acuerdo perfectamente de la sensación. Fue de descanso.

—¿Y por qué se lo tengo que llevar yo?

—Porque está muy flaco.

—Eso no responde a la pregunta.

—Y porque a mí me pilla lejos.

Mi madre vive a cuatrocientos metros de la mercería de Maruja Otero. Yo lo sé, ella lo sabe, y esta calle es toda cuesta abajo desde su portal.

—Mamá, te pilla a cuatro minutos.

—Con el calor que hace.

—Son las once de la mañana.

—Lola. —Empujó el bizcocho dos centímetros hacia mí con dos dedos—. Que el chico está solo, que se le ha muerto la abuela, que lleva cinco meses vaciando una casa y que no tiene aquí a nadie que le dé de comer. Llévale el bizcocho.

Y con eso ganó, porque tenía razón en todo.

Fui a las nueve y media de la noche, cuando cerré.

Había luz arriba, en el piso, y la persiana de la tienda estaba bajada del todo, que es lo que hace la Bestia desde que la ganó él. Llamé al telefonillo.

—¿Sí?

—Soy Lola. Traigo un bizcocho.

Hubo una pausa de tres segundos.

—Sube.

El piso de Maruja Otero es un tercero sin ascensor con el suelo de terrazo y una cocina de las de galería, con lavadero al fondo y una ventana que da a un patio de manzana donde a esa hora se oían cuatro televisiones distintas. La mesa era de formica verde. Encima había un mantel de hule, una tabla de cortar, dos cebollas, cuatro patatas, medio limón y una lubina.

Y la lubina estaba mal.

—¿Qué le has hecho?

—Buenas noches a ti también.

—Martín, ¿qué le has hecho a la lubina?

—Le he quitado las escamas.

—Con qué.

—Con un cuchillo.

—¿Del derecho?

Silencio.

Aquel animal tenía tres cortes en el lomo que no eran los cortes que se le hacen a una lubina, y le faltaba media aleta dorsal, y estaba, en general, con el aspecto de un pescado que ha tenido una mala tarde después de una mala vida.

—Estaba mustia —dije.

—No empieces.

—Es que era la de arriba.

—Esta vez cogí la de arriba. —Se apoyó en la encimera con las dos manos y bajó la cabeza—. Esta vez cogí la de arriba, Lola. La de arriba y con los ojos brillantes. Le miré los ojos y le miré las agallas y le pregunté a la señora si estaba de buen humor, y la señora se rio de mí delante de cuatro personas.

—Encarni no se ríe de nadie.

—Encarni se ríe de mí desde abril.

Dejé el bizcocho en la mesa. Me quité el bolso. Me remangué.

—Enséñame el papel.

Sacó el papel de la abuela del bolsillo de atrás, ese papel cuadriculado con las esquinas blandas que yo le había visto por primera vez en la pescadería en abril, y me lo dio, y yo lo puse encima del mantel de hule y lo leí entero por primera vez.

Decía así:

Lubina al horno. Se pone la patata cortada fina abajo con la cebolla. Sal. Horno fuerte. Cuando esté, se pone el pescado encima con unos cortes y se le echa lo suyo. Un rato. Al final el ajo con el vinagre.

Eso es todo. Eso es la receta entera.

—Vale —dije—. Vamos por partes. «Horno fuerte».

—Doscientos.

—Doscientos veinte.

—¿Por qué doscientos veinte?

—Porque una señora de 1961 con un horno de 1961 que dice «fuerte» está diciendo todo lo que dé el aparato.

—Eso es una interpretación.

—Todo esto es una interpretación. Sigue. «Cuando esté».

—Cuando esté la patata.

—¿Y cuándo está la patata?

Martín miró el papel. Miró las patatas, que estaban enteras encima de la tabla. Miró el horno, que estaba frío.

—No lo pone.

—No lo pone.

—Aquí no pone ni un tiempo. No hay un solo número en toda la receta.

—Hay uno. Pone «un rato».

—«Un rato» no es un número.

—Es el único número que había en esta cocina.

Corté las patatas yo, en rodajas de tres milímetros, porque ese es el grosor, y esto lo sé porque mi padre hacía este mismo plato los domingos y usaba exactamente estas mismas palabras, que son las palabras que usaba todo el mundo. La cebolla la cortó él y la cortó bien, hay que decirlo: en juliana, fina, sin prisa, con la técnica de un hombre acostumbrado a las herramientas.

Y entonces llegamos a lo suyo.

—«Se le echa lo suyo».

—Ahí es donde llevo cuatro meses.

—¿Lo suyo de qué?

—Esa es la pregunta.

—¿Vino?

—Puede ser vino.

—¿Aceite?

—El aceite ya está en la patata.

—¿Agua?

—¿Quién le echa agua a una lubina?

Nos quedamos los dos mirando el papel encima del hule, en una cocina de un tercero sin ascensor, un martes de agosto, como dos peritos delante de un documento incompleto.

—A ver —dije—. ¿Cuánto es lo suyo, en tu familia?

Y Martín, sin levantar la vista del papel, contestó:

—En mi familia, lo suyo siempre fue mucho.

Le echamos vino blanco. Un chorro largo. Lo suyo.

Mientras se hacía, él sacó dos platos que no hacían juego y yo encontré, en el cajón de los cubiertos, un cascanueces, tres llaves y ningún abrebotellas, y me contó que en aquel cajón llevaba encontradas hasta la fecha catorce llaves de nada, que las guardaba todas en un bote porque no se atrevía a tirar una llave, y que estaba convencido de que en alguna parte de aquella casa había una puerta que ninguna de esas llaves abría.

A los cuarenta y cinco minutos abrimos el horno.

La patata estaba bien. La cebolla estaba bien. La lubina estaba, por decirlo de una manera técnica, deshecha por un lado y cruda por el otro, porque la habíamos metido entera cuando llevaba media hora

de horno y porque los tres cortes del lomo no eran cortes: eran heridas, y por ahí se abrió.

—Bueno —dijo.

—Bueno.

—Es comestible.

—Es perfectamente comestible.

Lo emplatamos. Nos sentamos uno enfrente del otro en la mesa de formica verde con el mantel de hule. Y en algún momento del primer plato, cuando él intentó separar el lomo del espinazo empujando con el cuchillo desde arriba, yo le puse la mano encima de la mano y se la giré.

—Así no. De lado. Y desde la cabeza.

Y me quedé un segundo más de lo necesario.

Fue un segundo. Uno. Y ninguno de los dos dijo nada, y él siguió con el pescado, y yo me serví agua.

Nos lo comimos entero.

Yo no sé explicar bien lo que fue aquella cena, porque objetivamente fue una lubina mal hecha en la cocina de una muerta, con una bombilla pelada y el ruido de cuatro televisiones en el patio. Hablamos de tonterías. De los precios del pescado. De la gente que dice «me gusta cocinar» y luego solo hace pasta. De un vecino suyo de Edimburgo que tocaba la gaita a las siete de la mañana y de por qué él nunca se quejó.

—¿Por qué no te quejaste?

—Porque lo hacía fatal.

—Razón de más.

—No, escucha. —Dejó el tenedor—. Si lo hubiera hecho bien, me habría quejado, porque un tío que toca bien la gaita a las siete de la mañana lo hace por fastidiar. Este lo hacía fatal. Estaba aprendiendo.

Un hombre de cincuenta y tantos años empezando a aprender algo a las siete de la mañana en un piso con las paredes de papel.

—¿Y llegó a aprender?

—En dos años pasó de fatal a regular.

—Eso es poco.

—Eso es muchísimo. —Cogió el tenedor otra vez—. Yo tardé un verano entero en aprender a lijar y tenía once años y a mi abuela detrás.

Se rio dos veces con la boca llena y tuvo que taparse. Una fue por lo del cascanueces. La otra no me acuerdo por qué, y me fastidia bastante no acordarme.

Y en algún momento, entre el pescado y el bizcocho, dijo:

—Oye. Dale las gracias a tu madre.

—Se las doy.

—No, en serio. Dile que estaba muy bueno y que me ha venido bien.

—Se lo digo.

—Es que llevo cinco meses comiendo de pie.

Eso lo dijo mirando el plato, sin ninguna intención, y a mí me atravesó por la mitad, y no dije nada, porque llevo catorce años detrás de un mostrador aprendiendo a no recoger las frases que la gente suelta sin querer.

Y a partir de aquella noche dejó de tratarme de usted del todo, incluso en la farmacia, incluso delante de Susi, incluso los días en que estaba nervioso, que es cuando se le encendían las orejas y se le ponía la sintaxis de funcionario.

Después nos comimos el bizcocho de mi madre, que estaba muy bueno, porque a mi madre le sale muy bueno. Se comió tres trozos. Le corté yo el tercero sin preguntar, que es una cosa que hace mi madre y que yo juraba que no hacía.

Brindamos con agua del grifo, sin decir por qué.

Y antes de irme, doblé el papel de la abuela por donde estaba doblado, con el mismo pliegue, y lo dejé encima de la mesa, al lado de los dos platos regular vacíos.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



El aniversario

Mi padre se murió el cuatro de agosto y la farmacia lleva su apellido.

Los dos primeros años yo no cerré. El primero porque acababa de coger el mostrador y me daba pánico que el barrio pensara que aquello se iba a caer sin él. El segundo porque el cuatro caía en jueves y los jueves entra mucha gente.

El tercero, mi madre me llamó el día tres a las nueve de la noche y me dijo, sin preámbulo:

—Mañana cierras a la una.

—Mamá.

—Mañana cierras a la una. Yo te espero abajo a y cuarto.

Y colgó, que es su recurso cuando no piensa negociar.

Susi hizo el cartel. Lo escribió con el rotulador de la pizarra en un folio, en mayúsculas, y me lo enseñó antes de pegarlo.

CERRADO POR ASUNTOS DE FAMILIA. ABRIMOS A LAS 17:00.

—¿Pongo por defunción?

—No.

—Es que si pones «asuntos de familia», la gente se piensa que es una boda y se enfada.

—Que se enfaden.

Lo pegó con celo por los cuatro lados.

Mi madre me esperaba abajo a la una y cuarto con dos bolsas: en una, las flores. En la otra, una caja de zapatos con dos gamuzas, un espray de los cristales, un cepillo de dientes viejo y una botella de agua de litro y medio.

El cementerio está a veinte minutos en el 58. Fuimos de pie las dos primeras paradas porque el autobús iba lleno de gente que iba a lo mismo que nosotras, que en agosto es mucha gente, y a partir de la tercera nos sentamos juntas y no hablamos.

La lápida de mi padre está en la fila de arriba, la de las escaleras, y hay que subirse a un peldaño para llegar bien.

Mi madre se subió y se puso a trabajar.

Primero el agua, echada desde arriba, para que corra. Después el espray, y las gamuzas, y el cepillo de dientes viejo para las letras, una por una, empezando por la R de Ribas y terminando por el 4 de agosto, porque el polvo se mete en los surcos y si no se saca, con los años, el nombre se lee peor. Yo le iba dando lo que me pedía. Ese es mi puesto. Ese es mi puesto desde hace tres años y ninguna de las dos lo ha discutido nunca.

Y mientras frotaba, mi madre le hablaba.

—Lorenzo, esto está fatal. Es que aquí no barre nadie.

Frotó un poco más.

—Ha subido la luz otra vez. Ochenta y cuatro euros el mes pasado, y eso que yo no pongo el aire. Y la comunidad quiere cambiar el portero automático, que ya te digo yo cómo va a acabar eso.

Cambió de gamuza.

—Se casa la sobrina de Fina, la mediana, la que trabajaba en el banco. En octubre. Y va a ir toda la familia de él, que son de Zamora y son muchísimos.

Le pasé el espray sin que me lo pidiera.

—A Lola le va bien la farmacia. Mucho trabajo. Demasiado, pero le va bien.

Y ya está. Eso es lo que hace mi madre en el cementerio: le cuenta a mi padre la administración de la casa. La luz, la comunidad, las bodas, los precios. Nunca le dice que le echa de menos. Nunca le dice nada de eso. Le pone al día, con detalle, con cifras, como si él hubiera bajado un momento a por el pan y estuviera tardando.

Yo, los tres años, he pensado lo mismo: que eso es porque no sabe hablar de lo otro.

Ahora creo que es exactamente al revés.

Colocamos las flores. Recogió las gamuzas sucias en una bolsa aparte, porque no se mezclan, y me dio la mano para bajar del peldaño aunque baja mejor ella que yo.

Al bar fuimos andando.

Es el bar de la plaza, el de siempre, donde mi padre desayunaba a las ocho y cuarto todos los días de su vida laboral. Hay una barra larga, un televisor con el sonido quitado y unas mesas de mármol que ya no se fabrican. Nos sentamos en la de la esquina, que era la suya.

—Dos vermús —dijo mi madre—. Y otro.

El camarero, que se llama Julián y que tiene sesenta y cuatro años, no preguntó nada. Trajo tres vermús con su hielo, su rodaja de naranja y su aceituna, y puso el tercero delante de la silla vacía, y se fue.

Lo hace cada cuatro de agosto desde hace tres años.

—Julián.

—Dime, Amparo.

—¿Tenéis de la tapa aquella?

—¿Cuál?

—La de los callos.

—Amparo, los callos los quitamos en 2019.

—Ya lo sé.

—Es que no compensaba. Se tira mucho.

—Ya lo sé, hijo. Yo te pregunto si tienes.

Hubo una pausa. Julián se pasó el trapo de un hombro al otro.

—Puedo mirar en la cámara.

—Mira en la cámara.

Y había. Media ración. De un encargo de una señora del portal cuatro que los pide para llevar y que llama la víspera.

—No se lo digas a nadie —dijo Julián, poniendo el plato en la mesa.

—Yo no digo nada nunca.

Mi madre lleva sesenta y un años consiguiendo cosas que ya no existen. Es un don. Yo no lo he heredado.

Nos comimos los callos con dos tenedores del mismo plato, en agosto, a treinta y cuatro grados, y estaban buenísimos.

Y entonces hablamos de él, que es lo único que hacemos el cuatro de agosto.

No como se habla de los muertos en los funerales, con la lista de virtudes. Aquí no hay lista. Aquí lo que hay es una anécdota cada una, siempre distinta, y hay una regla no escrita que consiste en que tienen que ser tonterías.

Aquel año mi madre contó lo del abrigo. Que mi padre se compró un abrigo bueno en 1994, uno solo, y que lo tuvo veintitantos años, y que cada octubre, el primer día que se lo ponía, salía al pasillo y preguntaba si le sentaba bien. Todos los años. La misma pregunta, el mismo abrigo, veintitantos octubres.

—Y yo le decía que sí.

—Es que le sentaba bien.

—Le sentaba de maravilla. Pero él quería que se lo dijeran.

Yo conté lo de las recetas. Que mi padre escribía la posología en la caja con letra grande para las señoras mayores, y que en las cajas de los hombres jóvenes la escribía normal, y que un día le pregunté por qué, y me dijo que porque los jóvenes no leen las cajas de todas formas, pero que a las señoras hay que ponérselo grande porque si no, no se lo toman, y una pastilla que no se toma no sirve para nada.

—Eso lo haces tú ahora.

—Eso lo hago yo ahora.

—Le vi hacerlo mil veces y nunca supe que era por eso.

—Ni yo. Se lo pregunté una vez, en catorce años.

Nos quedamos un rato con eso.

El vermú de la silla vacía se quedó entero, con el hielo derretido y la naranja hundida, y cuando pedimos la cuenta mi madre lo apartó dos centímetros hacia el centro de la mesa, no sé si para que lo recogieran mejor o para otra cosa, y no dijo nada, y Julián nos cobró dos.

Volvimos andando y me dejó en el portal de la farmacia a las cuatro y veinte.

—A las cinco abres.

—A las cinco abro.

—Pues hala.

Y se fue calle arriba con las dos bolsas, la de las flores vacía y la de las gamuzas sucias, con esa manera suya de andar deprisa cuando no hay ninguna prisa.

Yo tenía cuarenta minutos.

Me quedé en la acera de enfrente, que es donde uno se pone para ver una fachada entera, con la persiana metálica todavía echada y el cartel de Susi pegado por los cuatro lados.

Y miré el rótulo.

FARMACIA RIBAS.

Lleva ahí desde 1987. Las letras son de metacrilato verde y la de la R se desprendió con el viento en 2016 y la volvió a pegar él mismo con silicona, subido a una escalera, un domingo, discutiendo con mi madre desde arriba sobre si aquello aguantaría. Aguantó.

Es mi apellido. Es el mismo apellido. Cuando la gente del barrio dice «voy a Ribas», dice las dos cosas a la vez y no distingue, y yo llevo tres años detrás de ese mostrador siendo la segunda persona de un rótulo que se escribió para la primera.

Y ahí, en la acera de enfrente, a las cuatro y veinticinco de la tarde del cuatro de agosto, me di cuenta de una cosa muy sencilla.

Nadie me preguntó nunca si yo quería el mostrador.

No hubo una conversación. No hubo un momento en que alguien se sentara conmigo y me dijera: Lola, tu padre se ha muerto, esto es tuyo si lo quieres, y si no lo quieres se vende y no pasa nada. Yo estaba de adjunta desde los veinticuatro. Se murió un martes. El jueves había que abrir porque el jueves entraba el pedido, y abrí yo, y ya está. Y desde entonces han pasado tres años y en esos tres años he despachado el duelo de medio barrio: he oído a Charo hablarme de su hermana, he oído a don Ángel decirme cosas de su mujer que no le ha dicho a sus hijos, le he dado tila a mujeres que acababan de enterrar a alguien y he tenido a Martín Otero delante de mi contenedor con las medicinas de su abuela en la mano y le he sabido decir exactamente lo que necesitaba oír.

Y a mi padre no le he llorado.

No una vez. Ni un día. Ni el primer jueves, que abrí a las nueve y media, ni ninguno de los mil y pico que han venido después.

Me quedé en la acera hasta las cinco menos cinco.

Después crucé, subí la persiana, encendí la luz de dentro, despegué el cartel de los cuatro lados con cuidado de no romperlo y lo guardé en el cajón del mostrador, debajo de la bandeja de los bolis.

A las cinco en punto entró la señora Charo a por lo de la tele.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



La sesión de las diez

—Toma, que a mí me pilla tarde.

Dos entradas para el cine de verano del parque. Miércoles. Sesión de las diez.

—¿Y esto de dónde ha salido?

—De la asociación. Nos han dado un taco.

—¿Un taco?

—Un taco. Reparten para llenar, que si no va poca gente y el año que viene no lo dan. —Ya se estaba yendo hacia la puerta—. Llévate a quien quieras.

En el cine de verano del parque hay ciento veinte sillas de plástico blanco colocadas en filas debajo de los plátanos, una pantalla hinchable que se mueve con el aire, un proyector encima de una mesa de camping y un altavoz que da la sensación de estar contando la película desde otra habitación.

Es gratis, pero hay filas. Las filas están numeradas con un rotulador en el respaldo de la silla de la punta y la numeración la lleva un señor de la asociación con un chaleco reflectante y una autoridad que no cuestiona nadie.

Mis entradas eran de la fila nueve.

Aquella tarde intenté colocar la segunda. Susi tenía cena. Jorge estaba en Almería. Y a las nueve y media, mientras me ponía los zapatos, tuve un pensamiento que ahora, contado, tiene su gracia:

pensé en llamar a Martín y no lo hice, porque me pareció que llamar a un hombre a las nueve y media de la noche para ir al cine gratis podía interpretarse mal.

Llegué a las diez menos diez con una entrada sobrante en la mano.

Y él ya estaba sentado en la fila nueve.

Con una entrada sobrante en la mano.

—Hombre.

—Hombre.

—¿Tú también?

—Yo también.

Me senté. Al lado, porque las sillas de al lado eran las mías.

—¿De dónde has sacado las tuyas?

—Me las ha dado don Ángel.

—Ah.

—Le sobraban.

—Claro.

Y ya está. Ahí acabó mi investigación aquella noche, y quiero que quede constancia de la profundidad con la que la conduje.

La película era una española de los setenta, de esas en las que sale Alfredo Landa, y no la vio nadie.

Digo que no la vio nadie porque en el cine de verano del parque la película es un pretexto administrativo. Delante de nosotros, dos señoras comentaron durante hora y media una operación de rodilla. Detrás, un señor le iba contando a su mujer lo que iba a pasar, con dos minutos de antelación y sin equivocarse ni una vez. En la fila cuatro había una familia entera con una tortilla y una fuente de pimientos, con los cubiertos, con servilletas de tela, montado el operativo a las diez y cuarto de la noche.

Y a nosotros, en la fila nueve, nos saludaron once personas.

Once. Las conté, porque a la cuarta empecé a contar.

Charo. La del tercero. Un chico que trabaja en la frutería. La cuñada del dueño del bar de la plaza, que me miró de una manera muy concreta y que ahora sé exactamente por qué. Loli, que pasó por delante de la pantalla a oscuras con una bolsa y no pidió perdón. Y seis más.

Cada saludo era igual: se paraban, decían «Lola», me miraban a mí, miraban a mi izquierda medio segundo de más, decían «hola, buenas noches» sin nombre porque no sabían cuál poner, y seguían.

Once veces.

Lo que hicimos nosotros durante hora y media fue lo siguiente.

Primero, el brazo. Las sillas de plástico blanco tienen un brazo por silla, y cuando dos sillas están juntas, ese brazo es de los dos y no es de ninguno. Nosotros establecimos allí, sin hablarlo, una zona desmilitarizada. Yo apoyé el codo en el borde de dentro. Él apoyó el suyo en el borde de fuera. Entre los dos codos quedó una franja de dos centímetros y medio de plástico blanco que estuvo vacía hora y media, vigilada por ambas partes, como el paralelo treinta y ocho.

Segundo, las pipas.

Él había traído una bolsa. Y la bolsa se puso, por consenso tácito, encima del brazo compartido, en la franja, que era el único uso posible para aquel territorio. Y a partir de ahí desarrollamos un protocolo diplomático que consistía en no coger nunca los dos a la vez.

Yo cogía. Esperaba. Él cogía. Esperaba. Yo cogía.

En la mitad de la película nos cruzamos una vez y los dos retiramos la mano, y él dijo «perdón» y yo dije «no, no» y estuvimos cuatro minutos sin coger ninguno de los dos, mirando la pantalla como si en la pantalla estuviera pasando algo.

Tercero, las cáscaras. Al suelo, entre los pies. Yo las iba juntando con la zapatilla en un montoncito y él también, y a la hora y cuarto

teníamos dos montoncitos, y los dos montoncitos eran uno.

Y cuarto, aunque esto no lo tenía previsto: hablamos.

En voz baja, sin girar la cabeza, mirando los dos a la pantalla.

—¿Esa señora quién es?

—¿Cuál?

—La que ha saludado con el bolso.

—La del tercero.

—¿Y por qué me ha mirado así?

—Porque no sabe quién eres.

—Llevo cinco meses aquí.

—Llevas cinco meses aquí sin que nadie te presente. Eso, en este barrio, es un estado administrativo.

Se quedó pensándolo.

—¿Y cómo se sale de ese estado?

—Casándote o abriendo un negocio.

—Vaya.

—O muriéndote. Pero eso solo funciona una vez.

En la pantalla, alguien perseguía a alguien por un pasillo de hotel. Detrás de nosotros, el señor le contó a su mujer lo que iba a pasar en el pasillo del hotel.

—¿Y ese qué hace?

—Ese lleva veinte años haciendo eso.

—¿Nadie le dice nada?

—Le dijeron algo en 2011 y estuvo dos veranos sin venir. Fue peor.

—¿Peor por qué?

—Porque su mujer venía sola y nadie le contaba la película.

Martín cogió una pipa. Esperó los tres segundos del protocolo.

—Este sitio es una locura —dijo.

—Este sitio es un sitio.

—Es que en Edimburgo, si me siento en una silla al lado de una persona que conozco, la persona se levanta y se sienta más lejos por respeto.

—Aquí también hay respeto. Lo que pasa es que aquí el respeto es sentarse más cerca y no decir nada.

No dijimos nada durante veinte minutos.

Eso fue todo lo que pasó. Lo escribo así de detallado porque, contado de otra manera, no pasó nada: dos vecinos de un barrio vieron una película en el parque, en sillas de plástico, comiendo pipas.

Y yo, en algún momento entre el saludo número ocho y el número nueve, empecé a hacer cuentas.

Teoría uno. Mi madre reparte entradas del taco de la asociación. Don Ángel reparte entradas del taco de la asociación. Esto pasa cada verano y cada verano acaba media plaza sentada en el parque un miércoles.

Teoría dos. Fila nueve. Ciento veinte sillas, doce filas. Las probabilidades de que dos personas del mismo barrio con entradas repartidas por el mismo taco caigan en la misma fila no son, matemáticamente, tan malas.

Teoría tres. Es que además, hacía diez días, la persiana de la farmacia se había quedado a medio bajar un jueves a las ocho y media, cosa que no había hecho en once años, y a los cuatro minutos pasó por delante un hombre con una caja de herramientas y me la arregló en veinte, y aquello también fue una casualidad, y de las buenas, porque yo tenía guardia al día siguiente.

Teoría cuatro. Tres coincidencias son una tendencia.

Teoría cinco. Cuatro son mi madre.

Teoría seis. Pero mi madre no sabe nada, porque si mi madre supiera algo yo lo sabría, porque mi madre no ha guardado un secreto en su vida: mi madre no sabe ni contar una película sin decir el final.

Teoría siete. Luego era el universo.

Ahí me quedé.

Y aquí conviene explicar quién soy yo, para que se entienda el desastre. Yo soy la mujer que le lee el prospecto del paracetamol a un sanador cuántico en un centro comercial. Yo soy la que le explica a Charo que el rusco no le va a quitar el dolor de piernas y que lo que tiene que hacer es andar. Yo soy, desde los diecinueve años, la persona de mi familia que no cree en las señales, y lo soy tan oficialmente que en mi casa se dice «pregúntaselo a Lola, que ella tiene el diploma».

Y aquella noche, en una silla de plástico blanco de la fila nueve, con un montoncito de cáscaras compartido entre los pies, yo estaba dándole las gracias a la casualidad.

Se acabó la película a las once y veinte. Recogimos las sillas, que las recoge el público, porque eso también es del barrio: se acaba la peli, se levanta todo el mundo y en cuatro minutos hay ciento veinte sillas apiladas de a diez junto a la furgoneta de la asociación, y nadie lo organiza, y sale siempre.

Volvimos andando los seiscientos metros hasta la plaza.

—¿Tú vienes todos los años?

—Todos.

—¿Desde cuándo?

—Desde que tenía seis. Mi padre traía una silla de casa porque decía que las de plástico le hacían daño en la espalda, y la traía andando, desde la farmacia, y la volvía a llevar. Once años. Con la silla de la cocina.

—¿Y no le decían nada?

—Le guardaban el sitio.

Nos despedimos en la esquina, cada uno hacia su calle, sin ningún acontecimiento.

Y por el camino, sola, en la cuesta, dije para dentro: gracias.

Así, sin dirección postal. Gracias a lo que sea.

El azar, que es muy digno, no contestó.

En casa me quité los zapatos en el recibidor, me senté en el borde de la cama y me saqué del bolsillo del pantalón un puñado de cáscaras de pipas que había ido guardando durante hora y media porque en aquel parque no había ni una papelera.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



El aro de luz

—Perfecto. Ahora lo mismo, pero mirando al aro.

—¿El brindis?

—El brindis. Y si puedes, un poco más espontáneo.

Levanté la copa por tercera vez.

Retrocedamos cuarenta minutos, que es lo que hace falta para entender cómo llega una mujer de treinta y dos años a estar repitiendo por tercera vez, para una cámara, un brindis que no había ocurrido ni una.

El décimo se llamaba Pol. La ficha decía «creador de contenido», que fue la primera vez en toda la operación que mi madre escribía en esa casilla algo que no entendía ni ella. Debajo había puesto, entre paréntesis, «en internet, pero de lo suyo».

Llegó a las nueve y cinco a una terraza de la calle Alcalá cargado como un mulo. Trípode plegado, una funda blanda, una bolsa de tela con cables y un aro de luz de esos de sesenta centímetros con su pie de aluminio.

—Perdona el circo.

—No pasa nada.

—Es que si no grabo, el día no cuenta.

Se sentó. Y antes de mirar la carta, antes de decirme qué tal, antes de pedir agua, sacó el móvil, abrió una aplicación de firmas y giró la pantalla hacia mí.

—¿Te importa firmarme la cesión de imagen? Es un trámite.

Y esto es lo que quiero explicar bien, porque si no, no se entiende la noche: Pol no dijo ni una sola cosa rara en las dos horas que estuvimos allí. Ni una. No habló de métricas, ni de escalar, ni de activos, ni de energía. Me preguntó por la farmacia y las preguntas eran buenas. Me contó que había estudiado magisterio y que lo dejó en tercero. Se interesó por lo de las guardias. Tenía conversación, tenía educación y tenía una risa agradable.

El problema no era lo que decía.

El problema era que lo decía dos veces.

La primera se lo escuchaba a él. La segunda me pedía, con mucha delicadeza y una sonrisa de disculpa, si podíamos repetirlo con el aro encendido.

Empezó a los diez minutos, con el saludo.

—Oye, ¿te importa que hagamos otra vez el «hola»?

—¿El hola?

—Es que he llegado con el trípode plegado y no tengo la entrada.

—Pol, la entrada ya ha pasado.

—Ya, pero la puedo tener.

Y volví a entrar. En una terraza de la calle Alcalá, a las nueve y veinte de la noche, me levanté, di seis pasos hacia atrás, me di la vuelta y volví a llegar, y dije «hola» por segunda vez a un hombre al que ya había saludado.

Lo peor no es que lo hiciera. Lo peor es que lo hice bien.

A las nueve y media le conté lo de las tiritas.

—Es que esto es buenísimo, Lola.

—¿El qué?

—Lo del hombre de las tiritas. Eso es un vídeo.

—Es un cliente.

—Ya, pero es un vídeo. —Movió el aro dos centímetros—. ¿Me lo cuentas otra vez? Igual, pero mirando aquí.

Y yo lo conté otra vez. Y lo conté peor, evidentemente, porque nadie cuenta bien una cosa dos veces: la segunda vez uno ya no está contando, está imitando a alguien que contó. Me oí decir «y entonces me dijo que la herida todavía no la tenía» con una entonación que no era mía, y me oí hacer una pausa donde la primera vez no había habido pausa, y a mitad de frase me di cuenta de que estaba haciendo la pausa para la cámara.

Él lo notó y me pidió una tercera.

Y ahí ya no.

A las nueve y cuarenta le pidió al camarero que firmara.

—Es que vas a salir de fondo, tío.

—Yo salgo de fondo todos los días.

—Ya, pero esto se sube.

—¿Y qué me van a hacer?

—Nada. Es por protegerte a ti.

El camarero, que tenía cincuenta y tantos y treinta años de barra, miró el móvil de Pol como se mira una multa, y firmó con el dedo un garabato que no era su firma, y se fue con la bandeja debajo del brazo.

A las diez y diez pidió el postre y me pidió a mí que pidiera el postre otra vez, para la cámara, porque la primera vez lo había pedido «con la mano tapando».

A las diez y veinte se levantó a mover el aro porque le entraba una farola.

Y a las diez y veinticinco llegó el brindis.

Que es la parte que ya he contado y que fue así: Pol trajo dos copas de un vino dulce que no habíamos pedido, dijo que aquello

merecía un brindis, encendió el aro, dijo «cuando quieras», y brindamos.

Y luego dijo que se había movido.

Y brindamos otra vez.

Y luego dijo que había salido mi mano y no mi cara.

Y ahí es cuando yo levanté la copa por tercera vez, con la sonrisa puesta, mirando a un anillo de luz blanca de sesenta centímetros de diámetro en una terraza de la calle Alcalá un jueves de agosto.

Y me vi.

Me vi entera, quiero decir.

Vi la copa. Vi la mano, que la tenía muy tensa, con los dedos separados, en la postura en que se sujetan las copas cuando alguien te está mirando. Vi la camisa verde, que me la he puesto seis de las diez veces porque es la que mejor me sienta y porque a estas alturas es una especie de uniforme de trabajo. Y vi ocho meses.

Vi a una mujer de treinta y dos años, farmacéutica titular, con local en propiedad y catorce años de mostrador, que llevaba desde abril planchándose esa camisa para cenar con hombres elegidos por su madre en un boletín parroquial de doce páginas. Que había rellenado diez cuestionarios de once preguntas. Que había ido a un centro comercial de la M-40 un sábado por la tarde. Que había cronometrado a un ser humano por debajo de un mantel.

Y que en ese momento estaba fingiendo alegrarse, por tercera vez, de algo que no había pasado ninguna, para que quedara bien en un vídeo que iba a ver gente que no me conoce de nada.

No fue rabia. Y no fue con Pol, que es importante, porque Pol no había hecho nada más que ser exactamente lo que era, que es más de lo que puedo decir yo de mí misma aquella noche.

Fue una cosa mucho más sencilla y más aburrida: me cansé.

Dejé la copa en la mesa.

—Ya está.

—¿Ya está el qué?

—Que ya está, Pol. Que son diez.

—¿Diez qué?

—Nada. —Cogí el bolso—. No es contigo. De verdad que no es contigo.

—¿Te vas?

—Me voy.

—Pero si no hemos pedido el…

—Ya.

—Espera, ¿esto lo puedo…?

—No.

Puse veinte euros encima de la mesa, que era más de lo que me correspondía, y salí a la calle Alcalá.

Y en ese momento exacto, mientras yo pasaba por delante de la mesa de al lado, Pol se levantó para alcanzarme y le dio con la cadera al pie del aro de luz.

Lo que pasó después lo reconstruyo por el sonido, porque yo ya estaba de espaldas.

Primero, el poste de aluminio contra el mármol: un golpe seco. Después, cristal. Después, una mujer diciendo «¡ay!» en un tono que no era de dolor sino de indignación pura. Después, la voz de Pol pidiendo perdón cuatro veces seguidas y ofreciéndose a pagar la tintorería. Y por encima de todo, con una claridad admirable, el camarero de los cincuenta y tantos:

—Coño, la luz.

No me giré. Me fui calle abajo con el bolso mal cerrado y la cara de una mujer que acaba de cerrar un expediente de ocho meses en una terraza.

Y a los treinta metros, en la acera de enfrente, dentro del bar de al lado, detrás de la cristalera, vi a mi madre.

Estaba de pie en la barra con Maruchi. Las dos con una caña. Las dos vestidas de calle, a las diez y media de la noche, en un bar de la calle Alcalá que está a cuarenta minutos de nuestro barrio y en el que ninguna de las dos ha entrado en su vida.

Mi madre me vio.

Y no hizo lo que hace mi madre, que es salir. No salió. No me llamó. No cruzó.

Levantó la caña.

La levantó unos centímetros, hacia la calle, hacia nada, hacia mí. Y Maruchi, medio segundo después, la imitó.

Y las dos bebieron.

Yo me quedé parada en la acera unos segundos, con el semáforo en rojo, y luego el semáforo se puso verde y crucé, y me fui a la boca de metro, y no entré en ese bar y no pregunté nada.

Estaban celebrando.

Yo pensé que estaban celebrando que ya se había acabado. Que su hija había cumplido las diez, y que ellas dos, que habían montado aquello entre las cinco desde el mes de noviembre, se estaban tomando la última caña de la campaña.

No pregunté. Todavía no sabía que aquella noche había ganado una discusión que no sabía que estaba teniendo.

Al día siguiente, Susi entró en la farmacia a las nueve y veinte, colgó el bolso, se hizo un café y escuchó el parte completo sin interrumpir ni una vez, cosa notable en ella.

Después dejó la taza, fue al almacén y me llamó desde dentro.

—Ven.

Había arrastrado la banqueta hasta la pizarra y estaba de pie encima, con el rotulador destapado, esperándome. Y no escribió

hasta que yo llegué a la puerta, que fue lo peor de todo: quería que la viera hacerlo.

Debajo de CEPILLOS INTERDENTALES: 14 y de SACALECHES: 1 (devuelto), escribió:

PACTO: 10/10.

Y debajo:

RESULTADO: EN EL AIRE.

—Baja de ahí.

—Es un cierre de ejercicio.

—Susi.

—Es que hay que cerrar el ejercicio, Lola. —Bajó de la banqueta y tapó el rotulador—. Otra cosa es lo que hagas tú con el resultado.

No hice nada con el resultado.

Bueno. Miento. Lo que hice fue no ir a mi casa.

CAPÍTULO VEINTICINCO



Pipas 2.0

Aquella noche, la de la terraza, no fui a mi casa.

Salí del metro en la plaza a las once y diez y en vez de tirar hacia mi portal tiré hacia la calle de atrás, y lo hice sin decidirlo, o decidiéndolo de esa manera en que uno decide las cosas cuando ya lleva ocho meses decidiéndolas por dentro.

Por el camino me construí una excusa, porque una no se planta en la puerta de un hombre a las once de la noche sin excusa. La excusa era esta: que le tenía que devolver el táper del bizcocho de mi madre. El táper del bizcocho de mi madre llevaba dos semanas en mi cocina, limpio, boca abajo en el escurridor, y estaba a novecientos metros de allí, en mi casa, adonde yo no estaba yendo.

Aun así me pareció una excusa sólida durante los cuatrocientos metros que duró.

Había luz en la mercería. La persiana subida un metro.

Me agaché y entré.

—¿Se puede?

Martín estaba de pie en medio de la tienda con una gamuza en la mano y una lata de cera abierta encima del mostrador. Se me quedó mirando: los zapatos buenos, la camisa verde, el bolso de las cenas.

—Vienes de algo.

—Vengo de algo.

—¿Malo?

—Regular.

Dejó la gamuza. Se limpió las manos en el pantalón. Salió por la puerta pequeña, cruzó al portal de al lado, metió unas monedas en la máquina de don Ángel —don Ángel tiene una máquina de refrescos en el portal desde 1998, nadie sabe por qué y todo el mundo la usa— y volvió con dos latas y una bolsa de pipas del bolsillo.

—Fuera se está mejor.

Nos sentamos en el bordillo.

Y ahí, en la acera de la calle de atrás, a las once y cuarto de un jueves de agosto, con una lata de naranja en la mano, le conté los diez.

Los diez enteros. Desde el principio. Desde el táper de Borja.

—Espera. ¿El táper era para tu madre?

—El táper era para mi madre. De su madre. Croquetas de puchero.

—¿Y te lo llevaste?

—Me lo llevé, me lo comí y estaban buenísimas.

Se rio con la lata a medio camino y tuvo que bajarla.

Lo del criptobro lo conté rápido porque lo del criptobro se cuenta solo. Lo del QR que no funcionaba lo tuve que repetir dos veces porque no se lo creía. Lo del divorciado, con lo de la burrata que parecía entera por fuera, y lo de la alcachofa, y ahí Martín dejó de reírse un momento y dijo «pobre hombre», que es exactamente lo que hay que decir, y luego se rio otra vez.

Lo del plastificado fue lo que más le gustó.

—A ver, espera. ¿La boda estaba en el papel?

—La boda estaba en el papel. El Escorial. Mes catorce.

—¿Y los hijos?

—Cuatro. Con nombre. Y con dieciocho meses de margen entre cada uno, por salud materna.

—Eso último es hasta considerado.

—Eso último es lo único considerado de la hoja.

—¿Y qué hiciste?

—Me dio un rotulador.

—¿Cómo que te dio un rotulador?

—Un rotulador de pizarra. Para que propusiera cambios.

Martín se dobló hacia delante y estuvo cinco segundos sin poder respirar, con la lata en el suelo entre los pies.

—¿Y propusiste?

—Escribí «no» tres veces.

—¿Y él?

—Lo borró con la manga y me dijo: por eso es de pizarra.

—Ese hombre es un genio.

—Ese hombre va a ser muy feliz.

Lo del sanador cuántico lo conté entero, incluido el prospecto del paracetamol, y ahí Martín levantó la mano y me pidió que parase.

—A ver. ¿Tú le leíste un prospecto?

—Con su misma entonación.

—¿Delante de una pista de hielo?

—Delante de una pista de hielo.

—Lola.

—¿Qué.

—Que eres una mujer terrible.

—Soy colegiada.

Del poeta conté poco, porque del poeta hay poco: que había un recital esa misma noche en la misma vinoteca, que él no me había avisado y que fueron nueve personas.

—Nueve está bien.

—Eso dijo mi madre.

—No, en serio. Nueve personas un jueves para oír a alguien decir cosas suyas está muy bien.

—¿Tú irías?

—Yo he ido a menos.

Del noveno conté lo justo, y lo conté serio, porque lo del noveno no me hace ninguna gracia. Le dije que era un chaval de veintinueve que hace malabares en un semáforo, que era encantador, que me enseñó dos cosas con tres bolas, y que llevaba tres semanas contento por haber sido invitado a algo.

—¿Y por qué te lo puso tu madre?

—Esa es la pregunta que llevo un mes haciéndome.

—¿Y qué te contestas?

—Que se le está yendo la cabeza. O que se le ha ido la fe.

Martín no dijo nada. Le dio la vuelta a la lata para mirar cuánto quedaba, que es lo que hace la gente cuando no dice algo.

Lo del cronómetro lo conté al final, y me costó, porque a mí lo del cronómetro no me hace gracia. Se lo conté igual: el chico guapo, los espejos, los cuarenta segundos de Torrente, el minuto doce del final. Y cuando terminé, Martín no dijo nada durante un rato.

—Ese es el que a mí me daría pena.

—A mí también.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada. Levanté dos dedos y pedí la cuenta.

—Ya.

—Es que no había nada que decirle.

—No —dijo—. Había, pero no era tuyo decirlo.

Nos quedamos un rato callados. Pasó un coche. Pasó una señora con un perro. Arriba, en algún piso, alguien estaba viendo la tele con la ventana abierta.

—Ven que te enseño una cosa.

La cómoda estaba al fondo de la tienda, tapada con una sábana, y quitó la sábana como se quita una sábana cuando llevas cuatro días esperando a que entre alguien.

Era una cómoda de tres cajones, de madera oscura, con una pata que no era del mismo color que las otras tres.

—La pata la he injertado —dijo—. Se nota.

—Se nota un poco.

—Se tiene que notar.

—¿No se puede igualar?

—Se puede. Se tiñe, se le da un tinte al tono, y en dos semanas no lo distingue nadie. —Pasó la mano por el tablero, entero, de un lado a otro—. Pero entonces no sabrías que ahí ha pasado algo.

El tablero tenía dos marcas redondas, de vaso, y una quemadura larga.

—¿Y esto?

—Esto se queda.

—¿Por qué?

—Porque un cerco de vaso es un sitio donde alguien dejó un vaso.

Le pasé la mano yo también. La madera estaba cálida y un poco áspera, no como los muebles brillantes de las tiendas.

—¿Y esto no lleva barniz?

—Cera. —Cerró la lata que había dejado abierta en el mostrador y le dio dos vueltas a la tapa—. Mi abuela decía que el barniz es mentir. Que tapas la madera para que parezca otra cosa y a los diez años se cuartea y entonces se ve todo, y además feo. La cera deja pasar el aire. Se estropea antes y se arregla siempre.

—Eso es más trabajo.

—Eso es todo el rato trabajo. Una cosa encerada hay que volver a encerarla cada año. Un barnizado no lo tocas en diez y luego lo tiras.

Volvimos al bordillo.

—¿Y qué vas a hacer con ella?

Y ahí llegamos a la conversación que tuvimos aquella noche y que consistió, íntegramente, en no decir dos palabras.

—Depende.

—¿De qué depende?

—De si aquí cabe.

—Aquí cabe. Está aquí.

—Digo si cabe después.

—¿Después de qué?

—De la reforma.

Yo miré la tienda. Setenta metros con salida de humos. Y en algún momento de los cinco segundos siguientes se me pasó por delante la palabra que él no había dicho, y me pasó también, con toda claridad, la conciencia de que si yo la decía en voz alta se acababa la conversación.

—¿Y hay reforma?

—Hay presupuesto.

—¿De quién?

—Mío.

—¿Y el cliente?

—El cliente está en estudio.

Y ninguno de los dos se movió del bordillo.

—El billete lo tenías para el treinta —dije.

—Lo tenía para el treinta de abril.

—Ya.

—Y luego para el quince de mayo, y para el diez de junio, y para el veintidós de julio.

—¿Y ahora?

—Ahora lo tengo para el doce de septiembre. —Escupió una cáscara —. La chica de la agencia se llama Bea y ya me conoce la voz. Me dice: «hola, Martín». Sin preguntar el localizador.

—Eso es una relación.

—Es la relación más estable que tengo en este país.

Cogí otra pipa.

—Oye —dijo—. Diez cenas.

—Diez.

—¿Y yo qué número hacía?

Y ahí, en el bordillo, se me paró todo.

Porque él lo había dicho de broma, sin mirarme, mientras juntaba las cáscaras con el pie, con el tono con que se pregunta cualquier cosa. Y yo tenía, en el bolsillo de un abrigo colgado en el armario de mi casa, desde el catorce de abril, un papelito de la pescadería arrugado con un número escrito.

—Tú no estabas en la lista.

—Vaya. —Se rio—. Yo alguna vez te di un número.

—Uno.

—¿Cuál era?

Y yo, que me sé el número, que me lo sé desde abril, que lo he mirado catorce o quince veces con la mano dentro del bolsillo del abrigo como quien comprueba que lleva las llaves, cogí otra pipa de la bolsa y dije:

—No me acuerdo.

Juntamos las cáscaras con el pie hasta hacer un montón, entre los dos, en el bordillo de la calle de atrás.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



¿Tiene novia ese chico?

Mi madre desayuna conmigo los domingos y unta la mantequilla hasta las esquinas.

Esto no es una manía: es un método. Mi madre coge la tostada, coge el cuchillo, y va extendiendo desde el centro hacia fuera con pasadas cortas, muy iguales, hasta que no queda un milímetro de pan sin cubrir, incluidos los bordes redondeados, que son los que se salta todo el mundo. Tarda como cuarenta segundos. Y en esos cuarenta segundos no habla, no levanta la vista y no está pensando en la mantequilla.

Aquel domingo la vi coger el cuchillo y supe que venía algo.

—Ese chico de Maruja tendrá novia en Escocia, digo yo.

Aquí hay que explicar una cosa sobre mi madre, y es la técnica que sostiene toda su carrera.

Mi madre no pregunta. Mi madre afirma para que la corrijan.

Si mi madre quiere saber si te has gastado dinero, no te pregunta cuánto te ha costado: dice «eso estará tirado de precio» y espera. Si quiere saber si has ido al médico, dice «tú de eso ya te habrás olvidado». Es infalible, porque contestar a una pregunta es una decisión y corregir un error es un reflejo. Yo lo sé desde los catorce años. Lo tengo estudiado. Podría dar un curso.

Y lo hice igual.

—No.

Pasada corta. Esquina de arriba.

—Bueno, no sé —dije—. No me consta.

Segunda esquina.

—Tiene una cómoda —dije.

Mi madre no se movió.

—Restaurada, digo. Que restaura muebles. Es su trabajo. Restaurar. Muebles y cosas así, sillas, aparadores. Con cera, no con barniz, porque el barniz se cuartea a los diez años y entonces hay que tirarlo, y la cera hay que darla todos los años pero se arregla siempre.

Silencio.

—¿Quieres más café?

Mi madre dejó el cuchillo en el plato.

—No, hija. Con este voy bien.

Y le dio un mordisco a la tostada, y masticó, y miró por la ventana de la cocina, que da a un patio donde no hay nada que mirar.

Yo pensé que se había acabado.

—Oye, ¿y qué van a hacer con lo de Maruja?

Segunda pasada. Esto tampoco es una pregunta: es un tema. En este barrio, el destino de un local cerrado es conversación pública desde el día del entierro, y mi madre tenía todo el derecho del mundo a sacarlo un domingo por la mañana.

—Venderlo.

—¿A quién?

—A una franquicia.

—¿De qué?

—De vapeadores.

Mi madre dejó la taza.

—¿Eso qué es? ¿Los cacharros esos de humo?

—Los cacharros esos de humo.

—Ahí. En la mercería de Maruja Otero.

—Ahí.

—Con lo que le costó a esa mujer el escaparate. —Cogió la taza otra vez—. Que lo hacía ella. Cada quince días. Con los botones puestos por colores en una tabla forrada de fieltro.

—Lo sé.

—Vosotras aprendisteis a coser mirando ese cristal.

—Lo sé, mamá.

—Y no es que estuviera bien puesto. Es que la mujer ponía los azules a la izquierda porque decía que la luz de la mañana entra por ahí.

Yo no sabía eso. Yo me lo tuve que aprender de mi madre un domingo por la mañana en una cocina, dos meses después de haberme sentado en el suelo de esa tienda a leer tapas de cajas de zapatos.

Y ahí, distraída, cometí el error.

—Ya —dije—. Es que le pagan más de lo que vale.

Silencio.

Un silencio corto, de dos segundos, que en mi casa es una eternidad. Mi madre partió la tostada por la mitad, que no la parte nunca porque le gusta entera.

—Ah, ¿sí?

Y aquí es donde una mujer con estudios superiores tiene que hacer un cálculo rápido y hacerlo bien, y yo lo hice mal, porque el cálculo era: cómo sabes tú, Lola, cuánto le pagan a un hombre por un local, y la respuesta buena es que lo sabe todo el barrio, porque en este barrio se sabe lo que paga cada uno de alquiler y lo que cobró la del cuarto por el piso de su madre.

La respuesta buena era «eso lo dice todo el mundo».

Lo que dije yo fue:

—Bueno. Eso se comenta.

—Ya.

—Se comenta en la calle.

—Claro.

—¿Quieres más café?

—Ya me lo has preguntado.

Y ya está. Ahí terminó de verdad. No preguntó nada más. Cambió de tema y se puso a contarme lo de la sobrina de Fina y el catering de Zamora, que era un tema que llevaba tres semanas sin salir y que sacó en ese momento exacto, y yo, que soy una mujer con estudios superiores, respiré aliviada.

Mi madre había venido a por un dato y se iba con cuatro.

Se iba con que yo sabía a qué se dedicaba. Se iba con que yo sabía cómo trabaja. Se iba con que yo había estado en un sitio donde se ve una cómoda. Y se iba, sobre todo, con la manera en que a mí me subió medio tono la voz en «no me consta», que es una expresión que no he usado en mi vida fuera de una receta.

Antes de irse, ya con el bolso en el antebrazo y en la puerta, dijo lo único que dijo en toda la mañana en voz alta:

—No, si a mí me da igual.

—Ya.

—Pero un chico que hereda local y no fuma… —Se ajustó el bolso—. Eso en mi época se llamaba milagro y se ponía en el boletín.

Y se fue.

El lunes, Susi cerró la puerta del almacén.

Esto tampoco es normal. En la farmacia Ribas la puerta del almacén está siempre abierta por una cuestión práctica, que es que si

suena la campanilla hay que salir. Que Susi cerrara la puerta significaba que había calculado que en los cuatro minutos siguientes no iba a entrar nadie, y Susi calcula bien.

—Siéntate.

—No me pienso sentar.

—Vale. De pie.

Yo esperaba la pizarra. Llevaba desde julio esperando la pizarra, la cronología, los catorce cepillos, el sacaleches con su devolución. Tenía preparados los argumentos y los tenía buenos.

Susi no miró la pizarra ni una vez.

—Cierras a la hora.

—¿Qué?

—Que cierras a las ocho y media. —Se apoyó en las cajas de suero—. Llevas cuatro años cerrando a menos veinte, porque siempre hay alguien, y yo me voy a las ocho y media y tú te quedas hasta las nueve haciendo cosas que no hay que hacer. Desde el veintitantos de julio, echas la persiana a las ocho y media y te vas.

—Estoy cansada.

—Comes sentada.

—Susi.

—Comías de pie, en el mostrador, con el táper en la mano y mirando la calle, todos los días desde que yo entré. Ahora te sientas en la banqueta del almacén y comes con los dos cubiertos.

—Eso es que me lo has dicho tú mil veces.

—Te lo dije mil veces y no me hiciste caso ninguna.

Cogí una caja de suero y la puse encima de otra caja de suero.

—Y has traído el bolso bueno tres veces.

—El bolso bueno es un bolso.

—El bolso bueno es de tu padre.

—Me lo regaló mi padre, sí.

—Y te lo pones para las cosas que importan, y en un año y medio te lo he visto tres veces: el aniversario, la boda del sobrino de Charo y en agosto tres veces en dos semanas.

Me callé.

Que es, como ya he dicho, lo que hago cuando pierdo.

—Y hay más —dijo.

—No hay más.

—Has dejado de contestar el teléfono del mostrador antes del segundo tono.

—Eso no es nada.

—Eso es todo. —Se apartó de las cajas—. Lola, tú coges el teléfono antes del segundo tono desde que yo entré aquí. Yo lo cogía a la vez que tú y me decías que lo dejara. La semana pasada sonó cuatro veces y lo cogí yo cuatro veces.

—Estaba despachando.

—Estabas mirando la puerta.

Cogí una caja de suero y la puse encima de otra caja de suero, que es lo que hago yo con las manos cuando ya no me quedan argumentos.

—¿Y tú por qué apuntas todo esto?

—Yo no apunto nada. —Se encogió de hombros—. Yo trabajo a metro y medio de ti nueve horas al día. Yo no tengo que apuntar nada.

—Susi, esto es una farmacia.

—Esto es una farmacia y tú llevas un año y medio enseñándome a mirar a la gente que entra por esa puerta y a ver si viene a por lo que

dice que viene. Me lo dijiste el primer mes. Me dijiste: fíjate en las manos y en si mira a los lados.

—Eso es para el trabajo.

—Pues ya ves.

Y ahí Susi hizo lo único que la mantiene siendo la mejor auxiliar que he tenido: se calló y esperó.

—Lola, yo no te estoy preguntando por él —dijo al cabo de un rato —. De él lo sé todo. De él lo sabe hasta el frutero. Te estoy preguntando por ti.

Y ahí conté lo del jueves de la tormenta.

Conté que había traído las medicinas de su abuela, y que llevaba cuatro meses sin poder tirarlas, y que le dejé hacerlo a él, y que había una caja precintada del catorce de enero. Conté que estuvimos muy cerca. Dije «muy cerca» y no dije nada más, y Susi no me hizo decir nada más, que es la clase de auxiliar que es.

No conté lo del cine. No conté lo de la lubina. No conté que aquella misma noche pensaba pasarme por la mercería a devolver un táper que llevaba dos semanas boca abajo en mi escurridor.

Susi abrió la puerta del almacén.

—Vale.

—Vale.

—Una cosa.

—¿Qué.

—Que conste —dijo, saliendo— que yo lo supe por los cepillos.

CAPÍTULO VEINTISIETE



La Bestia se rinde

Llegué a las nueve y media con el táper de mi madre en una bolsa.

Lo llevaba lavado desde hacía dos semanas, boca abajo en el escurridor, y aquella tarde, antes de cerrar, lo había metido en una bolsa de tela y lo había dejado debajo del mostrador para no cambiar de idea.

Cerré a las ocho y media. Subí a casa. Me duché. Me cambié tres veces, cosa que no pienso justificar, y acabé con lo mismo que llevaba puesto por la mañana. Fregué dos platos que no había ensuciado nadie. Y a las nueve y veinte cogí la bolsa y bajé los cuatro pisos andando, porque el ascensor de mi casa hace un ruido que se oye en todo el portal y a las nueve y veinte de la noche todo el mundo está cenando con la puerta entornada.

Fui por la calle de atrás.

Son novecientos metros y los hice en diez minutos, que para novecientos metros es despacio. Me acuerdo de que iba pensando una frase para decir al entrar. Me acuerdo también de que la frase era «traigo el táper», que es la frase que se me había ocurrido a las siete de la tarde y la que llevaba dos horas y media perfeccionando, y que era exactamente la misma.

La persiana estaba subida un metro. Me agaché y entré.

—Traigo el táper.

—Déjalo ahí.

La tienda estaba distinta.

Llevaba cinco meses entrando allí de vez en cuando y siempre había sido la misma tienda con más o menos cajas por el suelo. Aquella noche ya no. Los dos maniquíes de busto estaban envueltos en sábanas y arrimados a la pared, uno junto al otro, como dos personas esperando. El mueble largo de los cajones estaba vacío y con los tiradores de latón brillando, porque los había limpiado. El mostrador estaba despejado del todo por primera vez desde enero, y encima solo había una lata de cera, un trapo y las llaves.

Se veía el metro de madera clavado en el borde, con el cero pulido de sesenta años de telas.

Estaba en el suelo, otra vez, con la última caja de zapatos entre las rodillas. Alrededor no quedaba casi nada: las quince cajas estaban cerradas y apiladas contra la pared del fondo, con una etiqueta nueva pegada encima de la etiqueta vieja, escrita por él con rotulador y con una letra que no se parece en nada a la de su abuela.

—¿Has terminado?

—Me queda esta.

Me senté en el suelo, enfrente, como en junio.

Era la de «no vender». La tercera de las tres.

—¿Y esta la has descifrado?

—No.

—¿Nada?

—Nada. He estado dos meses con esto. —Volcó los botones sobre la tapa, con cuidado—. Mira: aquí hay de pasta, de nácar, dos de metal, uno forrado. Tamaños distintos. Colores distintos. No hay juego completo de ninguno. No valen para nada y no se parecen en nada.

Los miré. Tenía razón: era un revoltijo.

—A lo mejor no hay sistema.

—Hay sistema.

—A lo mejor esta caja era el cajón de sastre.

—Mi abuela tenía cajón de sastre. Está ahí y pone «varios». —Señaló la pila con la barbilla—. Esta pone «no vender». Eso es una instrucción. Alguien escribió una instrucción para alguien.

—¿Para quién?

—Para quien viniera después.

—¿Y qué has hecho?

—Los he vuelto a meter.

Cogió el botón forrado, lo miró un segundo y lo devolvió a la caja.

—He llamado a la de Tetuán —dijo.

—¿La mercería?

—La que compra restos. Vinieron el martes a ver. Estuvieron una hora. Una señora mayor y su hijo.

—¿Y?

—Y me hicieron un precio por todo. Por las quince cajas, los cuatro cajones, las cintas, el hilo, las agujas, las cremalleras y los dos maniquíes.

—¿Bueno?

—Muy bueno.

Se pasó la mano por la nuca.

—Estaba bien de verdad, no era una miseria. La señora sabía lo que valía cada cosa y me lo iba explicando mientras miraba. Cogía un botón, lo ponía a la luz, me decía de qué año era y por qué ya no se hacen así. Me dijo que el nácar bueno hoy no se encuentra, que lo que venden ahora es plástico con brillo, y que si yo quería podía separar los de nácar y venderlos aparte, que me pagaba más.

—Eso es honrado.

—Eso es honradísimo. Esa señora podría haberse llevado el nácar mezclado con lo demás y yo no me habría enterado en mi vida.

—¿Y entonces?

—Entonces les dije que no.

Se quedó mirando la caja abierta encima de sus rodillas.

—Y no supe explicarles por qué. Estuve treinta segundos en la puerta buscando una razón para dársela a una señora que había venido desde Tetuán en su coche, que había estado una hora de rodillas en mi suelo y que había sido decente conmigo, y no la encontré. Y al final le dije que lo tenía que consultar.

—¿Con quién?

—Eso me preguntó ella.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no lo sabía.

Cerró la caja. Le puso la etiqueta encima.

Y luego se levantó, y me dio la mano para levantarme a mí, y me soltó enseguida, y llevó la caja a la pila del fondo y la colocó bien, encuadrada con las otras, porque este hombre no deja nunca nada torcido.

—¿Te ayudo a cerrar?

—Si quieres.

Cerrar aquella tienda son seis cosas y las hace por orden. Apagar las luces del fondo. Comprobar el grifo del lavabo del cuartito, que gotea. Bajar el diferencial pequeño, que es el de los enchufes, y dejar subido el grande. Coger las llaves del mostrador. Apagar la luz de delante. Salir.

Se lo vi hacer y pensé, mientras lo hacía, que aquellas seis cosas las había hecho su abuela cinco mil veces y que él las había aprendido sin que nadie se las enseñara, mirando.

Yo cogí la bolsa vacía y salí a la acera. Él salió detrás, y bajó la persiana.

Y a la altura del pecho, la Bestia se paró.

Como en abril. Exactamente como en abril, con el mismo golpe seco y el mismo silencio de después, con la lama a la altura del pecho y la calle vacía y una farola.

—No me lo puedo creer.

—Espera.

—Llevaba desde mayo bajando bien. Bajaba sola. Bajaba con dos dedos.

—Que esperes. La guía izquierda.

Nos pusimos los dos.

Probamos lo de siempre, que a esas alturas era ya un procedimiento con nombre propio: subirla del todo hasta arriba, dejarla dos segundos, y bajarla de golpe. La subimos. La dejamos. La bajamos.

Se paró a la misma altura.

—Otra vez.

—Otra vez.

La subimos. La dejamos. La bajamos.

A la altura del pecho.

—Es la guía.

—Es la guía y es agosto y es esta calle —dijo él, con las manos en las caderas, mirándola de abajo arriba—. Y es que se ha enterado.

—¿De qué se ha enterado?

—De que quedan tres semanas.

Lo dijo así, deprisa, y siguió con la persiana como si no lo hubiera dicho, y a mí se me quedó una cosa en el pecho que no supe dónde poner, y no dije nada.

Yo me acuerdo de lo que vino después con una precisión que no tengo para otras cosas más importantes de mi vida.

Me acuerdo de que el metal estaba frío, que en agosto es raro. Me acuerdo de que me puse a su derecha y agarré la lama con las dos manos, en el borde de dentro, y de que él tenía las manos a quince centímetros de las mías, y de que dijo «a la de tres» y contó hasta tres, y de que tiramos, y la persiana bajó cuatro dedos y se plantó.

Y de que en esos cuatro dedos mi mano derecha resbaló por la lama y chocó con la suya.

Y de que ninguno de los dos la apartó.

No la aparté yo, que llevo apartando la mano desde abril con la profesionalidad del mostrador. Y no la apartó él.

Nos quedamos así, los dos agachados, agarrados a la misma lama de una persiana metálica que no bajaba, con las manos juntas y la cara a un palmo, un jueves de agosto a las diez y veinte de la noche.

No había ninguna Vocal.

No estaba lloviendo.

No había una caja de medicinas encima del mostrador ni un motivo para estar allí ni nada que tirar ni ninguna excusa, y los dos lo sabíamos, y creo que fue eso lo que decidió las cosas: que por primera vez en cinco meses no había nada más que hacer.

Él soltó la persiana.

Se enderezó despacio, sin dejar de mirarme, y me puso la mano en la cara, con el pulgar en el pómulo, y esperó un segundo entero, que se me hizo largo y que después he agradecido mil veces, porque en ese segundo yo podía haber dicho que no y él me estaba dando el sitio para decirlo.

No dije nada.

Y me besó.

Me besó mucho rato, en la acera, contra la lama fría, con la calle vacía y una farola y el ruido de un aire acondicionado en algún

patio. Me besó como se besa cuando llevas cinco meses comprando cosas que no necesitas.

Yo tenía la bolsa de tela colgada de la muñeca izquierda y me estuvo golpeando en el costado todo el rato y no la solté.

Y cuando nos separamos, con la mano suya todavía en mi cara y la mía todavía en su camisa, y sin que ninguno de los dos hubiera dicho una palabra, la persiana bajó sola.

Entera. De golpe. Los dos metros y medio que le quedaban, de una vez, con un estruendo de chapa que se oyó en toda la calle y que hizo que se encendiera una luz en un segundo piso.

Nos quedamos mirando la persiana.

—Llevaba desde abril —dijo Martín— esperando a que lo hiciéramos para poder jubilarse.

Echó la llave grande.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



No se ha visto nada

Lo decidimos el viernes, en su cocina, y lo decidimos mal.

—Por ahora no digamos nada.

—Vale.

—A nadie.

—A nadie.

—Un mes.

—Un mes.

Ninguno de los dos preguntó por qué, que es lo que pasa cuando los dos tienen motivos distintos y ninguno quiere decir el suyo.

El mío era este.

Si yo le decía a mi madre que estaba con Martín Otero, iban a pasar dos cosas a la vez y las dos me daban pánico.

La primera es que aquello dejaba de ser nuestro. Mi madre no es una mujer que se entere de las cosas: mi madre es una mujer que las adopta. En cuarenta y ocho horas habría una ficha. Habría una ficha con foto, y una nota al margen de Fina, y una puntuación sobre diez, y en algún momento del mes de septiembre yo iba a tener que oír a mi madre decirle a Pepita, en la cola del pan, que su hija se había echado novio y que era un chico estupendo con local en propiedad. Y yo no quería eso. Yo no quería que aquel hombre entrara en el sistema.

Y la segunda es peor y es la que me costó admitir.

Mi madre lleva tres años diciendo que hay que dejarse ver, que hay que salir, que las cosas pasan cuando una se pone en el sitio. Mi madre lleva tres años, en definitiva, teniendo razón, y yo llevo tres años diciéndole que no, que eso no funciona así, que el amor no se organiza. Y resulta que había conocido a un hombre en una pescadería el mismo día que firmé un pacto con ella para conocer hombres.

Si yo se lo contaba, mi madre ganaba.

Aquello iba a ser, en su casa y en la mía y en la cola del pan, la prueba de que ella siempre había tenido razón. Y yo no estaba dispuesta a entregarle esa prueba en agosto.

Así que no dijimos nada.

Y en los diecinueve días siguientes nos convertimos, sin haberlo pretendido, en el espectáculo más seguido del barrio.

Lunes. Establecimos el protocolo de la calle de atrás. Él subiría a mi casa por la calle de atrás y por el portal de al lado, cruzando por el patio de manzana, y bajaría por la calle de delante. Esto lo diseñamos en veinte minutos con un papel encima de la mesa, como dos ingenieros.

Martes. Se cruzó con la del tercero en el patio de manzana.

Miércoles. Establecimos que él no vendría a la farmacia por las mañanas.

Jueves. Vino a la farmacia por las mañanas, porque necesitaba unas gasas de verdad, porque se había cortado de verdad con un formón, y yo le curé la mano en el mostrador delante de Charo, de la del tercero y de una señora de Pozuelo que venía a por un colirio, y le puse una tirita.

De dedo.

Nadie dijo nada. La señora de Pozuelo se fue con el colirio sin enterarse de nada, que fue la única persona en toda aquella farmacia que se comportó de una manera estadísticamente normal.

Viernes. Susi descifró el lenguaje de señas.

Habíamos desarrollado uno, sin haberlo hablado, en tres días: si él entraba y yo tenía gente, se ponía a mirar el expositor de las cremas solares, que es el que queda más lejos del mostrador; si yo daba dos golpecitos en el cristal con el anillo, es que tardaba mucho; si yo cogía el rotulador, es que ya salía.

El viernes por la tarde, Susi, sin levantar la vista de la pantalla, dijo:

—Dice que si vas al almacén.

—¿Quién?

—El de las cremas solares. Ha mirado la del factor cincuenta dos veces y la ha dejado en el sitio de la del treinta.

Sábado. El frutero.

Fuimos a comprar por separado, con un intervalo de once minutos, y a mí me dijo, sin que yo hubiera pedido nada:

—¿Le pongo lo de siempre?

—¿Lo de siempre?

—Los tomates de rama, las naranjas y el plátano suelto.

Yo compro tomates de rama y naranjas. El plátano suelto es de un hombre que come plátanos y que compra de uno en uno porque vive solo, y que llevaba once minutos fuera de aquella frutería.

—Yo no llevo plátano.

—Perdone. Me he confundido.

No se había confundido nadie.

Lunes siguiente. El chico de los recados de la panadería, que tiene diecinueve años y ninguna malicia, entró en la farmacia con dos barras y dijo, en voz alta, delante de cuatro personas:

—Que dice mi madre que si estas se las lleva usted o se las lleva él.

—¿Él quién?

—El de la mercería.

—Yo no he pedido pan.

—Ya. —Se rascó la cabeza—. Es que como ya lleváis dos semanas pidiendo lo mismo a la vez, mi madre dijo que juntáramos.

Se llevó las dos barras. Volvió a los diez minutos y me dejó una.

Miércoles. Un fallo mío, este, y gordo.

Entré en la farmacia a las nueve y media con una camisa suya. No una camisa de hombre: una camisa suya, azul, arremangada, que yo me había puesto encima de una camiseta a las siete de la mañana porque en aquel piso hace fresco de madrugada y porque estaba encima de una silla.

Susi no levantó la vista.

Charo, que entró a las diez menos veinte, tampoco abrió la boca, pero se quedó siete segundos mirándome el hombro con una concentración de aduanera y luego pidió lo de la tele con una voz un poco más aguda de lo normal.

Domingo. Las Vocales.

Y aquí es donde el asunto alcanzó su punto más alto, porque las Vocales hicieron lo peor que podían hacer, que fue portarse bien.

Durante diecinueve días, cinco señoras que llevan tres años preguntándome por cada cena, por cada candidato, por cada nombre de mi vida privada, entraron en mi farmacia, compraron lo suyo, hablaron del tiempo y se fueron.

Pepita no preguntó nada. Maruchi compró un termómetro más y no preguntó nada. Fina se llevó unas plantillas del cuarenta y dos, que ya tiene dos pares, y no preguntó nada.

Y Loli, que es la más sincera de las cinco y la que peor lo llevaba, entró un martes, se quedó mirándome desde la puerta con las dos manos en el bolso y dijo:

—Yo hoy no pregunto nada.

—Muy bien, Loli.

—Es que no puedo.

—Ya.

—Que no me dejan.

—Loli.

—Nada, hija, que vengo a por unas vendas.

No se llevó las vendas.

Cuando cinco mujeres que preguntan por sistema dejan de preguntar a la vez, eso no es discreción. Eso es una operación. Y yo, que llevaba desde julio sin entender qué estaba pasando en el comité, aquella semana estuve más cerca de entenderlo que nunca y no lo entendí, porque yo tenía la cabeza en otra cosa.

Estaba contenta. Eso es lo que pasaba. Llevaba tres años sin estar contenta y no reconocí el cuadro.

Encarni. La pescadería fue el jueves siguiente. Fuimos juntos, que fue el primer error, aunque a las nueve y veinte de la mañana y con dos bolsas de tela cada uno, que fue el segundo.

Encarni nos despachó sin decir absolutamente nada. Nos pesó, nos limpió, nos envolvió. Y al darme el paquete por encima del mostrador, con las dos manos, muy despacio, dijo:

—Aquí no se ha visto nada.

—Gracias, Encarni.

—Pero se ha visto todo.

Y siguió con el veintiocho.

Don Ángel. Y el último día de agosto pasó lo de don Ángel, que es lo único de aquellas tres semanas que no me hizo ninguna gracia y que todavía me la sigue sin hacer, aunque de otra manera.

Estábamos los dos en la puerta de la mercería a las once de la noche, discutiendo en voz baja sobre si él subía a mi casa por el patio

o si yo bajaba a la suya, que es una discusión que a esa hora ya no tiene ningún sentido, y se abrió la ventana del primero.

Don Ángel, en pijama de rayas, con el pelo blanco de punta.

No dijo «buenas noches». No dijo «otra vez la Bestia». No se rio.

Bajó una llave atada a un cordón, hasta la altura de nuestras cabezas, y la dejó ahí colgando.

—Del portal —dijo—. Para lo que sea.

Martín cogió la llave.

Y don Ángel, sin mirar a ninguno de los dos, se quitó las gafas, se puso a limpiarlas con el borde del pijama y cerró la ventana con la otra mano.

Yo me quedé un rato mirando la ventana cerrada.

Porque un señor de setenta y ocho años que lleva once viudo, que baja una llave con un cordón a las once de la noche y que no dice nada más, es un señor que se acuerda perfectamente de cómo era esto, y que sabe también, porque lo ha visto en este mismo barrio muchas veces, que las cosas que se hacen a escondidas acaban explicándose delante de gente.

Aquella noche, en la cama, contesté la pregunta once.

No en un papel. Mentalmente, con la numeración y todo, como se contesta un examen que uno ya sabe.

Del 1 al 10, ¿cómo de viva te sentiste?

Y no puse un número, porque la pregunta se me quedó pequeña. Aquello no era un número. Era otra cosa.

Y a las tres de la mañana, con el móvil apagado en la mesilla y a cuatro portales de la casa de mi madre, me di cuenta de que llevaba diecinueve días escondiendo lo mejor que me había pasado en siete años.

Igual que ella lleva tres años escondiendo que se le hace larga la casa los sábados.

En esta familia se quiere así. A oscuras y por el patio.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



Teatro en tres funciones

El martes primero de septiembre, mi madre entró en la farmacia con una hoja y un boli.

—Que te falta la última.

—¿La última qué?

—La encuesta del diez.

Yo me había ido de aquella terraza dejando veinte euros encima de la mesa y no había vuelto a pensar en Pol ni un minuto. Mi madre, en cambio, llevaba una hoja doblada en el bolso desde hacía dos semanas.

—Mamá, el pacto está cumplido.

—El pacto está cumplido cuando estén los diez papeles.

—Eso no lo pone en el folio.

—Lo pone en el espíritu del folio.

Puso la hoja encima del mostrador. Puso el boli al lado, en paralelo, como se ponen los cubiertos.

Y se quedó.

Ahí. De pie. Al otro lado del mostrador, con el bolso en el antebrazo, mirándome.

—¿La tengo que hacer ahora?

—Si la haces ahora, ya está.

Y aquí empezó la función.

Voy a contar lo que hice, porque todavía me da vergüenza y porque es exactamente lo que hace la gente cuando cree que engaña a alguien.

Rellené las diez primeras deprisa y con datos verdaderos, que es la mejor manera de mentir: puntualidad, puntual; pagó, a medias y con veinte euros míos; ex, ninguna; camarero, le hizo firmar una cesión de imagen. Todo cierto. Todo comprobable. Todo escrito con letra normal, ni deprisa ni despacio.

En la nueve, la de si se parece a la foto, escribí «bastante», que es una palabra que no significa nada y que por eso la usa todo el mundo.

En la diez escribí «no».

Y en la once puse un cuatro.

Un cuatro es el número más aburrido que hay. Un tres es una queja. Un cinco es una duda. Un cuatro es una mujer a la que le da todo un poco igual, que era exactamente la mujer que yo necesitaba ser encima de aquel papel.

Levanté la hoja y se la di.

Mi madre se puso las gafas.

Y la leyó entera, delante de mí, en el mostrador de mi farmacia, sin decir una palabra.

Once líneas se leen en cuarenta segundos. Mi madre tardó dos minutos largos. Y no los tardó porque lea despacio, que lee deprisa: los tardó porque leyó por líneas, de arriba abajo, y en dos de ellas se paró.

Se paró en la nueve. La de si se parece a la foto. La del «bastante».

Y se paró en la diez.

Yo, mientras tanto, hice lo que se hace: coloqué. Puse en su sitio el expositor de los caramelos, que estaba en su sitio. Miré la pantalla del ordenador, que estaba en el salvapantallas. Le di la vuelta a un cartel de una promoción de agosto que había que quitar.

—Muy bien —dijo.

—¿Ya está?

—Ya está.

—¿No dices nada?

—¿Qué voy a decir, hija?

—No sé. Algo dirás.

—Que has ido a diez cenas y has vuelto de las diez. —Se quitó las gafas—. Yo lo que quería era que fueras.

La dobló en cuatro. La guardó en el bolso, en el compartimento de la cremallera, que es donde guarda el DNI.

Y me miró un segundo antes de irse, con las gafas en la mano, y no dijo nada.

Yo me quedé detrás del mostrador con el cartel de la promoción de agosto en las manos.

Y a los diez minutos entró la del tercero.

—Hija, ¿tú tienes de esas cremas para las manos que se estropean con el disolvente?

—¿Tú trabajas con disolvente?

—Yo no. —Se apoyó en el mostrador—. Digo en general.

Le di una crema de manos.

—Es que a mí el otro día me pareció verte por la calle de atrás.

—Yo paso por la calle de atrás todos los días.

—A las once y media de la noche.

—Yo paso por la calle de atrás todos los días —repetí.

—Claro, claro. —Cogió la crema—. Es que como no se puede preguntar.

Y ahí se me quedó parada media hora, y ya no se me quitó en tres semanas.

Porque una cosa es que las cinco Vocales dejen de preguntar a la vez, que ya es raro. Y otra es que **la del tercero**, que no es Vocal, que no va a esa parroquia y que en su vida ha respetado el silencio de nadie, entre en mi farmacia a las once y veinte de la mañana y me diga, con la crema en la mano, que como no se puede preguntar.

A alguien se lo habían prohibido a ella también.

Y a mí no se me ocurrió pensar quién.

Yo me quedé detrás del mostrador con el cartel de la promoción de agosto todavía en las manos.

Y tardé unas dos horas en darme cuenta de una cosa que ahora me parece evidente y que aquel martes no vi: que yo acababa de mentirle a mi madre por segunda vez por escrito, con premeditación, poniendo un cuatro donde no había ningún cuatro. Y que no lo había hecho para que ella no supiera nada de Martín.

Lo había hecho para que no supiera nada de mí.

Segunda función. El jueves fui a su casa a recoger la pamela.

Esto requiere explicación. Para la boda de mi prima Vane, mi madre había decidido, sin consultarme, que yo iba a llevar una pamela. La pamela era de la hija de Maruchi, que se casó en 2019 y que la usó una vez. Mi madre la había conseguido en junio, la tenía en su armario dentro de una funda, y aquel jueves me tocaba ir a probármela.

Llegué a las siete y cuarto.

Estaban las cinco.

Merienda. Café, pastas de la confitería de la calle Sierra y una fuente de croissants pequeños. Cinco señoras alrededor de la mesa camilla de mi madre, todas sentadas, todas con la taza en la mano.

Y todas callándose a la vez cuando yo abrí la puerta con mi llave.

No se callaron de golpe, que eso lo hace cualquiera. Se callaron por fases, escalonadamente, en un movimiento coordinado que solo se consigue con años de trabajo: Loli paró en mitad de una frase, Maruchi la remató por ella con un final que no encajaba, Pepita se rio

de algo que no tenía gracia y Fina, que estaba de espaldas, se giró entera en la silla con una lentitud de puerta de garaje.

—¡Anda, la niña!

—Hola.

—Siéntate, hija, que hay café.

Me senté.

Y durante veinticinco minutos, cinco mujeres que llevan tres años sabiendo qué cené yo cada viernes hablaron delante de mí de los siguientes asuntos: el tiempo, que estaba raro para septiembre; la obra del portal de Fina, que llevaba once semanas; el precio de la merluza; una prima de Maruchi que se ha ido a vivir a Torrevieja; y la duración del catering de la boda de la sobrina de Fina, con especial atención al desplazamiento de la familia de Zamora.

Yo no había asistido nunca a una conversación tan bien preparada.

Cada tema llevaba a otro sin huecos. Nadie preguntó nada personal. Nadie mencionó una cena, un candidato, una libreta ni un chico. Cuando Loli, en un descuido, dijo «pues el otro día por la calle vi a», Maruchi le puso la mano en el brazo y le preguntó si quería más café, y Loli dijo que sí, y ya no vio a nadie por la calle.

Lo de la merluza duró nueve minutos.

Nueve. Fina había pagado veintiocho euros el kilo en la pescadería del centro comercial y aquello se analizó desde todos los ángulos posibles: el precio de la del mercado, el precio de la de antes, la diferencia entre la de pincho y la del arrastre, si Encarni cobra más o menos y por qué cobra lo que cobra, y una digresión sobre la merluza congelada que llevó a Pepita a contar cómo se descongelaba el pescado en su casa en 1974.

Y en los nueve minutos, ni una sola vez levantó nadie la vista hacia mí.

Después vino la obra del portal de Fina.

Y después el silencio.

En una merienda normal de cinco señoras no hay silencios: hay dos conversaciones simultáneas y alguien gritando desde la cocina. Aquella tarde hubo tres silencios de cuatro o cinco segundos, con las cinco tazas en el aire.

En el primero se oyó el reloj del pasillo, que es un reloj que yo no había oído en mi vida.

En el segundo, Maruchi cogió una pasta que no quería y se la comió entera.

Y en el tercero, que fue el más largo, Loli dijo:

—Qué a gusto se está.

Y las cuatro dijeron que sí, que qué a gusto se estaba.

A los veinticinco minutos, mi madre se levantó a por la cafetera y sirvió a las cinco, y mientras me servía a mí dijo, con la cafetera en la mano:

—Qué tranquilidad, hija.

—¿El qué.

—Ahora, que ya no buscas. Se te ve hasta mejor cutis.

Levantó la cafetera y la puso en el salvamanteles.

—El amor propio, que hidrata.

Pepita se atragantó.

Se atragantó de verdad, con el café, y tosió cuatro veces, y Fina le dio en la espalda con más fuerza de la necesaria, y Maruchi dijo «respira, Pepita», y Loli, que estaba enfrente, dijo:

—Es que se ha ido por el otro lado.

Y todas dijeron que sí, que se le había ido por el otro lado, y hubo dos minutos de conversación sobre lo mal que se pasa cuando se va por el otro lado y sobre un señor de la parroquia al que le pasó una vez con un altramuz.

Me probé la pamela en el pasillo, delante del espejo del recibidor, con mi madre detrás sujetándome el pelo.

Me quedaba bien.

—Te queda bien.

—Sí.

—Suéltate el pelo el sábado.

—Ya veremos.

—Lola.

—Ya veremos, mamá.

Me fui a las ocho menos cuarto con la pamela en su funda.

Y bajé las escaleras despacio, que es un vicio que tengo desde pequeña, porque en aquella escalera se oye todo.

Estaba en el segundo, entre el segundo y el primero, cuando arrancaron.

Las cinco a la vez. No una carcajada: cinco risas contenidas soltándose al mismo tiempo detrás de una puerta, con ese ruido raro que hacen las cosas que llevan mucho rato apretadas, como una tubería vieja cuando por fin abres el grifo.

Duró unos ocho segundos.

Yo me quedé parada en el rellano del primero con la funda de la pamela en la mano.

Y pensé: se están riendo de la boda de la sobrina de Fina.

Y seguí bajando.

CAPÍTULO TREINTA



Presupuesto sin cliente

Hubo doce días buenos y los cuento en tres.

Uno. El jueves veintisiete de agosto cerré a las ocho y media, fui a la mercería, le ayudé a bajar la persiana —que bajó a la primera, sin comentarios— y cenamos a las once y veinte en la cocina de arriba, sentados, con dos platos que no hacían juego.

Cenamos huevos fritos con patatas. Los hizo él. Le salieron bien.

—Esto sí lo sabes hacer.

—Esto es lo único que sé hacer.

—¿Y por qué no lo hacías en abril?

—Porque en abril yo tenía que aprender a hacer una lubina.

—¿Por qué?

—Porque estaba en el papel.

Y ahí lo dejamos, porque a las once y veinte de la noche uno no se pone a preguntarle a un hombre por qué se ha pasado cinco meses intentando cocinar una receta que no le sale, cuando la respuesta es evidente y no tiene ninguna gracia.

Y a la una de la mañana descubrimos el problema del sofá.

El sofá de Maruja Otero es un tresillo de los de antes, de terciopelo verde botella, con el asiento hundido en el lado derecho por cuarenta años de una sola persona sentándose en el mismo sitio. El lado

izquierdo está intacto, duro y recto como el día que llegó. El derecho es un nido.

Nos sentamos. Yo me senté en el derecho.

—Ese es el mío.

—Yo he llegado antes.

—Ese es el mío desde 1994.

—Tú en 1994 tenías ocho años.

—Ese es el mío desde 1994 —repitió, con la seriedad de un hombre que defiende una escritura—. En esa casa yo veía la tele ahí los veranos, y mi abuela se sentaba en la butaca porque decía que el sofá le hundía la espalda.

—Entonces no es tuyo. Es de tu abuela y ella no lo usaba.

—Es mío por uso continuado.

—Eso no existe.

—Eso existe y se llama usucapión, lo he mirado.

—¿Has mirado la usucapión de un sofá?

—He mirado la usucapión de muchas cosas este verano.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo de un local en el que no vivo desde hace nueve años.

—¿Y qué has averiguado?

—Que la usucapión la gana el que se queda. —Se sentó en el lado izquierdo, que está durísimo, con la espalda recta—. Que es una manera muy cara de decir una obviedad.

Me levanté y me senté en el izquierdo, para probar, y a los cuatro minutos me dolía la espalda y a los seis me pasé otra vez al derecho, y él ya no dijo nada, y a partir de aquella noche el lado derecho fue mío y nunca lo discutimos y nunca dijimos que no lo estábamos discutiendo.

Dos. El lunes treinta y uno, a las diez y veinte de la mañana, Martín se quedó veinte minutos en la farmacia mirándome trabajar.

No compró nada. Eso, después de cinco meses, era lo verdaderamente escandaloso.

Y lo verdaderamente escandaloso lo notó todo el mundo menos nosotros.

Entró Charo a por lo de la tele, vio a un hombre apoyado en el expositor de las cremas solares sin comprar nada, y en vez de mirarle —que es lo que hace Charo con cualquier cosa que se mueva — **se puso a mirar el techo**. Charo estuvo cuarenta segundos mirando un techo de escayola que lleva viendo desde 1987.

Detrás entró el chico de la frutería con un encargo y le dijo «buenas» a Martín, con nombre y todo: «buenas, Martín». Y se puso colorado hasta las orejas, cogió lo suyo y se fue sin cobrar.

Y a las diez y media, la señora del lunar, que no ha respetado una intimidad ajena en su vida, salió de aquella farmacia andando de espaldas hasta la puerta.

De espaldas.

Este barrio no sabe disimular. Lo que sabe hacer es disimular tan mal, y tantos a la vez, que durante unas semanas parece un pacto.

Se apoyó en el expositor de las cremas solares y estuvo veinte minutos viendo entrar y salir gente. Vio a Charo pedir lo de la tele. Vio a un padre con un niño con fiebre, y me vio arrodillarme para mirarle la garganta al niño con la linterna del móvil y decirle al padre que eso era vírico y que si el lunes seguía igual, al pediatra. Vio a una chica que compró una prueba de embarazo y a la que despaché en cuarenta segundos, sin mirarla a la cara, porque hay gente que necesita salir de aquí rápido y eso también es parte del oficio. Vio a don Ramón, que llegó a las diez y cuarto, preguntó si venía mi madre y se fue a las diez y veintiséis.

Cuando se quedó vacío, dijo:

—Tú no vendes medicinas.

—Yo vendo medicinas.

—Tú vendes medicinas seis o siete veces al día. El resto del tiempo estás haciendo otra cosa.

—¿El qué?

—No lo sé. Pero es lo mismo que hacía mi abuela.

—Tu abuela vendía botones.

—Mi abuela vendía botones catorce veces al día. —Se apartó del expositor—. Y estaba nueve horas ahí de pie. Yo de crío no entendía a qué venía tanta gente si nadie compraba nada.

—¿Y ahora?

—Ahora tampoco lo entiendo. Pero lo he visto.

Tres. El domingo seis de septiembre, que era el día antes de la boda, nos quedamos dormidos.

Los dos. A las cinco de la tarde, en el sofá verde, cada uno en su lado por derecho consuetudinario, con el ventilador puesto y la ventana abierta al patio de manzana, y nos despertamos a las siete y cuarto porque una vecina puso una lavadora.

Me desperté yo antes. Tres o cuatro minutos antes.

Y estuve esos tres o cuatro minutos sin moverme, mirando el techo de la casa de una señora muerta, oyendo cuatro televisiones distintas por el patio y a un hombre respirando a mi izquierda, y pensando —esto lo pensé con estas palabras exactas, que es lo que hace que me acuerde— que en aquel momento no me hacía falta absolutamente nada.

Yo no he dormido una siesta con nadie desde 2019.

Y por debajo de los doce días estaba el otro asunto, que ninguno de los dos tocaba y que sonaba todo el rato, como el reloj del pasillo de mi madre.

La inmobiliaria llamó dos veces.

La primera, el veintiocho. Estábamos en la tienda y el móvil estaba encima del mostrador, y sonó, y en la pantalla puso un nombre de empresa, y él lo miró y lo dejó sonar hasta que paró.

Nueve tonos. Los conté sin querer, como cuento las cosas.

—¿No lo coges?

—Luego.

—¿Luego cuándo?

—Luego. —Cogió una cinta métrica de la mesa y la enrolló entera, muy despacio, aunque estaba enrollada—. Es que si lo cojo ahora, hablo yo. Y si hablo yo a estas horas, digo que sí.

—¿A qué?

—A lo que me pregunten.

La segunda fue el dos de septiembre, y esa sí la cogió, y salió a la acera a hablar, y yo me quedé dentro colocando cosas que no había que colocar.

Le vi por el escaparate. Hablaba con la mano en la nuca y la vista en el suelo, dando dos pasos hacia la esquina y dos de vuelta, y en algún momento se paró y estuvo cuarenta segundos escuchando sin decir nada.

Volvió a los cuatro minutos.

—Quieren fecha.

—¿Fecha de qué?

—De firma. Dicen que el interesado se pone nervioso.

—¿Y qué les has dicho?

—Que la madera tiene que estabilizar.

Yo me quedé con una caja de cintas en la mano.

—Martín.

—¿Qué.

—Eso no significa nada.

—Significa muchísimo. —Cogió el trapo del mostrador y se puso a doblarlo, muy bien doblado, en cuatro—. Una madera que ha estado cuarenta años en un sitio y la mueves, se mueve. Se abre, se cierra, coge la humedad nueva. Si tú la trabajas y la cierras el primer mes, a los dos años te salta la junta. Hay que dejarla en el sitio nuevo un tiempo sin tocarla.

—¿Y eso se lo has dicho a la inmobiliaria?

—Se lo he dicho a la inmobiliaria.

—¿Y qué han contestado?

—Que ellos lo que venden es el local.

Dobló el trapo otra vez, que ya estaba doblado.

—Y tienen razón —dijo—. Eso es lo que jode.

Y cuatro, que no fue bueno. El miércoles dos de septiembre, después de lo de la inmobiliaria, tuvimos la única bronca de aquellos doce días.

La empecé yo y la empecé bien, que es lo peor.

Él había vuelto de la acera con lo de la fecha de firma, y yo me quedé con la caja de cintas en la mano cuatro segundos, y a los cuatro segundos ya lo tenía todo montado.

—Vale. Escúchame. Lo primero es que no les des una fecha por teléfono, eso nunca. Lo segundo, que les pidas por escrito hasta cuándo aguanta la oferta, porque si te la pueden retirar mañana, tú no estás negociando, estás esperando. Y lo tercero es que te sientes con un gestor. Yo tengo uno bueno, el que me lleva la farmacia, un señor de Puente de Vallecas de toda la vida, y en cuarenta minutos te dice si eso te sale a cuenta o no.

Seguí un rato más. Le hablé de los plazos. Le hablé de una cosa del impuesto de transmisiones que había mirado el domingo por la noche en el móvil, en la cama, sin decírselo.

Y a la mitad de aquello, Martín dejó el trapo encima del mostrador.

—Lola.

—Espera, que lo del gestor es importante.

—Lola.

—¿Qué.

—Que no te he pedido nada.

Lo dijo sin levantar la voz, que es como dice él todo.

—Te estoy ayudando.

—Ya lo sé. —Se apoyó en el mostrador—. Pero no te lo he pedido.

—Perdona por preocuparme.

—No es preocuparte. —Se lo pensó, y se lo pensó de verdad, que es lo que hace este hombre con las preguntas de cortesía y con las que no lo son—. Es que lo haces siempre. Y lo haces con todo el mundo.

—Eso no es verdad.

—El primer día que entré aquí yo venía a decirte una cosa y no me salió, y tú me diste una taxonomía de tiritas. La segunda vez me diste una recomendación sobre guantes que yo no había pedido. Cuando traje lo de mi abuela me explicaste a dónde va, quién lo paga y qué se separa. Y no te estoy reprochando nada de eso, porque en aquel momento me vino bien.

—Pues ya está.

—No, no está. —Cogió el trapo otra vez y lo volvió a dejar—. Porque el día del SIGRE tú hiciste otra cosa. Levantaste la tapa y diste dos pasos atrás.

Yo no dije nada.

—Y eso fue lo mejor que ha hecho nadie por mí este año. Y no lo has vuelto a hacer.

—O sea que ahora resulta que ayudar es malo.

—No he dicho eso.

—Lo has dicho perfectamente.

—He dicho que cuando tú resuelves, tú te vas.

Y ahí me callé, pero no del modo en que me callo cuando pierdo con mi madre. Me callé de otra manera, más fea, con las orejas calientes y una respuesta preparada que era: *pues no sé quién te ha vaciado el piso, ni quién te ha dado de cenar, ni quién ha estado hora y media sentada en tu suelo contando botones*. La tuve entera en la boca durante unos tres segundos.

No la dije, y no la dije por un motivo muy concreto, que es que sabía dónde había aprendido yo a hacer eso.

Mi padre lo llamaba «despachar de más». Le salía peor a él que a mí. Entraba una señora a que le miraran un brazo y salía con el prospecto entero, dos consejos y un teléfono. Y aquella señora se iba muy agradecida y con el brazo igual, y lo que no se llevaba nunca era la conversación que había venido a tener.

Se lo he visto hacer mil veces. En catorce años no le pregunté ni una sola vez por qué lo hacía.

—Vale —dije.

—Lola…

—No, vale de verdad. —Dejé la caja de cintas encima del mostrador —. Tienes razón.

Martín se quedó quieto, porque no se lo esperaba, y yo tampoco.

—¿Y entonces qué quieres que haga?

—Nada.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo hoy —dijo, y me la devolvió tal cual, con la mía de junio, y no se rio y yo tampoco.

Yo he despachado veinte mil veces en catorce años y no había hecho nunca la pregunta que hice después, que es la más barata del mundo y la que más me costó.

—¿Y tú qué necesitas?

—Que te sientes ahí y no arregles nada.

Me senté en la silla de las clientas, la que hay en todas las mercerías porque las clientas se sientan.

Y estuve veinte minutos sin arreglar nada, que es la cosa más difícil que he hecho en mi vida adulta, y él estuvo veinte minutos encerando un tablero y hablando de una carcoma inactiva del año sesenta.

Ese es el montaje. Doce días buenos y una tarde mala.

Los aplazamientos duraron, contados desde abril, cinco meses. Y todos eran verdad. Eso es lo que a mí me tenía en un sitio raro: todos eran verdad. La lubina estaba mustia de verdad, la persiana no bajaba de verdad, el tirador de la cómoda no aparecía de verdad y la madera, efectivamente, tiene que estabilizar.

Yo hago lo mismo, para que conste.

Yo llevo tres años sin cambiar el rótulo de la farmacia, que se le cayó una letra en 2016 y la pegó mi padre con silicona, y esa letra está mal pegada y se nota de cerca. Y cuando alguien me dice que hay que cambiarlo, yo digo que el metacrilato ahora es carísimo, que hay que pedir licencia al Ayuntamiento y que el de al lado tardó cuatro meses. Y las tres cosas son verdad.

Un hombre puede pasarse la vida entera diciendo verdades para no decir una.

Una mujer también.

El domingo por la tarde, después de la siesta, bajamos a la tienda a por algo y él encendió la luz de delante y se quedó mirando la cómoda, que llevaba dos semanas terminada, con la pata injertada de otro color y los dos cercos de vaso en el tablero.

—¿Y cuándo estabiliza? —dije.

Y no contestó.

Se acercó, le puso la mano encima, plana, y la fue pasando por el tablero de un lado a otro, muy despacio, como se le pone la mano en la frente a alguien para saber si tiene fiebre.

INTERLUDIO



MARUJA

Mercería y restauración

PRESUPUESTO

Obra: local calle Sierra, 70 m². Reforma interior.

PARTIDA	€
Instalación eléctrica nueva (obligatoria, el cuadro es de los de porcelana)	3.400
Fontanería y aseo adaptado	2.900
Salida de humos	— *(no hace falta: aquí no se fríe nada)*
Suelo: se conserva. Pulir y sellar	1.100
Mostrador: se conserva. Subirlo dos dedos ~~(?)~~	200
Escaparate: carpintería nueva, madera, no aluminio	4.100
Rótulo	900
Taller al fondo (banco de trabajo, aspiración, estanterías)	5.600
Cajonera de botones	**SE CONSERVA TODO**
Licencia, tasas, proyecto	3.000 aprox.
Imprevistos (20 %)	4.240

TOTAL: 25.440 €

Ingresos previstos año 1: restauración 60 %, mercería 40 %.

Ingresos reales de una mercería de barrio en 2025: *(dejar en blanco hasta hablar con la de Tetuán)*

Ingresos reales de un taller de restauración en Edimburgo, año pasado: 41.200 £. Con socio, cartera hecha y nueve años de encargos.

Aquí, año 1: 0.

Año 2: no se sabe.

Lo que diría la abuela:

· El escaparate de madera cuesta el triple y hay que pintarlo cada dos años. → *«Pues se pinta.»*

· Nadie compra botones. → *«Nadie compraba botones en el 78 tampoco.»*

· Con lo que ofrece la franquicia me compro un taller en Edimburgo y me sobra. → *«Pues cómpratelo.»*

· Los números no dan. → *«Los números nunca dieron. Yo os saqué adelante con esto.»*

· No sé si sabría llevar una tienda. → *«Nadie sabe. Se abre y ya está.»*

· No sé si me quiero quedar. → *(aquí ya no me contesta)*

Presupuesto sin cliente.

O el cliente soy yo.

Preguntarle a la farmacéutica qué se toma para el vértigo. Sin decirle para qué.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



Un amigo

Las bodas de mi familia se organizan por teléfono y en cadena, como los incendios.

La de mi prima Vane se celebraba el primer sábado de septiembre y llevaba desde marzo generando llamadas. Yo calculo que en aquellos seis meses hablé con mi madre de la boda de Vane más de lo que hablé de mi propia vida, lo cual, visto ahora, era bastante conveniente para las dos.

El miércoles, mi madre montó el operativo en la mesa de su cocina.

—El sobre.

—Lo tengo.

—¿Cuánto pones?

—Lo que pongas tú.

—Pon lo mismo que yo pero no lo mismo que yo, que si abren los dos sobres y son iguales parece que lo hemos hablado.

—Lo hemos hablado.

—Ya, pero no tienen por qué saberlo.

Después vino la logística del coche, que la lleva mi tío Paco y que consiste en un sistema de recogidas de tres paradas que él diseña

cada año y que cada año falla en la segunda. Después, la pamela. Después, la cuestión del pelo, que se abordó tres veces.

—Y no te lleves el bolso negro.

—¿Por qué no?

—Porque el negro es de invierno.

—Es un bolso, mamá.

—Es septiembre.

—Estamos a treinta grados.

—Estamos a treinta grados y es septiembre. Las dos cosas.

Y a la cuarta llamada de aquel miércoles, cuando ya estaba todo cerrado, dije lo que llevaba nueve días diciendo por dentro.

—Voy a llevar a alguien.

Silencio.

Yo estaba en mi cocina, de pie, con el móvil en la mano y la vitrocerámica apagada y nada que hacer, que es la peor postura para una conversación.

—¿A quién?

—A un amigo.

—Ah.

—Es un amigo.

—Que sí, hija, si te he oído.

Y ahí mi madre hizo la mejor interpretación de su carrera, y quiero dejar constancia de que me la creí entera.

—Qué moderno todo —dijo—. Ahora los amigos acompañan.

—Mamá.

—Yo lo digo bien. Antes ibas con un primo.

—Es que yo no tengo primos solteros.

—Tienes a Nacho.

—Nacho tiene diecinueve años.

—Pues por eso. —Cambió de tono, y ahí ya estaba trabajando en otra cosa—. ¿Y come de todo?

—¿Qué?

—Que si come de todo, que hay que decírselo a Vane para el catering. ¿Es alérgico a algo? ¿Es de esos que no comen carne?

—Come de todo.

—¿Seguro?

—Come huevos fritos con patatas a las once y veinte de la noche.

Y me arrepentí de aquello en el instante mismo de decirlo, y colgué a los cuatro minutos, y mi madre no volvió a preguntar absolutamente nada.

Ni el jueves. Ni el viernes.

El jueves, en la farmacia, dijo una sola cosa sobre el asunto, y la dijo mientras miraba el expositor de los caramelos de eucalipto y con las manos en la espalda:

—Yo no pregunto, hija.

—Ya.

—Yo ya solo observo. Como la Virgen.

La cadena. El viernes por la tarde entró en funcionamiento la cadena familiar y aquello fue un festival.

Mi tía Merche me llamó para preguntarme si era verdad. Mi prima Sonia me llamó veinte minutos después para preguntarme si era verdad lo que le había dicho mi tía Merche. Mi tío Paco me llamó, en teoría, para reajustar la segunda parada del sistema de recogidas, y a los cuarenta segundos me preguntó cuántos íbamos.

Y a las siete y media hubo videollamada.

Cuatro pantallas: mi madre, mi tía Merche, mi prima Sonia y una cuarta ventana negra que era mi tía Rosario, que nunca se ve porque tiene la cámara tapada con una pegatina desde 2020.

El tema oficial de la videollamada era la pamela.

Me la tuve que poner. Me la puse en mi cocina, sujetando el móvil con una mano y la pamela con la otra, y las cuatro opinaron durante once minutos sobre la inclinación.

—Más hacia la derecha.

—Que se te ve mucha frente.

—Es que la frente hay que verla, Merche.

—La frente hay que verla en las morenas.

—Lola es morena.

—Lola es castaña oscura.

—Rosario, ¿tú qué dices?

—*(La ventana negra dijo que se veía muy bien.)*

—Rosario, es que no ves nada, que tienes la cámara tapada.

—*(La ventana negra dijo que ella ve perfectamente.)*

—Mamá, ¿tú qué dices?

—Yo digo que se la quite.

—¿Cómo que me la quite?

—Que te la quites. —Mi madre se acercó a su cámara, que es lo que hace cuando quiere que se la oiga bien—. Esa pamela es de la hija de Maruchi y la hija de Maruchi mide un metro sesenta y tiene la cara redonda. A ti te tapa. Tú vas sin nada y te sueltas el pelo.

Hubo tres segundos de silencio en cuatro pantallas.

—Amparo, la pamela la conseguiste tú —dijo mi tía Merche.

—Y por eso puedo decir que no.

Y en el minuto doce, mi tía Merche, con la naturalidad del mundo:

—¿Y el chico cómo se llama?

Cuatro pantallas paradas.

Yo, con la pamela puesta y sujetando el móvil.

—Martín —dije.

Y mi madre, desde su ventana, con el pelo recién puesto de la peluquería del viernes, no dijo nada, y no cambió de cara, y se limitó a bajar la vista hacia algo que tenía en la mesa y que no se veía.

—Qué nombre más bonito —dijo mi tía Merche.

—Muy bonito —dijo mi prima Sonia.

—*(La ventana negra dijo que había un Martín en Zamora que era primo del novio.)*

Vane. A las nueve y media me llamó la novia.

Vane llevaba tres semanas gestionando el seating con una crueldad que yo no le conocía. Es una chica encantadora que trabaja en recursos humanos y que aquellas tres semanas se había convertido en otra cosa.

—Lola, no me hagas esto.

—¿El qué?

—Un más uno a cuatro días.

—Vane, es una silla.

—No es una silla. Es una silla en una mesa. Y las mesas están cerradas desde el catorce de agosto y yo he llorado por esas mesas.

—Lo siento.

—Tengo a la familia de él, que son treinta y uno, y tengo a los del pueblo, y tengo a dos que no se hablan desde una comunión.

—¿Cuál comunión?

—La de 2011. No preguntes.

—Vane.

—Y ahora tú.

—Puedo no llevarlo.

—Ni se te ocurra. —Cambió de tono en seco—. Ni se te ocurra, Lola, que llevo tres años oyendo a tu madre en todos los cumpleaños. Te pongo en la ocho.

—¿Qué es la ocho?

—Los sanos.

—¿Los sanos?

—La única mesa sin conflictos. —Se rio por primera vez en tres semanas—. Si me arruináis la ocho, os mato a los dos.

Y a las diez menos cuarto, ya más tranquila, me dijo una cosa que se me quedó.

—Oye, Lola.

—Dime.

—Que me alegro mucho. De verdad. —Un silencio de novia agotada —. Y como se me fugue este el sábado, me fugo yo, pero después del banquete, que está pagado.

La corbata. El viernes a las ocho y media pasé por la relojería de don Ángel a recoger a Martín, porque habíamos quedado para cenar.

La relojería lleva cerrada como negocio desde 2016, pero el local sigue siendo de él y sigue teniendo dentro el mostrador, la vitrina vacía y una mesa de trabajo con una lámpara de brazo articulado y todas las herramientas colocadas por tamaño.

Y allí estaban los dos.

Don Ángel, sentado en su taburete, en camiseta interior blanca y con las gafas en la punta de la nariz. Martín, de pie delante de un espejo de pared que tiene un marco de latón, con una camisa nueva y una corbata azul marino a medio hacer.

No me vieron entrar, porque la puerta de esa relojería no tiene campanilla desde 2016.

—Más corto por delante.

—Es que si lo hago más corto por delante, por detrás me sobra.

—Pues que te sobre. Eso no lo ve nadie.

—Lo veo yo.

—Tú te lo has puesto. Tú ya no lo miras más.

Martín deshizo el nudo y volvió a empezar. Se le daba mal. Se le daba objetivamente mal, y estaba poniendo en aquello una concentración que yo le había visto solo dos veces: una con una lubina y otra con una caja de botones que no tenía sistema.

Don Ángel lo miraba desde el taburete sin ayudarle con las manos.

—¿Cuántas bodas has ido?

—Cuatro. Todas en Escocia.

—¿Y allí cómo van?

—De kilt.

—¿Tú?

—Yo no. Yo iba de traje y era el único.

—Pues ya sabes lo que es —dijo don Ángel—. Ir de otra cosa.

Martín tiró del extremo largo y se le quedó torcido otra vez.

—¿Tú sabes por qué se hace el nudo así? —dijo don Ángel.

—No.

—Yo tampoco. —Se rascó la barbilla—. Cuarenta y un años poniéndomelo todas las mañanas para abrir una relojería en la que entraban ocho personas al día. Ocho. Y me lo ponía igual.

—¿Por qué?

—Porque mi mujer decía que un hombre con el nudo flojo es un hombre que ya se ha rendido.

—¿Y usted se lo creía?

—Yo me creía a mi mujer. —Se ajustó las gafas—. Eso es distinto y es más fácil.

Martín tiró del extremo corto. Le salió recto.

—Ahí está.

—¿Está bien?

—Está bien.

Y entonces don Ángel se bajó las gafas del todo, lo miró de arriba abajo desde el taburete, con la camiseta interior y las manos en las rodillas, y dijo:

—Vas a una boda con las Ribas.

—Voy a una boda con las Ribas.

—Pues reza lo que sepas.

PARTE IV



LA MADRE DEL CORDERO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



La boda (I): el 27

Mi prima Vane se casó el primer sábado de septiembre en la parroquia del Sagrado Corazón, a las doce y media, con treinta y cinco grados y ciento noventa invitados.

Las flores las puso Fina. El coro lo llevó Pepita, que canta la segunda voz desde 1998. Loli repartió los libritos en la puerta y se equivocó de lado dos veces. Y Maruchi, desde el tercer banco, hizo cuarenta y una fotos durante la ceremonia, incluidas seis del techo.

Yo iba sin pamela y con el pelo suelto, que era exactamente lo que había dicho mi madre.

Y a las doce y diez, cuando estábamos en la puerta esperando, apareció mi madre.

Con don Ramón.

Traje gris marengo, camisa blanca, corbata. Recién afeitado. Le abrió la puerta del taxi a mi madre y le dio la mano para salir, y luego se puso a su izquierda y ahí se quedó.

—Mamá.

—Qué guapa vas.

—Mamá.

—Es que a Merche le sobraba un sitio.

—A Merche le sobraba un sitio.

—Y este hombre estaba solo un sábado.

—Ya.

—Y tiene traje. —Se ajustó el bolso—. Un hombre que tiene traje y no lo usa da mucha pena, Lola.

Y entró en la iglesia.

Y quiero dejar constancia de lo siguiente: mi madre había pasado dos semanas interpretando el papel de mujer sorprendida y comprensiva por que su hija llevara «un amigo», y luego se plantó en la parroquia del Sagrado Corazón con un viudo de sesenta y seis años sin avisar a nadie, exactamente igual que yo, y con menos explicaciones.

Somos la misma persona con veintinueve años de diferencia. Eso lo he sabido siempre, pero aquel sábado lo vi en un atrio.

Martín llegó a las doce y veinte, con la corbata azul marino y el nudo apretado, y se sentó a mi lado en el sexto banco.

Se casaron. Salieron. Arroz.

El cóctel fue en un chalé de restauración a las afueras, con jardín, y duró una hora y cuarenta minutos, que es lo que tarda una familia española en decidir quién es un desconocido.

Yo lo presenté once veces. Once.

Las cuatro primeras dije «un amigo».

Las tres siguientes dije «Martín».

Las tres siguientes no dije nada, porque ya no hacía falta: llegaba la tía de turno, nos miraba a los dos, le daba dos besos a él directamente y le preguntaba si era de aquí.

Y la número once fue mi tía Rosario, la de la cámara tapada, que le cogió del brazo, se lo llevó dos metros y le preguntó a qué se dedicaba, cuántos hermanos tenía y si le gustaban los niños, todo seguido, en veintidós segundos, y luego volvió, me miró y me dijo:

—Este es bueno.

Y se fue a por otro canapé.

Jorge apareció a las dos menos cuarto con una camisa rosa y un chico alto detrás.

—No me lo puedo creer.

—Yo tampoco. —Nos dimos dos besos—. Este es Iván. Iván, esta es Lola, la de las libretas.

—Ah, la de las libretas.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Trabajo con el novio. —Se rio—. Llevo tres años oyendo hablar de una prima farmacéutica y nunca até cabos.

Le presenté a Martín. Se dieron la mano. Jorge me miró a mí, luego a él, luego a mí otra vez, y no dijo absolutamente nada, y por eso Jorge es Jorge.

Y a los cuatro minutos, cuando ellos dos se pusieron a hablar de si merece la pena cambiar las ventanas de un piso de los sesenta, Jorge se acercó y me dijo al oído:

—¿Este es el de la lista?

—Este no está en la lista.

—Ya. —Cogió una croqueta—. Eso también lo decía yo.

Andrés estaba en la barra.

Con traje azul, muy tranquilo, hablando con un señor mayor. Lo vi de espaldas y lo reconocí por la nuca, que es una cosa que no le he contado nunca a nadie.

—¿Andrés?

Se giró.

—Hombre.

—¿Tú qué haces aquí?

—Soy primo del novio.

Yo me quedé con la copa a medio camino.

—¿Cómo que primo del novio?

—Primo segundo. Nuestras madres son primas hermanas. —Se lo estaba pasando bien, se le veía—. Vengo desde marzo oyendo lo de esta boda.

—Andrés.

—Dime.

—Cuando mi madre te puso en la lista, ¿tú sabías que ibas a venir a esta boda?

—Yo no. —Bebió—. Tu madre, sí.

—¿Perdona?

—Tu madre lo sabía perfectamente, Lola. Fue lo primero que me dijo la señora que me llamó. Me dijo: «y además os vais a ver en la boda de la sobrina en septiembre, así que ya sin presiones».

Yo me quedé mirando el jardín.

—¿Y eso qué significa?

—Que tu madre pensaba a seis meses vista. —Se encogió de hombros—. A mí me pareció una profesional.

Después me presentó a su acompañante, que era su madre, porque a Andrés le tocaba llevar a su madre, y su madre me dio dos besos y me dijo que ya había oído hablar de mí.

Y cuando me iba, Andrés dijo, sin ningún drama y sin bajar la voz:

—Oye. Me alegro.

—Yo no he dicho nada.

—Ya lo sé. —Levantó la copa un centímetro—. Cuando yo te dije lo del cupo, en junio, no sabía si te ibas a enterar. Me alegro de que te hayas enterado.

El banquete empezó a las tres y diez.

Mesa ocho. Los sanos.

Vane no había mentido: la mesa ocho era una obra de ingeniería. Éramos diez, no había ni una sola persona enemistada con otra, y estaba compuesta por Jorge e Iván, dos compañeras de trabajo de Vane, un matrimonio joven con un bebé, Martín y yo, y un chico del pueblo del novio que se llamaba Aitor y que no habló hasta el postre y que a partir del postre no paró.

Mi madre estaba en la cuatro, con don Ramón a su izquierda.

Pepita estaba en la tres, que es la mesa de las amigas de mi tía Merche, porque Pepita es la madrina de Vane desde 1994.

Y Maruchi estaba en la siete, con el móvil.

De la comida diré poco: entrantes al centro, dos platos y sorbete, que en mi familia es la unidad mínima de respeto. La abuela del novio se perdió dos veces, una hacia los baños y otra hacia el aparcamiento, y las dos veces la encontró el mismo camarero, que a la segunda ya la trajo del brazo con una naturalidad conmovedora.

Y a las cinco y cuarto empezó la barra libre.

Lo que pasó entre las cinco y cuarto y las siete y media fue lo que pasa en todas las bodas de este país, así que lo resumo.

La orquesta abrió con lo que abren todas. Salieron a bailar los novios, y luego los padres, y luego, en un movimiento simultáneo que no organiza nadie, veintitantas mujeres de entre cincuenta y ochenta años, que son las que sostienen la pista de baile española.

Fina no estaba, porque Fina no estaba invitada al banquete, pero Pepita bailó por las dos.

Mi tío Paco explicó el sistema de recogidas a cuatro personas distintas.

Mi madre bailó tres piezas con don Ramón y una con mi tío Paco, y cada vez que volvía a la mesa se sentaba muy recta y se colocaba la servilleta en el regazo como si volviera del baño.

Martín bailó conmigo. Fatal, con la misma dignidad administrativa de siempre, y en un momento dado dijo «esto no me

lo enseñaron el dieciséis de julio» y yo me reí, y en aquel momento me pareció una broma.

Aitor, el del pueblo, resultó ser cuñado de la del quiosco.

Y a las siete y media, la mesa ocho estaba en la fase de la boda en la que se juntan las sillas y se cuentan cosas.

A las siete y cuarenta pasó lo de Pepita.

Pepita tiene setenta y tres años, canta la segunda voz en el coro y aquella tarde llevaba encima dos copas de vino blanco, una de tinto, media de cava y un carajillo, lo cual, para una mujer de cuarenta y ocho kilos, es un acontecimiento farmacológico.

Estaba feliz. Quiero que quede muy claro que estaba feliz.

Se levantó de la mesa tres y vino a la nuestra a saludar, apoyándose en el respaldo de mi silla, con la copa en la mano y la cara de una mujer que ha visto casarse a su ahijada.

—Ay, mi niña.

—Hola, Pepita.

—Qué guapa estás. —Me cogió la cara con la mano libre—. Qué guapa está esta niña, ¿verdad?

—Guapísima —dijo Jorge.

—Y tú. —Se giró hacia Martín—. Tú también estás muy guapo, hijo. Con la corbata.

—Gracias.

—Yo conocí a tu abuela.

—Ya me lo han dicho hoy tres personas.

—Cuarenta años en esa tienda. —Pepita se apoyó mejor—. Cuarenta años. Y hablaba de ti todo el rato, ¿eh? Todo el rato. «Mi Martín, que está fuera». Nos tenía hartas.

Y entonces Pepita levantó la copa.

No para brindar con nosotros. Para brindar con el aire, hacia arriba, hacia el techo del salón, con esa alegría enorme y desordenada de las señoras que han querido mucho a alguien que ya no está.

Y dijo, en voz muy alta, por encima de la orquesta:

—¡EL VEINTISIETE!

Se volvieron tres mesas.

—¡Al final la pobre Maruja se salió con la suya!

Y se rio. Se rio ella sola, encantada, con la copa en alto.

En la mesa ocho no se movió nadie.

Yo tenía la mano en el mantel, al lado de un platito de tarta que no me había comido, y no la moví. Jorge dejó de hablar en mitad de una frase. Iván, que no sabía nada de nada, miró a Jorge. El matrimonio joven siguió con el bebé.

Y a mi derecha, Martín dejó la copa en la mesa muy despacio, sin que hiciera ruido, que es lo que hace un hombre que trabaja con las manos.

—¿Qué veintisiete? —dijo.

Y yo, que no creo en las señales, vi venir el tren.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES



La boda (II): el que no venía

Salimos por el pasillo del catering porque era la puerta que teníamos más cerca.

Es un pasillo de servicio de esos que hay detrás de todos los salones de banquetes de este país: suelo de gres, luz de tubo, carros de acero con las bandejas de las tartas esperando, dos neveras grandes zumbando y un olor a lejía y a comida fría. Al fondo, una puerta abierta al aparcamiento.

Detrás de nosotros, a través de dos puertas y de un tabique de pladur, se seguía oyendo la orquesta.

Entramos los tres: Martín, yo y mi madre, que salió detrás sin que nadie la llamara.

Y ahí conté lo del pacto.

Lo conté entero, deprisa y en orden, porque no había otra manera. Conté que mi madre lleva tres años buscándome novio. Conté que hay una libreta con fichas, con fotos recortadas del boletín parroquial, con puntuaciones sobre diez. Conté que en abril firmamos un pacto de diez cenas encima de un hule. Conté que hay un comité de cinco señoras que aportan candidatos y que a los candidatos se les asigna un número por orden de entrada.

Y conté la última, que es la que me costó.

—Hay una ficha con el número veintisiete. Y la ficha eres tú.

Martín estaba apoyado en el carro de las tartas, con las manos en los bordes de acero.

—¿Yo estoy en una lista.

—Estabas.

—¿De cuándo?

Y ahí habló mi madre por primera vez.

—Del año pasado.

Los dos nos giramos.

Mi madre estaba a dos metros, con el bolso en el antebrazo, en el pasillo de servicio de un salón de bodas, con el pelo de la peluquería y los zapatos que le hacen daño.

—La puso tu abuela —dijo.

—¿Qué?

—Que la puso ella, hijo. La ficha la puso Maruja.

Nadie dijo nada durante unos segundos. Una nevera arrancó y volvió a pararse.

—Estábamos en la puerta de la tienda en octubre. Yo iba a por unos botones para el abrigo de Lola, que le faltaba uno, y salió el tema, y ella me dijo: Amparo, y a mi nieto, ¿tú no le buscas a nadie? Y yo le dije que tu nieto vive en Escocia. Y me dijo que tú un día volverías.

—Eso no es verdad.

—Es verdad.

—Mi abuela no me buscaba novia. Mi abuela me llamaba una vez a la semana y me preguntaba por el trabajo.

—Tu abuela me dio tu edad, me dijo que trabajabas con las manos y me dijo que no fumabas. —Mi madre no levantó la voz ni una sola vez, y eso fue lo peor de todo—. Y me dijo que si algún día venías, que te presentara a alguien de aquí. Que a ver si así te quedabas.

Martín se soltó del carro.

—¿Y por qué no me lo dijo a mí?

—Eso yo no lo sé.

—Estuve con ella en Navidad. Cuatro días. Comimos juntos ocho veces.

—Ya.

—Y no me dijo nada.

—Los mayores no decimos esas cosas —dijo mi madre—. Las hacemos por detrás y luego nos morimos.

Y ahí fue donde a mí se me rompió una cosa por dentro que no era la que se me tenía que romper, porque aquello no iba conmigo, y aun así me la quedé.

Martín se pasó las dos manos por la cara.

—¿Y el número?

—El veintisiete es el orden. Yo las voy numerando.

—Ya. —Bajó las manos—. ¿Y está tachada?

Silencio.

—Sí.

—¿Cuándo la tachaste?

—En marzo.

—¿Por qué?

—Porque tu abuela se había muerto en enero, y tú viniste al entierro y te volviste a los cuatro días, y en marzo yo ya sabía por la de la papelería que no ibas a volver. —Mi madre se cambió el bolso de brazo—. Y una ficha que no va a ningún sitio se tacha. Si no, la libreta no vale.

Martín se giró hacia mí.

—¿Tú lo sabías?

—No.

—¿Nada?

—Nada, Martín. Nada. Yo no he abierto esa libreta en mi vida.

Y él me miró tres segundos.

—Ya —dijo—. Ya sé que no.

Y lo dijo de verdad. Ese hombre, en el pasillo de un catering, con la corbata azul marino y el nudo todavía apretado, tuvo la decencia de creerme a la primera y de cerrar aquello él mismo antes de que se estropeara, y yo pensé, durante unos cuatro segundos, que lo peor había pasado.

No había pasado.

—Es que no es eso —dijo.

—¿El qué?

—Que no es eso, Lola. Eso me da igual. —Se apoyó otra vez en el carro—. Es que hoy me han dado dos besos noventa personas. Y en la iglesia había una señora en el tercer banco haciéndome fotos. Y tu tía la de la cámara tapada me ha preguntado cuántos hermanos tengo.

—Es una boda.

—Y todo el mundo sabía quién era yo.

—Claro que sabían quién eras.

—No. —Levantó la mano y la volvió a bajar—. Escúchame. No sabían quién soy. Sabían quién soy en una libreta.

Se quedó callado un momento.

—Yo llevo cinco meses vaciando la casa de mi abuela. Solo. Metiendo en bolsas la ropa de una mujer que me crio los veranos. Y he estado dos meses con una caja de botones intentando entender por qué los separaba así, porque era lo único que me quedaba suyo que todavía no había entendido.

—Lo sé.

—Y resulta que mientras yo hacía eso, había cinco señoras que ya sabían lo que quería mi abuela. Que lo sabían desde octubre. Que lo comentaban. Que lo tenían apuntado, con mi edad y mi oficio, en una hoja de papel cuadriculado con un número puesto por orden de llegada.

—Martín.

—Pepita lo ha gritado en un banquete.

—Pepita ha bebido.

—Pepita ha dicho la verdad delante de doscientas personas. —Y por primera vez le tembló algo en la voz, y se paró, y esperó a que se le pasara—. Y me he enterado de lo último que quiso mi abuela por una señora achispada, en una barra libre, cuatro meses tarde. Yo no me he enterado. Yo me lo he encontrado.

Yo no dije nada, porque no había nada.

—Y hay otra cosa —dijo, más bajo—. Que es la que me está matando.

—Dime.

—Que yo llevo tres semanas con un papel en la mesa de la cocina.

—¿Qué papel?

—Un presupuesto. De la reforma de la tienda. Con el rótulo puesto y todo. Y no se lo he enseñado a nadie, ni a ti, porque no me atrevía, porque son veinticinco mil euros y una vida entera, y porque llevo cinco meses sin ser capaz de decir en voz alta que me quiero quedar.

Se llevó la mano a la nuca.

—Y hoy me entero de que el barrio entero lleva un año esperando a que me quede.

—Eso no es malo.

—Es que ya no lo sé, Lola. —Me miró—. Si yo firmo ese presupuesto el lunes, ¿lo firmo yo? ¿O lo firma mi abuela? ¿O lo firman cinco señoras y una libreta? Porque yo lo único que tenía era que fuera mío. Era lo único.

Y ahí, exactamente ahí, pasó por el pasillo un camarero con una bandeja de tartaletas, pidiendo permiso, y los tres nos apartamos contra la pared para dejarle pasar, y esperamos en silencio a que llegara al fondo y empujara la puerta con la espalda.

Y detrás del tabique, la orquesta arrancó con «Paquito el Chocolatero».

Se oyó al salón entero gritar en el sitio en que hay que gritar.

Y fue entonces cuando me di cuenta.

No sé por qué en ese momento y no antes. Estaba mirando la puerta por la que había salido el camarero y de repente lo tuve todo delante, ordenado, como una analítica.

Me giré hacia mi madre.

—Tú lo sabías.

—Lola.

—Tú sabías quién era. Desde cuándo.

—Hija…

—¿Desde cuándo, mamá?

Mi madre apretó el asa del bolso.

—Desde la verbena.

Julio. Dieciséis de julio.

—El bizcocho.

—Lola.

—El bizcocho. «Llévaselo al chico de Maruja, que está muy flaco y a mí me pilla lejos». Vives a cuatrocientos metros.

—Es que estaba muy flaco.

—El cine.

—Las entradas eran de la asociación.

—Las entradas de don Ángel también.

Mi madre no contestó.

—El malabarista —dije.

Y ahí se me empezó a caer todo, y lo peor es que se me caía en orden, hacia atrás, como cuando le das la vuelta a un pastillero.

—El malabarista. El chico de Fina, el que era «el bueno», que cancelaste el jueves después de la verbena. La reestructuración de la cartera. Las Vocales entrando de una en una a comprar termómetros. Todas calladas tres semanas. Todas. —Me oí subir la voz y no pude pararlo—. Mamá, ¿tú me pusiste al chico del semáforo a propósito?

—Yo…

—¿Me pusiste candidatos malos a propósito?

—Yo lo que hice fue quitar piedras del camino.

Y se hizo un silencio en aquel pasillo que no se me va a olvidar en la vida, con la nevera zumbando y el salón entero cantando al otro lado del pladur.

—¿Que quitaste piedras?

—Lola, escúchame.

—¿Y la lubina?

—¿Qué lubina?

—La lubina, mamá. La del papel de su abuela. El día que me mandaste con el bizcocho. —Yo estaba diciendo cosas que no tenían sentido y las decía igual—. ¿Eso también? ¿La cocina? ¿Los platos que no hacían juego?

—Yo del pescado no sé nada.

—¿Y el mercado?

—El mercado no.

—¿El catorce de abril, mamá?

—El mercado no, Lola. Te lo juro.

—¡¿Cómo quieres que te crea?!

Aquello lo grité. En un pasillo de servicio, a mi madre, el día de la boda de mi prima, con la corbata de un hombre a un metro y medio y una bandeja de tartaletas al fondo.

Y mi madre, que en sesenta y un años no ha perdido una discusión, no dijo nada.

Se quedó ahí, con el bolso, con los zapatos que le hacen daño, mirándome.

Y eso fue lo que me terminó de romper: que no se defendiera.

Porque si me hubiera contestado, si me hubiera dicho «pues sí, y menos mal», si me hubiera sacado a la tía Chelo o el chalé de Rivas o cualquier cosa, yo me habría enfadado y se me habría pasado, que es lo que llevamos treinta y dos años haciendo.

Pero se quedó callada. Y una madre que se calla es una madre que sabe que ha hecho algo.

Me giré hacia Martín.

Y Martín ya se estaba yendo.

No dio un portazo. No dijo nada feo. Se separó del carro de las tartas, dijo «lo siento mucho» mirando al suelo, hacia ninguna de las dos, y salió por la puerta del fondo, la del aparcamiento, y la puerta se quedó abierta y entró aire caliente y luz de las siete de la tarde.

Yo no fui detrás.

Todavía no sé por qué. Llevo un año pensándolo. Creo que fue porque en aquel momento yo no sabía qué le iba a decir, y porque llevo toda la vida sin decir nada en el momento exacto, y porque una parte de mí, la parte que dobla los trapos que otros dejan mal doblados, pensó que aquello se arreglaba solo.

Nos quedamos las dos en el pasillo.

Y entonces se abrió la puerta del salón y apareció mi prima Vane.

Con el vestido enorme, ocupando el hueco entero, con la copa intacta en la mano y el pelo ya un poco caído por el calor y por las cinco horas.

Nos miró a las dos.

—¿Alguien se acuerda de que es mi boda?

Nadie contestó.

Vane se quedó unos segundos en la puerta. Después se dio la vuelta, con toda aquella tela girando en un pasillo de gres, y volvió a entrar en el salón, donde la estaban esperando ciento noventa personas.

Aquella noche, a las once y cuarenta, Martín llamó a la inmobiliaria y dejó un mensaje en el contestador.

Pedía fecha para la firma. Cuanto antes.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO



Magdalenas

El domingo hice tres cosas y las tres estuvieron mal.

La primera fue bajar a la mercería a las once de la mañana. La persiana estaba echada del todo, hasta abajo, con la llave grande. En el cristal de la puerta seguía el cartel escrito a mano de su abuela, el que dice que vuelve a las cinco.

La segunda fue llamar por teléfono a la una y veinte. Cuatro tonos y el buzón.

Y la tercera fue escribir un mensaje a las siete y media de la tarde, borrarlo, escribir otro, borrarlo, y acabar mandando uno que decía: «Cuando quieras hablamos». Que es, con diferencia, la frase más cobarde que he escrito en mi vida, porque le pone a la otra persona el trabajo de decidir cuándo.

No contestó el domingo.

El lunes abrí a las nueve y media, como todos los lunes de mi vida.

En este barrio, cuando pasa algo, no viene nadie a preguntarte. Vienen todos a comprar.

A las nueve y cuarenta entró Charo. Charo no viene los lunes: Charo viene los jueves, porque los jueves va al mercado y le pilla de paso. Compró un jabón de manos.

—¿Qué tal, hija?

—Bien, Charo.

—Muy bien. Muy bien, muy bien. —Cogió el jabón—. Yo es que venía a por esto.

Y se fue.

A las diez menos cuarto vino la del tercero a por unas vitaminas que no toma. A las diez y diez, el chico de la frutería, con un encargo de su madre que consistía en «lo de la garganta», sin más precisión, y que se llevó sin discutir. A las diez y media, la señora del lunar, que hacía cuatro meses que no aparecía, se compró una crema de manos de doce euros y me estuvo hablando siete minutos del tiempo.

Ninguna preguntó nada.

Y esto lo escribo porque durante ocho meses he contado en estas páginas cómo el barrio se mete donde no le llaman, cómo Encarni sabe quién se ha divorciado antes que la madre y cómo cinco señoras montan un comité con actas. Y el lunes siguiente a la boda de mi prima Vane, ese mismo barrio, con la misma maquinaria y las mismas personas, se organizó para venir a mi farmacia de uno en uno, gastarse un dinero que no tenían previsto y no preguntarme absolutamente nada.

Es el mismo aparato. Solo que hacia dentro.

Susi lo entendió antes que yo y montó el filtro.

—Buenos días. ¿Qué le pongo?

—Ay, hija, yo venía a…

—Yo se lo doy. Lola está con un pedido.

Yo no estaba con un pedido. Yo estaba en el almacén, sentada en la banqueta, mirando una caja de suero fisiológico.

A las doce entró don Ángel.

No dijo nada. No preguntó por nadie. Se acercó al mostrador, dejó encima una bolsa de pipas de las de treinta céntimos, del quiosco de la calle Sierra, y se fue.

La bolsa estuvo ahí toda la mañana. Susi no la tocó. Yo tampoco.

Y a las cinco y veinte de la tarde entró Jorge con una caja de la confitería de Puerto de Canfranc.

—Ábrela.

—No tengo hambre.

—Nadie tiene hambre. Ábrela.

Eran magdalenas de las buenas, de las que tienen el papel plisado de verdad y no ese papel fino que se pega. Doce.

Nos las llevamos al almacén. Susi cerró la puerta desde fuera, que fue el gesto más elegante que ha hecho nadie por mí en mucho tiempo.

—A ver. Cuéntamelo.

Se lo conté. Entero. Tardé unos veinte minutos y me tuve que parar dos veces.

Jorge escuchó sin interrumpir, cosa que no había hecho nunca. Y cuando terminé, cogió una magdalena, le quitó el papel entero, se la comió en tres bocados y dijo:

—Vale. Voy a decirte tres cosas y una no te va a gustar.

—Empieza por esa.

—No, esa la dejo para el final. Que soy tu amigo, no tu médico.

Cogió otra magdalena.

—Primera. Tu madre ha hecho una cosa horrible.

—Gracias.

—Digo horrible de verdad, Lola, no lo digo por consolarte. Meterte candidatos malos a propósito es tratarte como a una menor de edad. Es decidir por ti. Es exactamente lo que llevas tres años acusándola de hacer, solo que esta vez tenía razón en el fondo, y eso es peor, porque te deja sin discusión.

—Ya.

—Segunda. Mi madre le hizo algo parecido a un chico en 2019.

Levanté la cabeza.

—¿Qué?

—Un compañero mío del máster. Vino a comer a casa dos veces. Y a la tercera, mi madre le preguntó, delante de mí, si tenía novia. —Se limpió las manos—. Yo tenía veintisiete años y le dije a mi madre que se callara, y mi madre se calló, y esa noche la oí llorar en la cocina.

—Jorge.

—Y en cuatro años no hemos vuelto a hablar de eso ni una vez. —Se encogió de hombros—. Ella tiene una libreta con pegatinas de colores y yo tengo una técnica para las citas señuelo con once pasos. Las dos cosas son lo mismo. Las dos son un sistema para no decir la frase.

—¿Qué frase?

—Cualquiera. La que sea. En mi casa es una y en la tuya es otra.

Cogió la tercera magdalena y no se la comió: la dejó en la mesa.

—Las madres de libreta quieren en un idioma que hay que traducir —dijo—. Y traducirlo cansa muchísimo, y a veces uno no quiere traducir, quiere que le hablen claro. Yo eso lo entiendo. Pero llevo doce años sin traducirle a mi madre ni una frase, y ella lleva doce años poniendo pegatinas verdes en fichas de chicas que no me van a interesar nunca, y las dos cosas son la misma cobardía repartida entre dos personas.

Yo me estaba comiendo la primera magdalena y me la comí entera sin darme cuenta.

—Y la tercera —dijo.

—La que no me va a gustar.

—La que no te va a gustar. —Me miró de frente—. Martín no se ha ido por la lista.

—Se ha ido por la lista.

—No. Yo estaba en esa mesa, Lola. Y yo he visto a ese hombre las dos veces que le he visto y las dos veces estaba haciendo la misma cosa, que es fingir que todavía no ha decidido nada.

—Es que no había decidido nada.

—Había decidido en junio. —Empujó la magdalena dos centímetros —. Lo que no había hecho es decirlo. Y el sábado, en un banquete, delante de doscientas personas, una señora de setenta y tres años dijo en voz alta que todo el barrio llevaba un año esperando a que se quedara.

—Ya.

—Le vieron querer quedarse antes de que él se atreviera a decirlo. Eso es lo que le han hecho. Y eso, a un hombre que lleva cinco meses vaciando una casa solo, le deja sin lo único que tenía, que era llegar él.

—Eso no lo puedo arreglar yo.

—No.

—Entonces para qué me lo cuentas.

—Porque me lo has preguntado. —Cogió una cuarta magdalena y esta tampoco se la comió—. Y porque si tú vas a ir a decirle algo, vas a ir con lo que tú creas que ha pasado, y lo que tú crees que ha pasado no es lo que ha pasado. Tú crees que él se ha enfadado contigo. Y él no se ha enfadado contigo ni un segundo, Lola. Ese hombre te creyó a la primera.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque estaba sentado a metro y medio y le vi la cara cuando Pepita gritó. —Se limpió las manos con la servilleta de papel—. Ese hombre no te miró a ti. Miró la mesa. Un hombre que sospecha de su pareja mira a su pareja. Un hombre que se está muriendo de vergüenza mira el mantel.

Nos quedamos un rato callados. Fuera, en el mostrador, se oía a Susi despachando a alguien con mucha paciencia.

—Oye, Jorge.

—Dime.

—Lo de tu madre y lo de la cocina.

—Sí.

—¿Se lo has dicho alguna vez?

—No.

—¿Y por qué no?

Jorge se lo pensó un rato largo, más del que se piensa uno estas cosas cuando ya tiene la respuesta preparada.

—Porque llevo doce años esperando el momento bueno —dijo—. Y ahora, viéndote a ti, empiezo a pensar que el momento bueno es un invento de los cobardes para no tener que elegir el momento malo.

—Eso es una frase muy buena.

—Ya. Llevo tres días con ella.

Se levantó.

—Entonces qué hago.

—Eso no te lo voy a decir yo.

—Jorge.

—Que no. —Cogió la caja—. Yo llevo doce años sin hacer lo que tengo que hacer, así que no soy el indicado para decirle a nadie a qué hora hay que hacer las cosas.

Dejó la caja abierta encima de la mesa, con siete magdalenas dentro.

Y recogió los papeles de las que nos habíamos comido, que eran cinco.

Y los fue doblando encima de la mesa del almacén, uno por uno, en cuadraditos pequeños y perfectamente iguales, apilándolos en un montón.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO



La manivela

Susi se fue a las ocho y media y yo me quedé, que es lo que llevaba haciendo cuatro años y lo que había dejado de hacer en agosto.

A las nueve menos cuarto le di al botón de la persiana.

La persiana de la farmacia Ribas es motorizada desde 2011. Baja sola, con un ruido de motor viejo, y tarda veintidós segundos. Yo esos veintidós segundos los conozco tan bien que sé por el ruido si va a llover.

Bajó hasta la mitad y se paró.

Le di otra vez al botón. Nada. Le di al de subir. Nada. Se oía el motor arrancar y morirse en el mismo segundo, con un chasquido, y la lama se quedaba ahí, a la altura del pecho.

A la altura del pecho.

Me reí sola, que es una cosa fea de hacer en una farmacia vacía.

En el cuadro, detrás de la puerta del almacén, hay un diferencial y un interruptor de la persiana. Lo bajé, esperé, lo subí. El motor arrancó, hizo el chasquido y se murió. Lo hice tres veces, que es lo que hace todo el mundo con todo, y a la tercera dejé de hacerlo.

Estas persianas tienen un desbloqueo manual. Es una anilla que cuelga dentro de la caja, encima del dintel, y de la anilla tira una manivela, y la manivela es una barra de metro y medio con un

gancho en la punta. Se mete por un agujero cuadrado, se le da vueltas y baja.

Yo sé perfectamente dónde está esa manivela.

Está en el cajón de abajo de la caja de herramientas verde, la de la bandeja extraíble, la que tiene el asa gastada y la pegatina descolorida de un taller de la calle Melquíades Biencinto que cerró hace veinte años. Está envuelta en un trapo, porque el gancho engancha, y el trapo lo puso él.

Y la caja de herramientas lleva tres años en el cuarto pequeño de la casa de mi madre, con la puerta cerrada.

Podía haber cogido las llaves, subir los cuatro portales, llamar al telefonillo a las nueve menos cuarto y decir: mamá, ábreme el cuarto, que necesito la manivela.

Mi madre me la habría dado. Me habría dado la manivela y una fuente de algo, y no me habría preguntado nada, y esa era exactamente la razón por la que no fui: porque el sábado en un pasillo de catering yo le grité a mi madre que cómo quería que la creyera, y ella no contestó, y desde entonces no habíamos hablado.

También podía haber llamado a Martín.

Martín tiene un destornillador de estrella, una cinta métrica y las manos de un hombre que se pasa el día metiendo hierros en agujeros cuadrados. Martín vive a novecientos metros y a las nueve menos cuarto de la noche estaría despierto.

Cogí el móvil. Lo tuve en la mano el tiempo que se tienen estas cosas en la mano.

Y no.

Así que hice lo que hago yo, que es resolver.

Cogí una escoba y le di la vuelta y metí el palo por el hueco de la lama a ver si podía forzarla hacia abajo. Se dobló el palo. Cogí la banqueta del almacén y me subí a mirar dentro de la caja del motor, con la linterna del móvil, y lo que vi fue polvo de once años, un cable naranja y la anilla del desbloqueo colgando a treinta centímetros de

mi mano, y de la anilla no se puede tirar con los dedos porque para eso está la manivela.

Estuve así veinte minutos. Con la bata puesta, a las nueve de la noche, subida a una banqueta, alumbrando con el móvil el interior de una caja de persiana.

Y en algún momento me bajé, dejé la escoba apoyada en el mostrador y me senté.

No en la banqueta. En el escalón que hay entre el mostrador y la trastienda, que es un escalón de diez centímetros que no sirve para nada y en el que mi padre se sentaba a comer los bocadillos porque decía que en la silla se le hacía tarde.

Y lloré.

No por Martín, que llevaba dos días sin contestar. Ni por mi madre, que estaba a cuatro portales. Ni por el pacto, ni por las diez cenas, ni por la libreta, ni por nada de lo que llevo doscientas páginas contando.

Lloré porque mi padre habría arreglado esa persiana en cuatro minutos.

Habría entrado por la puerta de atrás con la caja verde, se habría subido a la banqueta sin quejarse de las rodillas, habría metido la manivela y le habría dado vueltas hablando de otra cosa, y a los cuatro minutos habría dicho que eso era el condensador, que él ya lo había avisado en su día, y me habría dicho que llamara al de las persianas el lunes, y el lunes yo no habría llamado y él tampoco, y la persiana habría seguido funcionando cuatro años más.

Lloré veinte minutos. Los conté después, por el reloj de la pantalla, porque yo cuento las cosas.

Veinte minutos y tres años.

Lloré como llora la gente que no llora nunca, que es fatal, con hipo y con la nariz, y en algún punto se me pasó por la cabeza que el hipo se cura solo salvo casos que no son el mío y me reí en medio de llorar, y eso también fue horrible.

Cuando terminé, me sequé con papel de la caja del mostrador, me lavé la cara en el lavabo del almacén y me quedé un rato mirándome en ese espejo pequeño y torcido que tenemos ahí desde siempre.

Después apagué las luces del fondo, comprobé el grifo, bajé el diferencial pequeño y dejé subido el grande, cogí las llaves y el bolso, y apagué la luz de delante.

Seis cosas. Por orden.

La persiana se quedó a la altura del pecho toda la noche, con la farmacia a oscuras y abierta a medias en una calle de Vallecas, y no pasó absolutamente nada, porque en este barrio no pasa nada.

Al día siguiente, el electricista tardó seis minutos.

Era el condensador.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS



La libreta abierta

El martes cerré a las ocho y media y subí a casa de mi madre.

No llamé antes. Subí los cuatro portales, metí la llave y abrí, y en el recibidor olía a lejía, que es lo que huele la casa de mi madre cuando ha estado limpiando algo que no había que limpiar.

Estaba sentada a la mesa camilla del salón, con la faldilla puesta aunque estamos en septiembre, con la luz pequeña encendida y la televisión apagada.

Encima de la mesa, cerrada, estaba la libreta.

—Siéntate.

Me senté.

—¿Llevas mucho ahí?

—Desde las siete.

Me di cuenta entonces de que se había puesto la rebeca buena.

—Antes de nada —dijo—, quiero que veas una cosa.

Y abrió la libreta.

No por el principio. La abrió directamente por una página, sin buscarla, con la seguridad de quien ha tenido ese cuaderno abierto por ahí toda la tarde.

Papel cuadriculado. Columnas hechas con regla. En la esquina superior no había foto: había un rectángulo de papel más claro

donde había estado pegado algo con celo, y el celo amarillo todavía en el sitio.

FICHA N.º 27.

Nombre: Martín. Edad: 34 (35 en abril). De quién es: nieto de Maruja Otero, la de la mercería. Procedencia: la propia abuela, 14 de octubre, en la puerta de la tienda. Trabajo: restaura muebles. Con las manos. Piso: el de la abuela, cuando sea. Aspecto: no consta (no hay foto reciente; la abuela dice que se parece al padre). Salud: no consta. No fuma.

Y en la casilla de las banderas rojas, con su letra pequeña:

Vive en el extranjero.

Toda la ficha estaba tachada con una raya diagonal de boli azul, de esquina a esquina.

Y al lado de la raya, en el margen, una fecha.

3 de marzo.

—Mira bien la fecha —dijo mi madre.

La miré.

—Ahora dime tú qué día fue lo del mercado.

—El catorce de abril.

—El catorce de abril.

Se quitó las gafas y las dejó encima de la libreta.

—Cinco semanas, Lola. Yo taché a ese chico cinco semanas antes de que os vierais. Cuando tú viniste aquel día con el pescado, yo no sabía ni que estaba en Madrid. Yo creía que se había vuelto en enero, como se vuelve todo el mundo. —Se le puso la voz rara y siguió igual—. Lo del papelito fue vuestro. Eso fue vuestro entero. Te lo juro por tu padre.

Yo estuve un rato mirando el 3 de marzo escrito en el margen de una hoja cuadriculada.

—¿Por qué la tachaste?

—Porque no iba a volver.

—Se lo había prometido a Maruja.

—Yo a Maruja no le prometí nada. —Cogió las gafas y las volvió a dejar—. Maruja me lo dijo en octubre en la puerta de la tienda, con el trapo del polvo en la mano, y yo le dije que sí porque a una mujer de ochenta y un años se le dice que sí. Y apunté la ficha porque yo apunto todo. Y en enero se murió. Y en marzo, la de la papelería me dijo que el chico había venido cuatro días y se había vuelto, y yo cogí el boli y la taché.

—Era lo último que quiso esa mujer.

—Ya lo sé.

—Y tú la tachaste con una raya.

—Ya lo sé, Lola. —Y aquí se le rompió por primera vez, un poco, por dentro, sin llegar a la superficie—. ¿Tú sabes lo que es tachar la ficha de una mujer a la que has enterrado en enero? Lo sé perfectamente. Estuve un rato con el boli en la mano. Y la taché porque si no la tachaba, la libreta no valía nada, y esa libreta es lo único que he hecho yo sola en tres años.

Nos quedamos calladas.

En el pasillo, el reloj.

—Y luego lo del sábado —dije.

—Y luego lo del sábado.

—Mamá, mírame. ¿Me pusiste candidatos malos a propósito?

Mi madre me miró.

—Sí.

Y no añadió nada. No dijo «pero». No sacó a la tía Chelo. No dijo que lo había hecho por mi bien, que era lo que yo estaba esperando y lo que me habría dejado gritarle otra vez.

—Desde la verbena —dijo—. Desde que Fina me dijo quién era el chico de las bolsas. Y no me lo dijo delante de ti a propósito, porque

yo le mandé al comité que no dijera nada.

—¿Y por qué no me lo dijiste tú?

—Porque tú no me lo contaste a mí.

Eso me lo dijo sin ningún reproche, y ese fue el problema.

—Yo te vi en la verbena —siguió—. Tú estabas en la esquina de la tómbola con la riñonera puesta, y yo estaba bailando un pasodoble con un chico al que había conocido hacía veinte minutos, y te vi la cara.

—Mamá.

—Te vi la cara, Lola. Yo te he visto la cara treinta y dos años.

Se ajustó la rebeca.

—Y esa noche llegué a casa y me senté ahí donde estás tú, y pensé: mi hija tiene una cosa y no me la va a contar. Y eso, para una madre, es un golpe muy fuerte, y no me pongas esa cara, que ya sé que tú tienes derecho. Pero es un golpe fuerte igual.

—¿Y entonces qué?

—Entonces me dije: pues muy bien. Si no me lo cuenta, yo tampoco digo nada. Yo lo que hago es quitar piedras del camino.

—Eso es lo que dijiste el sábado.

—Es que es lo que hice. —Se puso derecha—. Yo no te empujé hacia ese chico. Yo no le llamé, ni le escribí, ni le mandé recado. Nunca. En dos meses no he cruzado con ese hombre más palabras que las de la verbena, que fueron sobre la humedad. Lo único que hice fue apartar lo otro.

—Apartar lo otro es empujar, mamá.

—Puede ser.

—No, puede ser no. Es. Si tú me quitas de en medio a los que valen y me pones al chico del semáforo, tú estás decidiendo por mí.

—Sí.

—Di que sí otra vez.

—Sí. —Y ahí levantó la barbilla, y ahí volvió a ser ella—. Sí, Lola. Y lo volvería a hacer con el cómo cambiado, pero lo volvería a hacer.

—Eso no es una disculpa.

—No es una disculpa. Me equivoqué en el cómo. En el qué, no.

Se levantó y fue a la cocina, y volvió con un vaso de agua para mí que yo no había pedido y que me bebí entero.

Y entonces sacó del bolsillo de la rebeca un papel doblado en cuatro.

Era la encuesta del diez. La de Pol. La que yo rellené delante de ella el uno de septiembre y en la que puse un cuatro.

—Esto lo llevo encima desde el martes pasado.

—Mamá.

—El nueve lo pusiste «bastante». Tú nunca pones «bastante». Tú pones ocho, o pones cero, o me escribes tres líneas de burla. —La abrió por la mitad—. Y en la once pusiste un cuatro.

—Sí.

—¿Sabes cuántos cuatros me has puesto tú en once meses?

—No.

—Ninguno. Ni uno. Has puesto un tres, dos doses, un cinco y cuatro veces la has dejado en blanco. Un cuatro no lo habías puesto nunca. —Volvió a doblar el papel—. Y entonces supe que me estabas mintiendo. Y no me enfadé, hija. Me alegré tanto que estuve toda la tarde fregando.

Yo tenía el vaso vacío en la mano.

—¿Por qué la pusiste?

—¿El qué?

—La once. Esa pregunta no es como las otras. Las otras diez son sobre ellos. Esa es sobre mí.

Mi madre se sentó despacio.

Y aquí llega la parte que me costó un año entero entender y que aquella noche entendí en cuatro minutos, sentada a una mesa camilla con la faldilla puesta en septiembre.

—Yo esa pregunta la escribí para mí —dijo.

—¿Cómo?

—Que la escribí para mí. La puse la primera noche, cuando hice el modelo, en la cocina, y la puse la última porque no sabía dónde ponerla. —Se miró las manos—. Y desde entonces, Lola, todas las noches, cuando apago la luz, me la contesto yo.

Nadie dijo nada durante unos segundos.

—¿Y qué te contestas?

—Un cuatro.

—Mamá.

—Un cuatro. A veces un tres. —Levantó la vista—. Llevo tres años sin pasar del cuatro. Desde el mes de agosto de hace tres años.

—Y no me has dicho nada.

—¿Qué te voy a decir? ¿Que me levanto a las siete y media y no tengo dónde ir? ¿Que la casa suena mucho? Eso no se dice, hija. Eso se hace una libreta.

—Mamá…

—Espera, que no he acabado. —Se puso derecha otra vez—. El dieciséis de julio, en la plaza, bailando un pasodoble con un chico de treinta y cinco años que no sabía ni ponerme la mano donde va, aquella noche subí, me acosté y me puse un siete.

Silencio.

—Un siete —dijo—. Yo. En tres años.

Y ahí me levanté yo, y ella levantó la mano para que no me acercara, porque en mi familia eso no se hace, y me quedé de pie al lado de la mesa camilla como una idiota.

—Y a los cinco días me entero de que ese chico es el nieto de Maruja Otero, la que me pidió en octubre que le buscara a alguien. —Cogió la libreta y la cerró—. Y me entero por una foto. Y a mi hija se le pone una cara en la verbena que yo no le veía desde que tenía veintitantos años.

—Mamá.

—Yo no creo en las señales, Lola. Eso es cosa de Pepita. —Empujó la libreta hacia mí, por encima del hule—. Pero cuando te pasan tres cosas seguidas y todas apuntan al mismo sitio, una hace lo que puede con lo que tiene. Y yo lo único que tenía era esto.

La libreta se quedó delante de mí.

—¿Qué haces?

—Que te la quedes.

—Yo no la quiero.

—No he dicho que la quieras. He dicho que te la quedes. —Se levantó y empezó a recoger el vaso—. Se acabó el negocio de yernos.

Y se fue a la cocina con el vaso.

Yo me quedé sola en el salón, con la libreta en el regazo.

Y desde donde estaba sentada se veía el pasillo entero, y al fondo del pasillo, la puerta del cuarto pequeño, la que da al trastero interior, que en esta casa lleva tres años cerrada y que aquella noche estaba entreabierta. Se veía un trozo de estantería. Y en la estantería, alineadas, las cajas de las herramientas de mi padre.

Abrí la libreta.

Y me puse a pasar páginas hacia atrás, desde el 27 hasta el principio.

Y allí estaban.

Veintiséis hombres. Veintiséis fichas de papel cuadriculado con las columnas hechas a mano con regla, con fotos recortadas del boletín parroquial pegadas con celo, con las edades, los oficios, los pisos, las banderas rojas. Veintiséis hombres que yo no he conocido, que no me habrían gustado, que en su mayoría estaban tachados con una raya diagonal antes de que llegaran a ninguna parte.

Y en cada una de las veintiséis, abajo del todo, la misma casilla:

Lola dirá que no porque…

«…porque dirá que es muy mayor, pero cinco años no son nada.»

«…porque dirá que no tiene conversación. Y no la tiene. Pero es bueno.»

«…porque los domingos ella no quiere hablar con nadie y este habla mucho.»

«…porque desde lo de Óscar decide a los veinte minutos y luego se queda hasta el final por educación.»

«…porque a esta niña le da miedo que le vuelva a pasar.»

Veintiséis.

Tres años de una mujer sola, sentada de noche en una mesa camilla, escribiendo con letra pequeña todo lo que sabía de su hija en el único sitio donde podía escribirlo.

Desde la cocina se oía el grifo.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE



Para qué juicio

Llegué a mi casa a las once menos veinte con la libreta debajo del brazo y no la abrí más.

La dejé en la mesa del salón. Me quité los zapatos. Y en vez de sentarme, hice una cosa rarísima que no había planeado: fui al armario del pasillo y saqué el abrigo de entretiempo.

El azul. El de abril.

Lo saqué de la percha, lo puse encima de la mesa y metí la mano en el bolsillo derecho.

Y ahí estaba.

Un papelito de la pescadería del mercado, de esos de papel gordo con el borde troquelado, arrugado por haber estado cinco meses en un bolsillo, con un veintisiete impreso en tinta negra que ya se estaba borrando por los pliegues.

Lo puse encima de la mesa, al lado de la libreta.

Después me acordé del botón y fui a por el monedero.

El botón de nácar estaba donde está desde junio, en el departamento de las cosas importantes que no son dinero, junto a una llave del portal viejo de mi padre y una foto de carné mía de los diecinueve años que llevo ahí porque un día la metí y no la he sacado.

Lo puse al lado del papelito.

Y después estuve seis horas sin dormir, que es algo que a mí no me pasa, porque yo trabajo de pie nueve horas y duermo como un mueble.

A la una de la mañana me levanté a beber agua.

A las dos me acordé de que no había mirado el correo del colegio de farmacéuticos y lo miré.

A las tres me senté en el sofá con la libreta de mi madre en las rodillas y no la abrí, y estuve un rato pasando el pulgar por el canto, que tiene el papel un poco ondulado de los años.

A las cuatro y media hice una cosa que no le he contado a nadie hasta ahora: cogí el papelito del veintisiete y lo puse debajo de la lámpara del salón, y lo alisé con el canto de la uña, despacio, pliegue por pliegue, como se alisa un billete viejo. No se quedó liso. Cinco meses en un bolsillo no se quitan.

Y a las seis y media, que es cuando me rendí y me levanté, bajé a la farmacia con las llaves puestas encima del pijama y una chaqueta, abrí la puerta de atrás y saqué el cajón del mostrador entero.

A las nueve, cuando llegó Susi, yo llevaba dos horas y media sentada en la banqueta con todo desplegado encima del mostrador.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días.

Se quedó en la puerta.

—¿Eso qué es?

Eran nueve tickets.

Los había ordenado por fecha, de izquierda a derecha, en una fila, como se ordenan las cajas del pedido.

13 de abril. Un paquete de pañuelos de bolsillo. 0,90 €.

20 de abril. Tiritas medianas, tiritas de dedo, protector labial. 7,45 €.

23 de junio. Crema barrera. 9,10 €.

24 de junio. Gomas elásticas de blíster (0,00 €) y un caramelo (0,20 €).

25 de junio. Catorce cepillos interdentales de seis tamaños distintos. 26,40 €.

6 de julio. Un aspirador nasal. 8,90 €.

7 de julio. Algodón hidrófilo. 1,50 €.

8 de julio. Un sacaleches. 42,95 €.

9 de julio. Devolución de un sacaleches. −42,95 €.

Total, quitando la devolución: cincuenta y cuatro euros con cuarenta y cinco céntimos.

Cincuenta y cuatro euros con cuarenta y cinco céntimos en tres meses, repartidos en nueve visitas, de un hombre que no ha estado enfermo ni un solo día.

Susi se acercó al mostrador y los fue leyendo uno a uno sin tocarlos.

—Lola.

—Dime.

—¿Tú has guardado todos estos tickets?

—Todos.

—¿Desde abril?

—Desde el trece de abril.

Y aquí es donde yo, que llevo catorce años detrás de este mostrador y que me he pasado el libro entero explicando cómo se le lee la cara a la gente que entra por esa puerta, tuve que sentarme a leerme a mí misma.

Porque vamos a ver.

Un ticket se tira. Es un papel térmico de cuatro centímetros que a los dos años está en blanco. Nadie guarda el ticket de unas tiritas. Nadie tiene, en el cajón de los bolis de su propio negocio, debajo de

una bandeja, una serie completa y ordenada de las compras de un cliente concreto.

Yo, cuando me preguntaban, decía «por si devuelve».

Devolvió una vez. Una. Y ese día lo que hice fue guardar también el ticket de la devolución.

Señoría: ¿quién guarda el ticket de una devolución?

Voy a formular la acusación entera, que para eso llevo desde abril instruyendo el caso sin saberlo.

La acusada es farmacéutica titular. Tiene treinta y dos años, catorce de mostrador y un sistema de archivo que funciona: las facturas por meses, las recetas por trimestres, los albaranes en una carpeta de anillas y los tickets de caja se tiran a final de mes sin mirarlos, todos, en una bolsa, al contenedor azul.

Todos menos nueve.

La acusada declara que los guardaba «por si devuelve». La acusada trabaja con un sistema informático que registra cada venta con hora, fecha e importe y que permite hacer una devolución sin ticket en cuatro clics, cosa que la acusada hace una media de dos veces por semana con clientes de toda la vida.

La acusada, además, guardó el ticket de la única devolución que se produjo, lo cual, bajo su propia coartada, no tiene ningún sentido: un ticket de devolución no sirve para devolver nada.

La acusada no estaba guardando tickets.

La acusada estaba guardando fechas.

Porque eso es lo que hay ahí, ordenado en un mostrador a las nueve de la mañana de un miércoles: nueve fechas. Y la primera de todas es el trece de abril.

Antes del cine. Antes de la verbena. Antes de la lubina, del bordillo, de la persiana. Antes de que ninguna señora de esta parroquia supiera nada de nada.

Y aquí es donde paré.

Porque el trece de abril es lunes. Y el lunes de las tiritas, el de la taxonomía de tamaños y el imperdible de Susi, es el veinte.

Del trece de abril yo no me acordaba de nada.

Cogí la lupa que uso para los prospectos y lo leí de cerca, esperando encontrar un error de la impresora o una fecha mal puesta.

13/04. 09:52. Un paquete de pañuelos de bolsillo. Noventa céntimos. Efectivo.

Y al pie, en letra de cuerpo cinco, el usuario que despachó.

Yo.

Estuve un rato largo con el ticket en la mano.

Yo despacho a doscientas personas al día. No me acuerdo de quién me compró un paquete de pañuelos hace cinco meses, no me acordaría aunque me fuera la vida en ello, y esa es exactamente la cuestión: el trece de abril, a las diez menos ocho de la mañana de un lunes, un hombre de treinta y cuatro años entró en esta farmacia, se quedó un rato mirando las estanterías de detrás como quien lee los lomos de una biblioteca ajena, no fue capaz de decir lo que había venido a decir y compró lo primero que vio en el mostrador.

Y se fue.

Y al día siguiente, en la cola de la pescadería, cuando yo llevaba dos turnos cedidos y las manos vacías, me dijo «usted no tiene número» y me dio el suyo, y se puso el último de una cola de siete señoras.

Y una semana después volvió con lo de las tiritas.

Cinco meses. Cinco meses de lubinas y de persianas y de catorce cepillos interdentales, y ese hombre no me ha dicho una sola vez que ya había estado aquí el día antes y que no le salió.

Y yo tampoco le he dicho nunca que me guardé el papelito.

Nos hemos pasado un verano entero comprando cosas que no necesitábamos para no tener que decir una frase de cuatro palabras.

Me quedé con el ticket de los pañuelos en la mano y con la lupa en la otra, en el mostrador de la farmacia de mi padre, a las nueve y cuarto de la mañana de un miércoles de septiembre.

—Lola.

—¿Qué.

—Que es el jueves.

—¿El qué es el jueves?

—La firma. —Susi tenía el móvil en la mano—. Me lo acaba de decir mi madre, que se lo ha dicho la del quiosco, que se lo ha dicho la cuñada del de la inmobiliaria. Mañana a las doce, en la notaría de la calle Doctor Esquerdo.

Ocho meses de este barrio metiéndose en mi vida.

Y toda la información que me hacía falta llegó en once segundos por la misma tubería.

Me levanté de la banqueta.

—Susi.

—Dime.

—Mañana abres tú.

Susi miró los nueve tickets. Miró el papelito arrugado del veintisiete, que yo había traído de casa y había puesto al final de la fila.

—Llevas guardando pruebas desde abril —dijo—. Tú sabrás para qué juicio.

Cogí un sobre de los que usamos para las recetas del veterinario, que son los más grandes que tenemos.

Metí los nueve tickets por orden. Metí el papelito.

El botón lo dejé fuera. El botón no es una prueba de nada: es mío.

Y escribí encima, con el boli del mostrador y con la letra que uso para las posologías, esa que hago grande para que la lean bien las

señoras:

PRUEBAS

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO



La procesión va por dentro (y por la calzada)

El jueves a las nueve y media abrí la farmacia porque yo abro la farmacia.

Eso no lo discutí ni conmigo misma. Tenía la firma a las doce en la calle Doctor Esquerdo, que está a veinte minutos en taxi, y tenía un sobre debajo del mostrador que ponía PRUEBAS, y aun así a las nueve y media subí la persiana, encendí las luces y despaché a la señora Puri, que viene siempre la primera.

A las once y cinco, Susi salió del almacén con el móvil en la mano.

—Ya está.

—¿Ya está qué?

—Que ya son las once y cinco y tú sigues aquí.

—Salgo a y media.

—Sales ahora.

—Susi, hay que hacer el pedido.

—El pedido lo hago yo.

—El pedido no lo has hecho nunca.

—Pues hoy lo hago mal. —Cogió el sobre de debajo del mostrador y me lo puso en la mano—. Anda.

Y entonces abrió el cajón, el de los bolis, y sacó el cartel del cuatro de agosto. El de Susi. El que yo había despegado con cuidado de los

cuatro lados y había guardado ahí, doblado, hacía cinco semanas.

CERRADO POR ASUNTOS DE FAMILIA. ABRIMOS A LAS 17:00.

Cogió el rotulador, tachó lo de las cinco de la tarde y escribió encima, en mayúsculas:

HOY NO ABRIMOS. ASUNTOS MÍOS.

—Susi.

—Es que si pongo solo «asuntos de familia», la gente se piensa que es una boda y se enfada. —Salió a pegarlo por los cuatro lados—. Y si pongo «míos», nadie pregunta.

Echó la persiana a media altura. Yo salí por debajo con el sobre en la mano.

Y en la acera, delante de la farmacia, estaba mi madre.

Con el bolso por delante, el pelo puesto y los zapatos que le hacen daño.

—¿Cuánto llevas ahí?

—Desde las once.

—Mamá.

—Me ha llamado la niña.

Nos miramos las dos en la acera unos segundos. Y de todo lo que podría haber dicho en aquel momento, mi madre dijo esto:

—¿Has cogido el papel?

—Lo he cogido.

—Pues vamos.

Lo primero que falló fue el taxi.

En esta calle pasan taxis libres a razón de uno cada minuto y medio. Aquella mañana pasaron cero en siete minutos, y a los siete minutos entendimos por qué, porque desde la bocacalle empezó a llegar el ruido.

Un megáfono.

La avenida estaba cortada.

Y por el centro de la calzada, ocupando los dos carriles, bajaba una manifestación de unas trescientas personas de entre sesenta y cinco y noventa años, con pancartas, con silbatos, con dos pancartas grandes que pedían que no cerraran las consultas de tarde del centro de salud, y con una furgoneta delante con altavoces.

Y encabezándola, con un megáfono en la mano y una gorra blanca, iba don Ángel.

—¡NI UNA CONSULTA MENOS!

—¡NI UNA! —contestaron trescientas personas.

—Madre mía —dijo mi madre.

—Mamá, tenemos que cruzar.

—Por ahí no cruza ni el Espíritu Santo.

Lo segundo que falló fue el metro.

Bajamos las escaleras de la boca del metro y estaba parado. Incidencia en la línea. Un cartel de esos escritos a mano en un folio, pegado con celo, que ponía SERVICIO INTERRUMPIDO ENTRE y luego dos estaciones, sin decir por qué ni hasta cuándo.

Eran las once y veintidós.

Subimos las escaleras. A mí me estaba subiendo por dentro una cosa que no me subía desde hacía años y que se parecía mucho al pánico.

Y mi madre sacó el móvil.

—Maruchi.

—…

—El coche.

—…

—Ahora. Sí. En la puerta de la farmacia.

—…

—Maruchi, que no te estoy preguntando.

Colgó.

—¿Ha dicho que sí?

—Maruchi siempre dice que sí. Lo que pasa es que tarda cuatro minutos en decirlo, y no tenemos cuatro minutos.

El coche de Maruchi llegó a las once y veintiséis.

Es un utilitario blanco de hace catorce años, con una funda de asiento de bolitas de madera en el del conductor y una estampa de la Virgen del Carmen pegada en el salpicadero con dos tiras de celo, encima del cuentakilómetros, tapando el testigo de la reserva de gasolina.

En el coche venían cuatro.

Maruchi conduciendo. Pepita de copiloto. Y detrás, Fina y Loli.

—¡Sube! —gritó Maruchi por la ventanilla.

—Maruchi, sois cuatro.

—Sube.

—Que sois cuatro y el coche es de cinco.

Aquí hubo una negociación de cuarenta segundos que resumo. Pepita se ofreció a bajarse. Fina dijo que se bajaba ella, que ella tenía que ir a la parroquia. Loli dijo que se bajaba ella también y abrió la puerta y puso un pie fuera y se quedó así, con un pie fuera, mirando a las demás, y no se bajó nadie.

Nos metimos seis.

Yo en el medio, atrás, entre Fina y Loli, con el sobre encima de las rodillas. Y mi madre delante, porque Pepita se pasó atrás y se sentó encima de medio Loli.

—Doctor Esquerdo —dijo mi madre—. La notaría que hay al lado del banco.

—¿Cuál banco?

—El que era caja.

—Todos eran caja, Amparo.

—El que hace esquina.

—Ese ya no es banco, ahora es una tienda de colchones.

—Pues al lado de los colchones.

Maruchi arrancó.

El trayecto duró veintiún minutos y fue, con diferencia, la experiencia más intensa de mi vida en un vehículo particular.

Salimos por la calle de atrás, que estaba libre, y a los cien metros nos encontramos la cola de la manifestación.

Trescientos jubilados. Dos carriles. Y una furgoneta con altavoces yendo a cuatro kilómetros por hora.

Maruchi frenó. Bajó la ventanilla. Y le dio dos toques al claxon, cortos, con esa cortesía castiza que consiste en tocar el claxon pidiendo perdón.

Un señor con silbato se giró y le hizo un gesto muy claro de que se esperara.

Y entonces Loli, desde el asiento de atrás, con Pepita medio encima, bajó su ventanilla y gritó:

—¡ÁNGEEEL!

Trescientas personas no se enteraron.

—¡ÁNGEEEEEEL!

La furgoneta paró.

Y desde la cabecera, a cuarenta metros, con el megáfono todavía en la mano, don Ángel se giró y nos localizó. A un utilitario blanco con seis mujeres dentro, una de ellas con medio cuerpo fuera de la ventanilla.

Se llevó el megáfono a la boca.

—¡COMPAÑEROS! —dijo—. ¡DEJAD PASO POR LA DERECHA!

Trescientos jubilados se apartaron hacia la acera.

—¡QUE ES PARA UNA COSA DEL CORAZÓN!

Y aquí es donde este barrio demuestra lo que es, porque trescientas personas que no tenían ni la más remota idea de qué cosa ni de qué corazón se pusieron a aplaudir.

Aplaudieron mientras pasábamos. Toda la manifestación, a los dos lados, aplaudiendo a un utilitario blanco con seis señoras dentro. Un hombre con boina le dio dos palmadas al techo del coche. Una señora nos dijo que suerte sin saber para qué.

Yo iba en el medio, atrás, con un sobre de recetas de veterinario encima de las rodillas.

Y don Ángel, cuando pasamos a su altura, bajó el megáfono, se apartó de la furgoneta y nos miró.

Levantó la mano y la dejó levantada hasta que doblamos.

Del resto del trayecto hay que consignar lo siguiente.

Maruchi conduce como conduce una mujer de sesenta y ocho años que aprendió a los cincuenta y dos: despacio en recto y muy decidida en los cruces, que es exactamente al revés de como hay que hacerlo.

Fina sacó un cuaderno.

—Fina, ¿qué haces?

—Levanto acta.

—¿En marcha?

—Es que si no lo apunto ahora, luego no me acuerdo de la hora exacta. —Miró el reloj—. Once cuarenta y uno. Salida del vehículo del domicilio de la interesada.

—Fina, salimos hace ocho minutos.

—Once treinta y tres, entonces. Rectifico.

Pepita rezó la Salve.

Empezó bajito, hacia la ventanilla, y a partir de la mitad la iba diciendo con el ritmo de una cuenta atrás, cada vez más rápido, y cuando terminó volvió a empezar.

—Pepita.

—Déjame.

—Que no me estoy quejando.

—Es que a mí esto me pone.

Y Loli, en el semáforo de la glorieta, cuando el coche de delante no arrancó al ponerse verde, bajó la ventanilla y aporreó el cristal del conductor con la palma de la mano, tres veces, con una fuerza considerable.

—¡QUE ESTÁ VERDE!

—Loli, es que ese coche está aparcado.

—Ah.

—Está aparcado desde antes de llegar nosotras.

—Pues que lo ponga.

Y en el kilómetro y medio siguiente, mientras Pepita empezaba la tercera Salve y Fina rectificaba por segunda vez la hora de salida, mi madre estiró el brazo por el hueco entre su asiento y el de Maruchi, hacia atrás, con la mano abierta.

Yo se la cogí.

No nos miramos. Ni una vez. Ella iba mirando la calle y diciéndole a Maruchi por dónde meterse, y yo iba mirando la nuca de Maruchi, y estuvimos así unos dos segundos, o tres, y luego mi madre retiró la mano para señalar un carril.

Eso es todo lo que hemos hablado mi madre y yo de lo del sábado.

Llegamos a las once y cincuenta y siete.

La notaría es un portal de los buenos, con una placa de latón y un escalón de mármol, y no tiene sitio para aparcar en cien metros a la

redonda porque toda la acera es carga y descarga.

Maruchi paró el coche encima de la línea amarilla, delante mismo del portal, y puso los cuatro intermitentes.

—Maruchi, aquí no se puede.

—Que multen —dijo, quitando la llave del contacto—. Hoy pago yo.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE



Catorce cepillos y un veintisiete

Subí sola.

Eso hay que decirlo, porque lo que pasó después parece lo contrario: subí sola en un ascensor de esos con puerta de madera y espejo, con el sobre en la mano, y me miré en el espejo los cuatro pisos, y me vi con la bata puesta.

La bata blanca de la farmacia. Con mi nombre bordado en azul en el bolsillo del pecho.

Me la había dejado puesta a las once y cinco y no me había dado cuenta en cincuenta y dos minutos.

Ya no había tiempo de quitársela.

En el rellano había una placa que decía NOTARÍA y un timbre, y detrás una recepción con moqueta y una chica de treinta años detrás de un mostrador.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Tiene cita?

—No.

—¿Y viene a…?

—Vengo a la firma de las doce.

Miró la pantalla.

—¿Es usted parte?

—No.

—Entonces no puedo dejarla pasar.

Y en ese momento se abrió la puerta del despacho del fondo, porque los despachos de los notarios tienen las puertas macizas pero no insonorizadas, y salió el propio notario a preguntar qué eran esas voces.

Era un señor de unos sesenta años, con traje gris, gafas de leer colgadas de una cadenita y la cara de una persona que lleva treinta años levantando actas de lo que hace la gente con su dinero.

Me miró.

Miró la bata.

Miró el sobre, que ponía PRUEBAS en mayúsculas y con la letra de las posologías.

—Pase usted —dijo.

El despacho era largo, con una mesa de reuniones de ocho plazas, una ventana a la calle y una estantería con los tomos de los protocolos encuadernados en azul y numerados por años.

En la mesa había tres personas.

A la derecha, un chico de unos treinta años con chaleco corporativo azul marino y el logo de la franquicia bordado, con una carpeta de plástico delante y el móvil boca arriba.

En el centro, un hombre de traje que resultó ser el de la inmobiliaria.

Y a la izquierda, con la camisa blanca y sin corbata, Martín.

Que levantó la cabeza y me vio entrar con la bata de la farmacia.

—Lola.

—Hola.

—¿Qué haces aquí?

Y ahí, en aquel momento, con cuatro hombres mirándome, yo hice lo único que sé hacer en la vida, que es despachar.

Puse el sobre encima de la mesa de reuniones. Lo abrí. Y empecé a sacar.

—Trece de abril. Un paquete de pañuelos de bolsillo. Noventa céntimos.

Puse el ticket encima de la mesa, delante de él.

—Veinte de abril. Tiritas medianas, tiritas de dedo, protector labial. Siete euros con cuarenta y cinco.

Puse el segundo al lado del primero.

—Veintitrés de junio, crema barrera, nueve con diez. Veinticuatro de junio, unas gomas elásticas que te regaló Susi y un caramelo de veinte céntimos.

Los iba poniendo en fila, por fecha, de izquierda a derecha, como los había tenido en el mostrador el miércoles a las nueve de la mañana.

—Veinticinco de junio.

Y ahí cogí el gordo.

—Catorce cepillos interdentales, de seis tamaños distintos. Veintiséis euros con cuarenta.

El chico del chaleco miró al de la inmobiliaria. El de la inmobiliaria miró al notario. El notario no miró a nadie: el notario se sentó en su sitio, muy despacio, y se puso las gafas de leer.

—Seis de julio, un aspirador nasal para un sobrino de cuatro años que vive en Edimburgo y que se suena solo. Siete de julio, algodón. Ocho de julio, un sacaleches. Cuarenta y dos noventa y cinco. —Puse el octavo—. Nueve de julio. Devolución de un sacaleches. Menos cuarenta y dos noventa y cinco.

Puse el noveno.

—Cincuenta y cuatro euros con cuarenta y cinco céntimos —dije—. En tres meses. De un hombre que no ha estado enfermo ni un solo día.

Martín estaba mirando la fila de papeles.

—¿Tú has guardado esto?

—Los he guardado todos.

—¿Desde abril?

—Desde el trece de abril. —Y ahí puse el dedo encima del primero —. Que es la parte que tú no sabes que yo sé.

Levantó la vista.

—Del trece de abril yo no me acordaba —dije—. He tenido que mirarlo con lupa esta mañana para saber que lo despaché yo. Un paquete de pañuelos, a las diez menos ocho, en efectivo.

No dijo nada.

—Las tiritas fueron el veinte. Una semana después. —Le empujé los dos primeros tickets dos centímetros—. El trece entraste, te quedaste un rato mirando las estanterías de detrás, no te salió y compraste lo primero que había encima del mostrador.

Se le movió algo en la cara.

—Y al día siguiente estabas en la pescadería con la lista de tu abuela, y yo iba sin número porque había dejado pasar dos turnos, y me diste el tuyo y te pusiste el último de una cola de siete señoras.

—Lola.

—Cinco meses, Martín. Cinco meses y no me lo has dicho nunca.

—Me daba vergüenza.

—Ya lo sé. A mí también.

Y entonces dije lo que había venido a decir, y lo dije mirándole a él y no al notario, aunque el notario lo apuntó todo en la cabeza, porque para eso está.

—El sábado dijiste que no ibas a saber nunca si te quedabas tú o te quedaba el barrio.

—Sí.

—Mira las fechas.

Le empujé el primer ticket dos centímetros.

—Trece de abril. Mi madre tachó tu ficha el tres de marzo. Cinco semanas antes. En abril, en este barrio, nadie sabía nada: ni mi madre, ni las Vocales, ni Fina, ni yo. Y tú entraste en una farmacia, no te salió, y compraste un paquete de pañuelos de noventa céntimos para poder estar dos minutos dentro.

—Ya.

—Eso no lo organizó nadie, Martín. Eso lo hiciste tú. Catorce cepillos de cada vez, tú solo, sin que te empujara nadie y sin decírselo a nadie. —Señalé la fila entera con la mano abierta—. Y esto lo hice yo. Yo los guardé todos, uno a uno, durante cinco meses, sin saber por qué y diciéndole a mi auxiliar que era por si devolvías.

Me temblaba la mano y no me molesté en esconderla.

—Mi madre organizó muchas cosas. Organizó unas entradas de cine, un bizcocho y a un chico que hace malabares en un semáforo. Esto no. Esto no lo vio venir nadie.

Cogí el papelito.

Lo había puesto al final del todo, después del noveno ticket, y lo saqué del sobre y lo puse encima de la mesa de reuniones de una notaría de la calle Doctor Esquerdo, delante de un hombre con un chaleco corporativo.

Un papel de la pescadería, arrugado, con el borde troquelado, con un número impreso en tinta negra medio borrado por los pliegues.

27.

—Yo he dejado pasar la vez toda mi vida —dije—. En la cola, en el mostrador, en mi casa y con mi padre. Se murió un martes y el jueves abrí yo porque entraba el pedido, y nadie me preguntó nunca si yo quería estar detrás de ese mostrador, y yo tampoco lo pregunté.

Martín no se había movido.

—Y el catorce de abril un tío al que no conocía de nada me dio su número en una pescadería porque vio que yo no lo iba a coger.

Puse el dedo encima del papelito.

—Tengo el veintisiete. Me toca.

Y me callé.

Hubo un silencio de esos que yo no había oído nunca fuera de una farmacia a las nueve de la noche.

El chico del chaleco carraspeó.

—Perdón —dijo—. ¿Esto retrasa la firma?

—Sí —dijo el notario.

—Es que yo tengo otra a las dos en Alcobendas.

—Pues llame usted a Alcobendas.

Martín cogió el primer ticket.

Lo cogió con las dos manos, por los bordes, como coge él las cosas, y lo miró de cerca, y lo dejó. Cogió el segundo. Lo mismo. Y así los nueve, uno detrás de otro, delante de tres desconocidos, y tardó lo que se tarda, que fue mucho.

Y en el último se quedó parado.

—Yo tengo un papel en la mesa de la cocina —dijo.

—Lo sé.

—No lo sabes.

—Sé que hay un papel.

—Es un presupuesto de reforma. Veinticinco mil cuatrocientos cuarenta euros. —Lo dijo con el importe exacto, que es como dice él las cosas—. Con el rótulo puesto. Pone «Maruja, mercería y restauración». Llevo tres semanas sin enseñárselo a nadie.

—¿Y por qué has venido hoy aquí?

Martín se pasó la mano por la nuca.

—Porque el sábado pensé que si firmaba, ya no tenía que decidir. —Miró la mesa—. Que alguien decidiera por mí, aunque fuera el de los vapeadores. Con tal de que no fuera mi abuela, ni cinco señoras, ni una libreta.

—Ya.

—Y llevo desde las once y media sentado aquí sin firmar nada.

El de la inmobiliaria miró el reloj.

Martín se giró hacia el chico del chaleco.

—No voy a firmar.

—¿Hoy?

—Nunca. Perdone usted el viaje.

El chico del chaleco cerró la carpeta de plástico, que hizo mucho ruido, y dijo una frase que yo no voy a olvidar mientras viva:

—Bueno. Podemos vapear otra fecha.

Se corrigió inmediatamente.

—Valorar. Valorar otra fecha.

—No hay otra fecha —dijo Martín.

Y entonces se levantó, cogió el papelito del veintisiete de encima de la mesa de reuniones, lo miró un segundo y se lo guardó en el bolsillo de la camisa, en el del pecho, el que había llevado planchado con la palma de la mano el diez de julio con un ticket de devolución dentro.

—Este me lo quedo yo —dijo—. Que ya te toca.

Y ahí fue cuando se oyó el ruido.

Porque la puerta del despacho, que es maciza pero no insonorizada, estaba entreabierta unos quince centímetros. Y detrás de la puerta entreabierta, en una recepción con moqueta, había cinco señoras de entre sesenta y ocho y setenta y tres años y una auxiliar

de farmacia de veinticuatro, y una de ellas —no diré cuál, aunque estaba rezando desde la glorieta— se puso a llorar en voz bastante alta.

Y otra dijo «Pepita, por Dios».

Y otra dijo «que conste la hora».

El notario se quitó las gafas de leer.

Recogió los papeles que no se habían firmado, los golpeó de canto contra la mesa para igualarlos —dos veces, con una satisfacción que a mí me pareció de treinta años acumulados— y se los tendió al de la inmobiliaria.

Después miró hacia la puerta entreabierta.

Y le dijo al chico del chaleco corporativo, que seguía de pie con la carpeta en la mano y sin entender absolutamente nada:

—Caballero. Hay operaciones que no se elevan a público.

Se levantó.

—Y otras que ya lo son.

CAPÍTULO CUARENTA



El comité se disuelve

El martes siguiente, a las once y veinte de la mañana, mi madre se presentó en la mercería.

Sin avisar. Como se presenta ella en todas partes.

Yo estaba allí porque había cerrado a las dos y había bajado a echar una mano con lo del suelo, que había que levantar dos baldosas del fondo para pasar un tubo, y estaba de rodillas con una espátula cuando se oyó el golpe en la lama.

Traía dos cosas.

En una mano, una fuente de las de horno, tapada con papel de aluminio y con un paño encima, de esas fuentes que en mi familia significan una semana de cenas resueltas.

En la otra, una caja de herramientas.

Metálica, verde, de las de bandeja extraíble, con el asa gastada y una pegatina descolorida de un taller de la calle Melquíades Biencinto que cerró hace veinte años.

La reconocí desde el suelo.

—Mamá.

—Toma la fuente antes de que se me caiga.

Le cogí la fuente. Mi madre entró, dejó la caja de herramientas encima del mostrador de Maruja Otero y se sacudió las palmas una contra otra.

Martín estaba al fondo, de pie, con el lápiz detrás de la oreja y la cara de un hombre que no sabe si tiene que salir corriendo.

—Buenos días, Amparo.

—Buenos días, hijo.

Y entonces mi madre abrió la caja.

Estaba entera. Los destornilladores por tamaños, sujetos con la goma. Las llaves fijas en su funda de tela. El martillo. El nivel de burbuja. Los alicates de electricista con el mango rojo. Y todo limpio, con ese brillo mate del metal que alguien ha frotado hace poco, y con olor a aceite fino.

Yo llevaba tres años sin ver aquella caja y estaba mejor que el día que se murió mi padre.

—Esto era de un hombre que arreglaba cosas —dijo mi madre—. No sé venderlas y no quiero tirarlas.

Cerró la tapa.

—Tú sabrás.

Martín se acercó al mostrador despacio.

Abrió la caja otra vez, y lo hizo como abre él las cosas: por los dos cierres a la vez, sin forzar. Sacó los alicates. Los miró al trasluz. Le dio dos veces con la uña al mango, que es lo que hace la gente que sabe, y los volvió a poner exactamente en el hueco del que los había sacado.

—Están afiladas.

—Las he llevado yo.

—¿Dónde?

—A un chico del mercado que afila cuchillos. —Se ajustó el bolso—. Me cobró seis euros y me preguntó si eran de mi marido, y yo le dije que sí.

Nadie dijo nada durante unos segundos. Yo seguía de rodillas en el suelo con una espátula en la mano y una fuente caliente al lado.

—Amparo —dijo Martín—. Esto es de Lola.

—Esto es de un hombre que se murió hace tres años.

—Ya, pero…

—Y a mi hija le sirven para el mismo uso que a mí, que es tenerlas en un armario. —Cerró la tapa con los dos cierres, uno y luego el otro —. Yo las he tenido tres años en un cuarto con la puerta cerrada, y las he sacado dos veces, y las dos veces las volví a meter sin abrirlas.

—Mamá.

—Y el sábado abrí el cuarto y las miré y pensé: estas ahí no hacen nada.

Volvió a colocar la caja en el centro del mostrador, bien encuadrada.

—Muchísimas gracias —dijo Martín.

—De nada. —Mi madre ya estaba mirando alrededor—. ¿Y esto qué va a ser?

—El taller, al fondo. La tienda, delante.

—¿Y esto se queda así?

—¿El qué?

—El mostrador.

Martín miró el mostrador de su abuela, que lleva ahí desde 1978.

—Se queda. Es de mi abuela.

—Muy bonito —dijo mi madre—. Y muy bajo.

—Está a la altura de siempre.

—Está a la altura de Maruja, que medía metro cincuenta y cinco. —Se acercó y apoyó las dos manos en el canto, y le llegaba por debajo

del codo—. Para vender botones vale. Para apoyarse a llorar una viuda, no. Súbelo dos dedos.

Y se dio la vuelta a mirar el escaparate.

Yo me quedé mirando a Martín desde el suelo, y Martín se quedó mirando el mostrador, y yo sé perfectamente lo que estaba pensando, porque tres semanas después me enseñó por fin el papel de la mesa de la cocina y ahí, en la partida del mostrador, ponía «subirlo dos dedos» con un interrogante tachado.

Lo había escrito él solo en agosto, dudando.

Y una señora de sesenta y un años que no ha entrado en esa tienda en su vida entera se lo resolvió en once segundos apoyando los codos.

Después criticó el escaparate, y en eso no tenía razón, y él se lo discutió, y ella no cedió, y él tampoco, y se quedaron los dos con la suya, que es como se hacen las paces en mi familia.

Y antes de irse, ya en la puerta, agachada bajo la lama, mi madre dijo:

—El jueves hago croquetas.

—Vale.

—Que vengas tú también.

Y se fue.

La disolución del comité fue el jueves siguiente, a las seis y media de la tarde, en el salón de mi madre.

Yo fui porque llevaba la libreta.

La llevaba en una bolsa de tela desde el martes de la mesa camilla y no había vuelto a abrirla, y aquella tarde subí los cuatro portales decidida a devolvérsela.

Estaban las cinco. Café, pastas y las mismas sillas.

—Que no la quiero, mamá.

—Ya te dije que no había que quererla.

—Que te la devuelvo.

—Que no. —Ni siquiera me miró—. Siéntate, que hay café.

Encima de la mesa camilla, en un montón, había once fichas sueltas. Las que quedaban. Once hombres de entre treinta y uno y cuarenta y cuatro años, con sus fotos del boletín y sus columnas hechas con regla, que nunca llegaron a tener número porque el pacto se cerró en diez.

Y mi madre las estaba metiendo en sobres.

—¿Qué haces?

—Devolverlas.

—¿A quién?

—A las familias. —Cerró uno—. Este es de la consuegra de Fina. Y este es de la del quiosco, que es del sobrino, el que te tocó. Y este de una señora de la novena que no os conoce ni a ti ni a mí y que me lo dio en marzo por si acaso.

—Mamá, eso son fotos de un boletín.

—Son fotos de los hijos de alguien.

Y las once fueron a once sobres, y en cada sobre escribió un nombre, y no comentó ninguna.

Eso también hay que decirlo. Mi madre lleva tres años comentando fichas. Mi madre es capaz de sacarle a una fotografía de un boletín parroquial un análisis de cuarenta segundos con banderas rojas y puntuación. Y aquella tarde metió once hombres en once sobres sin decir de ninguno que era muy aparente.

Cuando terminó, se limpió las manos como si hubiera estado amasando y dijo:

—Se acabó.

Pepita dejó la taza.

—¿Cómo que se acabó?

—Que se acabó, Pepita. Que se disuelve.

—Amparo.

—El comité se disuelve. Ya está. Ya se acabó lo de los yernos.

—Pero si llevamos tres años.

—Tres años y once meses.

—¿Y las de la novena? Yo tengo dos apalabradas.

—Pues las desapalabras.

—¿Y qué les digo?

—Que se ha muerto el comité.

—Amparo, eso no se dice.

—Pues diles que me he cansado, que es peor y es verdad.

Loli levantó la mano, que es una cosa que hace Loli desde el colegio.

—¿Y la merienda?

Mi madre se paró.

—¿Qué merienda?

—La de los martes.

—La merienda no se toca —dijo Fina, muy rápido.

—La merienda no se toca —dijo Maruchi.

—La merienda es aparte —dijo Pepita.

Y ahí, por primera vez en toda la tarde, mi madre bajó los hombros dos centímetros.

—La merienda no se toca —dijo.

—Bueno. —Loli se sirvió más café—. Pues entonces no ha pasado nada.

Pero sí había pasado, y las cinco lo sabían, porque una merienda de cinco señoras sin ningún asunto que tratar es otra cosa distinta y

todas lo pensaron a la vez.

—¿Y ahora qué hacemos los martes? —dijo Maruchi.

Nadie contestó.

Y entonces, muy despacio, cuatro pares de ojos se giraron a la vez hacia el mismo sitio, que era el sillón de mi madre.

—Ni se os ocurra.

—Yo no he dicho nada —dijo Pepita.

—Te he visto la cara.

—Yo estoy tomando café.

—Maruchi, ni se te ocurra.

—Si yo no he abierto la boca.

Y Fina, que llevaba veinte minutos sin decir nada, se agachó, sacó del bolso una libreta.

Una libreta nueva. De anillas. Con la etiqueta todavía pegada en la contraportada.

—Fina.

Fina la abrió.

Y en la primera página, ya escrita, con su letra de secretaria, había media ficha empezada.

Nombre: Ramón.

Edad: 66.

De quién es: viudo. Tres hijos, ninguno aquí.

Piso: propio, pagado.

Salud: tensión controlada. Toma magnesio, aunque no le hace falta.

Aspecto: se pone corbata para las bodas.

Mi madre se levantó del sillón.

—Ni se os ocurra —repitió.

—Amparo, siéntate.

—Que no. Que ni se os ocurra, que os conozco, que llevo tres años sentada en esa silla haciendo eso mismo con mi hija y sé perfectamente cómo funciona.

—Por eso.

—¡Que no!

Y Fina, sin levantar la vista, escribió una línea debajo de la ficha, muy tranquila, con la mano firme.

Y luego la leyó en voz alta.

—Consta en acta la negativa de la interesada.

Cerró la libreta.

—Provisional.

EPÍLOGO



Te toca

La mercería reabrió el sábado del puente de diciembre a las once de la mañana.

El letrero se puso el jueves. Es de madera, pintado a mano por un rotulista de Puerto de Canfranc que tiene ochenta y un años y que fue el que pintó el anterior en 1978, y en el letrero pone:

MARUJA

Mercería y restauración

Del anterior solo se conservaba el nombre, y el rotulista, cuando le llamaron, dijo que él ese cartel lo tenía calcado en casa. Y lo tenía. En un tubo de cartón, con el resto de sus calcos, ordenados por calles.

Dentro, la tienda es la misma tienda y es otra.

El mueble largo se quedó donde estaba, con sus tiradores de latón originales, y dentro están las quince cajas de zapatos con sus etiquetas de rotulador y su ortografía de posguerra. «Botones de señora seria.» «Señora que se lo cree.» «Feos pero fuertes.» «Bonitos pero flojos.»

Al fondo, detrás de una mampara de cristal que se puso para que la clientela pudiera mirar, está el taller, con el banco de trabajo, la aspiración y las herramientas colgadas por tamaño en una tabla perforada.

Las de mi padre están en la fila de arriba.

El mostrador está dos dedos más alto.

Y encima del mostrador, a la izquierda de la caja, hay dos cosas.

La primera es un marco de treinta por cuarenta con una fotografía en blanco y negro, tirada con un móvil y ampliada en una copistería, en la que se ve una pizarra blanca de las de apuntar pedidos, con letra de rotulador, y en la que pone:

Ojo pedido bromazepam.

Llamar a Ortiz jueves.

CEPILLOS INTERDENTALES: 14.

SACALECHES: 1 (devuelto).

PACTO: 10/10.

RESULTADO: EN EL AIRE.

La enmarcó Susi. Es su regalo de inauguración y lo trajo envuelto en papel de la farmacia.

La segunda cosa es una caja de puros con una pegatina de precio pegada encima que pone MÍOS, con un solo botón de bata dentro, marrón, corriente, con el canto comido. Está abierta. No se vende. Cuando alguien pregunta, Martín dice «esa no» y no da explicaciones, porque no las tiene.

De las tres cajas que ponen «no vender» tampoco sabemos nada, y ya no vamos a saberlo. Estuvimos un tiempo haciendo hipótesis por las noches, y las hipótesis eran todas bonitas y ninguna se podía comprobar, y un día dejamos de hacerlas.

Hay gente que se muere y se lleva el sistema. Eso también es una herencia.

Y en el rincón del almacén, de pie contra la pared, jubilada, está la Bestia.

La cambiaron en octubre por una persiana nueva de las que suben con motor. La vieja no la quiso el chatarrero porque no compensaba el porte, así que se quedó ahí, apoyada, y alguien —y no fui yo— le ató un lazo de raso azul de los de la caja de las cintas.

El dispensador lo puso él en el mostrador la víspera.

Es de los antiguos, de metal esmaltado, con la manivela y el rollo dentro. Lo encontró en un almacén de Villaverde que vende material de comercio de segunda mano, y le costó cuarenta euros, y luego se gastó ciento diez en mandar imprimir el rollo.

Mil números.

Todos el veintisiete.

Aquel sábado, el primer cliente que entró fue don Ángel, a las once y dos minutos, y arrancó su número, y lo miró un buen rato, y se lo guardó en la cartera.

Llevaba un reloj nuevo.

Cuarenta y un años vendiéndolos y once sin ponerse ninguno, y aquel sábado entró en la mercería de al lado con un reloj de acero en la muñeca izquierda.

A las once y media aquello era una plaza.

Vino Encarni con dos bolsas de hielo y una bandeja de lo que se hubiera vendido peor esa mañana en el mercado, que resultó ser boquerón, y dijo, dejándola encima del mostrador:

—Hoy no se miran ojos.

Vinieron Jorge e Iván. Jorge estuvo veinte minutos y en el minuto once me llevó aparte y me dijo que en octubre había llevado a Iván a comer a casa de su madre y que se lo había dicho, y que su madre había estado tres días sin llamarle y al cuarto había llamado para preguntar si a Iván le gustaba el cocido.

—¿Y qué le dijiste?

—Que sí. Y ahora hace cocido cada quince días y somos cuatro a comerlo, y no hemos vuelto a hablar del asunto ni una sola vez.

—Eso es tu madre queriéndote.

—Eso es mi madre queriéndome en el único idioma que tiene. —Se rio—. Pero he encontrado una traducción, que es el cocido.

Vino Andrés. Vino solo, con una planta, y se quedó una hora y cuarenta minutos, que para una inauguración de barrio es exactamente una hora y treinta y cinco minutos más de lo estadísticamente razonable, y de esa hora y cuarenta pasó cincuenta minutos hablando con Susi al lado del expositor de las cremalleras.

No voy a decir nada más sobre eso, porque yo no llevo libreta.

Vino mi prima Vane, ya amortizada la boda, con el marido, y estuvo diez minutos contándole a todo el que se acercaba que ella había puesto a Martín y a Lola en la mesa ocho, la de los sanos, y que si no llega a ser por ella esto no pasa.

Y vinieron las Vocales, las cinco, endomingadas un sábado por la mañana, y se colocaron en abanico junto a la caja, y Fina llevaba el bolso apretado contra el pecho con las dos manos y dentro se le veía el canto de una libreta de anillas que ninguna de las cinco mencionó en toda la mañana.

Don Ramón llegó a las doce y diez.

Con abrigo. Con la camisa del cuello duro. Con el pelo peinado con agua.

—Buenos días.

—Buenos días, don Ramón.

—Yo pasaba por aquí.

Don Ramón vive a un kilómetro y cuarto y por esta calle no se pasa para ir a ningún sitio.

—Pues pase, que hay vino.

Arrancó su número. Lo miró. Se lo guardó en el bolsillo del abrigo.

Y se quedó de pie al lado de la puerta, con las manos cruzadas por delante, mirando la cajonera de los botones con un interés que aquella cajonera no ha despertado nunca en ningún hombre de sesenta y seis años.

Mi madre estaba al otro lado de la tienda, junto al mostrador, ayudando a Encarni a colocar el hielo.

Llevaba así media hora.

Y yo la estuve mirando un rato, apoyada en el marco de la puerta del taller, con una copa de plástico en la mano.

Mi madre lleva tres años levantándose a las siete y media sin tener dónde ir. Mi madre montó un comité, una libreta y un cuestionario de once preguntas para tener algo que hacer los martes, y la número once se la contestaba ella sola al apagar la luz, y en tres años no pasó del cuatro.

Y estaba a cuatro metros de un hombre que se había puesto la camisa buena para venir a una inauguración a la que no le había invitado nadie.

Y ninguno de los dos se movía.

Así que fui al mostrador y le di dos vueltas a la manivela del dispensador.

Salió un numerito.

Un veintisiete.

Me acerqué, se lo puse en la mano y le cerré los dedos encima, que es un gesto que ella me ha hecho a mí ochocientas veces con billetes de veinte euros que yo no quería.

—¿Qué es esto?

Señalé con la barbilla hacia la puerta.

—Te toca.

Mi madre miró el papel.

Miró a don Ramón.

Me miró a mí.

Y se quedó unos tres segundos con esa cara que pone la gente cuando le retiran la excusa de encima.

—Estoy con el hielo —dijo.

—El hielo está puesto.

—Hija.

—Mamá, que te toca.

Y fue.

Se colocó bien la rebeca, se pasó la mano por el pelo una vez, cogió el bolso —que no le hacía ninguna falta— y cruzó los seis metros de aquella tienda con la espalda muy recta y el bolso por delante, como se entra en misa o en batalla.

Lo del pasodoble fue idea de Maruchi, que había traído un altavoz de esos pequeños porque Maruchi lleva quince años preparada para todo.

Sonó a la una menos veinte.

Y en una mercería de setenta metros cuadrados de la calle Sierra, entre una cajonera de botones y un banco de trabajo, mi madre bailó un pasodoble con don Ramón delante de veintitantas personas, incluido el rotulista de ochenta y un años, que dio dos palmas y se calló porque le daba vergüenza.

Yo bailé con Martín.

Fatal. Los dos. Él por lo suyo y yo porque llevo el pasodoble en la sangre y no me sirve de nada, y en algún momento me pisó y dijo «perdón» con esa formalidad que le sale cuando se pone nervioso, y volvió a llamarme de usted una vez, sin darse cuenta, y yo no se lo dije.

Y desde ahí, girando mal, la vi.

A mi madre. Con la espalda recta y la barbilla levantada, hablando todo el rato, seguramente de la caja, o de la humedad, o del precio de la luz.

Vi también, de refilón, otras cosas.

Vi a Fina sacar la libreta y apuntar la hora.

Vi a Susi reírse de algo que había dicho un maestro de primaria.

Vi el marco de la pizarra al lado de la caja registradora y los mil veintisietes esperando dentro de una máquina de metal esmaltado.

Y me acordé, sin venir a cuento, de la manivela.

Del cajón de abajo de la caja verde, envuelta en un trapo que puso él, subida ahora en una tabla perforada a seis metros de donde yo estaba bailando.

En octubre llamé al de las persianas. Vino, cambió el condensador y me dijo que ese motor aguantaba diez años más.

El rótulo no lo he tocado. La R que pegó mi padre con silicona un domingo de 2016 sigue torcida y se nota de cerca.

Y ahí se queda.

Un cerco de vaso es un sitio donde alguien dejó un vaso.

Se acabó el disco. Alguien puso otro.

Mi madre volvió a la caja a por su copa, se sentó en la silla de las clientas, la que tienen todas las mercerías porque las clientas se sientan, y se quedó allí con el bolso en el regazo y la respiración un poco alta, mirando la tienda llena.

Y desde el otro lado, con un botón de nácar desparejado en el monedero y un hombre que huele a cera de abeja a mi izquierda, la vi hacer una cosa que no le he visto hacer nunca en público.

Sacó del bolsillo de la rebeca un numerito arrugado con un veintisiete impreso, lo miró un segundo, y se lo guardó otra vez.

La madre que me parió.



FIN



LA MADRE QUE ME PARIÓ

Primera edición
Publicado por la autora

Todos los personajes y situaciones de esta novela
son ficticios. Cualquier parecido con la realidad
es pura coincidencia.

© Nora Santelmo